



AVISO LEGAL

REVISTA

Título: *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre de 1949 núm: 5 vol: XLVII

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

5

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO
PUBLICACION BIMESTRAL

Ava. Rep. de Guatemala N.º 42
Apartado Postal 985
Teléfono 12-31-48

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO
JUAN LARREA

AÑO VIII

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1949

INDICE
Pág. IX



GUANAJUATO

Como una gema de valor inestimable olvidada por algún pirata al ser perseguido, así queda Guanajuato, recostado en la profundidad de la cañada y sólo resguardado por fantásticas montañas, coronadas de crestones de granito donde por las noches juegan los luceros. Montañas que tienen entrañas de plata y oro y hermosas canteras de colores varios.

Y después de ofrecer sus riquezas a los mundos, nos preparó para luchar por la libertad e independencia, de la cual se conservan páginas que tienen un diáfano sabor a gloria. Guanajuato, espera a los viajeros para que con paso cauteloso transiten por sus callejas que tienen suave perfume de leyendas.

**Los Ferrocarriles Nacionales de México,
ofrecen a usted un viaje cómodo y rápido**



ADQUIERA USTED CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA

- Porque de esta manera logra usted efectuar una inversión sana y provechosa.
- Porque la inversión en estos títulos, lejos de constituir una inmovilización, ofrece la oportunidad de fácil venta a la par.
- Porque su rendimiento es neto, ya que gozan de exención en el pago del impuesto sobre la renta.
- Porque su amortización protege al inversionista contra liquidaciones forzosas y anticipadas que pueden obstruir sus planes de inversión.
- Porque contribuyen al proceso de industrialización, ya que los fondos obtenidos a través de la venta de dichos títulos se encauzan hacia el financiamiento de las siguientes industrias: siderúrgica, celulosa y derivados (papel y artí-sela), artículos eléctricos, azucarera, fertilizantes, cinematográfica, energía eléctrica, química, cobre, empacadoras, maquinaria, textil, vidriera, transportes, minera, carbón, hule y otras.



NACIONAL FINANCIERA, S. A.

VENUSTIANO CARRANZA No. 25

APARTADO No. 353.

MEXICO, D. F.

(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 601-II-7399
de 23 de abril de 1946).

La cerveza renueva las energías gastadas, por-
que nutre, al mismo tiempo que refresca.

La cerveza contiene 90% de agua, de la más
pura que es dable obtener y 10% de alimento líqui-
do, cereales también, como el pan. Al beberla us-
ted, toma cierta cantidad de cebada, malta y lúpulo,
donde existe latente la vitalidad de los campos oxi-
genados, que fertiliza el sol...

ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

SUR

Dirigida por **VICTORIA OCAMPO**
BUENOS AIRES

SUMARIO del No. 176

Guido Piovene: **La Gaceta Negra**. Jorge Guillén: **Varia Poesía**.
Alvaro Fernández Suárez: **La Reconstrucción de la Fe**. Yakov
Malkiel, María Rosa Lida de Malkiel: **El Cantar de la Hueste**
de Igor.

NOTAS

LIBROS: *Eduardo González Lanusa*: Ezequiel Martínez Estrada: "Muerte y transfiguración de Martín Fierro". *Julio Cortázar*: François Porché: "Baudelaire. Historia de un alma". *Leopoldo Hurtado*: Brian Wiberly: "Música y religión". *A.F.S.*: Francisco Ayala: "Los usurpadores". *Guillermo de Torre*: Marta Brunet: "Ratz del sueño". *Prisca Schulz de Mancovani*: Mercedes Leloir: "Polino". *Victoria Ocampo*: El león y el mosquito. *F. S. de M.*: El libro italiano. **CRONICA DE CINE**: *Estela Canto*: "Cita en la muerte". Los peligros de Paulina: "Se llamaba Carlos Gardel". *H. A. Murrua*: Los penúltimos días. *Victoria Ocampo*: Antepenúltimos días. Calendario.

REVISTA MENSUAL - EN LAS BUENAS LIBRERIAS

REALIDAD

REVISTA DE IDEAS

Publicación Bimestral

Director: **FRANCISCO ROMERO**



PRECIOS:

Argentina: Suscripción anual \$18.00. Número suelto \$3.50 m/arg.

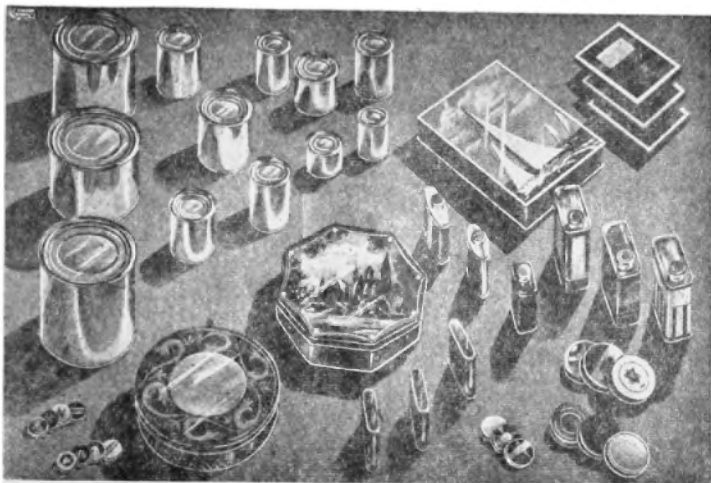
Países de lengua española o portuguesa: Suscripción anual 4.50 Dls.
Número suelto 0.90 Dls.

Otros países: Suscripción anual 5.00 Dls. Número suelto 1.00 DL
Número suelto 0.90 DL.

Secretaría de Redacción y Administración:
Defensa 119, lo., No. 1

BUENOS AIRES

ARGENTINA



ENVASES DE HOJA DE LATA...

Presentamos una muestra ilustrada de los principales productos que se fabrican con hoja de lata: en nuestra Patria, mediante una técnica insuperable a la de los países más avanzados y con materiales de primerísima calidad, la producción de la hoja de lata de calidad inigualable se realiza en ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

La gran variedad de envases que se fabrican hoy día a base de hoja de lata, sirven para hacer llegar al público consumidor cualquier tipo de alimento desde cualquier tipo de empaque de hoja de lata en cualquier cantidad y las características específicas de los productos en cuestión.

Esto se debe a que la hoja de lata ofrece características que la hacen adecuada para los cuerpos parte de los tubos y resacas, para todos los alimentos que se consumen en los países más desarrollados. Por esta razón y debido a la alta calidad de los materiales utilizados que permiten la hoja de lata para los diversos tipos de envases de alimentos, como: conservas, mermeladas, salsas, etc. es especialmente adecuada en la fabricación, especialmente de:

• **ENVASES PARA ALIMENTOS**, entre los que se incluyen: salsas, mermeladas, conservas de frutas, legumbres, carnes, pescados, vegetales, etc. así como leche en polvo, leche condensada, crema, etc. cuyo adecuado conservación en los envases de aluminio de calidad y higiene.

• **ENVASES EN GENERAL**, en una gran variedad de formas y tamaños

para mantener tales como: aceites, grasas y aceites, aceites vegetales y aceites, etc., aceites y productos farmacéuticos, gran parte de los productos, etc.

• **TAPON CORONA Y CUBIERTAS** entre los que se están preparando para la fabricación de envases para botellas, recipientes para y otros, etc.

• **Y UNA GRAN DIVERSIDAD** de productos para los que se están realizando entre los que se encuentran artículos para cocina, recipientes para y todos los tipos de recipientes, recipientes, recipientes, recipientes y recipientes en general.

Mucho más incrementa el sistema de envases de los productos agrícolas para hacerlos llegar a todos los regiones del país, reduciendo, en esta forma, la necesidad de envases inmediatos de alimentos imposibles de almacenar y recibir, así, los productos agrícolas que más necesitan. Los que ya se están haciendo en el momento en que México cuenta con la materia prima necesaria y una mano de obra y una organización al servicio de la industria nacional, organización que depende, en nuestra Patria, al nombre de ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

ALTOS HORNOS, está ya en capacidad de entregar Hoja de Lata para cualquiera de sus empleos, desde un envase de aceite mineral, hasta el que se necesita para los comestibles más delicados.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S.A.



OFICINAS EN MÉXICO: V. CARRANZA 10, 35 05P 404 A 411
TEL. INTERNOS: 12-01 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99 00

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina.

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.

△

Domicilio Social

y

Oficina General de Ventas:

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.



*Al servicio de México
elaboradores y distribuidores de
los magníficos lubricantes para
automóvil, Mexolub y ~
Autoválvulas ¡Orgullo Nacional!*

ACABA DE APARECER

ARTE DEL PERU PRECOLOMBINO

DE

FELIPE COSSIO DEL POMAR

El primer estudio completo de todas las manifestaciones artísticas en cada una de las culturas del territorio que formaba el antiguo de los Incas.

23.5 X 33 cms. 240 páginas. 23 láminas a todo color. 40 láminas en blanco y negro. Cerca de 100 grabados intercalados en el texto.

Encuadernado en Keratol \$ 90.00

SOLICITE usted detalles de nuestro sistema de ventas en
abonos a Pánuco 63 o por los Tels.: { 28 - 57 - 35
35 - 21 - 42

ESCUCHE usted todos los viernes a las 22 hs. por X.E.W.,
La voz de México (730 kc.), nuestra transmisión

“MIRADOR DE AMERICA”



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Pánuco 63.

México, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre - Octubre de 1949 Vol. XLVII

I N D I C E

	<i>Págs</i>
NUESTRO TIEMPO	
JESÚS SILVA HERZOG. La revolución mexicana es ya un hecho histórico	7
OCTAVIO PAZ. El laberinto de la soledad. El Pachuco y otros extremos	17
JULIO ALVAREZ DEL VAYO. En torno al Pacto del Atlántico	31
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. La participación de los alumnos en el gobierno universitario	42
<i>Hombres y hechos de la guerra</i> , por DANIEL COSÍO VILLEGAS	56
<i>Nuestra sociedad rural</i> , por MANUEL MESA	68
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
VÍCTOR MASSUH. América, profecía y conocimiento	85
JORGE CARRIÓN. Ruta psicológica de Quetzalcóatl	98
SAMUEL RAMOS. La estética de John Dewey	113
<i>La experiencia y la naturaleza</i> , por AUGUSTO SALAZAR BONDY	131
PRESENCIA DEL PASADO	
ALFONSO CASO. El Mapa de Teozacoalco	145
GERMÁN ARCINIEGAS. El 12 de Octubre o el gran disparate	182
RICARDO DONOSO. Desarrollo de la cuestión social en Chile	191
<i>"España en su Historia"</i> , por JOSÉ GAOS	205
<i>¿Lucha pro Justicia?</i> , por EDMUNDO O'GORMAN	216

	<i>Págs.</i>
DIMENSION IMAGINARIA	
LEÓN-FELIPE. Dos poemas	227
JOSÉ ANTONIO PORTUONDO. Situación actual de la crítica hispanoamericana	238
GITTA STEN. Cuando Chopin vivía en Polo- nia	249
MARGARITA NELKEN. Etapas de la formación de Diego Rivera	263
ADOLFO BEST MAUGARD. Diego Rivera. Su éti- ca y estética	282
MARIANO PICÓN-SALAS. Peste en la nave	290



*Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son
rigurosamente inéditos en todos los idiomas.*

Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.

OBRAS LITERARIAS COMPLETAS DE JEAN PAUL SARTRE

EL MURO\$ 9.00

Primer libro de narraciones publicado por su autor, *El muro* ha producido en todas partes una enorme impresión, tanto por la originalidad poderosa de su concepción y factura como por ese atrevimiento impávido que tan violentas reacciones ha producido en ambientes remisos a aceptar su novedad.

LA NAUSEA (en reimpresión)

Encarnada en la figura de un pequeño intelectual de provincias, la concepción filosófica del existencialismo alcanza en esta novela plasticidad viviente. Agotada rápidamente nuestra primera edición, pronto aparecerá la segunda.

LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD I. La edad de la razón....\$ 10.00

II. El aplazamiento\$ 13.00

Con una técnica sorprendente, la Francia de la guerra y de la ocupación alemana es presentada en estos dos primeros tomos de la serie (únicos que hasta ahora han visto la luz en el idioma original) mediante situaciones individuales y colectivas que, aparte su valor novelesco, están dotadas de expresividad simbólica y presentan un alucinante interés.

TEATRO\$ 12.00

En un único y hermoso volumen se ofrecen agrupadas todas las piezas teatrales de Sartre: *Las moscas*, *A puerta cerrada*, *Muertos sin sepultura*, *La mujeruseña respetuosa* y, en fin, la más reciente de ellas, *Las manos sucias*, que, como las anteriores, ha tenido un ruidoso estreno, éxito prolongado y una interminable secuela de discusiones.

OTRAS NOVEDADES

JUAN DAVID GARCIA BACCA: Introducción general a las Enéadas\$ 6.00

Este prestigioso filósofo helenista arroja nueva luz sobre el pensamiento de Plotino, sus raíces y significación.

PLOTINO: Enéadas I\$ 8.00

Un admirable clásico del pensamiento universal publicado completo por vez primera en castellano. Traducción directa del griego por el Profesor J. D. García Bacca.

EUGENIO JULIO IGLESIAS: El penúltimo escalón\$ 6.00

El balance de una generación argentina y el relato dramático de una experiencia amorosa, situada al borde del "penúltimo escalón".

MIGUEL ANGEL ASTURIAS: El señor presidente. Bca. Contemporánea 221\$ 8.00

La novela dramática de la tiranía en América, obra que Gabriela Mistral elogió sin reservas.



EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

MONTEVIDEO

SANTIAGO DE CHILE

LIMA

EL COLEGIO DE MEXICO

publica trimestralmente la

Nueva

Revista de Filología Hispánica

DIRECTOR: AMADO ALONSO

Redactores: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, Maria Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor Bibliográfico: Mary Plevich.

Secretario: Raimundo Lida.



PRECIO DE SUSCRIPCION Y VENTA:

En México: 20 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 5 dólares norteamericanos. Número suelto: 6 pesos moneda nacional y 1.50 dólares, respectivamente.



REDACCIÓN:

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA, 30.

México, D. F.

ADMINISTRACIÓN:

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PÁNUCO 63.

México, D. F.

La Industria Azucarera de México es una riqueza del pueblo porque de ella dependen económicamente cientos de miles de familias tanto de campesinos como de obreros, empleados y demás personal que participa en sus diversos aspectos de producción, venta y distribución. Es, además, una industria que ya se basta para cubrir las necesidades de todos los habitantes del país sin recurrir al extranjero y debido a su organización, ha logrado responder al llamado de nuestro Gobierno con árduo trabajo y producción bastantes para que sus excedentes puedan exportarse contribuyendo a fortalecer nuestra moneda con el ingreso de varios millones de dólares.

Sigamos esta ruta de recuperación nacional; tengamos fe en el futuro de nuestra Patria colaborando todos por el desarrollo industrial.

**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

GANTE 15 — 50. PISO.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA Y
PREPARATORIA

Externos

VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA

Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA COMISIÓN DE HISTORIA DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Director: Silvio Zavala.

Secretario: Javier Malagón Barceló.

Redactores: Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañá,
Ernesto de la Torre, Susana Uribe.

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina).—Guillermo Egul-
no (Bolivia).—Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José Ma-
ría Charón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba).—Ricardo Do-
noso (Chile).—J. Roberto Páez (Ecuador).—Lewis Hanke y Bert
James Loewenber (Estados Unidos de América).—Rafael Heliodoro
Valle (Honduras).—Jorge Basadre y J. M. Vélez Picasso (Perú).—
Emilio Rodríguez Demorini (República Dominicana).—Juan E. Pivel
Devoto (Uruguay).

Suscripción anual, 4 dólares o su equivalente en moneda mexicana.
Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigir-
se a: Comisión de Historia (R. H. A.), Instituto Panamericano de
Geografía e Historia. Avenida del Observatorio 193.

Tacubaya, D. F.

República Mexicana.



por su excelente combinación de finos tabacos Virginia, Burley y Turco, sobrepasa en su venta a todos los demás cigarros de su tipo en la proporción de tres a uno. Así como el atavío identifica a las razas, BELMONT identifica al fumador que sólo acepta lo mejor.

COMPARE CALIDAD Y PRECIO



- لذیقة ومنعشة
- Ευγενική και δροσιστική
- Dofflief en verfrissend
- Heerlijk en verfrissend

Aunque no lo parezca, estas palabras significan "delicious" y "refreshing" en: Árabe - Griego - Alemán - Holandés.

25

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO VIII VOL. XLVII

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE

1 9 4 9

MÉXICO, 1° DE SEPTIEMBRE DE 1949

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA

Antonio CARRILLO FLORES

Alfonso CASO

Daniel COSIO VILLEGAS

Eugenio IMAZ

Juan LARREA

Manuel MARQUEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Jesús Silva Herzog* La revolución mexicana es ya un hecho histórico.
Octavio Paz El laberinto de la soledad.
Julio Alvarez del Vayo En torno al Pacto del Atlántico.
Luis Alberto Sánchez La participación de los alumnos en el gobierno universitario.

Notas, por Daniel Cosío Villegas y Manuel Mesa.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Víctor Massuh* América, profecía y conocimiento.
Jorge Carrión Ruta psicológica de Quetzalcóatl.
Samuel Ramos La estética de John Dewey.

Nota, por Augusto Salazar Bondy.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Alfonso Caso* El Mapa de Teozacoalco.
Germán Arciniegas El 12 de Octubre o el gran disparate.
Ricardo Donoso La cuestión social en Chile.

Notas, por José Gaos y Edmundo O'Gorman.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- León-Felipe* Dos poemas.
José Antonio Portuondo De la crítica hispanoamericana.
Gitta Sten Cuando Chopin vivía en Polonia...
Margarita Nelken Formación de Diego Rivera.
Adolfo Best Maugard Diego Rivera. Su ética y estética.
Mariano Picón-Salas Peste en la nave.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Detalle del Mapa de Teozacoalco	174
Mapa de Teozacoalco. <i>Tricromía</i>	176
DIEGO RIVERA. Vista de Toledo	272
“ “ Bretona	—
“ “ El guerrillero	—
“ “ La vendimiadora	273
“ “ Retrato de Amalia Castillo Ledón	280
“ “ Retrato de Alfredo Gómez de la Vega	—
“ “ Retrato de Lupe Marín	—
“ “ El vestido rosa	281
“ “ Escenario del Anfiteatro Bolívar	288
“ “ Frescos de la Secretaría de Educación	—
“ “ Fragmento de la decoración del Rockefeller Center	—
“ Fragmento de la decoración del Hotel Reforma	—
“ Fragmento de la decoración del Hotel del Prado	289



Fotograbados de
FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli 24.—México, D. F.

Nuestro Tiempo

LA REVOLUCION MEXICANA ES YA UN HECHO HISTORICO

Por Jesús SILVA HERZOG

HACE algo más de seis años escribí que la Revolución Mexicana, uno de los tres acontecimientos de mayor profundidad en la historia del México independiente, sufría una crisis moral e ideológica de suma gravedad. Creía entonces que podría salvarse y continuar su marcha hacia adelante en provecho del pueblo mexicano. Ahora, después del tiempo transcurrido, pienso con cierta tristeza y siento con claridad que la Revolución Mexicana ya no existe; dejó de ser, murió calladamente sin que nadie lo advirtiera; sin que nadie, o casi nadie lo advierta todavía.

¿Qué es lo que ha pasado? La respuesta es obvia: nada extraordinario; aquí no quiero recordar a ningún sociólogo, ni economista, ni historiador, ni a persona alguna versada en la ciencia política; simplemente quiero recordar una frase, la de un poeta, cambiando tan sólo una palabra: nosotras, las revoluciones, también somos mortales.

Las revoluciones no son inmortales. Dejan huella profunda en el corazón de la posteridad como la dejan los grandes pensadores. Estos, a mayor distancia en los siglos; aquéllas, a mayor hondura en el espacio geográfico. Pero siempre llega el momento en que las revoluciones pierden actualidad, dejan de ser porque agotan su vitalidad creadora, porque realizan su tarea en la historia o porque hay nuevas fuerzas que las contienen o superan. Las revoluciones son hechos históricos y todo lo que es histórico implica, necesariamente, transitoriedad. Historia quiere decir movimiento, cambio constante, ansia y propósito de mejoramiento humano. La historia es el drama del hombre y las revoluciones son episodios en algunos de los actos del drama; y pasan los episodios y los actos y vienen otros actos y otros episodios y la tragedia siempre vieja y siempre nueva continúa desenvolviéndose en el escenario del mundo.

¿Hay alguien que sostenga en este año de 1949 que la Revolución de Independencia de los Estados Unidos no es un hecho pretérito sino actual y podrá afirmarse cosa análoga tratándose de la Revolución Francesa? Claro está que todo lo que es sustantivo se almacena en la memoria de los hombres e influye en su conducta y en sus conocimientos esenciales; mas lo que en la memoria de los hombres se guarda es porque es historia o biografía; es algo que fué y ya no es, pasado y no presente. Las grandes revoluciones en la época moderna —lucha armada, influencia de los nuevos principios en la realidad y triunfo total o parcial de las corrientes ideológicas fundamentales— parece que han tenido una duración que fluctúa entre un cuarto y un tercio de siglo. ¿Por qué la Revolución Mexicana había de ser eterna, había de ser excepción a la ley universal del cambio constante? No hay a mi entender argumentos válidos para demostrar lo contrario, es decir, para probar la perennidad de nuestro último gran movimiento social.

Por supuesto que no se ignora que algunos lectores pueden estar de acuerdo con la tesis de la transitoriedad, pero no con la afirmación de que la Revolución Mexicana es ya un hecho pasado; pues bien, demostrarlo, o intentar demostrarlo, es, precisamente, el objeto del presente artículo, sin que me guíe otro propósito que el interés desinteresado de estudiar una cuestión de singular importancia en el campo de la investigación social.

Por otra parte —lo sé desde ahora perfectamente—, no faltará quien diga que mi tesis es peligrosa e inoportuna desde el punto de vista político, porque será utilizada por los partidos reaccionarios, enemigos de la Revolución y de toda idea de progreso. Yo no participo de tales opiniones. La tesis que sustento, a mi parecer verídica, servirá a los revolucionarios honestos, no a los demagogos profesionales ni a los logreros de la Revolución. La mentira es en ocasiones útil al mal político, mas no a la buena política; porque la buena política tiene que apoyarse invariablemente en la verdad. Sólo con la verdad, ya lo dije en otra ocasión, se sirve de verdad al pueblo.

HAY cinco documentos en los cuales se exteriorizaron las necesidades y aspiraciones del pueblo mexicano: el "Plan del Partido Liberal", del 1º de julio de 1906; el "Plan de San Luis Potosí", del 5 de octubre de 1910; el "Plan de Ayala", del 25 de noviembre de 1911; el "Plan Orozquista", del 25 de mar-

zo de 1912, y la Ley de 6 de enero de 1915. Y esas aspiraciones y necesidades galvanizadoras se precisaron en los artículos 27, 123 y 130 de la Constitución de 1917. En el artículo 27 aparecen dos novedades: el concepto de la propiedad subterránea y el de la propiedad privada de la tierra; son novedades en relación con la Ley de 6 de enero y los planes revolucionarios que arriba se citan.

Es interesante observar que en ninguno de tales documentos, asoma siquiera la terminología socialista europea, ni se advierte, por supuesto, la influencia de las doctrinas de Owen, Fourier, Saint Simon, Blanc, Proudhon o Marx, ni del socialismo utópico, ni del socialismo científico. Todo esto demuestra la mexicanidad de la Revolución Mexicana y su independencia de ajenas corrientes del pensamiento económico-social. Fué un movimiento nacido de la entraña machacada y lancinante del pueblo que, lógicamente, tuvo sus profetas, tribunos y caudillos.

Al terminar la lucha armada la Revolución se hizo gobierno; iniciaron su gestión política y administrativa los gobiernos revolucionarios. Algunos han objetado la unión de estos dos vocablos, porque piensan que gobernar es lo contrario de revolucionar; piensan, con apariencia de razón, que se trata de dos términos antitéticos. Sin embargo, la designación es correcta. Con toda propiedad puede y debe llamárseles así: gobiernos revolucionarios; porque en su actuación fueron más lejos, a la izquierda, que la Constitución; fueron más radicales que la ley fundamental de la República en materia agraria, en la defensa de los recursos del subsuelo y en cuanto a la legislación del trabajo. Adolfo de la Huerta fué más revolucionario que Carranza; Obregón más que De la Huerta, y Calles más que Obregón. Portes Gil continuó la trayectoria de Calles; Ortiz Rubio y Rodríguez retrocedieron un poco; y, Cárdenas dió el mayor jalón que era posible dar en favor de los intereses populares y de la independencia económica de México. Durante su gobierno, en 1938, la Revolución Mexicana llegó a su culminación. Después, el descenso, la crisis, la agonía y la muerte.

Grandes cosas realizó la Revolución Mexicana. Bueno es tratar de puntualizarlas, por lo menos en parte.

Acabó con los restos del feudalismo, o más bien, con una cierta especie de feudalismo heredado de la Colonia y facilitó el desarrollo del capitalismo, o de un precapitalismo; distribuyó

tierras a un millón setecientas mil familias campesinas, en números redondos, tierras que suman algo más de treinta millones de hectáreas; organizó el crédito agrícola barato para los ejidatarios y pequeños agricultores, aun cuando sin llenar todas las necesidades del campo; inició la construcción de grandes sistemas de riego que han puesto bajo cultivo intensivo aproximadamente un millón de hectáreas de tierras antes de temporal, pastizales, o de montes sin ningún aprovechamiento; unió por medio de caminos para automóviles dilatadas zonas del país; estableció un Banco Central y reorganizó sobre bases enteramente nuevas el sistema de crédito nacional; hizo posible la organización de sindicatos obreros y la promulgación de una de las leyes protectoras del trabajo más humanas y avanzadas del mundo; fomentó la educación pública, fundando numerosas escuelas rurales en todo el territorio y escuelas secundarias, normales y técnicas; exaltó la personalidad de los habitantes de raza indígena, barriendo los restos de una cierta discriminación que todavía sentía y practicaba la vieja aristocracia semi-feudal y algunas familias de la clase media; ayudó en su formación definitiva a los grandes pintores mexicanos, creando un clima favorable a la realización de sus obras maestras; asiló a todos los perseguidos por causas políticas, quienes encontraron medios de vida y afectos dentro de nuestras fronteras; respetó en sus últimos años la vida humana y consagró como principio inquebrantable la libertad de pensamiento, de tal manera que puede afirmarse con orgullo que no hubo en esta materia país del mundo que nos superara; y finalmente, su conducta internacional estuvo siempre al servicio de la paz y en defensa de las buenas causas. Además, expropió los bienes de las empresas petroleras extranjeras, por haberse declarado en rebeldía al negarse a obedecer un fallo de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, con lo cual se dió un paso adelante hacia nuestra independencia económica.

Claro está que no todo lo que hizo la Revolución Mexicana fué perfecto. Obra humana fué y se cometieron no pocos errores; pero hubo ímpetu creador, profundidad en la acción y en el ideal de mejorar las condiciones de vida de las grandes masas de la población.

No es posible negar, si se analizan los hechos con serenidad, los resultados afirmativos logrados en el ámbito social y económico; pero no puede decirse lo mismo tratándose del ade-

lanto político del país. A este respecto las conclusiones son negativas y es honrado confesar el fracaso de la Revolución.

LA lucha armada tuvo por escenario todo el territorio nacional; fué una lucha enconada, sangrienta, sin cuartel. Desorganizó la economía, segó vidas y destruyó riquezas. Los gobiernos revolucionarios promovieron desde luego la reconstrucción del país. Muchos ricos empobrecieron y muchos pobres se hicieron ricos. Empobrecieron los hacendados y algunos comerciantes pueblerinos; éstos porque sus tiendas fueron saqueadas o confiscadas sus mercancías; aquéllos, porque se repartieron sus haciendas. No les ocurrió lo mismo a los grandes comerciantes, a los grandes banqueros, a los industriales, ni a los dueños de fincas urbanas. Todos ellos sufrieron un poco en sus negocios, un poco nada más. Lentamente recuperaron el terreno perdido. Los pobres enriquecidos ganaron su fortuna en el comercio, muchos de ellos porque disfrutaron del favor oficial; también se tornaron acaudalados los traficantes de influencia: generales, políticos y funcionarios sin escrúpulos. Las revoluciones las encabezan hombres fundamentalmente virtuosos, mas no pueden evitar que hombres sin virtudes se sumen al movimiento renovador. Estos personajes sin ideal son los logreros del sacrificio de los pueblos, de la destrucción y de la muerte. Saben que desde hace más de un siglo son los negociantes los que gobiernan no pocas naciones, y ellos se afanan por hacerse hombres de negocios para gobernar desde una oficina pública o desde afuera. Desde la oficina pública manejan mejor sus negocios y desde afuera, en ocasiones, gobiernan a los que gobiernan. Su primer gran negocio fué tomar parte en la Revolución, algunos de cerca, peleando con riesgo de la vida; otros, de lejos, prudentemente en la retaguardia, a veces de bufones para divertir a los generales.

El número de nuevos ricos y de ricos viejos cada vez más ricos, creció poco a poco durante dos décadas: de 1921 a 1940. El progreso económico del país favoreció la capitalización interna y a los capitalistas. Estos pueden clasificarse así: generales y políticos que participaron en la Revolución y que ocuparon después de la victoria elevados puestos civiles o militares; banqueros de manga ancha para invertir en turbios negocios el dinero de los depositantes; agentes de negocios o "coyotes", viejos y nuevos comerciantes, amigos, parientes o compadres de

altos funcionarios públicos, favoritos de éstos y preferidos en la compra de mercancías para el gobierno o en los contratos para la construcción de obras públicas; industriales protegidos por las tarifas arancelarias y la simpatía gubernamental; traficantes de toda laya enriquecidos sin violar la ética flexible de la sociedad capitalista. Lo importante es que unos y otros, que todos ellos formaron una clase social poderosa, emprendedora, agresiva y fuertemente ligada por lazos de solidaridad y comunidad de intereses. Esta burguesía se fué estructurando despacio, dando pasos seguros, con firmeza; influyendo cada vez más en los medios de propaganda y en la vida económica de la República. Y hay que recordar que quienes influyen en el campo económico de una nación, influyen, quiérase o no, en su vida política.

Los grandes periódicos y las radio-difusoras han estado y están al servicio de esa gran burguesía batalladora; las radio-difusoras con perjuicio del buen gusto del público y los periódicos con mengua del decoro de México. Estos y aquéllas subordinan, invariablemente toda manifestación de auténtica cultura a sus necesidades mercantiles.

Los movimientos revolucionarios avanzan mucho más allá de la meta que imaginaron sus primeros ideólogos; el impulso colectivo arrastra a los caudillos más allá de los propósitos que tuvieron; y si se oponen a ese impulso avasallante, entonces, los nulifica o aplasta el poder de la masa. Pero hay un momento en que la fuerza del impulso inicial no puede sostenerse, porque hay energías opuestas que lo van conteniendo, y acaban por contenerlo. El movimiento revolucionario llega a su término y es substituído por nuevas constelaciones sociológicas.

En México, a medida que la burguesía se fué fortaleciendo y mezclándose algunos de sus miembros con los hombres de los gobiernos revolucionarios, comenzó a influir en la dirección de los negocios públicos, minorando en ocasiones y a veces neutralizando la acción revolucionaria. Ya en el primer lustro de los treinta tuvimos un presidente millonario.

Ahora bien, cuando los hombres de negocios influyen en la administración pública, por dentro o desde afuera, el lucro, que es el objeto de todo negocio, que es propósito inferior desde el punto de vista del destino humano, substituye poco a

poco el ideal de servicio desinteresado a la Patria y a todos los anhelos superiores de nuestra especie; es, digámoslo de una vez, agente activo de corrupción. Esto explica, por lo menos en buena parte, la inmoralidad en las oficinas gubernamentales y fuera de ellas. El dinero se convierte en la suprema aspiración de todos los individuos, porque en la sociedad capitalista abre todas las puertas y proporciona inúmeros goces materiales.

En la sociedad capitalista lo religioso pasa a segundo plano. Se observan los ritos pero no la esencia de la doctrina. Ésta se mantiene velada en la superficie de la conciencia, perdiendo su eficacia, ayer moralizadora, en la conducta diaria de la persona. El infierno y el diablo pierden su prestigio, sin que sean substituídos por nuevos mitos que frenen la codicia del mercader, llámese como se llame: banquero, comerciante, industrial, abogado o médico. La tendencia de la sociedad capitalista es transformar todo en mercancía: los objetos, la ciencia y el arte; al mundo en un inmenso mercado y al hombre en sirvo del mercado y de la mercancía. En la sociedad capitalista el lucro está por encima de toda consideración humana, por encima de la patria; el lucro es el único dios, un dios perverso, egoísta, despiadado y cruel. La crisis profunda y total que en estos momentos sufre la humanidad, es por el imperio de ese dios diabólico.

Al finalizar el año de 1938, año en que ya se dijo que la Revolución Mexicana había llegado a su momento culminante, el proceso ascendente se detiene y tal vez permanece en el mismo punto sin retroceder, hasta los últimos días de 1940 o hasta los comienzos de 1941. Se detiene porque lo contienen las fuerzas de la burguesía que desde hacía varios años jalaban hacia atrás sin lograr sus fines; pero cuando 1938 llega a su término—todo esto por supuesto aproximadamente—esas fuerzas se imponen como resultado del incremento de su poder.

El 22 de mayo de 1942 México declaró la guerra a las potencias del eje. Las ideas y el lenguaje de la Revolución van siendo substituídos por nuevas palabras y opiniones nuevas. El presidente Avila Camacho hablaba entonces de la unión de todos los mexicanos, del amor entre todos los mexicanos. Generosa doctrina de seguro inspirada en el cristianismo y en la hermosa leyenda del paraíso terrenal. Ya el pez grande no se iba a comer al chico, ya iban a vivir en paz el gavilán con

la paloma, los lobos con los corderos, el tigre de la selva con la cabra del monte.

El lenguaje revolucionario va perdiendo su sentido y eficacia. Las palabras se gastan, se quedan vacías y dejan de tener su virtud galvanizadora. Crece la confusión en las ideas al mismo tiempo que la inmoralidad. Se presenta la crisis de la Revolución Mexicana. No es crisis de crecimiento, como alguien dijera; no, es crisis de agonía, del fin de un ciclo histórico.

Mientras tanto la guerra continúa y los hombres se asesinan en todos los continentes, cada vez con mayor perfección.

Estamos en los años de 1943 a 1945. El uso de la bomba atómica, ese crimen todavía no calificado, señala con precisión matemática el más grande e infernal triunfo de la magia negra en la tierra.

El término de la segunda guerra mundial —aceptamos por comodidad que así fué— coincide con la terminación de la Revolución Mexicana próximo a concluir el período de gobierno del presidente Avila Camacho; asistimos, sin darnos cuenta, al entierro de nuestro último gran movimiento social.

Y a nadie hay que culpar, nadie es responsable; porque así como nadie tiene la culpa de que los hombres sean mortales, de igual manera nadie la tiene de que las leyes históricas sean como son: dinámicas, implacables y creadoras.

EL gobierno del presidente Alemán, dígame lo que se diga, ya no es ni puede ser continuación de los gobiernos anteriores. Es mejor o peor; esto no es todavía tiempo de discutirlo; pero es otra cosa; marca una etapa nueva en la historia de México. Las palabras que se usan son diferentes. Sólo de tarde en tarde se emplea, por la fuerza de la costumbre o por inercia, la terminología revolucionaria. Hay nuevas ideas, nuevos conceptos y propósitos. Por supuesto que lo anterior no significa que se haya roto con el pasado radicalmente, por medio de un corte vertical. No hay cortes verticales en la historia. "La tradición de las generaciones muertas —escribió Carlos Marx— pesa como una montaña sobre el cerebro de los vivos". La historia se hace con fragmentos del pasado, la angustia del presente y anhelos colectivos de superación. Lo que se quiere decir al hablar de la terminación de un ciclo histórico y de nuevos con-

ceptos, propósitos e ideas, no implica negación de influencias pretéritas, sino simplemente dirección distinta, diversos sistemas, cambio de sendero para alcanzar parecidas o diferentes metas. Eso es todo. Y el gobierno del presidente Alemán, ello se advierte con claridad cenital, tiene diferencias importantes en relación con los regímenes anteriores, díganlo si no quienes hayan estudiado las leyes promulgadas durante su gestión y los discursos y declaraciones de él y de sus Secretarios de Estado.

El gobierno de Alemán no es de derecha; no lo es, porque es imposible romper con la tradición; es un gobierno centrista que oscilará a la derecha o a la izquierda según los acontecimientos internacionales y la presión interna de los partidos políticos más activos y de las organizaciones sociales, tales como los sindicatos obreros, las ligas de campesinos, por una parte, y por la otra las cámaras de comercio e industriales, asociaciones patronales, etc. Pero a mi parecer tal vez resulte a la postre más efectiva la presión del exterior que la que pueda ejercerse dentro de nuestras fronteras, por la colosal magnitud de la lucha mundial de grandes intereses económicos y políticos que se agitan en el trasfondo de las controversias diplomáticas.

No faltará quien piense por lo que se viene diciendo, que el actual régimen político carece de espina dorsal. Probablemente no es así. Lo que sucede es que todas las naciones pasan por un momento histórico de transición y de crisis moral e ideológica. El hombre, ya en otra ocasión lo he dicho, ha perdido el rumbo y el centro de gravedad. México no puede ser excepción a las condiciones internacionales, ni escapar a la acción desintegradora que se observa en todas partes. Parece que el año de 1945 señala una nueva Era en el acontecer de la especie humana. La muerte de Roosevelt, la caída de Berlín y la desintegración del núcleo, son tres acontecimientos de índole diversa, pero de tal trascendencia que el hombre contemporáneo no es todavía capaz de analizar cabalmente ni mucho menos reducirlos a una síntesis inteligible.

Sea de ello lo que fuere, por lo que a nosotros toca, la Revolución Mexicana dejó ya de ser presente y es ahora pretérito. A lo que asistimos a partir de 1947, en el campo político, en el terreno económico y en el desenvolvimiento social, es a

algo nuevo, superior o inferior, pero diferente. Hay una distinta luz y muchas distintas sombras en el futuro de la República.

Los ríos no fluyen en línea recta hacia el mar. Su curso es sinuoso, ondulante; forman recodos y a veces retroceden para poder seguir de nuevo su carrera; mas siempre llegan al mar y así cumplen su destino. La historia es como los ríos: avances y demoras, retrocesos momentáneos y otra vez la marcha hacia adelante. Tal vez nos hallamos en México, de igual manera que en otros países, en un momento de retroceso; empero, durará muy poco tiempo y las corrientes históricas continuarán su curso a pesar de los esfuerzos de quienes quisieran detenerlas.

Sostener que la Revolución Mexicana es ya un hecho histórico, no es necesariamente sostener una tesis reaccionaria como alguien maliciosamente pudiera suponerlo. No lo es porque la posición política depende fundamentalmente de las soluciones que se trate de dar a los problemas vitales del país. Si se dice que hay que desandar lo andado, volver al porfirismo, se es reaccionario; mas si se afirma que hay que ir más allá del punto al cual pudo llegar la Revolución, que hay que superarla, entonces se es progresista y se está a la izquierda como lo está el autor de este trabajo.

La posición correcta estriba en el deber indeclinable de luchar cada quien desde su trinchera, por la conquista definitiva de la justicia social para todos los ciudadanos, sin mengua de su libertad, o mejor dicho, sin mengua de las cuatro libertades —esperanza para el hombre desesperanzado— consagradas en la Carta del Atlántico.

EL LABERINTO DE LA SOLEDAD

Por *Octavio PAZ*

I

EL PACHUCO Y OTROS EXTREMOS

A TODOS, en algún momento, se nos ha revelado la existencia como algo particular, intransferible y precioso. Casi siempre esta revelación se sitúa en la adolescencia. Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solos; pero el niño, como el adulto, pueden trascender su soledad y olvidarse de sí mismos a través de juego o trabajo. En cambio el adolescente, vacilante entre la infancia —que cierra implacablemente sus puertas verdes— y la juventud, queda suspenso un instante ante la infinita riqueza del mundo. Y, un momento después, al pasmo sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia, el adolescente se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser —pura sensación en el niño— se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante.

A los pueblos en trance de crecimiento les ocurre algo parecido. Su ser se manifiesta como interrogación: ¿qué somos y cómo realizaremos eso que somos? Muchas veces las respuestas que damos a estas preguntas son desmentidas por la historia, acaso porque eso que llaman el "genio de los pueblos" sólo es un complejo de reacciones ante un estímulo dado; frente a circunstancias diversas, las respuestas pueden variar, y con ellas, el carácter nacional, que se pretendía inmutable. Así, no niego la naturaleza casi siempre ilusoria de esos ensayos de psicología nacional, pero me parece reveladora la insistencia con que, en ciertos períodos, los pueblos se vuelven sobre sí mismos y se interrogan. Despertar a la historia, significa adquirir conciencia de nuestra singularidad, momento de reposo reflexivo antes de entregarnos al hacer. "Cuando soñamos que soñamos, está pró-

ximo el despertar", dice Novalis. No importa, pues, que la respuesta que demos a nuestra pregunta sea luego corregida por el tiempo; también el adolescente ignora las futuras transformaciones de ese rostro que ve en el agua: indiscifrable a primera vista, como una piedra sagrada cubierta de incisiones y signos, la máscara del viejo es la historia de unas facciones amorfas, que un día emergieron confusas, extraídas en vilo por una mirada absorta. Por virtud de esa mirada las facciones se hicieron rostro y, más tarde, máscara, significación, historia.

Esta preocupación por la singularidad de mi país, que comparto con muchos, me parecía hace tiempo superflua y peligrosa. En lugar de interrogarnos a nosotros mismos, ¿no sería mejor crear, obrar sobre una realidad que no se entrega al que la contempla, sino al que es capaz de sumergirse en ella? Lo que nos puede distinguir del resto de los pueblos no es la siempre dudosa originalidad de nuestro carácter —fruto, quizá, de las circunstancias, siempre cambiantes—, sino la de nuestras creaciones. Pensaba que una obra de arte o una acción concreta definen más al mexicano —no solamente en tanto que lo expresan, sino en cuanto, al expresarlo, lo recrean— que la más penetrante de las descripciones. Mi pregunta, como las de los otros, se me aparecía así como un pretexto de mi miedo a enfrentarme con la realidad. Y todas las especulaciones sobre el pretendido carácter de los mexicanos me parecían hábiles subterfugios de nuestra impotencia creadora. Creía, como Samuel Ramos, que el sentimiento de inferioridad influye en nuestra predilección por el análisis y que la escasez de nuestras creaciones se explica no tanto por un crecimiento de las facultades críticas a expensas de las creadoras, como por una instintiva desconfianza acerca de nuestras capacidades.

Pero así como el adolescente no puede olvidarse de sí mismo —pues apenas lo consigue deja de serlo— nosotros no podemos substraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos. No quiero decir que el mexicano sea por naturaleza crítico, sino que atraviesa una etapa reflexiva. Es natural que después de la fase explosiva de la Revolución, el mexicano se recoja en sí mismo y, por un momento, se contemple. Las preguntas que todos nos hacemos ahora, probablemente resulten incomprensibles dentro de cincuenta años. Nuevas circunstancias tal vez produzcan reacciones nuevas.

No toda la población que habita nuestro país es objeto de mis reflexiones, sino un grupo concreto, constituido por esos

que, por razones diversas, tienen conciencia de su ser en tanto que mexicanos. Contra lo que se cree, este grupo es bastante reducido. En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia; otros, como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella. Y, sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entrededoran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. Bajo un mismo cielo —y con héroes, costumbres, calendarios y nociones morales diferentes— viven "católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de la Era Terciaria". Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aún las más antiguas, manan sangre todavía. A veces, como las pirámides precortesianas que ocultan casi siempre otras, en una sola ciudad o en una sola alma se mezclan y superponen nociones y sensibilidades enemigas o distantes.¹

La minoría de mexicanos que poseen conciencia de sí no constituye una clase inmóvil o cerrada. No solamente es la única activa —frente a la inercia indoespañola del resto— sino que cada día modela más el país a su imagen. Y crece. Conquistista a México. Y todos pueden llegar a sentirse mexicanos. Basta, por ejemplo, con que cualquiera cruce la frontera para que, oscuramente, se haga las mismas preguntas que se hizo Samuel Ramos en "El Perfil del Hombre y la Cultura en México". Así, debo confesar que casi todas las reflexiones que forman parte de este ensayo nacieron fuera de México, durante dos años de estancia en los Estados Unidos. Recuerdo que cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana, deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante. Esa imagen, destacada contra el fondo reluciente de los Estados Unidos, fué la primera y quizá la más profunda de las respuestas que dió ese país a mis preguntas. Por eso, al intentar expli-

¹ Nuestra historia reciente abunda en ejemplos de esta superposición y convivencia de diversos niveles históricos: el neo-feudalismo porfirista (uso este término en espera del historiador que clasifique al fin en su originalidad nuestras etapas históricas) sirviéndose del positivismo, filosofía burguesa, para justificarse históricamente; Caso y Vasconcelos —iniciadores intelectuales de la Revolución— utilizando las ideas de Boutroux y Bergson para combatir al positivismo porfirista; la Educación Socialista en un país de incipiente capitalismo; los frescos revolucionarios en los muros gubernamentales. . . Todas estas aparentes contradicciones exigen un nuevo examen de nuestra historia y de nuestra cultura, confluencias de muchas corrientes y épocas.

carme algunos de los rasgos del mexicano de nuestros días, principio con esos para quienes serlo es un problema de verdad vital, un problema de vida o muerte.

Al iniciar mi vida en los Estados Unidos residí algún tiempo en Los Angeles, ciudad habitada por más de un millón de personas de origen mexicano. A primera vista sorprende al viajero —aparte de la pureza del cielo y de la fealdad de las dispersas y ostentosas construcciones— la atmósfera vagamente mexicana de la ciudad, imposible de apresar con palabras o conceptos. Esta mexicanidad —gusto por los adornos, descuido y fausto, negligencia, pasión y reserva— flota en el aire. Y digo que flota porque no se mezcla ni se funde con el otro mundo, el mundo norteamericano, hecho de precisión y eficacia. Flota, pero no se opone; se balancea, impulsada por el viento, a veces desgarrada como una nube, otra erguida como un cohete que asciende. Se arrastra, se pliega, se expande, se contrae, duerme o sueña, hermosura harapienta. Flota: no acaba de ser, no acaba de desaparecer.

Algo semejante ocurre con los mexicanos que uno encuentra en la calle. Aunque tengan muchos años de vivir allí, usen la misma ropa, hablen el mismo idioma y sientan vergüenza de su origen, nadie los confundiría con los norteamericanos auténticos. Y no se crea que los rasgos físicos son tan determinantes como vulgarmente se piensa. Lo que me parece distinguirlos del resto de la población es su aire furtivo e inquieto, de seres que se disfrazan, de seres que temen la mirada ajena, capaz de desnudarlos y dejarlos en cueros. Cuando se habla con ellos se advierte que su sensibilidad se parece a la del péndulo, un péndulo que ha perdido la razón y que oscila con violencia y sin compás. Este estado de espíritu —o de ausencia de espíritu— ha engendrado lo que se ha dado en llamar el "pachuco". ¡Extraña palabra, que no tiene significado preciso o que, más exactamente, está cargada, como todas las creaciones populares, de una pluralidad de significados. Queramos o no, estos seres son mexicanos, uno de los extremos a que puede llegar el mexicano.

Incapaces de asimilar una civilización —que, por lo demás, los rechazaba— los pachucos no han encontrado más respuesta a la hostilidad ambiente que esta exasperada afirmación de su personalidad. Otras comunidades reaccionan de modo distinto; los negros, por ejemplo, rechazados por la intolerancia racial, se

esfuerzan por "pasar la línea" e ingresar a la sociedad. Quieren ser como los otros ciudadanos. Los mexicanos, que han sufrido una repulsa menos violenta, lejos de intentar una problemática adaptación a los modelos ambientes, afirman sus diferencias, las subrayan, procuran hacerlas notables. A través de un dandismo grotesco y de una conducta anárquica, señalan no tanto la injusticia o la incapacidad de una sociedad que no ha logrado asimilarlos, como su voluntad personal de seguir siendo distintos.

No importa, en este momento, conocer las causas de este conflicto y menos saber si tienen remedio o no. En muchas partes existen minorías que no gozan de las mismas oportunidades que el resto de la población. Lo característico del hecho reside en este obstinado querer ser distinto, en esta angustiada tensión con que el mexicano desvalido —huérfano de valedores y de valores— afirma sus diferencias frente al mundo. El pachuco ha perdido toda su herencia: lengua, religión, costumbres, creencias. Sólo le queda un cuerpo y un alma a la intemperie de todas las miradas. Su disfraz lo protege; lo oculta y, al mismo tiempo, lo exhibe.

Con su traje —deliberadamente estético y sobre cuyas obvias significaciones no es necesario detenerse— no pretende manifestar su adhesión a secta o agrupación alguna. El pachucismo es una sociedad abierta —en ese país en donde pululan religiones y atavíos tribales, destinados a satisfacer el deseo del norteamericano medio de sentirse parte de algo más vivo y concreto que la abstracta moralidad de la "american way of life"—. El traje del pachuco no es un uniforme, ni un ropaje ritual. Es, simplemente, una moda. Como todas las modas está hecha de novedad (madre de la muerte, decía Leopardi) e imitación.

La novedad del traje reside en su exageración. El pachuco lleva la moda a sus últimas consecuencias y la vuelve estética. Ahora bien, uno de los principios que rigen a la moda norteamericana es la comodidad; al volver estético el traje corriente, el pachuco lo vuelve "impráctico". Niega así los principios mismos en que su modelo se inspira. De allí su agresividad.

Esta rebeldía no pasa de ser un gesto vano, pues es una exageración de los modelos contra los que pretende rebelarse y no una vuelta a los atavíos de sus antepasados —o una invención de nuevos ropajes—. Generalmente los excéntricos subrayan con sus vestiduras la decisión de separarse de la socie-

dad, ya para constituir nuevos y más cerrados grupos, ya para afirmar su singularidad. En el caso de los pachucos se advierte una ambigüedad: por una parte su ropa los aísla y distingue; por la otra, esa misma ropa constituye un homenaje a la sociedad que pretenden negar.

La dualidad anterior se expresa también de otra manera, acaso más honda: el pachuco es un clown impasible y siniestro, que no intenta hacer reír y que procura aterrorizar. Esta actitud sádica se alía a un deseo de autohumillación, que me parece constituir el fondo mismo de su carácter: sabe que sobresalir es peligroso y que su conducta irrita a la sociedad; no importa, busca, atrae la persecución y el escándalo. Sólo así podrá establecer una relación más viva con la sociedad que provoca: víctima, podrá ocupar un puesto en ese mundo que hasta hace poco lo ignoraba; delincuente, será uno de sus héroes malditos.

La irritación del norteamericano procede, a mi juicio, de que ve en el pachuco un ser mítico y por lo tanto virtualmente peligroso. Su peligrosidad brota de su singularidad. Todos coinciden en ver en él algo híbrido, perturbador y fascinante. En torno suyo se crea una constelación de nociones ambivalentes: su singularidad parece nutrirse de poderes alternativamente nefastos o benéficos. Unos le atribuyen virtudes eróticas poco comunes; otros, una perversión que no excluye la agresividad. Figura portadora del amor y la dicha o del horror y la abominación, el pachuco parece encarnar la libertad, el desorden, lo prohibido. Algo, en suma, que debe ser suprimido; alguien, también, con quien sólo es posible tener un contacto secreto, a oscuras.

Pasivo y desdeñoso, el pachuco deja que se acumulen sobre su cabeza todas estas representaciones contradictorias, hasta que, no sin dolorosa autosatisfacción, estallan en una pelea de cantina, en un "raid" o en un motín. Entonces, en la persecución, alcanza su autenticidad, su verdadero ser, su desnudez suprema, de paria, de hombre que no pertenece a parte alguna. El ciclo, que empieza con la provocación, se cierra: ya está listo para la redención, para el ingreso a la sociedad que lo rechazaba. Ha sido su pecado y su escándalo; ahora, que es su víctima, se le reconoce al fin como lo que es: su producto, su hijo. Ha encontrado al fin nuevos padres.

En suma, por caminos secretos y arriesgados el "pachuco" puede ingresar a la sociedad norteamericana —pero a condición de que se resigne a no ser lo que, confusamente, pretende ser—.

Por otra parte, el acceso le está vedado si no irrita a la sociedad y desencadena la persecución. Así pues, no me parece exagerado decir que si el "pachuco" se integra al medio, lo hace dando un rodeo, a través de la rebeldía y la oposición: a pesar suyo y a pesar de los que lo aceptan.²

Si esto ocurre con personas que hace mucho abandonaron su patria, que apenas si hablan el idioma de sus antepasados, y para quienes esas secretas raíces que atan al hombre con su cultura se han secado casi por completo, ¿qué decir de los otros? Su reacción no es tan enfermiza, pero pasado el primer deslumbramiento que produce la grandeza de ese país, de modo instintivo todos se colocan en una actitud crítica, nunca de entrega. Recuerdo que una amiga, a la que hacía notar la belleza de Berkeley, me decía: —"Sí, esto es muy hermoso, pero no logro comprenderlo del todo. Aquí hasta los pájaros hablan en inglés. ¿Cómo quieres que me gusten las flores si no conozco su nombre verdadero, su nombre inglés, un nombre que se ha fundido ya a los colores y a los pétalos, un nombre que ya es la cosa misma? Si yo digo bugambilia, tu piensas en las que has visto, en tu pueblo, trepando un fresno, moradas y litúrgicas, o sobre un muro, cierta tarde, bajo una luz plateada. Y la bugambilia forma parte de tu ser, es una parte de tu cultura, eso que recuerdas después de haberlo olvidado. Esto es muy hermoso, pero no es mío, porque lo que dicen el ciruelo y los eucaliptos no lo dicen para mí, ni a mí me lo dicen".

² Sin duda en la figura del "pachuco" hay muchos elementos que no aparecen en esta descripción. Pero el hibridismo de su lenguaje y de su porte me parecen indudable reflejo de una oscilación psíquica entre dos mundos irreductibles y que vanamente quiere conciliar y superar: el norteamericano y el mexicano. El "pachuco" no quiere ser mexicano, pero tampoco yanqui. Cuando llegué a Francia, en 1945, observé con asombro que la moda de los muchachos y muchachas de ciertos barrios —especialmente entre estudiantes y "artistas"— recordaba a la de los "pachucos" del sur de California. ¿Era una rápida e imaginativa adaptación de lo que esos jóvenes, aislados durante años, pensaban que era la moda norteamericana? Pregunté a varias personas. Casi todas me dijeron que esa moda era exclusivamente francesa y que había sido creada al final de la Ocupación. Algunos llegaban hasta a considerarla como una de las formas de la "Resistencia": su fantasía y barroquismo eran una respuesta al orden de los alemanes. Aunque no excluyo la posibilidad de una imitación más o menos indirecta, la coincidencia me parece notable y significativa.

Sí, nos encerramos en nosotros mismos, hacemos más profunda y exacerbada la conciencia de todo lo que nos separa, nos aísla o nos distingue. Y nuestra soledad aumenta porque no buscamos a nuestros compatriotas, sea por temor a contemplarnos en ellos, sea por un penoso sentimiento defensivo de nuestra intimidad. El mexicano, fácil a la efusión sentimental, la rehuye. Vivimos ensimismados, como esos adolescentes taciturnos —y, de paso, diré que apenas si he encontrado ese especie entre los jóvenes norteamericanos— dueños de no se sabe qué secreto, guardado por una apariencia hosca, pero que espera sólo el momento propicio para revelarse.

No quisiera extenderme en la descripción de estos sentimientos, ni en la aparición, muchas veces simultánea, de estados deprimidos o frenéticos. Todos ellos tienen en común el ser irrupciones inesperadas, que rompen un equilibrio difícil. La existencia de un sentimiento de real o supuesta inferioridad frente al mundo podría explicar, parcialmente al menos, la reserva con que el mexicano se presenta ante los demás y la violencia inesperada con que las fuerzas reprimidas rompen esa máscara impasible. Pero, más vasta y profunda que el sentimiento de inferioridad, yace la soledad. Es imposible identificar ambas actitudes: sentirse solo no es sentirse inferior, sino distinto. El sentimiento de soledad, por otra parte, no es una ilusión —como, a veces, lo es el de inferioridad—, sino la expresión de un hecho real: somos, de verdad, distintos. Y, de verdad, estamos solos.

No es el momento de analizar este profundo sentimiento de soledad —que se afirma y se niega, alternativamente, en la melancolía y el júbilo, en el silencio y el alarido, en el crimen gratuito y el fervor religioso—. En todos lados el hombre está solo. Pero la soledad del mexicano, bajo la gran noche de piedra de la Altiplanicie —poblada todavía de dioses insaciables— es diversa a la del norteamericano, extraviado en un mundo abstracto de máquinas, conciudadanos y preceptos morales. En el Valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran. La realidad, esto es, el mundo que nos rodea, existe por sí misma, tiene vida propia y no ha sido inventada, como en los Estados Unidos, por el hombre. El mexicano se siente arrancado del seno de esa realidad, a un tiempo

creadora y destructora: ha olvidado el nombre, la palabra que lo liga a todas esas fuerzas en que se manifiesta la vida. Por eso grita o calla, apuñalea o reza, se echa a dormir cien años.

La historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, "pocho", cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea. En su excéntrica carreta ¿qué persigue? Va tras su catástrofe: quiere volver a ser sol, volver al centro de la vida de donde un día —¿en la Conquista o en la Independencia?— fué desprendido.

Nada más alejado de este sentimiento —que parte, como el religioso, de una total orfandad— que la soledad del norteamericano. En ese país el hombre no se siente arrancado del centro de la creación, ni suspendido entre fuerzas enemigas. El mundo ha sido construido por él y está hecho a su imagen: es su espejo, pero ya no se reconoce en esos objetos inhumanos. Y como al mago inexperto, sus creaciones ya no le obedecen. Está solo entre sus obras, perdido en un "páramo de espejos", como dice José Gorostiza.

ALGUNOS pretenden que todas las diferencias entre los norteamericanos y nosotros son económicas, esto es, que ellos son ricos y nosotros pobres, que ellos nacieron con la Democracia, el Capitalismo y la Revolución Industrial y nosotros con la Contrarreforma, el Monopolio y el Feudalismo. Por más profunda y determinante que sea la influencia del sistema de producción en la creación de una cultura, me rehuso a creer que bastará con que poseamos una industria pesada y vivamos libres de todo imperialismo económico, para que desaparezcan nuestras diferencias (más bien espero lo contrario y en esa posibilidad veo una de las grandezas de la Revolución). Y, ¿para qué buscar en la historia una respuesta que sólo nosotros podemos dar? Si somos nosotros los que nos sentimos diferentes, ¿qué es lo que nos hace diferentes, y en qué consisten esas diferencias?

Voy a insinuar una respuesta, que quizá no sea del todo satisfactoria. Con ella no pretendo sino aclararme a mí mismo el sentido de algunas experiencias y admito que quizá no tenga más valor que el de constituir una respuesta personal a una pregunta personal.

Cuando llegué a los Estados Unidos me asombró, por encima de todo, la seguridad y la confianza de la gente, su aparente alegría y su aparente conformidad con el mundo que los rodeaba. Esta satisfacción no impide, claro está, la crítica —una crítica valerosa y decidida, que no es muy frecuente en los países del Sur, en donde prolongadas dictaduras nos han hecho más cautos para expresar nuestros puntos de vista—. Pero esa crítica respeta la estructura de los sistemas y nunca desciende hasta las raíces. Recordé entonces aquella distinción que hacía Ortega y Gasset entre los usos y los abusos, para definir lo que llamaba "espíritu revolucionario". El revolucionario es siempre radical, quiero decir, no anhela corregir los abusos, sino los usos mismos. Casi todas las críticas que escuché en labios de norteamericanos eran de carácter reformista: dejaban intacta la estructura social o cultural y sólo tendían a limitar o a perfeccionar estos o aquellos procedimientos. Me pareció entonces —y me sigue pareciendo todavía— que los Estados Unidos son una sociedad que quiere realizar sus ideales, que no desea cambiarlos por otros y que, por más amenazador que le parezca el futuro, tiene confianza en su supervivencia. No quisiera discutir ahora si este sentimiento se encuentra justificado por la realidad o por la razón, sino solamente señalar su existencia. Esta confianza en la bondad natural de la vida, o en la infinita riqueza de sus posibilidades, es cierto que no se encuentra en la más reciente literatura norteamericana —que más bien se complace en la pintura de un mundo sombrío— pero era visible en la conducta, en las palabras y aun en el rostro de casi todas las personas que trataba.

Por otra parte, se me había hablado del realismo americano y, también, de su ingenuidad, cualidades que al parecer se excluyen. Para nosotros un realista siempre es un pesimista. Y una persona ingenua no puede serlo mucho tiempo si de veras contempla la vida con realismo. ¿No sería más exacto decir que los norteamericanos, más que conocer a la realidad, la utilizan y la aceptan? En algunos casos —por ejemplo, ante la muerte— no sólo no desean conocerla, sino que visiblemente evitan su idea. He conocido a algunas señoras ancianas que todavía tienen ilusiones y que hacen planes para el futuro como si este fuera inagotable. Desmienten así aquella frase de Nietzsche, que condena a las mujeres a un precoz escepticismo, porque, "en tanto que los hombres tienen ideales, las mujeres sólo

tienen ilusiones". Así pues, el realismo americano es de una especie muy particular y su ingenuidad no excluye el disimulo, y aun la hipocresía. Una hipocresía que no es tanto un vicio del carácter —como entre nosotros— sino una tendencia del pensamiento y que consiste en la negación de todos aquellos aspectos de la realidad que nos parecen desagradables, irracionales o repugnantes.

La contemplación del horror —y aun la familiaridad y la complacencia en su trato— constituyen, contrariamente, uno de los rasgos más notables del carácter mexicano. Los Cristos ensangrentados de las iglesias pueblerinas, el humor macabro de ciertos encabezados de los diarios, los "velorios", la costumbre de comer el 2 de noviembre panes y dulces que fingen huesos y calaveras, son hábitos, heredados de indios y españoles, inseparables de nuestro ser. Nuestro culto a la muerte es culto a la vida, del mismo modo que el amor, que es hambre de vida, es anhelo de muerte. El gusto por la autodestrucción no se deriva nada más de tendencias masoquistas, sino también de una cierta religiosidad.

Y no terminan aquí nuestras diferencias. Ellos son crédulos, nosotros creyentes; aman los cuentos de hadas y las historias policíacas, nosotros los mitos y las leyendas. Los mexicanos mienten por fantasía, por desesperación o para superar su vida sórdida; ellos no mienten, pero substituyen la verdad verdadera, que es siempre desagradable, por una verdad social. Nos emborrachamos para confesarnos; ellos para olvidarse. Son optimistas; nosotros nihilistas —sólo que nuestro nihilismo no es intelectual, sino una reacción instintiva: por lo tanto es irrefutable—. Los mexicanos son desconfiados; ellos abiertos. Nosotros somos tristes y sarcásticos; ellos alegres y con sentido del humor. Los norteamericanos quieren comprender; nosotros contemplar. Son activos; nosotros quietistas. Disfrutamos de nuestras llagas como ellos de sus inventos. Creen en la higiene, en la salud, en el trabajo, en la felicidad, pero tal vez no conocen la verdadera alegría, que es una embriaguez y un torbellino. En el alarido de la noche de fiesta nuestra voz estalla en luces y vida y muerte se confunden; su vitalidad se petrifica en una sonrisa: niega la vejez y la muerte, pero inmoviliza la vida.

¿Y cuál es la raíz de tan contrarias actitudes? Me parece que para los norteamericanos el mundo es algo que se puede perfeccionar; para nosotros, algo que se puede redimir. Ellos

son modernos. Nosotros, como sus antepasados puritanos, creemos que el pecado y la muerte constituyen el fondo último de la naturaleza humana. Sólo que el puritano identifica la pureza con la salud. De ahí el ascetismo que purifica, y sus consecuencias: el culto al trabajo por el trabajo, la vida sobria —a pan y agua—, la inexistencia del cuerpo en tanto que posibilidad de perderse —o encontrarse— en otro cuerpo. Todo contacto contamina. Razas, ideas, costumbres, cuerpos extraños llevan en sí gérmenes de perdición e impureza. La higiene social completa la del alma y la del cuerpo. En cambio los mexicanos, antiguos o modernos, creen en la comunión y en la fiesta: no hay salud sin contacto. Entre los aztecas Tlazolteotl, la diosa de la inmundicia y la fecundidad, de los humores terrestres y humanos, era también la diosa de los baños de vapor, del amor sexual y de la confesión. Y, contra lo que podría pensarse, no hemos cambiado tanto: el catolicismo también es comunión.

Ambas actitudes me parecen irreconciliables y, en su estado actual, insuficientes. Mentiría si dijera que alguna vez he visto transformado el sentimiento de culpa en otra cosa que no sea rencor, solitaria desesperación o ciega idolatría. La religiosidad de nuestro pueblo es muy profunda —tanto como su inmensa miseria y desamparo—, pero su fervor no hace sino darle vueltas a una noria exhausta desde hace siglos. Mentiría también si dijera que creo en la fertilidad de una sociedad fundada en la imposición de ciertos principios modernos. La historia contemporánea invalida la creencia en el hombre como una criatura capaz de ser modificada esencialmente por no importa qué instrumentos pedagógicos o sociales. El hombre no es solamente fruto de la historia y de las fuerzas que lo mueven, como se pretende ahora; tampoco la historia es el resultado de la sola voluntad humana —presunción en que se funda, implícitamente, el sistema de vida norteamericano—. El hombre, me parece, no está en la historia: es historia.

El sistema norteamericano sólo quiere ver la parte positiva de la realidad. Desde la infancia se les impone a hombres y mujeres a través de un inexorable proceso de adaptación; esos principios, contenidos en breves fórmulas, son repetidos sin cesar por la prensa, el radio, las iglesias, las escuelas y esos seres bondadosos y siniestros que son las madres y esposas norteamericanas. Presos en esos principios como la planta en la maceta, el hombre y la mujer nunca crecen o maduran; semejante con-

fabulación no puede sino provocar violentas rebeliones individuales. La espontaneidad se venga en mil formas, sutiles o terribles. La máscara benevolente, atenta y desierta, que substituye a la movilidad dramática del rostro humano —y la sonrisa que la fija casi dolorosamente— muestran hasta qué punto la intimidad puede ser devastada por la árida victoria de los principios sobre los instintos. El sadismo subyacente en casi todas las formas de relación de la sociedad contemporánea, acaso no sea sino una manera de escapar a la petrificación que impone la moral. Y las religiones nuevas. Y la embriaguez, que libera y abre las puertas a la "vida". Es sorprendente la significación casi fisiológica y destructiva de esa palabra: vivir quiere decir excederse, romper normas, ir hasta el fin (¿de qué?), "experimentar sensaciones". Cohabitar en una "experiencia" (por eso mismo unilateral y frustrada). Pero no es el objeto de estas líneas describir todas esas reacciones. Baste decir que todas ellas, como las opuestas mexicanas, me parecen reveladoras de nuestra común incapacidad para reconciliarnos con el fluir de la vida.

UN examen de los grandes mitos humanos relativos al origen de la especie y al sentido de nuestra presencia en la tierra, revela que toda cultura —entendida como creación y participación común de valores— parte de la convicción de que el orden del Universo ha sido roto o violado por el hombre, ese intruso. Por el "hueco" o abertura de la herida que el hombre ha infligido en la carne compacta del mundo, puede irrumpir de nuevo el caos, que es el estado antiguo y por decirlo así, *natural* de la vida. El regreso "del antiguo Desorden Original" es una amenaza que obsede a todas las conciencias en todos los tiempos. Holderlin expresa en varios poemas el pavor ante la fatal seducción que ejerce sobre el Universo y sobre el hombre la gran boca vacía del caos:

... Si, fuera del camino recto,
Como caballos furiosos, se desbocan los Elementos
Cautivos y las antiguas
Leyes de la Tierra. *Y un deseo de volver a lo informe*
Brota incesante. Hay mucho
Que defender. Hay que ser fieles.³

³ Los Frutos Maduros.

Hay que ser fieles, porque hay *mucho que defender*. El hombre colabora activamente a la defensa del orden universal, sin cesar amenazado por lo informe. Y cuando éste se derrumba, debe crear uno nuevo, esta vez suyo. Pero el exilio, la expiación y la penitencia deben preceder a la reconciliación del hombre con el universo. Ni mexicanos ni norteamericanos hemos logrado esta reconciliación. Y, lo que es más grave, temo que hayamos perdido el sentido mismo de toda actividad humana: asegurar la vigencia de un orden en que coinciden la conciencia y la inocencia, el hombre y la naturaleza. Si la soledad del mexicano es la de las aguas estancadas, la del norteamericano es la del espejo. Hemos dejado de ser fuentes.

Es posible que lo que llamamos pecado no sea sino la expresión mítica de la conciencia de nosotros mismos, de nuestra soledad. Recuerdo que en España, durante la guerra, tuve la revelación de "otro hombre" y de otra clase de soledad: ni cerrada, ni maquinal, sino abierta a la trascendencia. Sin duda la cercanía de la muerte y la fraternidad de las armas producen, en todos los tiempos y en todos los países, una atmósfera propicia a lo extraordinario, a todo aquello que sobrepasa la condición humana y rompe el círculo de soledad que rodea a cada hombre. Pero en aquellos rostros —rostros obtusos y obstinados, brutales y groseros, semejantes a los que, sin complacencia y con un realismo acaso encarnizado, nos ha dejado la pintura española— había algo como una desesperación esperanzada, algo muy concreto y, al mismo tiempo, muy universal. No he visto después rostros parecidos.

Mi testimonio puede ser tachado de ilusorio. Considero inútil detenerme en esa objeción: esa evidencia ya forma parte de mi ser. Pensé entonces —y lo sigo pensando— que en aquellos hombres amanecía "otro hombre". El sueño español —no por español, sino por universal y, al mismo tiempo, por concreto, porque era un sueño de carne y hueso y ojos atónitos— fué luego roto y manchado. Y los rostros que ví, han vuelto a ser lo que eran antes de que se apoderase de ellos aquella alborozada seguridad (¿en qué: en la vida o en la muerte?): rostros de gente humilde y ruda. Pero su recuerdo no me abandona. Quien ha visto la Esperanza, no la olvida. La busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres. Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo, no sabe donde, acaso entre los suyos. En cada hombre late la posibilidad de ser o, más exactamente, *de volver a ser*, otro hombre.

EN TORNO AL PACTO DEL ATLANTICO

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

UN análisis desapasionado de la presente situación mundial conduce a la conclusión de que después de dos años de haber perdido la iniciativa, Rusia está otra vez en condiciones de jugar sus cartas con grandes posibilidades de ganar. Lo primero que requiere un juicio acertado es definir claramente la naturaleza del asunto en litigio. Aquí lo que contiene son dos tendencias evidentemente contrapuestas: la tendencia anglo-sajona a aislar a Rusia, poniéndola en cuarentena y marcándola con el estigma de agresor potencial, y la tendencia de Rusia de romper el cerco, recabando para sí misma el título de verdadero defensor de la paz.

El escenario de esta gigantesca disputa es muy amplio y variado, pero es sobre todo las Naciones Unidas y el Consejo de Ministros de Negocios Extranjeros, el lugar decididamente favorecido por la diplomacia soviética para desarrollar el Plan elaborado en los últimos meses hasta sus últimos detalles por el Kremlin. Tratar de seguir el periodismo sensacionalista describiendo un Plan que es secreto exclusivo de los miembros del Bureau Político y suponer que allí pueden haber "fuites" o indiscreciones como en cualquier otro Ministerio de Relaciones Exteriores de otro país, sería pueril. No sería además original pues hasta hoy ya han sido publicadas en los Estados Unidos diversas versiones "completas" del nuevo pensamiento político soviético y ninguna de ellas es tomada seriamente en los círculos diplomáticos a los que yo me he acercado. Son fácilmente elaborables, mezcla de hechos conocidos con especulaciones imaginativas y alguna de ellas puede finalmente corresponder a la realidad. Pero, sin deseo por mi parte de entrar en esa competencia de primicias informativas (sccops), parece poder ser establecido desde ahora que es en la Asamblea de Lake Success que se va a abrir el 20 de septiembre, puesto que el Departamento de Estado no tiene ningún interés en ver

reunido de nuevo el Consejo de Ministros de Negocios Extranjeros, originalmente fijado para simultanearse con la Asamblea, donde Rusia se dispone a recobrar plenamente su iniciativa internacional. Y mi impresión es que no escogerá esta vez el camino del ataque que ha dado frecuentemente a Vishinsky, en términos de gran elocuencia tribunicia y a Gromyko, en términos de intervenciones más sobrias pero extraordinariamente eficaces, oportunidad de colocar a los jefes de las delegaciones occidentales en una situación desagradable, pero fácil de sorrear. Esta vez mi cálculo (*my guess*) es que se presentarán haciendo proposiciones muy precisas sobre problemas esenciales, más difíciles de ser rechazadas como mera propaganda.

Ello no excluye la continuación de la campaña llevada a cabo, fuera del marco diplomático, en el dominio popular. Los Congresos de Paz se suceden cumpliendo su misión de testimoniar cuán profunda y general es la aversión hacia la guerra. Son el coro para la gran voz que se anuncia. Pero, los rusos son suficientemente realistas para haberse dado cuenta de que, por una serie de razones que yo no quiero entrar a examinar aquí, esos Congresos de Paz son sólo susceptibles de reunir en derredor suyo un auditorio muy limitado. Es casi imposible combinar dos situaciones contradictorias ensanchando la participación de todos estos Congresos de Paz más allá de las diferencias surgidas en las filas de la izquierda. Tener dentro de una sala de un Congreso por noble que sea el lema que lo patrocine, trabajando armónicamente a las mismas fuerzas que en la calle se querellan con acritud, escapa al mayor genio de organización. Su alcance sería distinto si detrás de las banderas que ondean sobre las salas del Congreso, marchase una multitud compactamente identificada como la que a raíz de los sucesos de 1934 abrió en Francia el camino al Frente Popular.

Sin descuidar esa propaganda muy útil en otros aspectos, son ahora las Naciones Unidas la tribuna desde la cual Rusia espera ser cumplidamente oída. Es eso lo que puede hacer de la próxima reunión de Lake Success una Asamblea más llena de vida que la última.

Pero, para entender bien el próximo curso de la política exterior rusa y no ver en cada uno de sus movimientos un simple truco, o un gesto más de propaganda, es necesario volver sobre los antecedentes de la nueva acción que se perfila. Para ver claro en el problema fundamental de la política exterior

mundial, el restablecimiento de un comienzo de real colaboración entre los Estados Unidos y Rusia, lo cual quiere decir entre los dos Bloques, hay que recordar muy bien cómo esa colaboración se rompió.

HAY ya una literatura abundante y en cierto grado suficiente para situar exactamente el nacimiento de la política de Bloques, que ha retrasado la organización de la paz y ha estado a punto de desencadenar otra guerra. Tenemos por de pronto las Memorias de cuantos acompañaron al gran Presidente en su último esfuerzo de sentar las bases sobre las cuales asegurar en el futuro la colaboración de las Grandes Potencias ya prácticamente vencedoras. El origen de los dos Bloques remonta a Yalta y a los acuerdos, explícitos e implícitos, Roosevelt-Stalin; pero, únicamente una desnaturalización deliberada de los hechos, de la que son responsables en los Estados Unidos los adversarios de Roosevelt, puede culpar a éste de que dichos acuerdos, en vez de promover la paz, la pusiesen en peligro.

En 1945 asistimos en San Francisco a la primera manifestación pública de la rivalidad entre los antiguos Aliados. En mi memoria están presentes todos los detalles de la jornada adversa en que los Estados Unidos y Rusia chocaron sobre la admisión de la Argentina. Días después Molotov me honraba recibéndome y pude darme cuenta, en el curso de la larga entrevista, de cómo la actitud de la Delegación americana borrando de un solo manchón todo lo que había proclamado Roosevelt sobre el carácter de la guerra —“destrucción de la tiranía fascista” era una de sus definiciones favoritas— había advertido a los rusos de un cambio brusco en la estimación de los objetivos de guerra.

Después ya todo se desarrolla en un ritmo tumultuoso de imprecaciones y reproches recíprocos, a costa de la verdad histórica. En la segunda Asamblea de las Naciones Unidas, en San Francisco, a comienzos de 1946, las maneras convencionales de buena amistad y cooperación entre los Cuatro Grandes comienzan a dar paso a las intervenciones descompuestas e hirientes. Los dos Bloques se dibujan en una perspectiva desastrosa de desacuerdo reciente entre los Aliados Anglo-sajones y la Unión Soviética, con Francia sin la visión y el nervio suficientes para retener su indicado papel de intermediaria.

Los dos Bloques —Occidental y Oriental— se enfrentan pronto en el dominio universal. A pesar de hacerse más difícil cada día, en un sentido constructivo, la realización de "Un solo mundo" ("One World"), que dió título al libro del malogrado y tan inteligente Wendell Wilkie, no queda de hecho un rincón, de un Continente a otro, en que no repercuta desfavorablemente la escisión producida en la coalición victoriosa. A la idea original de colaboración internacional que inspirase la creación de las Naciones Unidas, va reemplazando la realidad patética de un encuentro en todos los horizontes. Sólo una clase de gente y una ideología determinada gozan sin reservas del espectáculo: los herederos de Hitler, con Franco a la cabeza, los "colaboradores" de los regímenes Quisling, y, sobre todo, los alemanes y el fascismo, como ideología, que destruido en el terreno militar se apresta a volver políticamente a su favor el curso de la nueva era que se abre.

Si es San Francisco donde se manifiesta públicamente la divergencia de posiciones fundamentales en la manera de tratar los problemas de la post-guerra, el desacuerdo efectivo precede a dicha reunión histórica. La auténtica solidaridad de la coalición anti-hitleriana se ha desquebrajado desde hace tiempo. Había sido ya puesta a prueba, dejando un reguero de duda e irritación, en las discusiones entre los Estados Mayores y los gobiernos sobre el momento y lugar de abrir un segundo frente. La desconfianza de unos hacia otros había vuelto a renacer. Sería demasiado simple explicarla meramente en términos del constante recelo de la Unión Soviética, temerosa de una política de "encirculamiento" por parte de los Estados capitalistas y que es tan antiguo como la aparición de la Revolución rusa en un mundo que va a ser sacudido hasta sus entrañas por ella. Si es cierto que el recuerdo de los Estados capitalistas financiando y armando a Denikin, Kolschak y Wrangel, domina la vieja guardia bolchevique y ha sido transmitido a las generaciones jóvenes, la desconfianza de ahora no se nutre exclusivamente de reminiscencias. El Kremlin está convencido de que el objetivo máximo de la política internacional americana es detener a Rusia en todas las direcciones.

Yo insisto en lo de "todas las direcciones". No es sólo sobre el Elba. Cuando el Gobierno soviético suscita en una muy razonada y moderada nota la cuestión de los Estrechos, apuntando a una Turquía que ha vestido su neutralidad de

bien visibles colores nazis, la propaganda orquestada de los Estados Unidos se arroja sobre Rusia acusándola de delirio imperialista y sacando a relucir todos los antecedentes reveladores del deseo de expansión, sintetizados en Pedro el Grande. Tiene que ser un porta-voz oficioso del Quai d'Orsay quien por una vez se atreva a disentir de Washington, recordando las promesas incumplidas hechas a Rusia en ese aspecto durante la primera guerra mundial.

La escisión se formaliza al responder la Unión Soviética a esos primeros indicios hostiles del lado occidental, cambiando su política en relación con Alemania y sustituyendo la idea de la unidad económica del antiguo Imperio de Hitler, acordada por Washington, Moscú y Londres por el cierre económico de sus fronteras. La división entre Este y Oeste se trasplanta a Alemania, hoy como ayer, en el supremo punto neurálgico. Era lo único que le faltaba para devenir (perdónese el galicismo) peligrosamente explosiva.

Se alza aquí la interrogante de si no se le ofrecía a Rusia otra alternativa que el proceder como procedió. Si no estaba en sus posibilidades el romper desde un principio la punta de la cruzada anti-rusa, asumiendo una posición internacional que la hubiese convertido en la intérprete y líder del vasto anhelo de un mundo mejor que dominaba el sentir público al fin de la guerra. Yo soy de los que lealmente he razonado mi convicción de que sí existía esa posibilidad. Sigo creyendo hoy que si Rusia en vez de buscar su seguridad en el avance de sus posiciones territoriales de defensa y en el apoyo de una sección, limitada por vigorosa y dinámica que sea, de la opinión mundial como son los partidos comunistas, hubiese apelado a los pueblos en sus mayorías entonces pujantes, pidiendo su adhesión y su colaboración activa para un programa de paz que incluyese desde la destrucción de los últimos residuos del fascismo hasta la liquidación del sistema colonial y la reconstrucción de las economías destrozadas por la guerra con un criterio de verdadero "New Deal" (Nuevo Trato) no para volver al poder a las viejas clases capitalistas y a los trusts, toda la propaganda anti-rusa de los Estados Unidos se hubiese devorado a sí misma en su propia impotencia. Esa podía haber sido su entrada fantástica en la política internacional, aureolada de toda la gloria de Stalingrado y del ejemplo vivo de que a la Unión Soviética ni se la intimidaba, ni se la vencía.

La existencia de los dos Bloques adquiere rápidamente estado formal. La enunciación de la doctrina Truman, complementada por el Plan Marshall (fué pueril el intento durante las primeras semanas después del anuncio del Plan Marshall en presentarlo como una cosa distinta e independiente de la doctrina Truman), vino a consagrar oficialmente la división. Políticamente los dos Bloques se enfrentan ya en todas partes —hasta allí donde menos cabía anticipar un choque, por ejemplo, en la W. H. O. (organización internacional de higiene). Económicamente se ven obligados de tiempo en tiempo a negociar entre ellos acuerdos particulares y eso todavía deja en pie un puente aprovechable. Es más: es por ahí que yo veo un avance posible hacia una mejoría de las relaciones ruso-americanas, utilizando el acuerdo, bien que limitado, conseguido en la última Conferencia de los Cuatro Ministros de Negocios Extranjeros en París.

La "guerra fría" alcanza su momento crucial en la primavera de 1948. Yo, que en medio de las informaciones y comentarios más alarmistas, continuaba terco escribiendo y diciendo que no habría guerra, vi, sin embargo, esos días la situación muy fea. El peligro estaba en que los partidarios de "pegar los primeros", antes de que la Unión Soviética se hiciese con la bomba atómica en cantidades suficientes, aprovecharan la emoción causada por los acontecimientos de Praga y el suicidio de Jan Massaryk, que era extraordinariamente popular en los Estados Unidos, para hacer caer una opinión, excitada con toda clase de noticias sobre los designios agresivos de los rusos, de su lado. Ese era el peligro. La preocupación subsiguiente de que a lo largo del bloqueo de Berlín y del mantenimiento por los americanos del puente aéreo, se suscitase un incidente irreparable, la caída de una docena de aviadores americanos muertos por las baterías soviéticas, no la compartí. Sin negar el riesgo, yo confiaba suficientemente en el alto grado de disciplina del ejército soviético y en la determinación del Kremlin de evitar cualquier incidente de esa naturaleza.

Los acontecimientos de Praga no bastaron a los partidarios de la guerra preventiva para hacer prevalecer su punto de vista. Pero, sí sirvieron a la preparación psicológica del Pacto del Atlántico.

El Pacto del Atlántico pudo ser así concluído con una rapidez que nadie hubiese esperado, dada la oposición de un

sector considerable de la opinión americana y las diferencias de criterio entre sus próximos signatarios. Sin haberse creado la atmósfera adecuada a su negociación, se hubiesen multiplicado los reparos para poner la firma al pie de un documento que, por su estructura, por el número de participantes, y las obligaciones que impone a sus signatarios, no se parece en nada a ninguno de los que le han precedido. Reparos surgieron —en el seno de varios gabinetes europeos, basta recordar la controversia que desató en Escandinavia; en el propio Secretariado de las Naciones Unidas, cuyo Secretario General, ahí está su discurso de hace unos días, no ha podido ser convencido, como no podía serlo, de que el Pacto se conforme a la Carta de la suprema organización de paz—, pero fueron superados. Sobre ellos venció la concepción americana de que, o Europa se sumaba al esfuerzo de contener a los Soviets, o sería absorbida por ellos. Una descomunal campaña de pánico montada sobre la llamada experiencia checoslovaca, el bloqueo de Berlín, las huelgas mineras francesas, la supuesta inminente invasión de Finlandia, y todo cuanto se quiera, precedió a la última y decisiva insinuación de Washington: o los países occidentales se prestan a cerrar sus filas contra Rusia, o los Estados Unidos los abandonan a su suerte, comenzando por cortar las cañerías del Plan Marshall.

Siguiendo a la doctrina Truman y al Plan Marshall, el Pacto del Atlántico consuma la clasificación de los Estados de estructura comunista o próxima, en el orden internacional. Es en derredor de sus contornos que la muralla de contén debe de ser levantada. Para interpretar el Pacto del Atlántico como dirigido contra ella, la Unión Soviética no tiene sino que citar los discursos de los personajes oficiales occidentales, tan pronto pasado el momento de su anuncio en que todavía el convencionalismo diplomático pretende presentarlo como puramente defensivo y susceptible de recibir un día la adhesión de las naciones que quedan fuera, sin discriminación geográfica, o política.

El mismo día —24 de agosto de 1949— en que el Pacto del Atlántico entró en vigor, a pesar de que en la ceremonia que tuvo lugar en Washington, el Presidente Truman dijo que "ninguna nación debía de temer los resultados de nuestra cooperación", toda una serie de comentarios americanos celebrando el acontecimiento apuntaban bien directamente a Rusia. Pero,

es que solamente tres días antes el propio Presidente Truman se había lanzado en su esfuerzo de reducir la oposición en el Congreso, en un nuevo discurso en Florida, ante una asamblea de los "Veteranos de las guerras exteriores", a denunciar a la Unión Soviética como el país "que está bloqueando el camino de la paz".

Y es que la diplomacia y la política americana están enredadas en la doble tarea de proclamar, de un lado, el carácter puramente defensivo del Pacto del Atlántico y la ausencia de todo designio anti-ruso —es solamente el agresor teórico el que es señalado y advertido; pero, se halla a la vez bajo la urgencia de espolear a un Congreso reacio a votar los dólares necesarios para el armamento de Europa y al que únicamente se le puede convencer, llamando al supuesto agresor por su nombre y mostrándolo incesantemente dispuesto a avahzar por Europa, por Asia, por América si no se le fuerza ahora a retroceder.

Es la misma contradicción en que incurre la presentación simultánea por la propaganda americana de una Rusia derrotada en Berlín como consecuencia del fracaso del bloqueo, con sus huestes comunistas exteriores diezmadas en cada nueva elección, con un Plan Quinquenal que no marcha, con los países satélites ansiosos de seguir a Tito, y de una Rusia temible para contener la cual ningún sacrificio, de posiciones ideológicas, o de dinero es demasiado grande.

Europa desde luego no se deja amedrentar por el codo de la guerra. Hubo un momento sí, en 1948, en el que por las razones arriba dichas, llegó casi a creer en el conflicto inevitable. Hoy está de vuelta de esa zozobra. Yo lo he escrito muchas veces en los últimos meses: a medida que Europa cesa de creer en la guerra y la considera tan estúpida como innecesaria, el Pacto del Atlántico va vaciándose de contenido. Su contenido inicial era en la opinión de sus principales promotores, llenarlo de un programa efectivo y rápidamente realizable de armamentos. En el mensaje del Presidente Truman al Congreso, en las diversas comparecencias del Secretario de Estado Dean Acheson ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, en la controversia que enfrentó a la mayoría con la dialéctica fría del "isolacionista" Senador Taft, el argumento invariable y lógico era: "Si no votáis el dinero necesario para armar a Europa, el Pacto del Atlántico no pasará de ser una demostración". Pero, es que tampoco las armas para

Europa resuelven el problema si los que están destinados a manejarlas no sienten el menor deseo de batirse. Y esa es la gran verdad que yo me arriesgué a hacer estallar desde las columnas de "The Nation" cuando la mayoría de los reportajes y noticias y comentarios estaban presentando a un Continente al nivel de la cruzada americana montada contra el Este. Yo dije hace meses: "Europa no quiere luchar". Y hoy escribiendo desde Europa lo repito una vez más.

A los países que pasaron por la terrible experiencia nazi y fueron víctimas de la agresión alemana, no se les engolosina con la perspectiva de aliarse a una Alemania que antes todavía de formar su Gobierno occidental está ya actuando y hablando como si hubiese ganado la guerra y estuviese llamada a mandar y a manejar a Europa. No les entusiasma el relegar a segundo o tercer plano sus problemas económicos más inmediatos, los que afectan el bienestar personal o familiar, para inflar los presupuestos militares a costa de las otras partidas civiles. No les entusiasma a los que aun continúan pensando políticamente, si es que no militan en la extrema derecha, el espectáculo de ver avanzar la reacción en todas partes como si no hubiese habido guerra de 1939 y como si en los tiempos de Hitler y Mussolini la reacción internacional no hubiese estado a su servicio.

Uno de los pilares sobre los cuales laboristas británicos y liberales anti-comunistas americanos marchando en una misma dirección, habían edificado su política común —el desarrollo en Europa de la "Tercera Fuerza"— se está viniendo abajo. La "Tercera Fuerza" tenía como su centro aglutinante los Partidos Socialistas. En Bélgica, uno de sus reductos más fuertes, han sido desalojados del Gobierno. Todos los indicios en Francia parecen predecir que al volver el Parlamento de sus vacaciones, gracias a las cuales se dió a sí mismo un par de meses más de respiro el hábil Presidente Queuille, la crisis será inevitable y será resuelta saliendo también los socialistas franceses del gobierno.

La "libre empresa" (la "free enterprise" americana) inspira la oratoria siempre brillante y juvenil de un Paul Reynaud, pero no es tan fuertemente sentida por los pueblos europeos como en los Estados Unidos, para que en su nombre se batan ni con los rusos, ni con nadie. Un industrial francés, más bien moderado en política, me ha contado cómo entre sus amigos

se discutía no hace muchos meses la conveniencia de no significarse demasiado como enemigos de los comunistas, pues "habría que estar quizás un día en buenos términos con los comunistas, si el ejército ruso ocupaba Francia". Europa no está en un ánimo beligerante.

De otro lado el espíritu crítico de los europeos les inmuja contra un exceso de delirio unitario. Que Europa deba unirse es para la mayoría de ellos un mandato del buen sentido. Pero, ven en la Conferencia "europea" de Estrasburgo a los partidarios de Mr. Churchill y de M. Reynaud interesados sobre todo en impedir que ningún socialista reciba una Vicepresidencia y en que sean llevadas al banco de los acusados todas las teorías de socialización y nacionalización. Ven a Francia y a Inglaterra en constantes disputas de tarifas. Para no decir nada de los conflictos de intereses entre los Estados Unidos y los países europeos, especialmente entre los dos grandes artífices del Pacto del Atlántico, los Estados Unidos y la Gran Bretaña; ha sido en medio de los más irritados comentarios de la prensa británica de todos los matices contra la incompreensión americana al juzgar su esfuerzo de post-guerra, que los delegados de la Gran Bretaña, encabezados por Cripps y Bevin, han salido para participar en las conversaciones anglo-americanas de Washington. Y no sólo el problema de la desvalorización de la libra y de las relaciones económicas directas entre los dos países: en Londres se quejan a voz alta de que el general Mac Arthur en la política que lleva adelante en Tokio, no tiene en cuenta los intereses británicos, y se da como ejemplo el hecho de que bajo la presión del comandante en jefe nortamericano, los industriales japoneses han hecho a Siam ofertas para la entrega de locomotoras a un precio veinticinco por ciento inferior a las ofertas británicas. Es el reverso de las quejas americanas de que en la Argentina los británicos, arruinan las posibilidades de los Estados Unidos, entendiéndose directamente con Perón.

No; no todo es armonía en el campo occidental. Ello ha de impulsar también a los rusos a presentar un plan de cooperación económica internacional. Está en su interés pulsar sobriamente la situación, utilizando a fondo el deseo de paz de Europa y del mundo, pero sin olvidar que una vez las colaboraciones más justificadas, como era el presentar una política

común frente a una Alemania todavía no libre de su espíritu agresivo, fueron rotas y que únicamente en la medida que ella pueda atraerse, por la firmeza y claridad de sus proposiciones, el apoyo de los pueblos, la nueva gran oportunidad que ahora se le ofrece será plenamente aprovechada.

LA PARTICIPACION DE LOS ALUMNOS EN EL GOBIERNO UNIVERSITARIO

Por *Luis* ALBERTO SANCHEZ

HE aquí uno de los más discutidos temas en torno de la organización de las Universidades latinoamericanas. Desde el punto de vista "conservador", que es más conocido como "antirreformista", se condena la participación de los alumnos en los consejos directivos de la Universidad, como una medida "demagógica", "revolucionaria", "antidisciplinaria", "inmoral" y "contraproducente". Conviene meditar acerca de tales términos, antes de mostrar la situación actual del asunto a través de las legislaciones vigentes en nuestra América.

Históricamente, la participación alumnal es legítima, y, al revés de lo que se afirma en comentarios más políticos que científicos o didácticos, se trata de un uso antiguo, al que se ha devuelto su actualidad, restaurándolo a partir de 1918. Nuestras Universidades reconocen la paternidad o maternidad de las de Bolonia, Padua y Salamanca. No la de París. París fué como todos saben una Universidad teológica, de *maestros*, mientras que Bolonia fué una Universidad de *estudiantes*. Históricamente, pues, la gran Universidad de Bolonia estaba dividida según las "naciones", que eran agrupaciones de alumnos, cuya hegemonía fué casi absoluta. Se explica, porque el origen y trayectoria de dicha Universidad obedecía al natural impulso de los que *pedían* cultura, no de los que buscaban a quien impartirla. Los maestros de París, desde Abelardo fueron catequistas; los de Bolonia, servidores del apetito intelectual de sus discípulos. Esta distinción fundamental en la partida explica todo lo que sigue. Y explicar, además, según he dicho, la diferencia sustancial entre las Universidades norteamericanas, provenientes de las nórdicas, que se alinearon en las mismas filas que las de París, y las de Latinoamérica que se organizaron dentro de los mismos moldes que la de Bolonia.

Al establecerse a mediados del siglo xvi las Universidades coloniales en el Nuevo Mundo, sujetas al cartabón de la de Salamanca, según puede verse en las Reales Cédulas de creación (Valladolid, 11 de mayo de 1551, por ejemplo), se trasplantó el régimen peninsular, en el cual los alumnos tenían voz y voto para decidir el nombramiento de sus profesores y aun su Rector. Como información concreta cabe recordar aquí que, en las elecciones de autoridades y catedráticos universitarios, en la Universidad de San Marcos, votaron 25 catedráticos y 4 representantes de los alumnos. Tres años después, en las de 1687, se reconoció derecho a sufragio a todas las autoridades y catedráticos del claustro, y a una delegación de 39 alumnos. Más tarde a fines del siglo xvii, se suprime la intervención alumna, a mérito del rumbo político del virreinato, sometido a la influencia francesa y, por tanto, con algunas concesiones a los usos de París, pero de ninguna manera se pretendió entregar a los profesores el gobierno absoluto de San Marcos. En el Consejo compuesto por siete dignatarios que sustituyó la representación estudiantil, figuraron el Arzobispo de Lima y el Decano del Cabildo Metropolitano, como representantes del Poder Eclesiástico; el Maestrescuela del Cabildo de Lima, como personero del Municipio o vecindario; el Inquisidor Mayor, como delegado de la pesquisa o gobierno de almas, de suerte que por lo menos 4 de los 7 electores del Rector y los Decanos pertenecían a entidades ajenas a la Universidad.

La Universidad colonial jamás pretendió, repito, que el gobierno de la Universidad fuese fruto de las deliberaciones y decisiones de sólo una parte de la Institución —los maestros—, sino que, o respetó la opinión de la otra parte —los alumnos— o estableció la del "público" o entidades neutrales. Fué la República la que rompió este proceso. Como los sucesos políticos de fines del siglo xviii agitaron tanto las conciencias juveniles, fué inevitable que los estudiantes se negasen a prestar su concurso a una causa tan atractiva y alta como era la revolucionaria. En los libros acerca del funcionamiento de la Inquisición al terminar el siglo xviii y comenzar el xix se encuentran numerosos datos sobre la actividad estudiantil en las conjuras liberales y emancipadoras. Naturalmente, la autoridad política trató de cerrar el paso a dicha insurgencia, y uno de los medios fué restarle importancia en la elección de autoridades

del claustro. Al finalizar la segunda década del siglo XIX, los virreyes que aun subsistían se apresuraron a *intervenir* las Universidades, nombrando por acto directo Rectores afines a sus propósitos políticos. Así, el Virrey Joaquín de la Pezuela y Sánchez clausuró la Universidad de San Marcos, en 1818, para reabrirla en seguida bajo el rectorado de un conmlitón en el amor irreprimible e ilímite hacia España.

La República recibió una Universidad desquiciada. Muchos de los maestros pertenecían ideológicamente al Virreinato, por mucho que hubiesen ya progresado los conocimientos y se hubieran difundido las enseñanzas de Newton, Leibniz, Bacon, Grocio. Los discípulos entraron de rondón a la vida civil, contraria a los usos del claustro. Con la ausencia de los jesuitas, no pocas de las Universidades de este tipo (Córdoba, Chuquisaca, Cuzco, Guatemala, Panamá, etc.), quedaron abandonadas o en desorden. El Estado actuó con ellas como había actuado con las "manos muertas" de la Compañía: se las apropió y, ya bajo la tutela del Poder Político, en este caso, del Poder Ejecutivo, se trató de infundirles una fisonomía estadual que no se compadecía con la efectiva ausencia del Estado y real presencia del caudillaje. Igual que siempre, en tales casos se pretendió subsanar la crisis y desconcierto, con un alarde de autoridad. El cuerpo de profesores resultó, así, sustituido o colaborador del Poder Político, de quien recibía su autoridad. Y como el Poder Político representaba entonces, o la hegemonía militar (nada propicia a la disciplina inteligente de las Universidades) o la omnipotencia de un grupo social de terratenientes y funcionarios criollos, ligados por sus esencias a la Colonia, entonces, y sólo entonces, adquirió vigor la tesis que aparta al estudiante de toda ingerencia en la administración universitaria. Restablecerla, como la propició la reforma de Córdoba desde 1918, lejos de significar, pues, un acto revolucionario, entraña una muestra de *restauración tradicionalista*.

Lejos de existir pues, base "demagógica" alguna en la instauración y funcionamiento del régimen de participación alumnal en el gobierno de la Universidad, existe una base clásica, histórica, tradicional.

Por otra parte, gran parte del descontento estudiantil tiene por origen la ignorancia de los esfuerzos que se realizan en las Universidades para mejorarlas; en el no conocer las prácticas administrativas ni los obstáculos aún de índole personal con

que se tropieza por hallar profesores y pagarlos adecuadamente. . . Nada es tan fácil como criticar; y nada es tan ocioso como enseñar Derecho, Administración, Pedagogía, etc., sin la práctica irremplazable que proporciona el compartir responsabilidades. La experiencia prueba que ahí donde el alumno recibe y arrostra su responsabilidad de miembro de la comunidad espiritual a que pertenece, hay menos conflictos. Al comienzo quizás se agudicen por los inevitables excesos de toda iniciación y todo aprendizaje. Pero, la práctica indica provecho y progreso ahí donde tales usos alcanzaron a desarrollarse. Si la participación alumnal se mantiene dentro de límites prudentes, sin incurrir en exageraciones, esas, sí, demagógicas, nada tan falso como acusar de entrega de la autoridad al alumnado. Tal entrega se produce siempre que el profesor no está seguro de su función y que la autoridad asalta o recibe como dádivas el cargo que detenta.

El paralelo con los Estados Unidos es absurdo. Primero, por las razones originales o históricas señaladas. Segundo, por las de método y financiamiento que se apuntan en seguida.

La Universidad norteamericana clásica fué siempre una entidad *privada*. Tanto Harvard como el Colegio del Príncipe (después Universidad de Columbia), tanto Princeton como Darmouth College, tanto Yale como el William and Mary's College, que son las más antiguas instituciones de los Estados Unidos, resultaron como efecto de largos esfuerzos particulares. Cada secta religiosa quería parar bien a sus sacerdotes y teólogos, para lo que instituyó sus Universidades o Colegios Mayores propios, sostenidos por los feligreses, quienes, en virtud del dinero invertido y del interés religioso inmediato que en ello tenían, quedaban automáticamente convertidos en censores y contralores del progreso de la Universidad o Colegio.

No así, en las Universidades coloniales nuestras. Si bien solicitaron su fundación diversas órdenes religiosas, especialmente dominicos y jesuitas, casi siempre actuaban en nombre de la comunidad, y así fué como el Cabildo de Lima respaldó en 1549 los acuerdos del Concilio provincial de los dominicos realizado en Cuzco en 1548, donde se hizo vehemente defensa de la necesidad de fundar en el Perú un Estudio General o Universidad. El Cabildo al hacer suya tal idea y financiar los gastos de los emisarios a España, dió carácter colectivo—regional o nacional, según el caso—a la fundación en ciernes.

Además, y no es poco, la única religión vigente en las colonias españolas de América, era la Católica, Apóstolica y Romana, de suerte que la competencia entre las Ordenes religiosas no tenían los caracteres excluyentes y exclusivos que la pugna entre las diversas sectas en las Middle Colonies.

Llegados a nuestros días, la diferencia, lejos de atenuarse, se acentuó. Primero, porque nuestras universidades adoptaron un patrón humanista, de cultura general, de servicio humano, mientras que las norteamericanas se fueron haciendo más y más unilaterales, hasta el punto de dar vida a ese engendro contemporáneo que se denomina, monstruosamente "Universidad técnica", que es como si dijéramos "la totalidad de la parte" o la cuadratura del círculo. Segundo porque dado el carácter semigratuito de la Universidad latinoamericana, donde se va desde la gratuidad absoluta decretada en Venezuela y Uruguay, hasta el pago de no más de un 10 ó 15 por ciento por el alumno, se ha tenido que contar con el Estado como principal fuente de rentas; y como el Estado, no bien maduro, suele confundirse con el Poder Ejecutivo, y éste con un hombre o grupo de hombres de idénticos intereses, he aquí que la Universidad ha debido que correr los albuces de la política nacional, y su control quedar a merced de los altibajos correspondientes. En cambio, la Universidad norteamericana reemplazó en parte la antigua organización sectaria o comunitaria, basada en una religión, por una asociación financiera de fideicomisarios o *trustees*, quienes, no obstante de considerar la tarea universitaria como ajena a todo beneficio o utilidad económica, no pueden dejar de vigilar para que no se convierta en una razón de pérdidas de tal índole. De suerte que el *trustee* y sus funcionarios cuidan, por propio interés, de la vida de la Universidad: calidad de profesores, distribución de fondos, incrementos de los deportes, desarrollo de las bibliotecas y laboratorios, adquisición de celebridades, todo, en fin, lo que concurra a aumentar el prestigio, y, por tanto, los ingresos y la influencia del cuerpo.

En la Universidad latinoamericana carente de tales estímulos y controles, con notoria tendencia a la burocratización, el único contrapeso posible es el del más directamente interesado en la mejoría del nivel de enseñanza y difusión cultural: el alumno. Con ello, de contera, rescata una vieja influencia, restaura una meritisima tradición.

No figuran estos antecedentes y motivos en el libro de mayor enjundia reformista que al respecto se ha publicado en América: *Estudiantes y Gobierno Universitario*, por Gabriel del Mazo (Buenos Aires, 1946), líder de la reforma de Córdoba en 1918 y Vicerrector de la Universidad de la Plata hasta 1945. Por eso mismo juzgo oportuno enunciarlos, antes de extraer algunos de los comentarios que sobre la materia ha publicado dicho profesor.

Del Mazo recuerda, con sobradísima razón que la "Universidad es una República de Estudiantes" dando a este vocablo una amplitud adecuada "común a todos sus miembros". Tal república requiere coherencia interna. Siendo el alumno "titular de los derechos cívicos de la Nación", toma por derecho, participación en la vida y gobierno de esta república menor, y el "tercio" del alumnado, unido en el comicio y copartícipe en la representación general, simboliza el porvenir como ideal progresivo e indivisible". Dentro de un concepto democrático cabe argumentar en pro de la representación alumnal que una república no puede estar a merced de la minoría; pero, como la Universidad es una República ad hoc, de calidad, tampoco puede quedar en manos de la mayoría por la mera razón de ser número. Se impone el equilibrio, mediante una adecuada intervención del calificado como maestro, en mayoría; del graduado (que nunca debe llamarse egresado, pues eso implicaría negar la esencia permanente de Alma Mater que tiene la Universidad), y el alumno. Por otra parte, esta mixtura armónica en el gobierno universitario facilita el inexorable tránsito de la entidad claustral de selección o élite a entidad al servicio del pueblo, hecho que ha recogido y confirmado el doctor Lifer Evans, Rector de la Universidad del País de Gales, en la reciente conferencia preparatoria de Universidades, patrocinada por la UNESCO, realizada en Utrecht, en agosto de 1948 (Ver "Rapport de la Conférence Préparatoire des représentants des Universités". Organisation des Nations Unies, Pour l'Education, la Science et la Culture, Paris, 1948).

Desde luego, no cabe otorgar voto irrestricto al estudiante. Los que arguyen en contra, diciendo que carece de suficiente experiencia, no se equivocan del todo, pero, si, cuando, a base de ello pretenden negar toda intervención alumnal. Las legislaciones vigentes suelen concordar en dos limitaciones: 1º negar el derecho a ser representantes o delegados a los alumnos de

primer año, a quienes sin embargo se les reconoce el derecho de votar por sus delegados propios; 2º reconocer el derecho de ser delegados o representantes estudiantiles y, por tanto, miembros de los Consejos Directivos Universitarios, a los alumnos de últimos años; 3º reconocer tal derecho sólo a los alumnos que obtengan determinado puntaje o notas, lo cual me parece atentatorio por vicioso, ya que pone la selección en manos del profesor, quitando a la delegación estudiantil sus caracteres propios; establecer el carácter de irrevocabilidad al mandato estudiantil, a fin de librarlo de las presiones del momento y convertirlo en bandera de algaradas perturbadoras de la vida universitaria; 5º otorgarle una duración mínima de un año; 6º prohibir que la delegación o representación estudiantil pueda servir de escalón para conquistar posiciones en el magisterio o administración universitaria, mediante la prohibición que el delegado o representante en los Consejos sea electo profesor o nombrado funcionario de la institución antes de que haya transcurrido un año o dos desde que cese en aquel cargo.

El establecimiento de estos y otros controles o limitaciones impide que la intervención alumna en el gobierno universitario degeneren en antesala de prebendas o canonjías, y rodea de independencia el cargo.

Mi experiencia personal durante 1931, primero, y durante 1946, 1947 y 1948, en la Universidad de San Marcos de Lima, la primera vez como profesor, y en los tres años últimamente indicados, como Rector de la institución, me permite afirmar, sin rodeos, que la participación de los alumnos en el gobierno de la Universidad, limitada a los actos administrativos, no a los académicos, como son los exámenes de grado, los exámenes de promoción, la labor específicamente técnica de los institutos, etc., ha sido resueltamente benéfica y evitó conflictos en horas muy graves para el Perú. Si no hubiese sido por ello, San Marcos no hubiera podido mantenerse como se mantuvo incólume; pese a la tenaz e insidiosa campaña lanzada en contra suya para entreverarla en las pendencias políticas. No bien se rompió tal equilibrio estallaron dificultades hasta este momento dolorosamente insalvables.

EXAMINEMOS, ahora, con brevedad, la legislación vigente en América Latina acerca del cogobierno, como exageradamente

se le denomina, o sea la participación del alumno en el gobierno de la República Universitaria.

En Argentina, a partir del movimiento reformista de Córdoba en 1918, se fueron modificando las disposiciones estatutarias de sus Universidades en 1919, 1920, 1922, para dar paso a la legitimidad de la representación alumnal en los Consejos Directivos. Dicho sistema ha funcionado sin dificultades durante un cuarto de siglo. Pero, los sucesos *políticos* de 1943, culminados en 1945, y la actitud solidaria de grandes profesores y numerosos alumnos al formular declaraciones principistas sobre la estructura democrática de la República, produjeron una reacción *política* contra la Universidad, y la elaboración, discusión y aprobación de una ley que empezó a regir el 1° de enero de 1948, según la cual, prácticamente, queda abolido el sistema de participación estudiantil en el gobierno de la Universidad, ya que, según el artículo 85, los alumnos "tendrán participación en los Consejos Directivos por *intermedio de un delegado por cada escuela*". Tal delegado deberá ser un alumno de "último año, el cual deberá haber obtenido las más altas calificaciones durante su carrera" (art. 86). Este cargo es irrenunciable. Tal delegado sólo concurrirá a las sesiones del Consejo, cuando sea especialmente citado, y tendrá en ellas voz, pero no voto. Además se establece (Art. 30) que a las sesiones del Consejo Directivo de las Facultades podrán concurrir, como asistentes o espectadores, "no más de 15 estudiantes de la Facultad, de acuerdo con la reglamentación que oportunamente se dicte". En realidad, el delegado estudiantil, citado cuando el profesorado quiera, con voz pero sin voto, no es fruto de una elección sino de una selección, por lo que hace innecesaria la irrevocabilidad, pero también haría absurda la irrevocabilidad, puesto que así resulta un delegado forzado, impuesto a los alumnos y a la propia conciencia o voluntad del seleccionado por los profesores.

En Bolivia, la Universidad de San Andrés, a cuya semejanza, con ligerísimas variantes, funcionan las otras del país, reconoce (art. 6 de los Estatutos pertinentes) que el Consejo Universitario se constituye por el Rector, los Decanos y Directores de cada escuela y un alumno de cada escuela, o sea que el profesorado tiene al Rector, a los Decanos de Facultad (que son tres), y a 13 directores de escuelas, frente a 13 delegados alumnos, electos por mayoría absoluta en asamblea presidida

por el Decano o director. Todo catedrático o estudiante puede concurrir a las sesiones de consejo. Para elegir al Rector se reúne a todos los catedráticos y profesores, y un número de delegados alumnos igual al de profesores que tengan derecho a voto. La elección se hace por mayoría de dos tercios. En los Consejos Directivos de las Facultades, los alumnos tienen sólo un tercio. El quórum es también de un tercio.

Por primera vez se ha reconocido en el Brasil, el año 1946, el derecho de los alumnos a participar en el gobierno de la Universidad: en el Capítulo III, artículo 10 del Decreto 10, 21.321, se establece que en la Asamblea Universitaria habrá un representante del "cuerpo discente" de cada facultad o escuela, proporción muy minoritaria; ninguno en el Consejo de Curadores; pero, sí, los ex alumnos; y, en el Consejo Universitario, tendrá asiento ex officio el Presidente del Directorio Central de Estudiantes y uno de los ex alumnos. Además el Presidente de cada Directorio Académico de estudiantes forma parte del correspondiente Consejo Departamental (art. 62). El Directorio Central de Estudiantes lo forman los delegados de cada Directorio Académico o de escuela o facultad.

Desde 1924 contó Colombia con representación alumnal en sus consejos. (Del Mazo). La ley vigente, de 1935, otorga una representación de dos delegados estudiantiles, electos por los Consejos de alumnos en asamblea, para el Consejo Directivo de la Universidad que preside el Ministro de Educación y Vicepresidente el Rector, Consejo Directivo que consta de un total de nueve miembros. En los Consejos de Facultad, figuran el Decano, dos delegados de los profesores y dos delegados de los alumnos, uno de los cuales deberá ser profesor y el otro alumno.

En Costa Rica, los alumnos tienen derecho a elegir un delegado por cada Facultad o escuela ante la Asamblea Universitaria; dos delegados estudiantes ante el Consejo Universitario, que consta de 15 miembros. En los Consejos de Facultad, los alumnos tienen un delegado, electo, entre los matriculados de años superiores.

Hasta 1940 tuvo la Universidad de Cuba participación estudiantil en sus Consejos Directivos. La ley de ese año la suprimió, aunque reconociendo la personería de la Federación de Estudiantes y demás asociaciones alumnales. La práctica ha demostrado la inconveniencia de dicha supresión, pues es

notoria la intervención directa, y a menudo abusiva, de los estudiantes en la vida del claustro, así como en la política. Lejos de contribuir a la disciplina y cooperación universitaria, la ausencia de representación auténtica y oficial de los alumnos en la vida oficial del claustro, les ha dado motivo para una acción absorbente, irregular y belicosa. Nadie niega hoy en Cuba la necesidad de canalizar tales actividades por cauces de normalidad y colaboración.

La Universidad de Chile, que se rige por un Decreto Ley 1931, promulgada por el gobierno militarista del general Ibáñez, a quien derribaron en buena parte las rebeldías universitarias poco después, no reconoce legalmente la participación estudiantil en sus consejos, pero, de hecho, la hay, sobre todo desde 1946 en que, mediante un proceso evolutivo, de sumo interés, muy de acuerdo con la fisonomía del régimen del país, se ha llegado a un entendimiento constructivo y pacífico entre las autoridades y los estudiantes, de suerte que éstos tienen ya sus delegaciones oficiales en los Consejos de la Universidad, en el número de tres en cada caso.

En la Universidad Central de Quito, los alumnos tienen la siguiente representación: un delegado por cada escuela ante la Asamblea que elige Rector y tiene otras funciones supremas; un tercio de miembros del Consejo Universitario y un tercio en los Consejos de Facultad.

Aunque el Estatuto de 1933 se dictó en El Salvador, en época de dictadura, se reconoce en él el derecho estudiantil a tener un delegado por cada Facultad en el Consejo Superior Directivo, lo que equivale a poco menos del tercio. Este Consejo Directivo elige al Rector. En cada Junta Facultativa hay dos representantes de los alumnos. En la asamblea figuran todos los miembros estudiantiles de las Juntas Facultativas.

En el Consejo Superior Universitario de la Universidad de San Carlos de Guatemala, cada Facultad está representada por el Decano, un delegado del respectivo colegio profesional, y un alumno. Según los artículos 35 y 36 de la Ley Orgánica de la Universidad de Guatemala, los Consejos Facultativos se constituyen o integran con dos delegados estudiantes y dos delegados profesores, pero éstos (llamados vocales) son electos por igual número de catedráticos y alumnos, lo cual coloca a aquéllos en condición de innecesaria inferioridad.

En la Universidad de Haití no existe representación estudiantil en los Consejos.

Ignoro si la hay en la de Honduras, pero presumo que, si no la había, la situación debe haber cambiado favorablemente o va a cambiar en días muy cercanos, vista la evolución general del país en el sentido de mayor democracia.

El sistema de representación alumnal en el gobierno de la Universidad se bosqueja en México desde 1910. En el Estatuto actual ese principio se consagra de modo concreto. No hay delegación estudiantil en la Junta de Gobierno, formada por 15 miembros, mayores de 35 y menores de 70 años; ni tampoco la hay en el Patronato. Pero, sí, la hay en el Consejo Universitario y en los Consejos Técnicos de las Facultades. Se trata, por cierto, de una representación *sui generis*, por modo indirecto. Se forma así: los alumnos de cada año de cada Facultad o escuela eligen un elector propietario y otro suplente, que representa a los alumnos en el Consejo. Para ser consejero estudiantil, es decir, delegado de los alumnos ante el Consejo Universitario requiérese ser nacido en México, pertenecer a uno de los tres últimos años de estudio de su Facultad o escuela; haber estudiado los dos últimos años en una de las Facultades o escuelas de la respectiva Universidad, haber obtenido nota promedial de 8 ó más y no haber merecido castigos. En los Consejos Técnicos figuran un profesor delegado por cada una de las especialidades de la Facultad (o escuela) y dos representantes alumnos elegidos por *todos* (sin distinción de especialidades) los matriculados en la Facultad. A diferencia de Cuba, la Universidad de México propugna la libre organización de los estudiantes.

No obstante las condiciones peculiares de Nicaragua, durante los últimos años, la Ley reconoce la personería de los alumnos en la Asamblea Universitaria, en la cual actuarán todos los profesores y solamente un representante del alumnado (art. 11). Esta asamblea se reúne cada dos años y tiene funciones predominantemente pedagógicas. Las características de la Universidad nicaragüense no son de las más liberales que se conozcan.

Desde 1943, los universitarios panameños tienen representación en los organismos directivos de su institución. A tenor de su ley estatutaria, la Universidad la integran profesores y alumnos (art. 3). Figuran dos estudiantes por cada facultad

en el Consejo General Universitario, que preside el Rector y completan todos los profesores Titulares, Agregados y Auxiliares. En la Junta Administrativa figuran el Rector, un delegado del Ministerio de Educación Pública, el Decano General, todos los Decanos y 6 delegados del alumnado. Hay un delegado estudiantil en la Junta de Síndicos, integrada por 8 personas más, cuatro de ellas ajenas a la Institución. En los Consejos de Facultad figuran dos delegados estudiantiles.

La Ley de 1946, o sea el Estatuto Universitario del Perú es, probablemente, el más comprensivo y democrático de todos. Descansa sobre bases estrictamente realistas y equitativas. Los alumnos tienen derecho a un tercio del Consejo Universitario en la forma de un Delegado por cada Facultad, frente al Decano. Frente a la representación profesoral constituida por el Decano y un delegado catedrático por cada Facultad. También tienen el tercio de la Asamblea Electoral que designe al Rector, en la siguiente forma: los profesores de cada Facultad votan por 8 nombres para designar 10 electores; los alumnos votan por 4 para elegir 5 electores alumnales. De esta suerte, siempre hay representación de la minoría. En los Consejos de Facultad tienen también un tercio, para lo cual se computa el número de profesores de categoría, esto es, electos por 10 años, y si fuese preciso integrar su número para que den cifra par y se haga posible el cálculo del tercio, se considerará, sólo para el efecto de tal cómputo, al profesor de categoría inmediatamente inferior de mayor antigüedad. Estas disposiciones rigieron sin perturbación alguna desde 1946 hasta que el 9 de abril de 1949, sin causa justificatoria alguna, la Junta Militar dictó un ukase mediante el cual se derogó el Estatuto, aprobado por unanimidad por el Congreso de la República, y se puso en vigencia la Ley de 1941, estableciéndose concretamente que no habrá representación alumnal en el Estatuto que se elabore y, algo más llamativo: que los estudiantes tendrán derecho sólo una vez al mes a ponerse en directo contacto con su Decano, por medio de sus personeros, y cada dos meses con su Rector, por idéntica vía. No se había dado jamás en la historia entera de San Marcos, disposición tan absurda y estrambótica, lesiva para el estudiantado y para la ética de la Institución.

No obstante de que la existencia de la Facultad de Derecho se debe, en la Universidad de Asunción, a la insistencia estudiantil de 1931, la Ley orgánica de esta entidad sólo reconoce

personería a los alumnos en los Consejos Directivos de Facultad, siendo electo sólo y en forma de asamblea, sin voto secreto en ninguna otra formalidad, al menos legal. Los estudiantes no tienen representación en el Consejo Superior Universitario, salvo para proponer la terna de Rector, en cuyo caso todos los delegados alumnos a los Consejos facultativos pasan a formar parte de dicho Consejo Superior.

Es muy importante que, según la Ley 135, de 7 de mayo de 1942, Sección 10, la Universidad de Puerto Rico, pese a su origen y estructura típicamente sajona, considere que en la Junta Universitaria de Río Piedras, así como en la de Mayaguez, un estudiante universitario, como delegado alumna, quien toma asiento en dicho cuerpo junto con el Rector, los Decanos y el Delegado del claustro. Aunque el cumplimiento de esta disposición ha sido suspendido a raíz de los sucesos universitarios de 1948 en Río Piedras, la Ley continúa en vigencia y seguramente su aplicación está sólo momentáneamente en suspenso por acto directo de la Universidad.

Los estudiantes tienen representación en el Consejo Universitario y ante los Consejos de Facultad de la Universidad del Uruguay.

En la de Venezuela, pese al cambio de régimen, que ha entregado el Gobierno a una Junta Militar, se ha respetado el Estatuto de Septiembre de 1946, dictado en virtud del clamor de profesores y alumnos. Los alumnos tienen representación del uno por cada Universidad ante el Consejo Nacional de Universidades, o sea poco menos de la mitad; 3 delegados ante el Consejo Universitario de cada Universidad, formado por el Rector, el Secretario, los Decanos y los delegados de los graduados; un tercio de miembros de los Consejos de Facultad.

TAL es, en síntesis, la historia y la realidad del sistema de participación estudiantil en el gobierno universitario.

De lo dicho fluye una verdad incontrovertible: realmente los únicos países que han omitido la representación alumna, por razones obvias.

También se comprueba que la supresión o disminución de dicho régimen se ha debido casi siempre a gobiernos dictatoriales, de tipo militarista. En plena democracia jamás se ha atentado contra una reconquista que a nadie daña y a todos aprovecha.

Por lo demás, el interés suscitado por este experimento latinoamericano hoy, mediterráneo ayer, ha movido a algunos centros, como la Universidad de Michigan (1949) a ensayar la intervención alumnal en una especie de pool para calificar a sus profesores, sin que los resultados hayan motivado hasta hoy protestas o escándalo de ninguna especie, sino, al contrario, inesperadas revelaciones.

De lo que se trata es de graduar el sistema; evitar que el alumno se convierta en dictador y el profesor en cortesano, y que el profesor pretenda tiranizar o conspirar contra o con el alumno.

Frente a una Universidad con tendencia burocrática, casi gratuita, estudiantista, aunque autónoma, se requiere un control eficaz, que no puede ser, y ha probado no ser, el del maestro solamente. Además, la participación en las responsabilidades de Gobierno ha significado aquietamiento, maduración y redoblado interés del alumno en la vida de nuestras universidades y ha sido una viva lección de democracia.

El fundamento histórico de este sistema se descubre, por último, en las palabras con que don Francisco Giner en su libro *La Universidad Española* (Obras completas, II, p. 118, Madrid, 1916) lo juzga "no sólo en lo que toca a la administración, sino en lo técnico y científico, donde siempre (los alumnos) intervinieron antiguamente en España para el nombramiento de Rector, decanos y profesores, ya promoviendo el espíritu de asociación entre ellos". Ortega y Gasset sostuvo ya en su *Alisión de la Universidad* (Madrid, 1931), que la Universidad debe "centrarse en el estudiante y no en el profesor". Todos los Congresos y Convenciones universitarias de América Latina desde 1918 (Buenos Aires, 1928; México, 1931; Santiago, 1937, etc.) proclamaron el co-gobierno. Finalmente, poco antes de la derogatoria ilegal del Estatuto de 1946 del Perú, las Facultades de la Universidad de San Marcos, especialmente las más tildadas de conservadoras (Química, Derecho), así como las progresistas, expresaron su conformidad con los resultados del sistema de co-gobierno.

HOMBRES Y HECHOS DE LA GUERRA

ROBERT E. SHERWOOD, dramaturgo norteamericano (*The Petrified Forest*, etc.), ha escrito este libro¹ en circunstancias curiosas: fué llamado, como escritor y como amigo, por la familia de Hopkins, a poco de morir éste, para que "concluyera" un libro que Hopkins se proponía escribir sobre sus experiencias en el *New Deal* y en la guerra, fin para el cual contaba con una gran cantidad de documentos importantes que fué acumulando de 1933 a 1945, y que algún ayudante había principiado a clasificar. Sherwood descubre en seguida que del libro no se había escrito siquiera "Capítulo primero"; pero estos antecedentes acabaron por bautizar el libro con bastante impropiedad. No es, en efecto, un estudio biográfico de Roosevelt ni de Hopkins, sino mucho más: sencillamente el mejor libro sobre la guerra que se ha escrito hasta ahora. Se desarrolla con técnica de drama, y a drama sabe a pesar de un lenguaje que resistiría una buena poda y de un léxico que por el exceso de palabras de origen latino, resulta poco anglosajón.

HARRY HOPKINS fué en varios sentidos un hombre extraordinario: pero quizás lo fueron mucho más las circunstancias en que le tocó vivir, entre ellas su cercanía a Roosevelt, un hombre, éste sí, en verdad extraordinario: en efecto, rara vez se registrará en la historia el caso de un hombre que, como Roosevelt, carece de una filosofía social nueva, y que sin embargo escala la cima de la fama universal con sólo darle a la ya tradicional y gastada que profesaba, la nota de un creyente terrenal. Dice Sherwood que Hopkins y Roosevelt eran muy distintos el uno del otro en nacimiento, educación y maneras (p. 1), pero que tenían rasgos humanos semejantes, de esos que perduran más que la cuna y la crianza: "gloriosamente ingrátidos", decididos, confiados y de buen humor (p. 8). Sherwood no dice lo que es evidente: ambos eran liberales, creían en ese "hombre común" que después ha tomado tan en serio Wallace; y ambos eran profundamente norteamericanos: aquél, es verdad, un *New Englander* aristócrata, y

¹ *Roosevelt and Hopkins, an intimate history*. New York: Harper, 1948. XVIII + 903 págs.

éste, un pobre Mid Westerner; uno y otro, sin embargo, sólo han podido darse en el medio y en la historia de Estados Unidos.

Hopkins, en efecto, era de un origen social bien modesto; apenas hace un bachillerato en un colegio de Iowa, su Estado natal; no se interesa en los negocios, sino que de la escuela va directamente a trabajar con una sociedad benéfica de Nueva York. En esa ocupación ve la pobreza económica, el desajuste social, la dislocación humana, que para muchos ojos ocultan el estruendo, la riqueza y el vértigo de la primera ciudad yanqui y entonces la segunda metrópoli del mundo. Hopkins mismo no es un hombre feliz. Padece de la limitación de una salud precaria en extremo: dos o tres veces ha podido tenersele más por muerto que por vivo; sujeto siempre a tratamientos médicos severísimos, una vez debe hospitalizarse por siete meses (p. 804), y otra, no puede abandonar su habitación durante tres; y cuando sale a algún viaje largo, es siempre con la incertidumbre de si podrá regresar. Luego, lo hicieron el blanco más persistente de los ataques y calumnias de la prensa "libre" de Estados Unidos, de todos los políticos reaccionarios o simplemente ortodoxos, y no digamos de la "sociedad" de Washington, su pronta identificación con el *New Deal*, su proximidad a Roosevelt, la increíble heterodoxia de su situación, pues no tuvo sino por excepción cargo oficial, ni siquiera un escritorio propio: apenas una mesa de cartas en un dormitorio de la Casa Blanca (p. 212).

Y, sin embargo, Hopkins trabaja con una perseverancia y una irregularidad que pocos hombres habrán conocido; y ello sin que jamás el escepticismo o el pesimismo lograran echar raíz alguna en él; a lo sumo, una prisa y una aspereza nerviosas lo dominaban por temporadas. Con todo, gana la confianza, el respeto y la admiración de cuantos lo conocen y tratan. Stimson lo considera como una bendición en la Casa Blanca; Churchill llegó a tener en él tanta confianza como el propio Roosevelt (p. 232); Stalin lo acoge en Teherán con una cálida cordialidad que jamás tuvo para un extranjero (p. 718); Marshall lo considera como su mejor aliado y reconoce que a él se debió su designación en 1939 como Jefe del Estado Mayor (p. 101); los periodistas ingleses y norteamericanos acuden a él "como a un amigo" para tener un mayor acceso a las grandes reuniones políticas de la época (p. 711); y cuando se crea el Munitions Assignment Board en la conferencia ARCADIA, Hopkins es la única persona que logra recibir la confianza de todos los militares y civiles, lo mismo norteamericanos que ingleses, chinos que rusos (p. 470). Fué el candidato presidencial de Roosevelt en 1936 (p. 77); también su hombre-contacto confidencial (p. 157) y su Secretario de Estado personal.

¿Cómo puede explicarse esta carrera ni brillante ni ruidosa, pero sí fenomenal? En primer lugar, por su adhesión a Roosevelt: "la única tarea de Hopkins era ver todo con los ojos del presidente" (p. 159). En segundo, porque Hopkins le era útil: "de descubrir lo que Roosevelt quería realmente, y una vez descubierto, de que nada en el mundo, ni las mismas vacilaciones de Roosevelt, estorbara su logro, Hopkins hizo una profesión, una religión" (p. 4). En tercero —y Roosevelt se lo explica alguna vez a Willkie— un presidente es un ser cuya soledad sólo corre parejas con su necesidad de compañía, y el Presidente hallaba en Hopkins un confidente despierto y fiel. Luego, Hopkins tenía la misma receptividad que Roosevelt para las ideas grandes y atrevidas (p. 154), de modo que era una cuerda más tendida en el mar de las contingencias. En fin —y esto no es un punto que destaque o valorice Sherwood— porque Hopkins, una vez aceptados o establecidos los principios o las ideas principales de un asunto, era consecuente y leal con ellos, y los defendía a capa y espada. Cuando Roosevelt lo despacha a Inglaterra a establecer contactos con los líderes ingleses de la guerra, la actitud de Hopkins no es la de otros muchos norteamericanos que habían ido antes: averiguar si los ingleses necesitaban *realmente* las cosas que pedían, sino la de cerciorarse de si pedían lo bastante para salir adelante (p. 236). ¿Por qué? Porque para Hopkins el principio cardinal de la política exterior de los Estados Unidos era el de "cerciorarnos bien de que ahora y para siempre, Estados Unidos e Inglaterra se entenderán en los problemas importantes de la política mundial" (p. 922).

Hopkins es el primero que cree necesario establecer contactos directos, personales, con Stalin, y para lograrlo le propuso a Roosevelt trasladarse a Moscú en julio de 1941 (p. 318). Y la suerte de Rusia era tan sombría, que cuando todos pensaban que en tres semanas imploraría la paz, Hopkins llega a creer en la victoria del Ejército Rojo por una simple reflexión: "Un hombre [Stalin] que teme la derrota, no hubiera puesto el aluminio en los primeros lugares de su lista de necesidades" (p. 344). A partir de entonces, Hopkins —como Roosevelt— no deja de considerar la causa de Rusia como causa propia de Estados Unidos; por eso quiere que todo trato con la Unión Soviética sea franco y limpio. Cuando el Departamento de Estado le sugiere despachar a Siberia agentes secretos disfrazados de funcionarios de la Administración de Préstamos y Arrendamientos, Hopkins responde: "Lo dudo, porque el carácter de mis relaciones con los rusos me obligaría a no explorar esto sino en forma directa" (p. 557). Y una y otra vez insiste en tratar a la Unión Soviética como igual: "Nosotros y los ingleses no podemos, simplemente, organizar el mundo sin contar con

los rusos como plenos asociados" (p. 578), le escribe al Embajador Winant resumiendo sus impresiones de la visita primera de Molotov a Washington. Y otra vez escribe: "No sólo necesitamos a Rusia como fuerte aliado combatiente para derrotar a Alemania, sino que la necesitaremos en un papel semejante para vencer al Japón, y, finalmente, la necesitaremos como un verdadero amigo y cliente en el mundo de post-guerra" (p. 641).

Pero no se limitaba Hopkins a establecer y propagar principios, sino que los defiende día a día. Cuando un marino norteamericano de alto rango censura públicamente a la armada inglesa por su pobre defensa de Creta, le envía al presidente una airada nota en que le dice: "Me parece que saldríamos ganando si nuestros marinos gastaran más tiempo en alistar nuestra armada para cumplir su misión, y menos en criticar a la inglesa" (p. 377). A Churchill le dice bien francamente su opinión cuando éste le envía el texto de un cable que se propone despachar a Stalin anunciándole la suspensión de los convoyes a Murmansk en vista de las muchas pérdidas que ocasionan. "Parece bien claro que el destino de la guerra depende en mucho de lo que se diga ahora a Stalin y de los compromisos firmes que estemos dispuestos a adquirir en su favor" (p. 637).

Roosevelt se despega de Hopkins un tanto en los últimos meses de la vida de ambos, y, sin embargo, es característico de la nobleza de Hopkins el único comentario que hace ante el cadáver de su jefe: "bueno. . . ya no está ahí, de modo que deberemos encontrar una forma de valernos a nosotros mismos" (p. 881).

AUN cuando, según se ha dicho, el libro de Sherwood es menos y es más que un estudio biográfico de Hopkins y de Roosevelt, a lo largo de todo él van surgiendo hechos y relatos bastantes para abocetar a esta extraña pareja.

Quizás el rasgo sobresaliente de toda pintura de Roosevelt sea la felicísima combinación del político y el estadista que en él se dió en raros extremos de finura (p. 37). Sherwood dice, y no cuesta gran trabajo admitirlo: "A quien observaba a Roosevelt en la acción política, parecía que él tenía una visión mejor de las realidades fundamentales y de la fineza última de esta ciencia, arte u oficio, de la que tenían juntos todos sus enemigos y todos sus amigos" (p. 99). Roosevelt poseía, en efecto, un conocimiento menudo y seguro de la política del distrito (el Bronx o Harlem, digamos), de la política regional y de la nacional. A este conocimiento se añadía el temperamento, la sangre pura del luchador: la campaña contra Willkie fué desmayada

porque su contrincante se le parecía y porque no hubo en ella verdaderas discrepancias en programas políticos inmediatos (p. 200); pero la que hizo contra Dewey, a quien despreciaba (p. 829), como individuo y como símbolo, fué movidísima y, dentro de las limitaciones de su posición y del momento, hizo una pelea eficaz y pintoresca. En fin, Roosevelt tenía genio político: su discurso ante la Unión de Tronquistas en julio de 1944, es todo él una obra maestra, y particularmente este párrafo, célebre desde entonces. "Los líderes republicanos no se han conformado con ataques personales contra mí, contra mi esposa o mis hijos, sino que ahora incluyen a mi perrito Fala. Este, a diferencia de los miembros de mi familia, se ofende por ello. Cuando Fala supo que los novelistas republicanos habían confeccionado la conseja de que lo dejé en una de las Aleutianas y que envié a recogerlo a un destructor, con un costo para el contribuyente de dos, tres, o veinte millones de dólares, su alma escocesa se sublevó, y, desde entonces, no es el mismo perro. Estoy acostumbrado a oír falsedades malévolas acerca de mí; pero creo tener derecho a poner reparos a las afirmaciones calumniosas sobre mi perro". Este simple párrafo convirtió la lucha política en una pelea cuerpo a cuerpo entre Dewey y Fala (p. 821), con las consecuencias que todos conocemos.

Pero Roosevelt no era sólo político; era, al mismo tiempo y siempre, un estadista. Sherwood dice que la presencia simultánea de estas dos raras virtudes la demuestra la historia del "préstamo y arrendamiento": pues no sabe qué admirar más, si el vuelo imaginativo para concebir la idea, o la sagacidad política para lograr su aprobación en el Congreso (p. 73). También es prueba de esa rara mezcla, su decisión de junio de 1940, de ayudar a Inglaterra en todo cuanto pudiera. "La decisión fué enteramente suya. Jamás en su vida presidencial encontró tanta resistencia en su propia familia oficial, ni nunca su posición en el país fué menos firme. Sus dos principales consejeros diplomáticos, Bullit en Francia y Kennedy en Inglaterra, eran destemplanadamente derrotistas en cuanto a la suerte de Inglaterra" (p. 150). La prueba más concluyente, sin embargo, es el acierto con que durante seis largos años fué condicionando su política exterior a la resultante diaria, por una parte, de la opinión pública interior, y, por otra, de las apremiantes contingencias de la guerra (pp. 151, 162, 168, 382, 751). Este continuo condicionamiento, que a veces llevaba a Roosevelt a adelantarse a la opinión pública americana (p. 162) y en otras a quedarse a la zaga (p. 137), pero conservando siempre a la vista el fin último de preparar militarmente a su país, fué lo que inspiró a un hombre inteligente y honesto como Charles Beard a escribir todo

un libro acusando a Roosevelt de haber arrastrado deliberadamente a Estados Unidos a la guerra.

No es una característica secundaria, ni mucho menos, el sentido de su papel en la historia Universal, que rara vez olvidaba Roosevelt (p. 169). Por eso era un hombre que trabajaba industriosamente sus declaraciones y discursos. En Casa Blanca conversa con los periodistas anglo-americanos *off the record*, a pesar de lo cual elige con cuidado sus palabras y hace uso de extensas notas escritas por él mismo (p. 693). Y todos sus discursos, con variantes circunstanciales, "exigían un trabajo prodigioso" (p. 213): no sólo su redacción misma, sino su extensión y el énfasis, la entonación de cada palabra (p. 217). Sherwood comenta que "como persona que ha tenido una vasta experiencia en el teatro, me maravillaba de la infalible precisión con que desenvolvía sus argumentos, su gracia en reconciliar lo sublime con lo ridículo, como si hubiera ensayado las frases por semanas, y por meses las hubiera dicho ante un auditorio" (p. 218). Y en esto son grandes las diferencias entre Roosevelt y Churchill, su rival; aquél triunfador en la expresión oral y éste en la escrita. Mientras el inglés es más feliz en su estilo sentencioso y retórico, Roosevelt conseguía sus mejores éxitos cuando usaba un lenguaje sencillo, casero (p. 212). Así lo prueba su famosa explicación del significado de los préstamos y arrendamientos, comparándolos al simple servicio que presta un hombre al vecino cuya casa se incendia, cuando le ofrece la manguera de su jardín; y prueba, además, la eficacia de ese lenguaje (p. 225). Es interesante, por otra parte, lo que cuenta Sherwood de los *ghost writers* de Roosevelt, pues, como uno de ellos (con Rosenman, McLeish y Hopkins, sobre todo), su testimonio es significativo. Según Sherwood, los discursos de Roosevelt eran siempre de Roosevelt, a pesar del número y de la calidad de quienes intervenían en ellos: él elegía la ocasión, daba el tema, el tono, la extensión y el visto bueno final (p. 136).

Roosevelt no era hombre sin flaquezas o "peculiaridades". Una menor: su repugnancia increíble a provocar, o simplemente aceptar, la renuncia de alguno de sus colaboradores (p. 71); pero al menos conocía su debilidad, pues en esto se llamaba un blandujo. Otra era su extrañeza, o capacidad de contradicción: en ocasiones iba con sus palabras o sus actos a la cabeza de todos; en otras, a la cola. Luego, era un hombre que jugaba a ser oscuro o vago para no contraer compromisos contrarios a su juicio o su instinto (p. 364). No afloraban jamás en él sus emociones personales, de modo que sus colaboradores apenas si podían adivinar la naturaleza de ellas o su misma existencia (p. 369). Pero era hombre leal a sus convicciones, como lo fué Hop-

kins. Hizo un principio cardinal de su conducta tratar honesta y directamente con Rusia y con Inglaterra (pp. 599, 639, 661, 738). Y también fué firme en sus convicciones democráticas y en su fe pacifista. Desde el 7 de enero de 1943, en su Mensaje al Congreso, había dicho: "Tiemblo al pensar lo que ocurriría a la humanidad si . . . estallara otra guerra cuando los niños de hoy alcancen la edad militar". Y en otra ocasión: "El mundo puede confiar en que esta guerra global, este sacrificio de vidas en todo el mundo, no se hace con el fin o con la más remota idea de dejar en el poder, en cualquier parte de la tierra, a los Laval y a los Quisling". Y cuando recibe la noticia de la renuncia de Mussolini y la ascensión de Badoglio, añade a un discurso que debía pronunciar ese día: "No tenemos liga con el fascismo, cualquiera que sea su forma o su estilo. No permitiremos que quede el más leve vestigio de fascismo". Nada de extraño tiene, así, que todos los liberales del mundo hayan deplorado su muerte, pues el propio Stalin reconocía que Roosevelt llegó a despertar, como nadie, las esperanzas del "hombre común" de todo el mundo (p. 343). Ni tampoco extraña que los jóvenes soldados norteamericanos lo declararan Comandante en Jefe de su generación, o que Churchill afirmara que la vida de Roosevelt sería uno de los hechos dominantes en el destino humano (p. 934), sin que nosotros los latinoamericanos podamos saber todavía si esto último será para nuestro bien o nuestro mal.

LA TERCERA figura sobresaliente del *Roosevelt* y *Hopkins* es, por supuesto, el Primer Ministro inglés. Y será materia de viva curiosidad y tal vez de acalorado debate comparar al hombre que surge de aquí con el que saldrá de las Memorias del propio Churchill.

Desde luego, el estratega. Muchos errores de Churchill se establecen desde ahora y será difícil que sus Memorias puedan rectificarlos, si bien en su *Their Finest Hour* ha apuntado ya sus baterías para lo que sin duda en los volúmenes posteriores será un fuego nutrido. Uno de esos errores fué su firme opinión de que "en esta guerra jamás se verán grandes masas de soldados chocando una contra otra", opinión que transmite a Hopkins en enero de 1941, y que alimentó por años su porfiada resistencia a la primitiva OPERACIÓN MANDARRIA y a la final SOBERANO (pp. 239, 518, 538, 590, 603, 615, 648, 746 y 765). Otro de sus errores indudables, en parte estratégico y en parte simplemente humano, fué su desconfianza del soldado norteamericano. Cuando el general Arnold pretende que los grandes

bombarderos norteamericanos sean manejados por los aviadores y tripulaciones yanquis estacionados ya en Inglaterra, Churchill le dice: "Su proyecto, por lo visto, es obtener una fuerza aérea de ataque igual, y en algunos casos mayor, que la que nosotros hemos planeado y logrado. Ambición excesiva es tratar de obtener en unos cuantos meses lo que nosotros no hemos podido lograr en dos o más años" (p. 581). Fué preciso que Roosevelt telegraficara a Churchill para que éste cediera, si bien, como siempre, con suprema elegancia: "Entendemos y respetamos el generoso impulso que inspira a la Fuerza Aérea Norteamericana para exponer desde luego las vidas de sus miembros. Hagamos ambos lo más, y que así sea hasta el fin" (p. 551). En junio de 1942, Marshall, aprovechando la presencia de Churchill en Washington, lo lleva a visitar varios campos militares de adiestramiento, y Churchill queda en apariencia complacido; pero algo más tarde escribe: "...estoy pasmado ante la producción en masa de divisiones bajo la inspiración y organización del general Marshall; pero, por supuesto, hacer de verdes reclutas un fino ejército profesional, requiere, por lo menos, dos años, y mejor tres" (p. 592). En cambio, los militares yanquis reconocen que gran parte del mérito de los diques flotantes que sirvieron en el desembarco de Normandía, debe atribuírsele a Churchill, quien ya desde mayo de 1942, con su característica impertinencia, le ordena a Mountbatten: "Deben flotar siguiendo los altibajos de la marea. Hay que resolver el problema de su anclaje. Trabajen en la mejor solución; pero no discuta el asunto: las dificultades discutirán entre sí" (p. 527).

Pero Churchill como hombre ofrecerá quizás un interés más perdurable que como estratega. De sesenta y ocho años al término de la guerra, su capacidad para beber era "olímpica" (p. 241); encuentra que los consejos de sus médicos han sido equivocados, y declara que rara vez los ha seguido y que ciertamente no cesará de beber y fumar (p. 688); pero cuando el 11 de junio de 1940 los generales franceses le declaran que Francia no podrá luchar más, entonces se desploma y llora como un chiquillo, según el testimonio de Herriot (p. 144). Lo cual no obsta, o quizás por eso, para que Hopkins le trasmita a Roosevelt esta impresión de Churchill: "Es el gobierno en todos los sentidos; domina la gran estrategia y con frecuencia los detalles de ella; cuenta con la confianza de los obreros; y el ejército, la marina y la aviación, lo apoyan como un solo hombre" (p. 243). Churchill, "mitad americano y todo inglés" (p. 506), rivaliza con Roosevelt durante la guerra en la expresión, a veces, del mismo pensamiento o de igual situación, digamos la que guardaba la guerra en noviem-

bre de 1942. Roosevelt la presenta así: "Durante los últimos meses, muchas noticias han sido buenas, de modo que parecería que el punto de flexión de esta guerra se ha alcanzado". En tanto que Churchill decía: "No es el fin, ni siquiera el principio del fin; pero quizás sea el fin del principio" (p. 656).

Churchill no sólo tuvo aciertos de expresión que Roosevelt no siempre alcanzó, sino de apreciación de hechos distantes: mientras éste insistió una y otra vez en considerar a China como uno de los "cuatro grandes", Churchill aseguraba que confiar en China era una "gran ilusión". Asimismo, acertó a imaginar las dificultades que se crearían a Inglaterra y Estados Unidos si no compartían con Rusia la ocupación de la Europa sud-oriental, para lo cual Churchill urgía que se invadieran los Balcanes (p. 838). En cambio, Churchill, con una situación política interna mucho más despejada, por homogénea y compacta, no siempre jugó limpio con los norteamericanos: la pérdida de Singapur, por ejemplo, la atribuyó exclusivamente a que el "escudo marino" de Estados Unidos había sido "hecho añicos" en Pearl Harbor. A esto, Roosevelt, noblemente, hizo el simple comentario de que, "en fin, ... algo tenía que decir Winston" (p. 501). Y cuando se levanta la tormenta entre los liberales de todo el mundo por el entendimiento con Darlan, Churchill declara, verídica pero indiscretamente, que "nosotros no dominamos el curso de los acontecimientos, ni militar ni políticamente" (p. 655). En cambio, a veces su halago tiene audacia y grandeza, como cuando en su oración de Harvard declara: "La dádiva de un lenguaje común es una herencia inapreciable, y alguna vez podrá ser el apoyo de una ciudadanía común. Me envanece imaginar al inglés y al norteamericano moviéndose libremente en sus anchas heredades sin sentirse casi como extraños el uno frente al otro" (p. 749).

U NO de los aspectos más atractivos del libro de Sherwood, sin embargo, no es el de los hombres mismos, sino el de sus proyectos y lo que de ellos logran o dejan de lograr. Así, el lector atento pasa del asombro, al tropezar con una opinión anticipada, como hecha por un agorero, que se va realizando puntualmente, a la opinión que no confirma ni de lejos ninguno de los hechos a que se refiere. Entre las primeras, está la de Stalin en julio de 1941, un mes escaso después de la invasión de Rusia: para esa fecha veía ya síntomas de que Alemania se ponía a la defensiva en el frente oriental (p. 334). Stalin no acierta, en cambio, al suponer entonces que una declaración de guerra de Estados Unidos a Alemania sería lo único que derrotaría

a Hitler, y "quizás sin un disparo" (p. 342). También muy anticipada, acertada y consistente, es la opinión casi unánime de los dirigentes norteamericanos, lo mismo civiles que militares, de que Alemania era el enemigo tras el cual había que ir con todos los recursos necesarios, así como la variante de que los países europeos solos no podían derrotar a Alemania, ni siquiera parcialmente (pp. 380, 412, 445). Otro gran acierto fué el de Roosevelt y Churchill al proponerse como un objetivo importante, y mucho antes, por supuesto, de que Estados Unidos entrara a la guerra, la formación de una gran coalición de aliados basada en conversaciones permanentes de los Estados Mayores, objetivo que las potencias del Eje no concibieron siquiera.

Quizás los mayores errores fueron los que se cometieron en la diplomacia y en la lucha militar contra Japón. En julio de 1941, por ejemplo, ese geniecillo de Sumner Welles redacta para Hopkins una carta sobre los principales problemas diplomáticos de Estados Unidos, y entre las "posibilidades obvias de nuevas agresiones de Japón", no se menciona en absoluto la de un ataque a Estados Unidos (p. 404). Nada de extraño tiene, si se quiere, ese olvido de Welles: recuérdese que el día mismo del ataque a Pearl Harbor la armada americana transmite un informe listando todos los barcos japoneses que hicieron ese ataque como si estuvieran en las bases navales de Kure y Sesebo, cuando, en realidad, en el momento mismo de transmitirse el informe, estaban a trescientas millas de Hawai. En este punto particular los ingleses no abundaban en mejores informes, como lo prueba el hecho de que Eden tenía dispuesto su primer viaje a Moscú el 6 de diciembre, la víspera del ataque. Y el general Marshall, que tantos y tan grandes aciertos tuvo, yerra en todo cuando Roosevelt le pregunta en Casa Blanca cuáles podrían ser las más probables acciones de Alemania a consecuencia de la OPERACIÓN ANTORCHA de los aliados, y las lista así: primero, la ocupación de España; segundo, una nueva embestida en el Cáucaso; tercero, una invasión de las Islas Británicas (p. 659).

Fuera del campo militar, los yerros y los aciertos menudearon también, y también fueron singulares. En la primera redacción de la Carta del Atlántico, Churchill había sometido un párrafo en el cual se decía: "Estados Unidos e Inglaterra no sólo buscan destruir para siempre la tiranía nazi, sino dar a los Estados una vida confiada mediante una organización internacional efectiva". Y Roosevelt, después el campeón de la idea de una organización internacional, es quien la suprime entonces (p. 359). No fué ésta la única previsión fallida de la Carta; otras dos tienen suficiente interés para mencionarse. En ella se habló sólo de tres de las Cuatro Libertades rooseveltianas, y como la olvidada

era la religiosa, se creyó que había sido sacrificada en aras de la Rusia atea. Fué, en verdad, un simple descuido, que Roosevelt se encargó de enmendar, con la aprobación soviética, cuando en enero de 1942 la Carta se incorporó como la primera declaración de las Naciones Unidas (p. 361). La otra fué que Roosevelt y Churchill nunca le dieron a la Carta el valor de un documento oficial, sino más bien la consideraron como un esfuerzo de "alta publicidad"; pero algunos de los pueblos orientales, Burma, Malaya, Indonesia, la tomaron en serio y creyeron que se les aplicaría el principio de autodeterminación en ella proclamado. El clamor fué tan grande, que Churchill se creyó obligado a explicar en el Parlamento que la Carta se refería exclusivamente a los países ocupados por los alemanes (p. 363). En cuanto a la que finalmente fué Organización de las Naciones Unidas, para Roosevelt debería consistir en dos cuerpos meramente consultivos: uno general, al que acudirían todos los países, y una serie de organismos regionales, en que se agruparía a los países por zonas geográficas; habría, además, un tercer organismo, único con facultades ejecutivas, pues "las decisiones reales deberían ser tomadas por Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y China, potencias que por muchos años tendrán que ser los policías del mundo" (p. 717).

El libro de Sherwood es riquísimo en información, en temas, en personajes, en anécdotas; de modo que una reseña, por muy extensa que sea (y ésta va siéndolo en exceso), no puede hacerle plena justicia. Por eso, quisiera referirme sólo a dos más. Es el "descubrimiento de Rusia", como podría llamársele, el primero. Estados Unidos e Inglaterra no dejaron de tener relaciones diplomáticas con la Unión Soviética durante los años de 1939-41, pero el pacto de no-agresión ruso-germánico las había concluido de hecho, y, es más, había colocado a aquellos dos países casi en el campo enemigo. La invasión alemana hizo de Rusia un aliado necesario y valioso, de modo que una nueva vida internacional surge entre las tres grandes potencias. Aun cuando Estados Unidos e Inglaterra no sólo ayudaron a Rusia con elementos inapreciables de guerra y fueron singularmente cuidadosas en no despertar suspicacias o provocar fricciones, jamás las nuevas relaciones fueron placenteras y ni siquiera llanas (pp. 387, 388, 401, 561, 618), inclusive las personales, sobre todo entre Stalin y Churchill. En alguna ocasión, en que Stalin tuvo la intención indudable de ofender a Churchill, la situación se salva sólo porque éste logra dominarse y hallar una salida decorosa (p. 620). En otra, en que Churchill le comunica a Roosevelt su preocupación por el retardo excesivo de una respuesta de Stalin, Roosevelt le contesta que "habiendo llegado a la conclusión

de que los rusos usan el lenguaje para propósitos distintos de los nuestros", ha decidido desentenderse del asunto (p. 641).

El otro tema de gran interés es ver cómo juegan las fuerzas políticas interiores de Estados Unidos en esta época aciaga a la que se refiere el libro de Sherwood: el *New Deal* y la guerra. Alguna vez se hará una investigación especial y sistemática sobre ese tema, y sobrarían razones para emprenderla desde luego. En el fondo, equivaldría a plantear el problema de si la organización actual de las democracias podrá cambiarse para responder mejor a las nuevas y grandes urgencias del mundo de hoy. Es evidente que a ninguna prueba tan dura ha sido sometida la democracia norteamericana; es evidente también que de esa prueba salió bien, no sólo porque ganó una guerra justa, sino porque supo responder con exceso a las necesidades de hombres y producción industrial. Pero no es menos claro que esa magnífica respuesta, lejos de venir, como si dijéramos, espontáneamente, la impuso la guerra misma; es más, en la medida en que fué prevista y deseada, lo fué por un grupo reducido de hombres y la mayor parte de ellos no ostentaba la representación oficial de la opinión pública o de las principales fuerzas políticas del país. El Congreso de Estados Unidos, por ejemplo, no superó en ningún momento su triste y tradicional papel de perro guardián del Ejecutivo: nunca tuvo iniciativa propia, careció de la comprensión necesaria de los hechos y de la generosidad necesaria para apreciar la verdadera significación de los hechos ya ocurridos.

Daniel COSIO VILLEGAS.

NUESTRA SOCIEDAD RURAL

ACABA de aparecer la obra de Nathan L. Whetten;* por su importancia merece comentarse ampliamente. Primero McBride y Tannembaum, después Eyler L. Simpson y ahora Nathan L. Whetten, han escrito sobre el más grave problema mexicano, el de la población rural, problema que condicionará el futuro del país.

El libro se inicia con una descripción del medio geográfico y un análisis del crecimiento y distribución de la población en México, que servirá para estudiar la sociedad rural.

El autor necesariamente adopta el criterio censal que considera rural a la población que vive en localidades menores de determinado número de habitantes; mejor sería tomar la actividad económica como criterio, y clasificar como rural todo poblado donde fuera mayor la proporción de los individuos dedicados a la agricultura y a las pequeñas industrias derivadas de ésta. Así se destacaría más el carácter predominantemente rural de la población mexicana.

El autor intenta presentar en seguida una clasificación completa de las razas indígenas y de mestizos. Sin embargo, puntualiza que desde 1921 los Censos de población no tienen en cuenta la clasificación racial, y dice lo que es verdad, que en México se denominan indios a quienes viven en un bajo nivel económico y cultural.

Los cuadros estadísticos sobre la población extranjera y el movimiento de la población revelan que sigue siendo mayor, casi en un 30%, el número de los habitantes extranjeros de origen europeo, y que según el Censo de 1940 el exceso de inmigrantes sobre emigrantes fué de 404,362 individuos, de los cuales 394,395 corresponden a los mexicanos que regresaron al país de 1927 a 1944; la salida de muchos mexicanos hacia los Estados Unidos no significa una pérdida permanente.

Como característica principal de la población rural se presenta la conocida situación de que un 65.4% de la población económica activa se dedica a la agricultura, aunque el autor no explica las causas de este elevadísimo porcentaje a pesar de que el país no puede consi-

* *Rural Mexico* (Chicago: The University of Chicago Press, 1948. XXVI + 671 pp.; 20 láminas f. t.)

derarse como agrícola por cuanto a las disponibilidades de tierras de cultivo y condiciones propicias para el desarrollo agrícola.

En los capítulos iv y v resume lo que se ha escrito sobre la situación y condiciones de los pueblos rurales y sobre las haciendas hasta 1910. Como simple descripción histórica de los hechos, el resumen es completo; pero no explica por qué existe ese tipo de pueblos y por qué prevaleció la situación agraria que México ha padecido durante tantos siglos.

Aspectos agrarios de la Revolución es el nombre del capítulo vi, en el cual hace un análisis muy incompleto de las ideas, propósitos, opiniones y proyectos que se expresaron y sostuvieron a partir de 1910.

El siguiente capítulo hace una relación muy somera de la forma en que se ha distribuido la tierra de acuerdo con las leyes agrarias; deja la falsa impresión de que la reforma agraria se ha hecho sin grandes trastornos ni sacrificios, sin las poderosas influencias internas y externas que han determinado tantos errores, complacencias o inmoralidades.

Tiene especial interés lo que trata el Capítulo viii sobre la colonización y el aumento en el número de las pequeñas propiedades agrícolas, pues da a conocer los resultados obtenidos en abrir tierras al cultivo y fraccionar los latifundios. Sin embargo, se limita a presentar como ejemplos las colonias de mormones y menonitas en el norte del país, la establecida con rusos en 1905 en la Baja California y la hecha con refugiados españoles en el Valle de Santa Clara en 1939. Nada dice de los fracasos que la colonización ha tenido en diferentes épocas y regiones.

El autor presenta cuadros sobre el movimiento en el número y extensión de las propiedades agrícolas privadas y hace una distinción bastante exacta sobre las diferentes clases que de ellas existen en México: el solar, el rancho y la hacienda o gran propiedad. El autor no aclara que si han aumentado las pequeñas propiedades en los últimos años y disminuído las más extensas, existen propietarios de muchas de las llamadas pequeñas que, en conjunto, poseen extensiones semejantes a los latifundios destruídos por la Revolución.

Los datos estadísticos que se elaboran respecto al número y extensión de los ejidos, a la densidad de su población y a la cuantía del crédito impartido desde 1936 a 1945, permiten conocer y analizar la situación agraria, aunque el autor no saca todas las consecuencias que pueden derivarse de las cifras para explicar la situación de la agricultura ejidal y el estado en que viven los ejidatarios.

El capítulo x se dedica a la descripción de la zona ejidal de La Laguna y al análisis de los resultados obtenidos en la explotación en común de los ejidos. Con verdadera satisfacción nos enteramos de que la mayor parte del material de este capítulo ha sido tomado de la publicación que la Liga de Agrónomos Socialistas hizo en 1940, estudio muy completo que hizo posible el patrocinio del Banco Nacional de Crédito Agrícola.

Presenta el autor en este capítulo un cuadro estadístico de la producción de algodón en La Laguna desde 1931 a 1943 inclusive; demuestra que la superficie cultivada y la producción aumentó considerablemente durante los años de 1941, 1942 y 1943, y que no disminuyó gran cosa al año siguiente de la expropiación. Sin embargo, el autor compara la superficie cultivada y los rendimientos en las propiedades privadas y en los ejidos para destacar el aumento de la superficie plantada en las primeras y cómo los rendimientos son siempre superiores a los que obtienen los ejidos.

También presenta este capítulo los resultados de un estudio hecho en 331 ejidos, el cual revela que sólo el 24.2% de ellos trabajan con utilidad; que el 68.3% las obtiene escasas y cambiantes de un año a otro, manteniéndolos este hecho en quiebra, y que el 7.5% son un fracaso económico. Esta situación sólo revela que la dotación ejidal no fué uniforme por cuanto a la calidad de las tierras y, sobre todo, que la organización tiene resultados diferentes debido a los obstáculos que ha tenido la explotación ejidal de esa zona, lo mismo que en otras muchas de la República.

Entre las conclusiones sobre las ventajas y desventajas de la explotación colectiva de los ejidos, el autor termina haciendo referencia a la libertad que han alcanzado los ejidatarios. Dice al respecto: "Todos los ejidatarios con quienes el autor habló en la región de La Laguna sienten que tienen mucha mayor libertad individual que cuando eran peones".

Capítulo de gran importancia es el relativo al lugar que el ejido ocupa en la economía rural. El autor comienza por aceptar que los ejidatarios representan el 41.8% de la población económicamente activa dedicada a la agricultura, que poseen el 56.7% de la propiedad rústica, el 47.4% de la tierra de cultivo, el 56.2% de las tierras de riego y el 18.3% de los terrenos pastales. Los datos estadísticos de que derivan estas proporciones son de lo más completos y exactos de que puede disponerse, porque los campesinos ejidatarios han sido censados en forma especial y medidos topográficamente los terrenos que se han dotado. No puede haber, por lo tanto, duda sobre la importancia del

ejido dentro de la economía rural, y es verdad, como dice el autor, que se ha comenzado a "reconocer que el futuro bienestar de la población rural de México está necesariamente ligado al éxito o fracaso de los ejidos".

Comenta el autor que en muchas zonas del país la parcela dotada a cada ejidatario es demasiado pequeña para sostener en forma adecuada a una familia y aunque los promedios resultan engañosos cuando se obtienen de datos dispares, es indudable que tal afirmación es exacta y que el hecho constituye el principal obstáculo para lograr el éxito de la reforma agraria. Explica Mr. Whetten que esta situación es consecuencia del propósito inicial que tuvo la reforma agraria al considerar el ejido como un suplemento de la economía campesina; pero no es cierto, como lo afirma el autor, que se dió poca importancia al problema de la magnitud de la parcela. Desde antes de que se expidiera el primer reglamento agrario, cuando se comenzaron a dotar las tierras de acuerdo con la ley del 6 de enero de 1915, la parcela ejidal se calculaba precisamente en relación con las necesidades del futuro ejidatario y su familia. Por ello las dotaciones variaban en tan amplios términos. De ahí, también, los errores y abusos de campesinos o de terratenientes, errores y abusos que condujeron a la adopción de la llamada parcela tipo, es decir, una superficie igual para cada ejidatario con equivalencias iguales según las diferentes clases de tierras dotadas.

Además de tratar sobre la insuficiencia de la parcela ejidal, el autor hace consideraciones sobre el número de días que durante un año trabaja el ejidatario en su parcela ejidal: de 249 días que en promedio trabajó un ejidatario en 1940, 186 los ocupó en el ejido y 63 fuera de él. Aquí resulta aventurado presentar esta situación calculando promedios que desvirtúan por completo la realidad. Todo depende de la extensión y clase de terreno que posee un ejidatario, del sistema u organización seguido en el trabajo ejidal, de los cultivos que se practiquen, del destino que tiene la producción, de los elementos de trabajo de que se dispone, de las posibilidades de crédito, de la condición social de los campesinos, etc.

Aunque breve, el análisis de la producción agrícola plantea problemas del mayor interés, comenzando por decir que a falta de industrias rurales que pudieran completar los ingresos, el futuro de muchos ejidos es demasiado oscuro. El autor basa esta opinión en los resultados obtenidos en un estudio hecho por el Banco Ejidal de 4,568 ejidos con los cuales opera y del cual se concluye que el 31.4% de todos ellos no tienen posibilidad de pagar los préstamos que se les hacen, porque el valor de sus cosechas sólo alcanza para cubrir las elemen-

tales necesidades de subsistencia; que el 54.4% fueron clasificados como dudosos, tanto porque sería necesario un estudio más completo para definir su situación, como porque sin producir lo suficiente podría aumentarse la producción de ser organizada en otra forma; y que sólo un 14% de los ejidos estudiados producen lo bastante para cubrir el costo de subsistencia de sus miembros. Este estudio fué realizado por los ingenieros Agrónomos Salvador Lira López, Ramón Fernández Fernández y Quintín Olascoaga en el año de 1945; pero Mr. Whetten no ha tomado en cuenta que las conclusiones fueron hechas sólo desde el punto de vista de la conveniencia para el Banco Ejidal de operar en esos ejidos bajo las condiciones presentes de explotación agrícola, es decir, con propósitos inmediatos de recuperar los créditos y de ninguna manera teniendo en cuenta las posibilidades y perspectivas permanentes, una vez transformados los sistemas de cultivo y mejoradas las condiciones de los terrenos.

Tres preguntas fundamentales plantea el autor con relación a los ejidos: ¿los cultivos son distintos a los de las propiedades privadas?; ¿la producción agrícola es tan eficiente en los ejidos como en las propiedades privadas?; ¿cuáles serán los resultados de la reforma agraria por cuanto a las tendencias, a largo plazo, de la producción agrícola de México? Confiesa que no existen datos para dar respuestas decisivas, aunque los Censos ejidales y el agrícola-ganadero de 1940 proporcionen alguna luz para contestar las dos primeras y algunos índices de la producción calculados por la Secretaría de la Economía Nacional parcialmente contestan la tercera. Quienes conocen la situación agrícola del país pueden afirmar que los cultivos que se hacen en los ejidos son los mismos de la propiedad privada, principalmente si se trata de la agricultura de temporal; que la producción, en términos generales, es mayor en la propiedad privada porque cuenta con mayores elementos, y que el futuro de la producción agrícola lo determinará, no el sistema de propiedad de la tierra, sino la organización que se dé finalmente a la agricultura.

El autor presenta como índice del atraso agrícola de México el uso de los arados de madera: 55.8% de todos los usados en el país. Que en lo general la agricultura está muy atrasada se demuestra también por los rendimientos que registra el segundo Censo Ejidal de 1940 y el segundo Censo Agrícola-ganadero, para los principales cultivos. Los promedios calculados demuestran, sin embargo, una realidad: que los rendimientos del maíz, trigo, frijol, algodón, cebada, café y plátano son casi los mismos, con ligeras variantes en favor de los ejidos en algunos casos y en favor de las propiedades privadas en otros.

Por ejemplo, en los ejidos se registra un rendimiento por hectárea mayor en el frijol, algodón y plátano, y, en cambio, esos rendimientos son mayores para todos los cultivos considerados en las propiedades privadas mayores de 5 hectáreas.

Por cuanto a la distribución del ganado, se presentan también los datos de los Censos que demuestran que los ejidatarios poseen la menor proporción del número de cabezas de ganado que existe en el país y que representando, por ejemplo, sólo un 7.2% los animales de pura sangre que existen en los ejidos, esa proporción es de 92.8% en las propiedades privadas. El autor hace referencia especial a los esfuerzos del Gobierno por mejorar la calidad del ganado en los ejidos por medio de la obligación que se impone a los grandes propietarios que obtienen certificado de inafectibilidad ganadera, de proporcionar al Gobierno en forma gratuita un 2% de las crías que produzcan cada año, para distribuirse en los ejidos; pero esta medida ha tenido muy escasa atención, y en muchos casos resulta impracticable porque los ejidatarios carecen de los elementos más indispensables para criar el ganado.

El análisis que hace sobre las tendencias de la producción agrícola utilizando las estadísticas de los períodos comprendidos de 1903 a 1907, de 1925 a 1929 y de 1940 a 1944, permiten afirmar al autor que ha declinado la producción de maíz, cebada, frijol, chile verde y vainilla y, en cambio, ha aumentado espectacularmente la de tomate, piña y plátano; también es importante el aumento en arroz, cacahuete, caña de azúcar y algodón. "Esto puede ser un buen síntoma" —dice el autor.

La comparación de los datos de la producción agrícola demuestra un claro aumento en los últimos años respecto del período anterior a 1910, aumento que para la producción agrícola es considerable según los datos elaborados de la Oficina de Barómetros Económicos de la Secretaría de la Economía Nacional. Tomando como base el año de 1920, se encuentra que la producción agrícola ha aumentado de 94.3% en 1904 a 157.5% en 1944, y clasificada esta producción por grupos, el de productos alimenticios, que comprende maíz, frijol, arroz, café, chile seco, trigo, garbanzo y tomates, el aumento es de 112 a 160 en los mismos años; de 74.8 a 169.5 para los productos industriales más importantes, algodón, henequén y caña de azúcar, y de 21.5 a 158.4 el plátano y la naranja, dos de los frutos que tiene mayor movimiento comercial.

Respecto a la importación y exportación de los productos agrícolas, la elaboración de las cifras estadísticas correspondientes a dos

quinquenios, de 1903 a 1907 y de 1940 a 1944, demuestran que ha disminuído la exportación del henequén de 97,000 toneladas a 77,300, y ha aumentado la del garbanzo de 12,000 a 41,758; la del café de 18,000 a 29,955; la del algodón de 7,000 a 10,782 y la del arroz de 4,000 a 6,749.

Termina este capítulo analizando la situación de la población ejidal excedente en los poblados que han sido dotados, y señala como medio para absorberla los contratos de arrendamiento y aparcería que hacen los campesinos carentes de tierras, el trabajo asalariado en las propiedades privadas, la migración de los trabajadores, la recolección de productos silvestres como el chicle, los ixtles, el coquito de aceite, el zacatón, la palma para tejer sombreros, la candelilla y el guayule. También considera que las industrias rurales representan una solución para ocupar el trabajo excedente y como solución final la migración de los jóvenes a las ciudades, para aumentar la mano de obra industrial.

En relación con lo anterior, el autor presenta gráficas, un cuadro estadístico y un mapa sobre la situación de los salarios, utilizando estudios y elaboraciones del ingeniero Ramón Fernández y Fernández. Las gráficas de salarios, costo de la vida y salarios rurales, formadas con estos datos, que abarcan un período de 1891 a 1944, demuestran que al aumento desproporcionado en el costo de la vida en los últimos años, sobre todo de 1940 a 1944, no corresponde un aumento paralelo del salario nominal. Sin embargo, analizando los datos estadísticos sobre el promedio de los salarios pagados en el campo desde 1907 a 1910 y su comparación con los años de 1925, 1929, 1935, 1940 y 1944, se encuentra que este promedio no puede corresponder a una realidad. Encontramos, por ejemplo, que para el año de 1944 el promedio en Sonora es de \$2.65, inferior al obtenido para el Estado de Colima, que es de \$2.82; que el promedio más bajo corresponde al Estado de Querétaro, con \$1.08, inferior al obtenido para Tlaxcala; y que sólo en el Distrito Norte de la Baja California el promedio alcanza a \$5.89. El monto de los salarios agrícolas en México es tan variable y se presentan diferencias tan importantes en un mismo Estado y aun dentro de una misma zona agrícola, por ejemplo, en la de Soconusco en el Estado de Chiapas, en la Costa del Estado de Guerrero, en el Valle del Mezquital, en el Estado de Hidalgo, etc., que el cálculo de los promedios da resultados inadmisibles.

Al tratar del problema de la industrialización, Mr. Whetten hace referencia al interés del Gobierno actual por estimularla y desarrollarla en todas las formas posibles, y dice que a pesar de que el futuro desarrollo de México depende del éxito o fracaso del sistema ejidal, "cier-

tamente no es el único camino". "La revolución industrial se encuentra, al fin, en sus comienzos y finca sus mayores esperanzas en ocupar el exceso de la población rural". Son muy pocas las perspectivas de que la industrialización pueda lograrse si no se transforma antes radicalmente la situación agrícola.

Uno de los más serios problemas de México en relación con su economía rural es la erosión del suelo, dice Mr. Whetten. Transcribe opiniones que han sido emitidas sobre la gravedad de la erosión en el Estado de Tlaxcala, "que, de no ponerse remedio inmediato, en un período de 50 años muchos de los habitantes de la región se verán forzados a emigrar a otras zonas", palabras estas últimas del ingeniero Lorenzo R. Patiño, quien, como Jefe de la Oficina correspondiente de la actual Secretaría de Recursos Hidráulicos, se interesa por resolver el problema. No negamos que en muchas de las zonas desforestadas del país, el mismo Estado de Tlaxcala, la región de los Altos en Jalisco y otros del Altiplano, la erosión producida principalmente por los vientos ha dejado sólo el esqueleto de los suelos, casi sin capa cultivable; pero no puede ser éste un problema de la misma gravedad en todo el territorio. Al contrario, en las Costas del Pacífico, digamos en Guerrero, Oaxaca y Chiapas, y también en las del Golfo, en Tabasco y Veracruz, gracias a la erosión se cuenta con fertilísimos terrenos planos.

Los capítulos XII, XIII y XIV se ocupan en describir con suficiente detalle las condiciones de la habitación, la dieta y el vestido, la salud y la mortalidad de la población rural mexicana. Lo único que se puede presentar como situación común es la insalubridad y miseria en que viven las gentes del campo; pero respecto a los tipos de casas que habitan, de los alimentos con que se nutren y la indumentaria que visten, hay toda una escala variable según son la situación económica diferente y la condición social distinta.

No queremos dejar sin comentario el estudio que el Instituto Nacional de Nutrición de México ha hecho recientemente sobre la alimentación de ciertos grupos de campesinos, estudio cuyos resultados indican que "el promedio de los mexicanos está probablemente mejor nutrido de lo que generalmente se supone"; Whetten agrega que ciertos alimentos de la población campesina son muy nutritivos, como la malva. Es verdad que esa yerba, como otras muchas completa la dieta de los campesinos mexicanos; pero ni el Instituto Nacional de Nutrición ni el autor tienen en cuenta que sólo se obtienen frescas y se comen en la época de lluvias.

Tampoco queremos dejar sin rectificación ciertas generalizaciones que el autor hace sobre el vestido que usan los campesinos. Afirma que en ciertas zonas, "especialmente en los Estados de Guanajuato, Querétaro y distritos vecinos", el hombre usa sobre el calzón un pequeño delantal en forma de V. Sin negar que todavía muchos campesinos llevan calzón de manta, sin botones en la parte delantera y que, por lo mismo, cubren ese lugar con una prenda adicional, que a veces es un pañuelo y en otras ocasiones una bolsa de gamuza como la llevan los campesinos de Tierra Caliente en los Estados de Guerrero y Michoacán, si el autor hubiera viajado en la zona del Bajío, habría observado que precisamente en Guanajuato y en Querétaro ya casi todos los campesinos usan pantalón azul de mezclilla o telas semejantes, y que en muchas otras regiones, como las costas de Chiapas y aun en Guerrero, se ha desterrado el típico algodón y calzón de manta.

Respecto a la salubridad y mortalidad, el capítulo correspondiente utiliza los registros oficiales, pero como el autor lo observa, los datos recabados no pueden presentar una situación real, sobre todo en lo que toca al número de defunciones y a sus causas.

Se citan en forma especial los esfuerzos que el Gobierno de México hace para aumentar el número de médicos en el medio rural y la obra da cifras que demuestran lo que se ha hecho y gastado para impartir servicios médicos y mejorar la salubridad en las regiones rurales. Un cuadro sobre las cantidades totales que se han destinado para los servicios de salubridad en el campo revela, sin embargo, lo muy poco que se gasta en esos servicios, que en gran parte se pagan con aportaciones de los ejidatarios en las zonas donde el Banco Nacional de Crédito Ejidal les hace préstamos. Afirma el autor que México está haciendo "serios esfuerzos" para resolver el enorme problema sanitario, pero si se considera que el total de lo erogado en 1943 sólo alcanza la cifra de \$3,717,704.80, de la cual una proporción de 42% pagan los ejidatarios, se descubrirá la mezquindad con que se atiene este problema.

El "indianismo en relación con el patrón de vida" es el título del último capítulo de la parte tercera, en el cual se presenta y discute lo que se entiende en México por indígenas y se hacen observaciones de indudable interés, la primera, que muchas de las formas de vida que caracterizaron a las masas indígenas durante el período colonial prevalecen hasta el presente casi intocadas por la evolución moderna, aunque al hablar de la combinación o mezcla de las culturas indígenas y españolas el autor comete el error de decir que las papas y los guajolotes fueron introducidos en México por los españoles. Con mucho acierto

adopta el término indígena-colonial para designar el nivel cultural de la población, que tiene nexos tan sólidos lo mismo con la cultura precortesiana que con la española de la época de la conquista.

Los hábitos de alimentación, la técnica culinaria, las formas del vestido, la habitación, etc., todo está teñido por la influencia indígena y española, de la que se deriva la cultura actual de la población rural mexicana. Es verdad, como el autor afirma, que lo indígena está condicionado por la situación económica de los habitantes, pertenezcan o no a las razas autóctonas; pero también es cierto, como lo demuestra en este capítulo, que los llamados indios puros, lo mismo que los mestizos y aun los criollos, han heredado y conservado formas peculiares de vida que son el resultado de la mezcla de las dos culturas.

El Censo de población de 1940 adopta determinadas características culturales para definir o distinguir a los indios de los que no lo son, entre ellas, el idioma que hablan, si andan descalzos o usan guaraches, o visten trajes indígenas; pero por sí solos no pueden servir para clasificar a la población rural como indígena. Sin embargo, el cuadro estadístico y el mapa formados con los datos relativos a la población cuyo patrón de vida es esencialmente indígena-colonial, coincide aproximadamente con la realidad, aunque presenta semejanzas que no existen entre ciertas zonas del país, como las del Estado de Campeche con la parte norte de Sinaloa, o bien las de parte del Estado de Tabasco con Nayarit.

El problema de elevar el patrón de vida indígena-colonial —dice Mr. Whetten— es complejo y tiene muchos aspectos. "Exige no sólo el aumento del ingreso de las masas de los campesinos, sino también programas de educación y demostración adecuados que lleguen al campo a enseñar la técnica más eficaz para vivir y trabajar". Es verdad que en muchas zonas, a un aumento del ingreso no ha correspondido un mejoramiento en el nivel de vida, como lo observa el autor; pero la experiencia educativa mexicana ha sido más que suficiente para demostrar que sin aquél, es por completo inútil tratar de mejorar por medio de la educación los hábitos de vida. Primero y antes que todo se impone levantar los ingresos a un nivel que permita adoptar las medidas iniciales y elementales para mejorar el patrón de vida.

Las instituciones sociales, es decir, matrimonio y familia, la educación y las escuelas rurales, la religión y la iglesia, el movimiento sinarquista y el Gobierno, se describen tal como el autor los encuentra en México de acuerdo con los datos e informes oficiales que ha podido obtener. A pesar de que se hace un esfuerzo para exponer la situación

real de ellas en todo el país, se nota y lamenta la falta de observación directa del medio rural y, sobre todo, prevalece el propósito de utilizar los datos estadísticos para presentar una situación general.

Respecto al matrimonio, los porcentajes obtenidos revelan que un 46.6% de las uniones maritales han sido sancionadas con el matrimonio civil y religioso, que el 14.7% y el 15.7% de ellas lo están por la ceremonia civil y la religiosa respectivamente, y el 23%, es decir, casi la cuarta parte, son uniones libres, encontrándose que la proporción de los que viven así o sólo casados por lo civil es mayor entre los jóvenes y aumenta la de los que están casados por la iglesia entre los de mayor edad. Se distinguen por el alto porcentaje de sus uniones libres los Estados de Chiapas, Tabasco, Veracruz, Hidalgo, Nayarit y Sinaloa con 40% y más, según los datos del Censo de población de 1940. El autor omite la explicación de que la unión libre depende, en muchos casos, de la mala situación económica de la población rural y, en otros casos, como seguramente es el de Sinaloa, de la indiferencia por regularizar el matrimonio de acuerdo con la ley civil o religiosa.

Aunque es bien conocido que las familias mexicanas son especialmente prolíficas, sorprende encontrar el dato de que la relación de nacimientos en 1945 fué de 43.7 por mil habitantes, muy superior a la de los Estados Unidos, que es sólo de 19.8% y mayor que la de Costa Rica, El Salvador, Venezuela, Chile, Colombia y Argentina. Elaboraciones estadísticas semejantes revelan que la relación del número de niños menores de 5 años respecto al de mujeres de 15 a 40 años de edad es de 439.2 por 1,000 en las localidades de más de 10,000 habitantes y de 696.2 en los de 10,000 o menor número de habitantes, relaciones superiores a las de los Estados Unidos, tanto para la población urbana como la rural. Aunque el autor no trata de explicar esta situación, es indudable que obedece a la muy alta natalidad que registra el Censo, la cual seguramente ha aumentado todavía más en los últimos años. También en forma muy general y sin ahondar en el tema ni establecer diferencias, el autor trata del papel que desempeñan en México los miembros de una familia, destacando esa separación tan marcada que existe en las relaciones sociales entre niños y adultos de diferente sexo, diferenciación que es muy marcada en las clases urbanas a medida que es mejor la condición económica, sin que Mr. Whetten aclare que entre la población rural de muchas regiones, especialmente en aquellas donde predomina el tipo de familia campesina pobre y numerosa, no hay separación en las relaciones sociales de hombres y mujeres.

En el capítulo relativo a la educación en el medio rural, trata con cierta amplitud de la educación hasta antes de 1910 y los programas e instituciones educativas establecidas después de la revolución con omisiones muy lamentables sobre los antecedentes, por ejemplo, de la organización de las ahora llamadas escuelas vocacionales de agricultura y sobre la filosofía y propósitos de la educación rural. Informa de las escuelas elementales sin dar mayores antecedentes del movimiento casi apostólico que significó al principio el establecimiento de esas escuelas en el medio rural. Al explicar las razones de la baja inscripción en relación con la población escolar en el campo, no da como principal la de que los niños complementan con su trabajo la economía familiar y por ello no asisten a las escuelas más que en los primeros grados, siendo insignificante su inscripción en los últimos.

En cuanto al analfabetismo, presenta la muy importante coincidencia de que la proporción entre los que tienen un patrón de vida característico de los indígenas y los analfabetos es casi la misma, 51.2% y 51.6% respectivamente. Según los datos del Censo de población de 1940, la proporción total de analfabetos en el país es de 51.6%, siendo mayor en los Estados de San Luis Potosí, Zacatecas, Guanajuato, Hidalgo, México, Michoacán, Puebla, Querétaro, Tlaxcala, Chiapas, Guerrero y Oaxaca. En las localidades de 10,000 o menos habitantes el analfabetismo alcanza la proporción de 61.1% y en las municipalidades sin población urbana es de 65.9%, situación ésta que revela la poca eficacia que hasta ahora ha tenido la escuela rural en el campo.

El autor describe de manera especial la organización y trabajo de las Misiones Culturales establecidas a partir de 1923, que al presente han llegado a transformarse en instituciones de promoción económica y social, con carácter permanente en determinadas zonas, tal como fué establecido en el año de 1932, cuando por primera vez se demostró la ineficacia del trabajo de las misiones viajeras o ambulantes. Mr. Whetten parece haber carecido de la información completa al respecto y al limitarse a transcribir los programas de trabajo de los componentes de la misión, sin analizar resultados, deja al lector sin un juicio certero sobre la obra educativa de las misiones.

En el capítulo XIX, que trata de la religión y de la iglesia en el medio rural, el autor comienza por aceptar que el 96.6% de todos los habitantes de la República pertenecen a la iglesia católica. Sin negar ese predominio, conviene aclarar que los Censos no registran exactamente la realidad a este respecto, pues en muchos casos se consideran como católicos quienes sólo han recibido el sacramento del bautismo,

aunque después hayan cambiado de religión o simplemente no tengan ninguna y, en muchos otros, caso general entre los indígenas, se consideran católicos aunque es evidente que son idólatras y aun en las mismas iglesias realizan prácticas que se derivan de sus antiguas creencias y no de las que trajeron los conquistadores. El autor admite que no existe la unidad en la fe y práctica religiosa de los mexicanos y que en la actualidad en el medio rural existe una combinación de creencias cristiana e indígena que varía mucho de una región a otra.

Los símbolos religiosos fundamentales en el México rural son, según Mr. Whetten, la Virgen de Guadalupe, el Santo Patrono local, el edificio de la iglesia, el santuario doméstico, la cruz y el cura. A pesar de que la primera es venerada por la mayoría de los mestizos que pertenecen a la clase media y alta y que el mismo Hidalgo usó de esa imagen para levantar a los insurgentes, no puede decirse que la Guadalupe constituya un símbolo religioso fundamental entre todos los mexicanos. Zonas inmensas del país, donde habitan numerosos campesinos, ignoran la tradición de ese milagro.

Figura en este capítulo la transcripción de las Leyes mexicanas consideradas como antirreligiosas y trata de explicar lo que parece antagónico, que en un país donde el 96.6% de los habitantes confiesan ser católicos, existan restricciones legales que limitan el libre funcionamiento de la iglesia. Viejo como es el problema y perfectamente explicable en la evolución histórica, el resumen que hace de los factores que han determinado esa legislación explica en parte el problema aunque no se destaca, como debiera, la necesidad imprescindible de contener la ambición de la iglesia para intervenir en la política de México.

Que esto es indudable, lo demuestra la existencia del movimiento sinarquista que el autor, en el capítulo XX, da a conocer en sus orígenes, la naturaleza de sus programas, su organización, sus objetivos y la situación en que se encuentra ese movimiento en la actualidad. No estamos de acuerdo, sin embargo, en que el sinarquismo sea una protesta en contra de los excesos y fracasos de la revolución mexicana. Es por naturaleza un movimiento reaccionario, con sus raíces enterradas en las más lejanas tradiciones de la vida de México, con antecedentes y actitudes políticas idénticas a las que se han manifestado en diferentes épocas, siempre con el propósito de conservar el poder político de la iglesia que perdió en parte desde las Leyes de Reforma. Esto, como es natural, revestido con una fraseología demagógica que el autor transcribe para dar a conocer lo que el sinarquismo representa, si bien no señala su grave peligro para el futuro del país, sobre todo si, como es

probable, ese movimiento es protegido por un gobierno norteamericano, dentro de sus propias conveniencias e intereses.

Termina la voluminosa obra de Mr. Whetten con un capítulo dedicado a tratar sobre el gobierno, dando a conocer de manera especial lo que es un municipio y la importancia que representa dentro de la organización política. Naturalmente que destaca cómo son casi insalvables al presente los obstáculos para que el Gobierno, especialmente el municipal, funcione dentro del ideal democrático, pero le falta objetividad a su análisis para revelar lo que en nuestro país significa el caciquismo, bajo el cual vive una proporción considerable de la población rural.

Con verdadero rubor leemos en este capítulo la parte destinada a tratar de la "mordida", que según el autor es casi el obstáculo más serio para el funcionamiento democrático del Gobierno. Como todo mexicano bien nacido, estamos de acuerdo en condenar la inmoralidad que significa eso que hemos designado tan expresivamente, sin negar que la corrupción se ha generalizado en todas las clases sociales; pero nos parece que el autor debería señalar, como es cierto, que la "mordida" está más generalizada entre la población urbana, mientras más alto sea el rango de las gentes que intervienen en las funciones gubernamentales y que en el medio rural no la practican ni esos humildes "alguaciles" que representan en los pequeños poblados a la autoridad municipal.

Termina este capítulo, y es final de la obra, la parte relativa a los procedimientos electorales, respecto de los cuales consigna el resultado de la votación en las últimas elecciones presidenciales, en las que, según las estadísticas oficiales, el señor Miguel Alemán Valdés obtuvo el 77.9% de los votos. "Durante la campaña, Alemán visitó cada uno de los Estados de la República y llegó a darse cuenta de todos los problemas de México. Repetidamente afirmó que quería una elección honesta y que si era electo, daría la bienvenida a los representantes de la oposición en la Cámara de Diputados y Senadores". "Como resultado de estas elecciones —dice el autor— algunos miembros de los partidos de oposición fueron instalados en la Cámara Nacional de Diputados, incluyendo cuatro de Acción Nacional, un Sinarquista y tres de otros partidos"; pero omite decir que no figura ninguno del Partido Comunista.

Las conclusiones que figuran en el capítulo XXII demuestran el empeño del autor por ser objetivo para juzgar, en lejana perspectiva, los resultados de la revolución mexicana. Transcribe con amplitud opiniones del licenciado Jesús Silva Herzog publicadas en un artículo

denominado "La Revolución Mexicana en Crisis", para decir que está sustancialmente de acuerdo con este señor; pero el análisis que hace de la revolución mexicana en todo el libro es incompleto: no la presenta como evidente manifestación de la lucha de clases, ni la clasifica dentro de sus claras tendencias de revolución pequeño-burguesa, simplemente antifeudal.

En relación con los resultados de esta misma revolución destaca que el monopolio de la tierra se encuentra ahora quebrantado; que la población total de ejidatarios era en 1940 de 1.601,392, cantidad que representa una población total de cerca de 5.000,000 de habitantes, o sea la cuarta parte de toda la de México; que uno de los más serios problemas del país consiste en la rápida erosión de sus terrenos de cultivo; que a pesar de que sólo el 10.9% de la población económicamente activa estaba empleada en la industria en 1940, el índice de la producción industrial ha aumentado con rapidez y parece ser una de las principales esperanzas del futuro; que la revolución se ha empeñado en un programa de educación para las masas y que en 1940 cerca de la mitad de los habitantes de 10 años o mayores eran analfabetos; que el índice de mortalidad ha sido uno de los más altos del hemisferio Occidental a pesar de que al presente ha declinado de manera lenta y constante; que muy poco se ha mejorado la habitación en los distritos rurales; y, por último, que quizá la prueba crucial del éxito de la revolución es la libertad personal de que disfruta la población al presente, en comparación con la que tenía antes.

Nuestros lectores juzgarán por sí mismos del alcance de estas conclusiones que, indiscutiblemente como son, demuestran que Mr. Whetten no condena a la revolución como lo hacen muchos de los mexicanos, y que aunque se lamenta como Silva Herzog de que no se haya logrado todo lo que se deseaba, es de todas maneras importante que un norteamericano llegue a esas conclusiones.

Manuel MESA A.

Aventura del Pensamiento

AMERICA, PROFECIA Y CONOCIMIENTO

Por Víctor MASSUH

Es la profecía y no el equívoco circunstancial, lo que ha tejido en América la misteriosa trama de su nombre. Una profecía que perdura aún como el gran compromiso que desde viejos tiempos, América ha contraído quizás no con el pasado, ni con el futuro, sino con los sueños. Porque es en este frágil "más allá" de los sueños, donde el hombre ha reanudado su fe en la posibilidad de una nueva vida.

Acaso el primer pacto de este compromiso se ha sellado en aquellas alegóricas palabras de Platón sobre las Atlántidas. O en los versículos del profeta Isaías, cuya inspiración señaló a Colón —según cuenta en su Diario— la ruta del gran hallazgo. O en aquel mito sobre el resquebrajamiento de las columnas de Hércules, cuyo profetismo explicó Juan Larrea hace poco, con la siguiente clave: "Más allá de la fuerza, Nuevo Mundo, América". O se siguió ratificando este pacto en la hora del Renacimiento en que la historia europea se encrestó de alucinaciones y utopías. Sin fin de sueños éstos, que la vieja desventura del hombre ha organizado en las líneas claras y permanentes de una profecía: *El cumplimiento de América en auténtico Nuevo Mundo*.

Esto quiere decir que nació América a la vida de Occidente, en la cuna de los sueños. Y que las líneas de su destino están escritas con signos de profecía.

SIENDO la profecía una activa constelación de sueños a los que unos hombres ponen la espalda para que esos sueños busquen cumplimiento, puede afirmarse que los mejores americanos de nuestra historia —aquellos que han hecho obra a partir del designio más hondo— han estado comprendidos en el compromiso de tal cumplimiento. Y aun hoy, en la frente de los mejores americanos del pensamiento, el arte y la acción, se nota

el sello del antiguo compromiso. Ellos están implicados en la órbita de la vieja profecía y tienen las manos encendidas por su dinamismo. Unos son todavía anunciadores y otros constructores ya, de un Nuevo Mundo. Nombremos, por ejemplo, a algunos de nuestros pensadores de señal más nítida: Alfonso Reyes, Sanín Cano, Gilberto Freyre, Luis Alberto Sánchez, Samuel Ramos, Germán Arciniegas y hasta hace poco, Pedro Henríquez Ureña, el más generoso y sabio. En ellos y en otros más, el compromiso profético actúa en obra de nacimiento. Y no sólo ellos: también los mejores americanos de la acción y el arte, trabajan y viven para el cumplimiento.

A veces sus esfuerzos son a medias *creación y reencuentro*. Puesto que en el estremecimiento del pensar o el sentir, vislumbren América esencial, cumplida. (En tales casos, llegar al Nuevo Mundo pareciera paradójicamente, una llegada al más viejo de los mundos: el de los sueños).

Para ellos, América es un inmenso cuerpo al que hay que afirmarle un *espíritu*. Esto es: hay que hallar la fórmula de las trasmutaciones. Convertir por la firme virtud de un desenvolvimiento, la carne en permanente transparencia; el ímpetu en vocación; la turbulencia en canto; la espera en Cumplimiento. Convertir la *vida*, en *espíritu*. Y este espíritu que será nacido de vida, es decir, nacido de carne, ímpetu, espera, turbulencia, necesita ser anunciado, conocido, acunado. En síntesis: como el Nuevo Mundo necesita ser *creado* con barro de América, ellos viven en el intento de ascender a esa cima de la inquietud receptiva del hombre, donde en el minuto más arisco puede asomar la forma embrionaria de una idea o una norma definitiva para el pensamiento, el arte, la política o la vida.

Por lo pronto, ellos saben la verdad primera: *América nace a cada instante*. Pero no siempre su nacimiento es vida que culmina en Cumplimiento. Sólo es así, en cuanto el hombre acerca a ella la plasticidad conversiva de su alma y recoge en su interior el designio extrañamente conformador de una nueva realidad, una nueva palabra. Y saben además esta segunda verdad: *El Cumplimiento sólo puede ser desarrollo*. Tal desarrollo es una gran vía develadora de esencias que pasa por el latido del corazón más ardiente y claro, por el actuar de las manos menos circunstanciales, por la convergencia de la mirada reflexiva y honda, por el silencio más tenso, por la humildad más perfecta. Ellos dicen: dejemos que se haga canto el latido,

que el silencio florezca en mensaje, en visión la mirada honda, que se alarguen en obras las manos eternas, en sabiduría la humildad perfecta y veremos cómo América, sin milagro alguno, culmina en Cumplimiento.

Esto lo saben nuestros mejores americanos. Ellos hablan de la espera. El régimen de su ansiedad creadora se llama: *espera*. Ella es la gran vía, el desarrollo. El camino que lleva al descendimiento de los sueños iniciales. Quiere decir que a partir de este momento, los sueños, están al final de la espera, en las puertas del Cumplimiento, y no en el inicio de nuestra desesperanza, ni en el frágil "más allá" de la huida.

Lo cual equivale a recorrer de nuevo los ámbitos de la palabra: profecía. Porque es profecía el sueño que ya no quiere ser un escape a lo mejor de todo comienzo, a una remota "edad de oro", o un refugio en la acritud del fracaso, para ponerse en cambio en la convergencia de su cumplimiento y nuestra propia conversión.

Todo esto lo saben nuestros mejores americanos del pensamiento, la acción o el arte. *Espera, profecía, Cumplimiento, Nuevo Mundo*, son notas lúcidas de una conciencia, de una estructura cultural. Porque esta fe profunda de América en la espera de sí misma, este dinámico estremecimiento de los sueños en el corazón de nuestros creadores, ha sustentado un pensamiento, una literatura, un arte, con un peculiar tono cultural. Atendiendo a tal peculiaridad y también a los momentos vitales del ser americano en gestación, este tono podría caracterizarse comprensivamente como el *tono profético* de la cultura en América.

ESTA cultura del *estadio profético* americano reproduce por ahora, los más genuinos perfiles de nuestro ser en formación. Expresa, como hemos dicho, la conciencia de una espera (y de una esperanza, por supuesto). Es una cultura que se hizo con deliberada aspiración de futuro. Tensa de proyección prospectiva, representa la tensión misma de nuestro ser. Porque examinando el panorama de nuestra cultura, acaso podríamos preguntarnos: ¿Qué evidencia este renovado interés actual por la historia, el destino o la esencia de la cultura en América? O ¿qué implican este desazonado filosofar en torno a una posible filosofía americana, o estos intentos de reflexión social, en avance a una auténtica sociología de nuestras circunstancias, o

acaso, la actual literatura crítica elaborada sobre el balbuceo expresivo de una genuina literatura? Más aún: ¿Qué revelan nuestra novelística social —enfervorizada de redenciones— o psicológica con sus agudas captaciones del germinal caosismo de nuestro ser interior? ¿Y nuestra plástica con la epopeya de los murales mexicanos, y nuestra poética continental que ha permanecido fiel a las rutas abiertas por las resonancias whitmanianas?

Todo esto, no evidencia más que la sostenida voluntad de un ser que quiere madurar en la orientación *profética* de su esfuerzo. América en la vocación prospectiva de llegar a sí misma y en el tanteo de una aproximación al núcleo de su destino. Tenso desarrollo, lenta metamorfosis de la *vida* en *espíritu*, de América en Nuevo Mundo; desarrollo que se apoya en la vigencia de un compromiso sellado en el comienzo de la aventura humana, cuando las utopías trazaban sus primeros signos.

En síntesis, todo esto caracteriza a América en lo que hemos llamado: el *momento profético* de su cultura.

II

PERO en este proceso formativo del ser americano, junto a la nota *profética* de su cultura, se insinuará una actitud colateral e igualmente decisiva. Esto es: la necesidad de una toma de conciencia de su esfuerzo formativo. En tal actitud nuestro ser se desdobra reflexivamente con el objeto de examinar el ámbito de su existencia, así como las raíces más terrestres del impulso profético. Es la actitud del *autoconocimiento*. Porque evidentemente, el hombre americano siente en sí abierta la herida de su propia incógnita y la de su circunstancia. No se posee a sí mismo porque no se conoce. De ahí que en la medida del acercamiento profético a la meta de su ser, se acentuará más su avidez de conocimiento. Y en tal *conocer*, en tal avidez de poseer los datos elementales de nuestra realidad, no palpita más que un denodado anhelo de *ser*. Porque en última instancia, el hombre americano quiere develar sus incógnitas con el objeto de salir de ellas, asegurado. Con el total dominio de lo que vive en las zonas más intrasferibles de su intimidad.

De ahí que en esta reflexión, en este volver de América sobre sí misma en afán auscultativo, se note una casi imperceptible detención de su audacia creadora. Acaso, una prudente

vacilación ante la aventura de afirmar valores universales para el pensamiento, el arte o la acción. Y ello se debe—quiero decirlo con la más rigurosa cautela— a que América, viviendo en el seno de su radical incógnita, quiere *conocerse*, mucho más que *crear*. Más que *crear*, en el sentido de la producción de obras culturales en las que se asiente una síntesis total del género humano. Es decir, estructuras artísticas, filosóficas o literarias perdurables que integren el acervo de la más alta cultura, aquella que responde a la inquietud esencial del hombre por largo tiempo. Conquistas éstas, que el ser creador efectúa en virtud de la tensión aglutinante de todas las potencias de que se nutre.

En verdad, desde el punto de vista de una atenta filosofía antropológica, el hombre americano no se halla en el momento cultural del ser creador, sino que vive simplemente en el *momento formativo* de su ser. Quisiera ser claro en esta distinción. No es que nadie desconozca, dominado por anteojeras naturalistas, el elemento intrínseco creador del esfuerzo cultural. Tal afirmación sería anacrónica, dado que siempre todo proceso espiritual es proceso creador. Se trata de afirmar, en todo caso, que América es el sujeto de un proceso espiritual que *converge* en la creación de su ser y no que *parte* del ser creador. Es decir, que América no se halla en el momento en que este ser ya estructurado, con sus fuerzas sedimentadas, se torna el instrumento de un designio universal y válido para el mundo. Por el contrario, se halla en el período en que intenta un escrupuloso examen de sus potencias. Y de esto se desprende por lo menos ya, un criterio de autenticidad cultural. Lo genuino de América, en este momento histórico de su cultura, sería todo aquello que en su literatura, arte, pensamiento o acción de sus individuos, se da como testimonio o expresión de esta formación dramática y profunda de su ser. Así como todo esfuerzo cultural que haya prescindido de tal reconocimiento, o que no sea el testimonio o la *expresión* de este estadio germinal o inestructurado aún del ser americano, se ha regido por la fórmula de extrañas estructuras tutelares.

Como hemos dicho, del denodado anhelo que América tiene de sentirse construida, de recorrer el perfil lúcido de su propia presencia, *anhelo de ser*, nace la avidez de su autoconocimiento. América se transforma en el objeto de su propio examen. Y

en el estímulo de un largo viaje hacia las zonas más desconocidas de su alma. Intenta una indagación atenta a todo su pasado. Quiere conocer el punto arterial en el que convergen los ríos de las razas para la formación de un hombre nuevo. Conocer el cauce de esa arteria más ancha aún de su propia historia, en donde tantos elementos dispersos de las demás historias buscaron sedimentarse en un nuevo ímpetu. Quiere poner ante sus ojos el dibujo resucitado de las viejas culturas enterradas por el Descubrimiento. América quiere descubrirse a sí misma. Conocer su estado social. El extraño entrecruzamiento de las motivaciones colectivas que a la luz de una sociología sutil, puede presentar el tono de una nueva convivencia. Quiere saber en retorno introspectivo, de qué forma en el paisaje de su alma repercute aquella melodía de formas y colores virginales del paisaje continental. Reconocer la escondida gruta interior donde el hombre americano intercambia identidades con el espíritu de la tierra. Conocer el extraño sentido de la tierra. Analizar el problema de todos sus modos expresivos, y el fecundo fenómeno de un nuevo "tempo" idiomático. En fin, América quiere pulsar el ritmo de su vida interior. Avidez de conocimiento que no es otra cosa que sed de su propia vida. Aquella que ya no puede enriquecerse al amparo de estructuras tutelares. Sed de nueva vida. Esto es: tierras que sólo pueden ser ganadas al mar de la incógnita.

PERO sabemos que en el caso de América, ansia de vida es ansia de madurez. Porque América quiere ingresar a aquel plano de su desenvolvimiento en el que su existencia deja de ser mero *sobresalto* a merced de agentes circunstanciales, para ceñir su conducta al régimen de una normatividad personal profundamente sentida. Anhelos de madurez, avidez de autoconocimiento, que revelan a América, en el momento característico adolescente de su desarrollo, en el que despierta a la renovada *extrañeza* de su propio ser. De ahí que la actitud introspectiva que América, en este estadio de su cultura, ensaya frente a la inusitada *presencia* de su realidad sentida ahora como *diferente* de la realidad del mundo, implica un profundo cambio de perspectiva. Un cambio de edad. Significa que ha roto definitivamente con ajenas estructuras en las cuales estaba sumida como en una especie de cobijo tutelar. Estructuras men-

tales del medioevo, renacimiento, iluminismo, romanticismo, positivismo, intuicionismo y existencialismo a las que alternativamente se abandonaba en actitud de identificación *extática*. Y son tales formas las que de pronto se descubren como extraños ojos a través de los cuales una descolorida visión, privaba a América de componer el nuevo paisaje de su peculiar *concepción del mundo*. Al mismo tiempo adviene, como hemos dicho, una propicia perspectiva, una cierta distancia, ante la cual América recorta su *hallazgo* del mundo como distinto. Y por consecuencia, reconoce los límites de su propio ser. Es decir, la dimensión autónoma de su continentalidad espiritual. Esto es, que América tiene atisbo psicológico de sí como presencia diferenciada, pasible nuevamente de una gran aventura de redescubrimiento.

En suma, nos damos de nuevo con la misma verdad: Profunda y substancial sed de autoconocimiento. Y podríamos preguntarnos: ¿Cómo explicar —si no es apelando a esta radical actitud cognoscitiva de la cultura americana— cómo explicar el predicamento y auge que a lo largo del continente y sus islas tienen las investigaciones históricas, lingüísticas, antropológicas, etnológicas, arqueológicas y literarias? En el punto de partida de un atento examinar los sectores de nuestra realidad americana, no hay otra cosa que el maduro afán de encontrar las rutas de su espíritu. De tener en las manos, lúcida-mente, todos los hilos que conduzcan al laberinto de nuestro ser. Y fué tal avidez de conocimiento lo que llevó a Alfonso Caso hacia las ruinas de Monte Albán, a Rafael Girard a desentrañar el sentido interior del Popol Vuh, a Sanín Cano hasta la revisión atenta de todo un pasado literario.

Tal afán cognoscitivo fué el que en la filosofía misma animó las investigaciones históricas de José Gaos, Leopoldo Zea, y algunos ensayos de Francisco Romero, quienes de uno u otro modo, intentan aclarar las rutas del pensamiento hispanoamericano. Y en las precisiones introspectivas de nuestro ser intentadas por Samuel Ramos, no hay otro propósito. Esta misma sed, es la que en mi país ha llevado a Martínez Estrada a dar una *radiografía* de la Pampa, y a otros pensadores al intento de calar en una ontología de lo argentino.

Y es indispensable mencionar aquí, el caso de Alejandro Korn el mayor y el más profundo de los filósofos argentinos, quien también llevado por este imperativo develador hizo obra

histórica de inapreciable valor.¹ Pero ello no es todo. Korn trató de identificar su filosofía con el movimiento espiritual naciente de su pueblo. Al punto de que algunos de sus mejores ensayos, pueden ser leídos como la autoconciencia filosófica del espíritu argentino. "La Libertad Creadora", "Una Posición Argentina", "Nuevas Bases" y la ya mencionada "Influencias Filosóficas", pueden considerarse como una lúcida reflexión en torno a las exigencias espirituales argentinas en procura de una nueva estructura. De modo que, si conforme a la línea tradicional de la filosofía europea Korn ha sido superado con largueza, bien se puede afirmar que en cuanto a la circunstancia de nuestra formación espiritual y su conocimiento, no ha sido sobrepasado aún en nuestro país y su pensamiento tiene la vigencia de un mensaje duradero.

En fin, avidez de conocimiento que ha convertido a la filosofía americana en una gran pregunta que nuestra actual circunstancialidad plantea a la esfinge del destino. Y en este momento característico de la filosofía en América, nos detendremos a reflexionar ahora. Porque en ella culmina hecha madura reflexión sobre nuestro destino, aquella caprichosa alucinación de las profecías. Reflexión que no puede ser más que el desenvolvimiento, en el plano de la razón y la conciencia, de aquellos gérmenes caídos en los primeros sueños. Y por lo mismo que tal interrogación sobre el ser y el destino americanos llega en la filosofía a su más radical impulso, es indispensable que ella —la filosofía— problematice sobre sí misma; puesto que de ella será nacida la más rigurosa palabra. Y dado que aún en el desamparo de la duda más balbuciente, la filosofía tendrá sus espaldas guardadas por la profecía.

ESTA adolescente ansiedad formativa de América que ya hemos caracterizado culturalmente como *sed de conocimiento*, ha impuesto a la filosofía —actividad con vocación abrazadora de totalidad y que se resiente en toda limitación objetiva— un objeto que limitó su atención universalizante derivándola a la inmediatez de un ámbito determinado. Ambito a ser develado ineludiblemente ya que de tal enfrentamiento, la filosofía podría rescatar algunas palabras a la Incógnita de nuestro destino. De ahí que la filosofía en América —en virtud del impera-

¹ Me refiero a su "Influencias filosóficas en la Evolución Nacional".

tivo de su incógnita— se ha disgregado en varias provincias filosóficas conforme a distintos enfoques objetivos y metódicos. Es decir, se transformó en filosofía de la historia o filosofía de la cultura en América. O bien se afinó en fenomenología que busca hincar en la médula espiritual del ser americano. Y en último caso se convirtió simplemente en historia de la filosofía. Es decir que la filosofía se disgregó en una serie de rutas por las cuales se sale a buscar los datos reveladores del ser americano. Filosofía que sacrificó su vocación universal y se resignó a no ser *pura y estricta* filosofía, para obedecer a hondos designios formativos. Por otro lado, éste era el mejor camino de su autenticidad. Por lo mismo que la filosofía es un producto tardío de la cultura —como ya lo señaló Hegel— y dada por otra parte la juventud de nuestro ser, no es posible señalar como auténtica una *filosofía americana*; pero sí una *filosofía de lo americano*. Pues una filosofía americana que sea el testimonio de un estricto y puro diálogo con los eternos enigmas del hombre, no es posible aún. Tal esfuerzo sería viable en el caso de no mediar la incógnita de América, y en el caso de una plena y estructural sedimentación de nuestra interioridad. De otro modo, se trataría de un producto que puede ensamblar en la tradición reflexiva de otros pueblos, pero no en el proceso de nuestra formación. Además sabemos que el camino que lleva a la pura reflexión filosófica, aquella que surgirá como la expresión *creadora* de nuestro ser, tendrá que pasar previamente por esta *filosofía de lo americano*. Filosofía de su historia, de su cultura, Fenomenología. Porque he aquí lo importante: A raíz de tal ejercicio aproximativo entre el filósofo y la realidad americana, puede sobrevenir una *intimidad confesional* y propicia en virtud de la cual América se anime a musitar por lo bajo sus verdades interiores, esas que tienen horizontes de universalidad y traen una respuesta a la radical problematicidad del hombre. O bien, lo que es mucho aún, puede que en tal empecinamiento aproximativo, América coloree a la filosofía con los tonos de su propio ser: de modo que —con América dentro—, el filósofo pueda abandonarse a los estímulos de su vocación y hacer ya estrictamente: filosofía.

Y en cierto modo, se ha insinuado aquí, un paso decisivo en el intento de que la filosofía sea ya no meditación de *lo*

americano, sino exclusiva meditación filosófica. Se trata de una nueva actitud que deriva de una imperceptible conquista lograda en ese diálogo vivo entablado entre el pensador y la realidad americana. Diálogo entre su subjetividad atenta y la gran objetividad de un mundo que necesita ser develado. Pues, con motivo de este intercambio hemos hablado de *intimidad confesional*. Debo decir aquí, que tal vez esto, no se haya hecho. Tal vez hablar de la *confidencia* que en algún minuto fugaz de su empeñamiento discriminativo pueda recibir un pensador en su contacto con objetivos americanos, no sea más que una metáfora sin mayor validez gnoseológica. Pero sí es incuestionable que en tal diálogo se opera un fenómeno fecundo. Trataré de explicarlo.

Sabemos por filosofía escolar y también por psicología como ciencia del espíritu, que en toda relación de conocimiento hay un profundo intercambio de orden subjetivo: intuitivo, afectivo. Y por esto mismo—como lo señaló Max Scheler—todo acto de conocimiento es en sus líneas más simples, un acto de *simpatía* dado que se halla estructurado sobre la base de un *sistema de preferencias* vitales o espirituales. Esto quiere decir que el objeto se engarza en la esfera emocional del sujeto, y para él tiene mensajes que éste percibirá en la propicia receptividad de su ser total. Tal receptividad no es más que un abandonarse en las manos conformadoras y activas del objeto. En este acto de conocimiento comprensivo, el sujeto conoce al objeto en virtud de que se halla impregnado, *abrazado* de él. Es decir, que una vez conocido el objeto, es como si en el preciso instante de su proximidad, el sujeto *naciera* de él y llevándole totalmente consigo al mismo tiempo. Esto es, que el objeto ya no está *frente* a su subjetividad en polaridad gnoseológica, sino *dentro* de sí, en su ser total, disuelto en el ritmo de su propia sangre. Y esto nos lleva a los umbrales de la afirmación que buscamos: *En todo conocer late para el sujeto la posibilidad de nuevo nacimiento*. Quiere decir, que en el diálogo inquisitivo entablado entre el filósofo y lo americano—esto es: sectores de su realidad, pasado, vida, cultura, razas, comunidades, paisaje, naturaleza, costumbres—hubo un intercambio esencial de identidades, por el cual el filósofo se ha transformado en manos de su propio objeto.

Puede que de tal acto el filósofo haya salido *transfigurado*, esto es, con la figura interior del mismo mundo que quería

conocer. Puede que en tal ejercicio cognoscitivo el filósofo se haya: americanizado. Es decir que en este diálogo, hubiese pasado a sí la confidencia de América y que esta verdad le haya rehecho, cambiado. De modo que a la luz de tal desarrollo, nos resultaría perfectamente explicable el imperativo cultural de una *filosofía de lo americano* como paso ineludible a una filosofía pura, liberada de objetivos que inmediateizan su visión. Del mismo modo que el adolescente en umbrales de madurez, logra la paulatina liberación de su obsesivo contorno individual.

TAL es la actitud, la conquista insinuada germinalmente en este intenso período autocognoscitivo de nuestro esfuerzo filosófico. En el seno de esta tarea se está gestando la maravillosa transfiguración del filósofo americano. Período éste, de la conformación interior, humana, de un nuevo arquetipo en cuya interioridad hayan encontrado sedimentación augural las mil voces profundas y a veces indescifrables de América en profético avance de Nuevo Mundo. Un ser nuevo en cuyas manos se haya hecho mensaje o bienvenida el oscuro llamado de la tierra, el indio, el negro, la montaña, la selva, la pampa, el europeo colonizador y el inmigrante, en fin todas las notas de una humanidad fermentativa.

Ser nuevo, *filósofo transfigurado*, que acune estos caracteres en el olvido presente de su sangre. De modo que si llegara a reflexionar en vuelo de universalidad tras los eternos enigmas, tenga punto de partida, en el tono de esa nueva humanidad que lleva en la convergencia de sus raíces más terrestres. De ahí que no es aventurado afirmar que en la lenta marcha de la historia de la filosofía en América —especialmente en el período último en que decidió ser reflexión sobre la realidad americana— se ha estado gestando no una filosofía personal, sino la *transfiguración humana* del filósofo americano.

A esta altura de nuestra reflexión, cabría una pregunta: ¿Han existido, en la breve historia de la cultura en América, señales anunciadoras de nuestro filósofo transfigurado? Evidentemente. Hay testimonios de sus huellas. Pero por lo mismo que su substancia humana se hallaba viviendo un proceso de confor-

mación, su presencia ha sido fragmentaria, profética. Y sus palabras, balbucientes. No alcanzó a tener fisonomía cabal. Las más de las veces cumplió misión de educador, apóstol o político. Y en tales afanes, mucho más que en el afán filosófico, dejó testimonio de su presencia. Muchas veces, en algunas conductas, preferencias, heroísmos, arbitrariedades, sueños, es decir en la informe riqueza humana de nuestra historia, dejó entrever confusamente la arquitectura de su alma nueva. Acaso en alguna gesta de Bolívar, en alguna genial arbitrariedad de Sarmiento, o un sueño de Martí, dejó proféticamente su rúbrica. Algunas señales. Porque en tales momentos nuestro filósofo transfigurado, buscaba crecimiento hacia abajo, en toque de savia esencial y de zonas permanentes e inconfundibles del ser americano.

En tales circunstancias —y aun ahora— sus palabras germinales gustaron más del lenguaje de poetas y novelistas, que de filósofos. Apenas en algunas páginas de nuestros mejores filósofos, se insinuó un balbuceo incoherente o una palabra germinal. Acaso en el Varona fragmentario, en algunas páginas de "La existencia como Economía, como Desinterés y como Caridad" de Antonio Caso, en el Korn de las "Nuevas Bases", en el Ingeniero maestro de la Juventud o en el Vaz Ferreyra del "Fermentario" y de su vida magistral.

Pero en el fondo, balbuceos, entrelíneas. Y tenía que ser así. La auténtica filosofía, el mensaje creador, universal del filósofo transfigurado, estaba reuniendo sus signos, viviendo la aventura de su gestación, menos en el claustro intelectual del filósofo americano al uso, que en la elementalidad abierta y receptiva del ignorante o del humilde, en cuyas almas, América estaba ordenando más libremente las notas definitivas de su interioridad.

TAL vez ahora exista en presencia; más aún, tal vez ya se encuentre en tensión creadora nuestro filósofo transfigurado. Al menos se han preparado los caminos de su advenimiento: nuestra más importante filosofía es filosofía en torno a objetivos americanos. Esto es, se han recorrido largos trechos de la incógnita. Esta filosofía ha prestado a nuestro filósofo, cobijo para su transfiguración humana. En una palabra, la filosofía ha vivido un largo proceso, lo suficiente como para que de él

nazca aquella generación de meditadores que tendrán hacia América la silenciosa fidelidad de la sangre. Y que la guardarán en aquella región del alma que José Martí señaló una vez: "Donde no se olvida y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América como luz y como hostia".

"Donde no se olvida", dijo Martí. Pero no. Hemos hablado de una azarosa aventura de conocimiento, de confianza, de ganar tierras al mar de la incógnita, de lenta transfiguración, con el objeto de lograr que América para su auténtico filósofo sea precisamente esto: *olvido*. Es decir que América ya no se ubique ante su frente como una pregunta, sino dentro de su corazón como una identidad carnal. *Donde no hay muerte*. El filósofo americano habrá saciado la pregunta de su circunstancialidad, la extrañeza de su propio mundo, porque él llevará este mundo incorporado a su ser. Acallará la pregunta de América porque él ya *es* América. La llevará en las raíces de su humanidad. Hecha deseo, respiro, acto, vocación, agonía. *Siendo* América podrá *olvidarse* de ella para quedar a solas frente a lo universal. A solas con la sola filosofía. Aquella en cuya problemática no cicatriza nunca la herida de los eternos enigmas.

Tucumán, Rep. Argentina.

RUTA PSICOLOGICA DE QUETZALCOATL

Por *Jorge CARRION*

PARA que ninguno se llame a engaño, si —llevado por la cortesía o sostenido por la curiosidad— resiste hasta el final la lectura de estas líneas, he de advertir, que no se trata de que haya encontrado yo las huellas de Quetzalcóatl, ese civilizador que, urgido por las calamidades de su pueblo, desapareció ante los humanos ojos asombrados para reaparecer después—aún más cargado de virtudes y atributos—en la imagen de la fantasía colectiva, en el poblado cielo del mito. Y no es que no me atraigan con eficaces voces las instancias de los palacios magníficos—jade, plata y esmeraldas eran sus materiales—, o que no me tiente el policromo señuelo de las casas fabricadas con plumas y concha rosada, como carne de recién nacido. Tampoco es que sea yo indiferente a la magia ingenua de las gigantescas mazorcas de maíz cultivadas en la Tula tolteca en proporcionadas milpas tan sombrías como bosques. No, nada sería más afín con mi antojo que recorrer esa senda y contemplar las antiguas piedras juntadas ahora con la argamasa del moderno pensamiento arqueológico. Pero para que la marcha del deseo no padezca cojera se requiere que su paso vaya acorde con el de las disposiciones; sólo así será rítmico, acompasado, armonioso y sólo así, al término de la jornada, la respiración mantendrá su profundo contacto vital. Por eso trato de conciliar mi antojo con lo que hasta ahora he creído informa mis disposiciones y, una vez medidos el peligro del viaje, la vastedad del territorio y lo complejo e insondable de sus selvas y lagunas, declaro que, con ser mucha mi audacia, solamente pretendo analizar, desde un punto de vista psicológico, las más esquemáticas líneas evolutivas del pensamiento de los mexicanos conducido por el hilo de algunos de sus rasgos religiosos. Esto equivale a decir: voy a intentar viajar por la ruta de Quetzalcóatl, pero no andaré por la de su balsa entretejida de serpientes o por la de su éxodo a través de las

nevadas montañas, sino por aquella otra que ilumina su resplandor, cuando ya incrustado en el cielo como estrella vespertina, adquiere categoría psicológica y marca huella duradera en la mentalidad colectiva india y mexicana.

CON los ojos vemos y miramos; con los oídos, oímos y escuchamos; con nuestro sentido del tacto sentimos y sabemos de la profundidad y la calidad de la forma y así en cada una de nuestras capacidades sensibles, opera un funcionalismo dual: por una parte la pura sensación informe, imprecisa y sin contorno, y por la otra la percepción —visual, auditiva o táctil— desarrollada en sus estructuras configuradas, claras y precisas. Por un lado, pues, el dato elemental y ciego y por el otro, el material ordenado y comprensible. Pero para el plan global de nuestra vida, la misma importancia tienen unos y otros datos; los acarreados como simples sensaciones y aquéllos organizados en complejos estructurales. Solamente en la conciencia adquieren jerarquía distinta. Las figuras completas, las imágenes, tienen lugar preferente en ella y en los lugares más apartados de la subconsciencia yacen latentes, todas las sensaciones difusas y vagas al lado de las imágenes olvidadas, de los deseos reprimidos y de los ensueños y las fantasías de nuestro ser. Pero ni aún los razonamientos más puros, ni siquiera las teorías más densamente cargadas de su facultad de comprensión lúcida, dejan de ser impulsadas por esos elementos oscuros y ciegos pero eficaces y dinámicos. Y así, miramos con nuestros ojos y con nuestros deseos; oímos con nuestros oídos y con nuestro instinto; tocamos con nuestros dedos y con nuestra imaginación y razonamos con nuestro cerebro a la par que con nuestros efectos, impulsos, fantasías y ensueños. Únicamente que el pensamiento —delicadísimo tamiz— depura sus productos y los hace trascender a una esfera más altamente colocada que los instintos y el querer. Quien nombraba sublimación a este proceso, dijo, asimismo, que nada cuesta tanto trabajo al hombre como olvidar: todo lo que dentro del ámbito humano cae tiene ulterior resonancia, rinde tempranos o tardíos frutos, no importa desde qué tan profunda y oscura región actúe.

De semejante modo que en la conciencia individual se estructuran en el alma colectiva las diversas instancias. Nada ahí se olvida tampoco; todo guarda su recíproca acción y así el alma colectiva no es como no lo es la individual, simple

suma de elementos dispersos sino orgánica resultante del orden y concierto de esos elementos dentro de una estructura dotada de sentido, es decir, orientada hacia un fin.

Las sociedades primitivas no escapan a este ordenamiento. En ellas las altas conciencias, los individuos excepcionales son el equivalente de las regiones luminosas de la conciencia individual, mientras que la masa ignorante y sobrecogida ante el mundo que la circunda, representa las oscuras tendencias, los vigorosos impulsos, los elementos en fin indefinidos pero actuantes que mueven al ser humano con su fuerza oculta pero eficaz. Así en estos núcleos colectivos—como por lo demás ocurre en cualquier sociedad humana—una distancia enorme separa el pensamiento del común de las gentes del de sus guías: sacerdotes, magos y jefes.

Levy Bruhl ha dicho que para la mentalidad primitiva lo sobrenatural es lo natural. Con esta aparente paradoja quiso hacer resaltar la tenue diferencia que separa a ese pensamiento, el primitivo, del pensamiento lógico. Cuando se supuso que lo ilógico era la característica de la mentalidad primitiva, de las sociedades salvajes, como también se dijo, se incurrió en el mismo error que cuando se creyó que la psicología infantil era una reducción de la adulta. Ocurre que el hombre primitivo analiza su circunstancia con iguales armas lógicas que el civilizado, solamente que aquél aprehende de preferencia aquellos datos que por su intensidad objetiva, o por su brillante coloración afectiva, resaltan más en el conjunto de la malla del mundo. De ese modo las representaciones de ese hombre primitivo que aún valora más por lo que siente que por lo que toca, más por lo que ve que por lo que mira y más por lo que oye que por lo que escucha, son como telas a las que faltaran los más delicados hilos de su intrincada trama. Porque en los sentidos del hombre primitivo aun es muy corta la distancia entre sensación y percepción, como en su conciencia aun no se distinguen claramente sentimientos y pensamientos. En cambio de aquellos numerosos huecos la mente primitiva pone en la malla del mundo externo vivos colores; los colores del afecto paralizante, de los deseos proyectados, de las inhibiciones del temor y el miedo y mezclado con ellos, todo un complejo y oscuro anhelo de llegar a apretar esas mallas en un conjunto cada vez más adecuado a las apremiantes necesidades del hombre desamparado que esforzadamente, con sus débiles recursos, la va tejiendo.

¡Asombra pensar que hasta los estudios de Levy Bruhl el hombre que se bautizaba a sí mismo lógico y razonante, no haya advertido que precisamente el valor de lo sobrenatural, su naturalización —de la que él se burlaba en los pueblos salvajes— es el germen del pensamiento lógico; es el abismo que separa al hombre del animal! En efecto, los animales ante el mundo que les rodea actúan por reflejos condicionados más o menos complejos: un ruido coincidente con un malestar les hace huir; un olor asociado a una comida les produce reacciones de acercamiento; pero nada de esto les sobrecoge ni impone, sobre nada proyectan su ser y sólo logran adecuar sus funcionalismos a las circunstancias favorables o desfavorables respondiendo con tropismos más o menos complicados, negativos o positivos. El hombre primitivo en cambio, que empavorecido en una selva azotada por la furia de la tormenta, ante la muerte repentina de su vecino huye, pero luego, con pasos cautos regresa y achaca esa muerte al ulular del viento, al parejo que se representa a éste como un espíritu dañino, está proyectando su mundo y con él su propia alma a las cosas y, de ese modo, está plantando una interrogante grávida del imperativo de respuesta que todas las interrogaciones llevan implícito. Ese hombre no hace sino sustituir con trozos de sí mismo, de su miedo cósmico exteriorizado, los eslabones —perdidos para su percepción—, que median entre causa y efecto; pero en rigor ha seguido el mismo proceso lógico que el moderno científico cuando rellena con hipótesis y supuestos filosóficos los huecos dejados por sus finos e instrumentales experimentos de laboratorio. Solamente que este último trabaja en una tela de apretados hilos porque en su telar se ha ido acumulando paulatinamente el material nacido de cada una de aquellas proyecciones afectivas que —como semillas grávidas— plantaran sus antecesores con su azoro, su animismo y sus coloridas interpolaciones antropomórficas de las circunstancias adversas. Y asimismo el hombre de ciencia moderno ha domado su miedo, ha vuelto dóciles sus afectos y ha convertido a sus impulsos y a aquéllos en fieles servidores de su pensamiento. Por eso solamente muy por debajo de sus estructuras razonantes, frías, precisas y lógicas es dable descubrir de vez en cuando, mediante la microscópica y telescópica mirada de un Freud, el bullir cálido del afecto y el instinto que aún señala rutas y marca direcciones al destino humano.

Desde el pobre salvaje empavorecido ante el enigma del espíritu de la selva, pasando por el mago y el técnico rudimentario hasta los actuales genios de la ciencia, el pensamiento humano ha construido un edificio científico con el mortero de las almas y la carne de cada uno de los hombres que escogieron la ciencia como fin. A partir de ese mismo hombre primitivo que adora en tantos dioses como ruidos le atemorizan, pasando por el sacerdote azteca —inmolador de guerreros— hasta el sublimado concepto del sacerdote católico en el sacrificio de la comunión, un sin fin de descos, fantasías, previsiones y proyecciones han formado los más armoniosos edificios religiosos. Y desde ese mismo pavor antropomórfico, desde ese lento dejarse del hombre algo de su propio ser en la maraña de la selva, se puede rastrear el desmedrado cauce que conduce al profundo pensamiento filosófico de nuestros modernos especuladores.

Nace un hijo del hombre y ante él se extiende la más larga infancia psicológica que se conoce. Infancia poblada de misterios, llena de obstáculos y umbrosos lugares como los de la selva del hombre primitivo. El niño humano como aquél, tiene miedos y deseos y proyecta también su ánimo al mundo circundante. Ordena los datos vagos que percibe en un esquema sencillo, pero ambivalente: de un lado las cosas que le desagradan; por el otro, las que le complacen y le dan alegría. Aquí esos extraños seres gigantes, autoritarios, ruidosos que aparecen ante él intermitentemente sobrecogiéndolo su infantil corazón y, muy junto a sí mismo, el seno materno, el regazo tibio que aviva quién sabe cuáles escondidos rescoldos de retorno al claustro líquido y femenino. Lentamente el niño evoluciona conciliando dentro de su ser y en la medida de sus fuerzas, este par antagónico de proyecciones: las de índole masculina, atemorizantes y desagradables y las de naturaleza femenina, placenteras y protectoras. La infancia del hombre transcurre presidida por los símbolos femeninos. En su simbología profunda traducida a signos dibujados el niño es todo curvas, concavidades acogedoras, líneas ondulantes enrolladas sobre sí mismas como los ovillos de los que la madre saca con ágiles dedos el abrigo de lana, los zapatitos de estambre o el edredón tejido. Como el hombre primitivo, el niño busca los lugares acuevados: desvanes y sótanos son propicios recintos para su nostalgia inconsciente del claustro materno. Y cada vez que, candoroso, juega a las escondidillas renueva el placer regresivo

de no ser alcanzado por el mundo—como cuando aun no era—, o la emoción brusca de ser descubierto—como cuando la luz primera engeguació sus ojos al tiempo que el aire dilataba dolorosamente los pulmones.

Poco a poco—así dice un libro infantil—, los símbolos masculinos se van infiltrando en el mundo del juego del niño. En las rondas que se hacen y deshacen en aparentemente inútil ritmo, ya se advierte una vaga reminiscencia de las peculiaridades del juego crótico y en las melodías de la víbora, víbora de la mar, resuena aún más claramente el símbolo masculino asediando con reptante movimiento el defendido cerco de la elipsis femenina.

La crisis de la adolescencia marca en el hombre la inversión de su simbología. Por eso a veces durante ella se hace el joven más femenino, o bien reacciona con la máscara grotesca de una exagerada virilidad o acaso huya temporalmente de su casa como para revalorar los signos nuevos que la sociedad—hecha a imagen y semejanza del hombre y por ello estructurada varonilmente—le impone. Al regreso de estos movimientos de huida, reales o frustrados, que el psiquiatra mexicano Tomás Córdoba, ha estudiado certeramente bajo el nombre de complejo del hijo pródigo, el adolescente, si nada detiene su evolución, ajustará su vida a una simbología masculina principalmente, en tanto que los factores femeninos pasan a un segundo plano, aunque nunca dejen de actuar totalmente. Los símbolos del hombre, entonces, se manifiestan en los planos visuales por el predominio de las líneas combinadas geométrica y ordenadamente. Las pelotas redondas de la infancia dejan paso a los cohetes jubilosos, móviles y masculinos del estudiante; los aros y las combas a las armas y los fuetes; las cuevas y los sótanos a las erectas casas de hierro, cemento y cristal. Es que en la evolución del hombre prima, incluso en un sentido estrictamente biológico, un norte magnético masculino y aun en las mujeres—más duramente atadas a su destino biológico: la maternidad— se inicia tardíamente este proceso de virilización al parecer orientado hacia fines sociales. Por eso llega un momento en la vida del hombre en que la víbora, víbora de la mar por fin sí puede pasar la linde que separa el mundo mágico, animista y femenino infantil, del mundo ordenado, anguloso y masculino del adulto.

Quiero decir, ahora que estas víboras infantiles lo traen a la memoria, que no he perdido—aunque así lo parezca—

la ruta mítica de Quetzalcóatl: serpiente con atributo de ala, nada más que lo anterior resume los procesos que se verifican en las sociedades primitivas en el conciso, limitado, caso individual. Ahora reencuentro a Quetzalcóatl en los pasos del pueblo al que más tarde ha de guiar, bien sea durante las exigencias inmediatas del gobierno o bien en las realidades psíquicas del mito. Todavía los pueblos que le han de dar existencia, con la paciente decantación en la gambusina jícara del mito del material bruto de sus deseos, sus temores y sus esperanzas, vagan por las estepas heladas que unen y separan a la vez, a Asia y América. Su mente primitiva acaso en la infancia, está vinculada a los símbolos de significación más rudimentariamente femenina. Por eso reverencia a la luz, enemiga implacable del denso infierno de fantasmas y espíritus dañinos, habitantes de la ceguera nocturna. Adora al sol que traza, rítmico y fiel, una elipse suave y femenina en la comba del cielo y además ahuyenta los duros genios del frío. En fin, ante las proyecciones agigantadas del mundo que le rodea, todavía los pueblos de Quetzalcóatl viven inmersos en un pensamiento animista en el que ni siquiera se deslindan magia y religión, y todavía vuelven, como el niño, sus ojos angustiados a los recintos como cuevas, como senos maternos, en donde todo es inconsciencia y el hombre no es alcanzado por los estímulos hostiles del mundo circundante. Aun se refugian esos pueblos en el regazo amoroso de la madre tierra.

Más tarde, después de cruzar las praderas de Estados Unidos, cuando en la mente social se han empezado a incrustar las imágenes masculinas arquetípicas, comienzan esas colectividades a proyectar en sus dioses la ambivalente disposición de sus afectos. Tales dioses son terribles e infunden pavor y son incontables a la vez que uno solo condensa las más disímiles cualidades. Del mismo modo en los sueños del hombre moderno desfilan numerosas imágenes que sólo representan un objeto o al contrario, en una sola se aglutinan los caracteres y las esencias de múltiples procedencias. Aquellos dioses son deidades de adolescencia de un pueblo, en tanto que ya principian a preponderar en ellos los atributos masculinos, pero también por cuanto que estos caracteres viriles aún son deformados en la dimensión del pavor y lo horrible. Los pueblos tienen los dioses que ellos mismos fabrican con la sustancia de sus sueños y el sudor de sus temores y angustias. No es un

azar por eso que Quetzalcóatl haya nacido entre los toltecas, entre los constructores. La civilización de éstos forma un marco armonioso lo mismo a la leyenda de Quetzalcóatl hombre que al mito de su transfiguración en dios. Fué el de los toltecas, entre los primitivos pobladores del territorio de México, uno de los pueblos que más alta evolución alcanzó, sobre todo desde este punto de vista psicológico de la inversión de valores, que durante la adolescencia—ya sea individual o colectiva—se opera. Pero a partir de ese pueblo, Quetzalcóatl, primero leyenda—es decir, decantación y fijación de virtudes humanas en la memoria colectiva, y después mito, o lo que es lo mismo trascendencia de imágenes colectivas al plano religioso—, Quetzalcóatl, digo, se impulsa desde su pueblo de nacimiento y recorre como un relámpago civilizador el recinto religioso de las más diversas razas habitantes del México antiguo.

Cuando los españoles asedian la ciudad montada en agua de los aztecas, ya Quetzalcóatl fulgura en el cielo religioso de ellos. Conformado en los moldes psíquicos de sus nuevos creyentes y señalado además por las presiones de las deidades aztecas que le rodean, siempre es posible reconocer en él los característicos rasgos viriles. Igual le ocurre, también, cuando llega a tierras mayas: había de cambiar, si acaso, de nombre—Kukulkán—pero conservará firmes los atributos que le distinguen en el vasto Olimpo de la mitología india.

Quetzalcóatl es un dios creador. Ningún otro como él es benéfico y amante, sabio y varonil. Enseña a su pueblo la ciencia, la agricultura y, con el ceremonial religioso, pone la semente de una interpretación racional del mundo. En su nombre junta ala y serpiente, porque de acuerdo con alguna leyenda ha nacido de virgen como corresponde a un dios. Por eso en la síntesis mítica del hombre que no puede eludir la pujanza del subconsciente, se alude al origen puro del dios en el signo de la pluma ingravida y se hace referencia a su encarnación terrena en el de la serpiente que se arrastra. Este nacer de virgen, se expresa también desde un punto de vista psicológico, con un recurso ambivalente contenido también en la culebra emplumada que le caracteriza. En efecto, las serpientes, las víboras, todos los animales reptantes, que ponen su incomprendido miedo en los sueños del hombre, siempre han tenido un claro significado sexual masculino. No sólo en las imágenes mitológicas de los hombres de todo el mundo, y aun en los ori-

genes de las actuales religiones cristianas, sino en lo más hondo de la conciencia humana, la serpiente ostenta su prestigio simbólico sexual. Por eso algunos esquizofrénicos, tristes recapituladores de ensueños, mitos y fantasías de la humanidad, a veces exteriorizan con extraña clarividencia las protoimágenes, comúnmente olvidadas en el fondo del inconsciente colectivo. En esas imágenes arcaicas, buceadas por los esquizofrénicos, se advierte qué antigua es la contaminación significativa de la forma de la serpiente con su expresión simbólica de virilidad. Pero en Quetzalcóatl, la serpiente condensa —creo yo— otros elementos supeditados a un sentido expresivo coherente con la estructura del mito. Por un lado la serpiente es atributo viril, fecundo, engendrador, del mismo modo que las barbas que en algunas figuras posee y a las cuales un pensamiento simplista atribuyó supuestos atisbos proféticos de la conquista, pero por el otro lado la serpiente es también en Quetzalcóatl, igual que sus plumas, la explicación condensada del mito de su procedencia virginal. Porque los dioses nacen espontáneamente o nacen de virgen, que viene a ser lo mismo, y sólo denuncian su linaje humano cuando se cae en cuenta de cómo las circunstancias de su nacimiento son idénticas a las que originan las imágenes de los sueños, las alucinaciones de los locos o los complejos mecanismos de las fantasías de los genios. Así la serpiente de Quetzalcóatl condensa junto a los atributos significativos masculinos los del sexo opuesto en un solo objeto. La serpiente emplumada, de acuerdo con las múltiples variantes de posición que adopta su elástico cuerpo, reúne en sí los dos símbolos, hembra y macho. Sobre el círculo de la feminidad, arquetipo ovular, formado por el cuerpo de la serpiente, se yergue el signo masculino, alerta y móvil, formado por el resto de la serpiente y su cabeza. De este modo resuelve la mente del hombre el enigma de los dioses nacidos de ella misma que se le aparecen proyectados como entes extraños a la condición humana, como entes engendrados por vírgenes o por la densa aglutinación del polvo de las estrellas.

Si existe una aglutinación que dé vida a los dioses, es la condensación mental de diversos conceptos en una sola imagen significativa. Otras muchas condensaciones de índole psicológica se realizan en Quetzalcóatl, pero no encajan en la estricta finalidad de estas líneas. Lo que importa hacer resaltar es el carácter masculino de Quetzalcóatl y junto con eso el hecho sorprendente de que no sea un dios de pavor. Algunos otros

suelen reunir las dos condiciones: son protectores y amantes, y a la vez terribles devastadores vengativos. Los hay que auspician la lluvia bienhechora al mismo tiempo que las inundaciones provocadoras de hambre. En Quetzalcóatl las características de civilizador, de diseminador de la ciencia, la industria y la agricultura, no tienen de hecho contrapartida terrorífica o de crueldad. Es el dios más sereno, menos monstruoso, más humano —diría— de cuantos constelan el firmamento mítico de los antiguos mexicanos.

Una realidad trasciende del mito de Quetzalcóatl, la constituida por el hecho de que la conciencia colectiva empezaba a conjugar en un todo congruente los dispersos datos que hasta entonces había acarreado su índole mágica. Se iniciaba en el indio mexicano de antes de la conquista la subordinación del pensamiento afectivo, aterrorizado y femenino, a las instancias abstractas, técnicas y masculinas. No todo se había logrado, de seguro, y en este aspecto hay que recordar cómo, incluso en los países más cultos, densas capas sociales viven todavía sometidas al yugo de la superstición, al razonamiento por analogía y a otras variantes modernas del pensamiento mágico. Entre los primitivos mexicanos debió ocurrir algo semejante: junto al pensamiento elevado de algunos, convivía la masa con sus trabajos, sus miedos y sus inhibiciones. Pero el hecho de que una imagen mítica —Quetzalcóatl— condensara los atributos de la virilidad, de la ciencia, de la técnica y de la agricultura hace pensar que, en todo caso, aquellos individuos excepcionales sólo eran los videntes lúcidos de una realidad psicológica social en pleno ascenso.

En los inicios del siglo XVI, era Quetzalcóatl quien presidía la evolución de los aztecas. No importa que esto sea una mentira histórica si se considera el aspecto jerárquico de los dioses y la imponente dominancia del terrible Huitzilopochtli, todavía útil para los quehaceres bélicos del sometimiento de otros pueblos.

En cambio, el valor de esa afirmación está contenido en la realidad psíquica que le es inherente ya que si bien, en lo que a la guerra atañe, el fiero dios sol regía las costumbres, en lo referente a la vida de paz y progreso, cada día se notaba más la huella de la mano del constructor Quetzalcóatl. El presidía el deslinde laborioso de ciencia y magia, de hechicería y religión y bajo su símbolo alado y fertilizante prosperaba la

joven Tenochtitlán de narcisistas reflejos lacustres. Era la colectividad azteca en esas primeras décadas de los 1,500, como un joven adolescente que al fin advierte la posibilidad de conciliar en un solo ritmo la antagónica fuerza de lo femenino y lo masculino.

“No falleció por decaimiento, no fué estorbada en su desarrollo. Murió asesinada en la plenitud de su evolución, destruída como una flor que un transeúnte decapita con su vara”. Con esas palabras doloridas por lo que pudo ser, habla Spengler del fin de la cultura azteca.

Llegaron los españoles y consigo traían tal desproporción de elementos culturales, tanto peso de material técnico, que fué suficiente un puñado de ellos, ni siquiera conectado oficialmente con su patria, para realizar la conquista. Por eso, añade Spengler: “un par de malos cañones, un centenar de arcabuces, bastaron para dar remate a la tragedia”.

Pero no sólo trajeron los españoles, dentro del hierro de sus armaduras y sobre el lomo sudoroso de sus caballos el esforzado coraje guerrero que les caracterizó; junto a ellos, como anticipos religiosos de las soldaderas de la revolución, vinieron los tenaces y oscuros frailes, portadores de nuevos símbolos religiosos. Los conceptos cristianos decantados a través de muchos siglos, sublimados por su reiterado paso a través de colectividades cada vez más complejas, fueron impuestos al indio por medio de las armas. Sus dioses —los del indio— hubieron de huir para dejar lugar al manso Jesucristo, rudamente predicado. Sus dioses volvieron así al remanso del inconsciente colectivo para atisbar pacientes la ocasión de ejercer su escondida fuerza; para deformar y obstruir desde ahí, el flúido curso de la evolución del pueblo mexicano.

Los conceptos religiosos traídos por los españoles, ya habían pasado incluso la etapa antropomórfica. Una abstrusa trinidad resumida a la vez en un solo dios verdadero, marca ya el remate de la sublimación religiosa católica, cuando los fieros capitanes de España caracolean sus caballos ante la mirada pávida de los embajadores de Moctezuma. Y esos conceptos en los cuales las condensaciones no se verifican por simple acúmulo de asientos afectivos, sino por un depurado proceso de sublimación a través del misticismo, son los que se pretendió sembrar en el pensamiento del pueblo vencido.

La derrota se señala en el alma de los pueblos con idéntico impacto que los traumas psíquicos en la conciencia de los individuos y si ella tiene lugar —como la de los mexicanos— en el preciso momento en que se tentalea una nueva etapa evolutiva, la derrota entonces, como el trauma en las personas, tiene la negativa virtud de hacer retroceder a los pueblos a etapas más primitivas de su desarrollo.

Psicológicamente la colonia se caracteriza por la retracción del indio al protegido seno del pensamiento mágico, al cóncavo claustro materno y, del nuevo complejo social que le rodea, sólo ha de captar en adelante únicamente aquellos elementos afines a su condición mágica de replegamiento defensivo.

Pero el ardor y coraje de los frailes de la conquista no desmerece de la pujanza y la audacia de sus capitanes y, crucifijo en mano, acosan al primitivo pensamiento hasta amoldarlo —en apariencia al menos— al evangelio que predicán. Lentamente el pensamiento del mexicano va ajustando los conceptos abstractos vacíos de contenido afectivo aparente, visible, a la forma de sus sentimientos e impulsos acostumbrados a proyectarse. Y como al indio se le confía junto a otros oficios todavía menores y más rudos, el labrado de las piedras y la escultura de los santos, los dioses indios ocultos encuentran por fin el resquicio por el cual colarse y manifestar su supervivencia. Así las iglesias se cubren de piedras en que puede advertirse, disimulada, la proyección del sentimiento de angustia y desamparo del indio. Y, como si fuera poco, el tezontle rojo salpica los recintos católicos con fulgores parecidos a fragmentos de piedra del sacrificio. Ninguno de los símbolos católicos masculinos dicen nada al alma retraída, asustada y medrosa del indio, porque él busca signos acogedores de índole femenina. El alma colectiva del mexicano —como mucho antes ocurrió con Quetzalcóatl— está saturada de vivencias, aspiraciones y anhelos de un símbolo, acogedor, amante y femenino que dulcifique la temerosa oscuridad en que se encuentra. Tentaleando en el complejo mundo de los símbolos católicos al fin encuentra meta para sus impulsos religiosos, adecuada a la resistencia y las características de su paso: la virgen María. Ella es dulce, graciosa y ha sufrido también. Sus líneas son ondulantes y femeninas y nada en ella impone miedo ni angustia. Antes de que la Virgen de Guadalupe se apareciera a indio determinado al-

guno, ya era una realidad psíquica en la mente colectiva y cuando al fin se imprime dulcemente en el ayate del indio Juan Diego adopta la disposición oval, el color discreto, la cóncava resonancia femenina adecuada para albergar la secular miseria y el ansia inefable y regresiva de símbolos femeninos del mexicano.

La imagen de la Virgen de Guadalupe es así la antítesis de la de Quetzalcóatl en cuanto a su profundo contenido psicológico: en aquélla la suave conformación sobre líneas circulares, modela y resucita una protoimagen puramente femenina, fielmente entroncada al germen ovular. En esa imagen pues, el indio, derrotado y además escarnecido con leyes que, cuando muy benignas lo tratan como menor de edad, fija su retroceso evolutivo que con la protoimagen de la serpiente emplumada ya había cumplido su primera etapa de masculinización.

La Virgen de Guadalupe impera en la conciencia religiosa de los mexicanos sobre cualquier otro símbolo y con este imperio señala el brusco retroceso del pueblo derrotado a formas de vida primitivas, regida como la edad infantil por símbolos femeninos, maternos, que expresan elocuentes el movimiento de fuga de la realidad. Esta valencia femenina de la simbología psicológica del mexicano se puede rastrear en los más diversos aspectos de su vida. Me referiré a algunos sin pretender agotarlos. En la vida doméstica la madre mexicana impone su autoridad por un tiempo anormalmente largo, sus amorosos cuidados se extienden hasta cuando se convierten en traba para el libre vuelo del joven, atado por lo demás, voluntariamente —pues es muy cómodo—, a al placentero regazo materno. No deja la madre mexicana, en su asidua ternura, que se endurezcan sus hijos en la confrontación de los valores masculinos y agresivos que informan al mundo moderno, como tampoco deja que el niño habitúe su aparato digestivo a la comida variada, prolongando anormalmente el amamantamiento. En la política el intransigente jacobino del Congreso se caracteriza por su dócil sumisión hogareña a los símbolos religiosos que en cursis cromos tapizan las paredes de su casa. Por si fuera poco, el político mexicano, sobre todo el político menor, actúa guiado por el pensamiento mágico. Así para él las cosas y las personas son capaces de transmitir, por contaminación, sus virtudes y poderes, y de ahí nace el acechar constante de una sonrisa del jefe o de un apretón de manos del mandamás y ya cuando se ha

modernizado mucho este pensamiento se desea ardientemente una foto de Kodak en la que se vea la contigüidad del interesado con el Presidente de la República; como si éste dejara algo de su autoridad al afortunado acompañante fortuito.

El lenguaje del mexicano, por eso también, es elíptico y huidizo, no por carencia de léxico que, antes al contrario, está enriquecido por miles de mexicanismos, sino para cubrir así la inseguridad y para ocultar las propias intenciones. El mexicano al hablar coquetea, o bien lanza buscapiés, o si se quiere torea, pero no se enfrenta con la realidad. El coqueteo, los buscapiés engañosos y escurridizos y el toreo, manifiestan bien a las claras el signo femenino que los preside en su esencia.

El capitalista mexicano también denuncia en sus procedimientos este retorno del pensamiento colectivo a cauces antiguos. Conformando sus corrientes a ellos se encueva y deja que su dinero embote su peculiar movilidad, en la amortización de edificios que no por muy modernos, dejan de recordar las cuevas, o los desvanes y sótanos infantiles, desde el punto de vista de la actitud psicológica retraída y atemorizada que denuncian.

Toda la vida mexicana se encuentra impregnada de signos que advierten de su retroceso a etapas mágicas, entorpecedoras de la marcha flúida del progreso. Junto a esa vida se encuentra como un tesoro abandonado el gran depósito de energías, de sentimientos, de impulsos y de imágenes colectivas arquetípicas, del indio silencioso y contemplativo. Escondidos en su hierática figura están los viejos dioses mexicanos. Alguna que otra vez escapan y ponen el asombro de su magnificencia en el colorido de la paleta de nuestros pintores, o en el acento epopéyico de la leyenda de un Zapata, de quien el pueblo—justo y certero—sólo quiere recordar las virtudes. Otras veces juegueteen paganos y primitivos en los Cristos indios, en sus tendones anudados como serpientes mexicanas.

Y hasta en ocasiones, se siente la presencia civilizadora de Quetzalcóatl, en las presas gigantescas que domestican las torrenteras; en los viriles ferrocarriles fecundantes de pueblos, o en el alado zumbido de los aviones maculadores de la virginal comba del cielo.

Pero las más de las veces vuelven a esconderse los viejos dioses en el cóncavo recipiente de los indios asidos a la tierra

y permanecen mudos e inertes. Yo tengo el íntimo convencimiento de que un día esos viejos dioses —esas fuerzas psíquicas jóvenes y aun no usadas— se enseñorearán de México ya sublimizados en conceptos colectivos, justicieros y racionales, y pienso que ese día marcarán la ruta próspera por la que se perdió Quetzalcóatl, allá donde se juntan lo negro y lo rojo. O para decirlo al reticente estilo mexicano eso sucederá ¿Cuándo? Quién sabe... un día de estos...

LA ESTETICA DE JOHN DEWEY

Por Samuel RAMOS

EL libro de John Dewey titulado *Art as Experience*, es una de las obras centrales del filósofo norteamericano en que éste expone sus reflexiones estéticas. La selección y el desarrollo de los temas, se hace de un modo enteramente personal, de manera que el libro no tiene ninguna semejanza en su estructura y ordenamiento con la forma acostumbrada que adoptan los tratados sobre la materia. Este carácter revela el espíritu libre e independiente de Dewey en el proceso de sus meditaciones filosóficas. Por supuesto que el autor está informado de las corrientes filosóficas de la estética europea. Pero consecuente consigo mismo adopta, en el tratamiento de las cuestiones estéticas, los puntos de vista de su propia filosofía. Por otra parte, un filósofo que se ocupa de la estética debe poseer un conocimiento de la historia del arte no sólo como se presenta en los libros sobre este asunto, sino adquirido por cuenta propia, al contacto directo con las obras, de manera de formarse un criterio y un gusto personales para juzgar de los productos artísticos, individualmente considerados. Me parece que de un modo inevitable las teorías estéticas que formule el filósofo, tienen que resultar afectadas por el gusto y las preferencias del autor, siempre que éste considere que la estética debe hacerse a partir de la realidad del arte y no de modo abstracto, aplicando un concepto filosófico elaborado de antemano. Por esto uno de los valores del libro de Dewey radica en que sus ideas estéticas son resultado del análisis de las obras de arte que constituyen, como se puede comprobar en la lectura, el material que emplea constantemente el autor. El mismo dice en su prólogo que debe mucho a las conversaciones y libros de un crítico de la pintura, Barnes, muchas de las cuales tuvieron lugar ante su colección de cuadros. En efecto, el libro de Dewey muestra que entre las bellas artes, las que más ha tenido presentes en el desarrollo de sus ideas, han sido la pintura y la literatura. Siempre se

siente desconfianza ante una doctrina estética, por más que sea de un gran filósofo, cuando no se tiene la impresión de que éste se haya preocupado de confrontar a cada paso sus ideas estéticas con la realidad del arte mismo.

Tal vez la debilidad de muchas doctrinas estéticas proviene de que enfocan los problemas concernientes a este dominio sobre temas abstractos, como por ejemplo el de la belleza, que fué el problema central en el pensamiento clásico y lo ha sido de otras muchas doctrinas posteriores impulsadas por la autoridad de aquel pensamiento. En realidad el tema de la estética de Dewey se circunscribe al arte como producto de la cultura humana tal como se da a nuestra experiencia.

Y aquí tocamos la idea fundamental del pensamiento de Dewey como se enuncia en el título mismo de su libro, *El Arte como Experiencia*. Ya hemos dicho que la teoría estética desenvuelta por Dewey se vincula de un modo esencial con su sistema filosófico personal tal como lo ha expuesto en sus obras fundamentales: *Experience and Nature* y *The Quest for Certainty*. En efecto la clave de sus ideas sobre el arte se encuentran en su concepto de la experiencia aplicado al caso particular de la experiencia del arte. Siguiendo el curso de sus propias meditaciones, desarrolladas bajo aquella idea fundamental, el filósofo destaca una serie de temas concretos, que son el contenido de cada uno de los capítulos del libro y que no corresponden a los temas en que se dividen, con una casi uniforme monotonía, gran parte de los tratados de estética pertenecientes a las diversas épocas de la filosofía occidental. Pero en torno de estos temas se agrupan casi todas las cuestiones y problemas que se han discutido dentro de la ciencia llamada estética a partir de Baumgarten. Sería imposible dar cuenta de toda esta riqueza de temas tal como son abordados y discutidos en la obra del filósofo norteamericano. Es indudable que la filosofía de John Dewey tiene su arraigo más directo en el pensamiento anglo-sajón, con las modalidades peculiares que ha tomado en los Estados Unidos donde adquiere ciertos rasgos nacionales. Precisamente Dewey es uno de los grandes filósofos norteamericanos que ha contribuido a fundar la tradición propia de este país y no es exagerado decir que su obra quedará como contribución importante a la historia de la estética. Seguramente también de la cultura anglo-sajona se deriva el gusto de Dewey por el arte. Me atrevo a afirmar que el libro *Arte como Experiencia* cons-

tituye una valiosa contribución a la estética, porque su autor no sólo es un filósofo, sino también un hombre de gusto, lo que constituye una recomendación sobre el valor de sus ideas filosóficas. Se suele olvidar que la raza anglo-sajona no posee solamente un espíritu práctico, sino además una cultura artística que ha ofrecido al mundo una literatura y un arte de primer orden. No es pues extraño que un filósofo norteamericano formado en estas tradiciones posea una sensibilidad y una comprensión del arte que me parecen a mí condiciones básicas para la creación de una teoría estética digna de tomarse en cuenta. La razón es obvia. Si una estética tiene por objeto hacer comprender filosóficamente el arte debe atender a lo que el arte es realmente en sí mismo. Es impropio el procedimiento de una estética deductiva y apriorística que pretenda imponer sus ideas aun cuando no correspondan a la realidad del arte, como sucede por lo general con las teorías estéticas derivadas de la metafísica.

En un juicio sobre la estética de Dewey lo primero que ocurriría al crítico acostumbrado a la clasificación dentro de las corrientes de pensamiento consagradas, sería pura y simplemente decir que tal estética cae dentro del empirismo. Pero en verdad, no existe un empirismo que sea siempre idéntico, en todos los pensadores que adoptan esta dirección; más bien hay un empirismo distinto en cada filósofo empírico. El empirismo de Dewey no es el empirismo de Locke, de Hume o de los positivistas del siglo XIX. El calificativo de empírica viene a la mente sugerido por la noción de experiencia que es básica en la doctrina que comentamos. Pero es que el concepto de experiencia es un concepto multívoco. No coinciden exactamente las interpretaciones del concepto de experiencia tal como se dan por ejemplo en la filosofía de Locke, en la filosofía de Kant o en la filosofía positivista. Así pues hay que entender lo que Dewey llama experiencia. No pretendo en este trabajo ocuparme de la filosofía general de John Dewey, ni hacer una exposición completa de sus ideas estéticas. Me propongo únicamente destacar algunos aspectos centrales de su libro sobre arte.

John Dewey empieza su obra, oponiéndose a la idea muy extendida que separa el arte de la experiencia ordinaria. "Cuando los objetos artísticos se separan tanto de las condiciones que los originan, como de su operación en la experiencia, se levanta

un muro alrededor de ellos que opaca su significación general, de la cual trata la teoría estética. El arte se remite a un reino separado, donde se encuentra fuera de la asociación con los materiales y aspiraciones de todas las otras formas del esfuerzo humano, de sus padecimientos y logros. Entonces se impone una primera tarea para el que pretende escribir sobre la filosofía de las bellas artes. Esta tarea consiste en restaurar la continuidad entre las formas refinadas e intensas de la experiencia que son las obras de arte, y los acontecimientos, hechos y sufrimientos diarios que se reconocen universalmente como constitutivos de la experiencia". En opinión de Dewey esta separación obedece a múltiples factores que no se encuentran solamente dentro del dominio del arte ni dentro de la filosofía sino también en las fuerzas históricas que han actuado en el desarrollo de la vida social. "Deben existir razones históricas que determinan la aparición del concepto de las bellas artes como entidades separadas. Nuestros actuales museos y galerías a donde se han desplazado y almacenado las obras de arte ilustran algunas de las causas que han operado para segregar el arte, en vez de encontrar en él un auxiliar del templo, del foro y otras formas de la vida social. Podría escribirse una historia instructiva del arte moderno en términos de la formación de las instituciones típicamente modernas como son los museos y las galerías para exposiciones". Los museos y las galerías son pues para Dewey el símbolo de esta separación entre el arte y la vida cotidiana que él atribuye a tendencias como el nacionalismo y el imperialismo, al crecimiento del capitalismo y a la industria moderna. Todos estos factores combinados, han trasladado el arte a un reino distante de las realidades de la vida misma. Dewey quiere dar a entender que esta separación falsea la naturaleza del arte e induce al error en las teorías filosóficas que tratan de comprenderlo. Pero además afecta la función misma del arte en la vida humana. En consecuencia el problema que se plantea al filósofo puede formularse en estas palabras: "recobrar la continuidad de la experiencia estética con los procesos normales de la vida". "Aun una pura experiencia, si lo es auténticamente, es más propia para dar la clave de la naturaleza intrínseca de la experiencia estética que un objeto ya separado de cualquiera otra forma de experiencia. Siguiendo esta clave podemos descubrir cómo la obra de arte

desarrolla y acentúa lo característicamente valioso en las cosas de que gozamos todos los días. Debe verse el producto artístico como surgiendo de esto último, cuando expresa la plena significación de la experiencia ordinaria, al igual que los colorantes se obtienen de productos de la brea cuando reciben un tratamiento especial".

La tesis fundamental del libro es que el arte es "una experiencia". Desde luego, el concepto de experiencia no está tomado en su sentido filosófico, que es el de un conocimiento empírico, sino más bien en su sentido idiomático. La palabra experiencia se aplica entonces para designar cualquiera de los procesos conscientes de nuestra vida. En cada momento de la existencia vivimos una experiencia, como lo es leer un periódico, identificar a una persona, reconocer un objeto, sentir un deseo, etc. Pero eso no es, dice Dewey *una* experiencia o no pertenece al menos a ese género de experiencia dentro del cual se coloca el arte. En multitud de casos la experiencia es débil, incompleta, se interrumpe a la mitad del camino o cede el paso a otras experiencias con las cuales no tiene relación ni unidad. "Las cosas son experimentadas pero no de manera que formen *una experiencia*. Hay distracción y dispersión; lo que observamos y lo que pensamos, lo que deseamos y lo que tomamos, son extraños uno a lo otro. Ponemos nuestras manos en el arado y volteamos hacia atrás; empezamos y luego nos detenemos no porque la experiencia haya llegado al fin para el que fué iniciada, sino a causa de interrupciones extrañas o de una letargia interna".

La verdadera experiencia es para Dewey otra cosa muy distinta. Dedicamos precisamente uno de los primeros capítulos de su libro a un análisis muy minucioso de este tipo de experiencia. Haciendo una interpretación de su pensamiento, diríamos que se trata de todos aquellos momentos en la historia de cada individuo en que uno o varios procesos de su vida adquieren una intensidad y unificación en torno de un objeto, de un acontecimiento, de una situación especial. ¿Pero qué es lo que pasa entonces en nuestra vida? ¿Por qué recordamos eso como una experiencia? Lo que sucede entonces es que nuestra vida deja de ser distraída, dispersa, fragmentaria, incoherente, superficial. En el curso habitual de nuestra existencia no hay relación entre lo que pensamos y lo que hacemos, entre lo que deseamos y lo que obtenemos. Puede haber en

nuestra vida externa cierta regularidad, pero no existe plena armonía entre nuestro yo y los acontecimientos que lo rodean. Sin embargo, de vez en cuando nuestra experiencia llega a integrarse, constituyendo una unidad singular, que recorre una órbita propia desde su comienzo hasta su conclusión. Cuando ningún obstáculo interrumpe su marcha, es un momento que se vive plenamente, sin que ninguna porción del ser quede al margen de la vivencia. Puede decirse que en tales ocasiones todo el ser está en actividad y sus diversos elementos convergen en una armoniosa relación. En comparación con el tono habitual de la vida, esos momentos nos dan la impresión de vivir intensamente, nos dejan un recuerdo imborrable y se integran en nuestra historia como episodios importantes de ella. "La experiencia en este sentido vital se define por aquellas situaciones o episodios que espontáneamente llamamos 'experiencias reales'; aquellas cosas de las que decimos al recordarlas 'esa *fué* una experiencia'."

Dewey se extiende ampliamente analizando y describiendo todas las características y modalidades de esta experiencia real. Entre otros rasgos es importante señalar, en relación con el arte, dos de ellos que le imprimen una forma común. "El bosquejo del modelo común lo define el hecho de que cada experiencia es el resultado de una interacción entre la criatura viviente y algún aspecto del mundo en que vive". Esta interacción implica para el ser vivo una acción y un padecimiento, cuya relación conscientemente percibida es parte esencial de la experiencia en el hombre y ofrece un dato básico para la comprensión del arte. En efecto, el arte es por un lado un proceso para hacer algo. "Tan marcada es la fase activa del arte que los diccionarios lo definen usualmente en términos de acción diestra, de habilidad en la ejecución. El Diccionario de Oxford la ilustra con una cita de John Stuart Mill: 'el arte es un esfuerzo hacia la perfección en la ejecución' mientras que Matthew Arnold lo llama destreza pura y sin defecto". Pero también, bajo otro aspecto el arte es percepción, estimación, gusto. Dewey observa muy atinadamente que la palabra "arte" denota más bien su aspecto productor en tanto que la palabra "estético" se refiere al lado de percepción y estimación del arte. "Denota más bien el punto de vista del consumidor que del productor". Me parece que esta observación vale también dentro del habla española, puesto que los términos en ambas lenguas tienen el mismo

origen etimológico. "El arte, en su forma, une la relación misma de hacer y de padecer, la energía que va y viene, lo que hace que una experiencia sea una experiencia". La idea de Dewey es que el arte no entrega solamente un resultado del cual desaparecen los antecedentes que lo produjeron, sino que incorpora este proceso activo de modo que se hace manifiesto en la percepción. "El hombre labra, graba, canta, baila, gesticula, modela, dibuja y pinta. El hacer o elaborar es artístico, cuando el resultado percibido es de tal naturaleza, que sus cualidades *como percibidas* han controlado la producción. El acto de producir que se dirige por el intento de producir algo que se goza en la experiencia inmediata de la percepción, posee cualidades que no tiene la actividad espontánea y sin control. El artista encarna en sí mismo mientras trabaja la actitud del que percibe".

Para definir el carácter estético de la experiencia Dewey emprende el análisis de los fenómenos que constituyen el arte, empezando por el acto de expresión. Toda experiencia, dice el autor comienza con una impulsión que consiste en un movimiento de todo el organismo del que derivan los impulsos particulares. Esta impulsión tiene un origen vital y forma parte de la interacción que el ser vivo entabla con su medio. Cuando la impulsión se exterioriza directamente para cumplir sus propósitos no es una expresión. Esta última se produce solamente cuando los objetos externos que han provocado la impulsión obligan a ésta a elaborar sus medios antes de obtener la satisfacción buscada. No sería posible seguir paso a paso todos los análisis que realiza Dewey para estudiar el acto de expresión. En el transcurso de estos análisis el autor expone y discute todos los problemas que se pueden suscitar en torno al acto de la expresión, sobre todo el papel de la emoción en este acto. La emoción no es para Dewey el contenido significativo de la expresión. "En el desarrollo de un acto expresivo, la emoción opera como un imán que atrae el material apropiado, porque tiene una afinidad emocionalmente experimentada por el estado de ánimo que está en marcha. La selección y organización del material son, desde luego, una función, una piedra de toque de la cualidad de la emoción experimentada. . . sí, la emoción debe operar. Pero actúa para producir la continuidad del movimiento y la singularidad del efecto en medio de la variedad. Es selectiva del material y directiva de su orden y

arreglo. Pero no es *lo* que se expresa. Sin emoción puede haber habilidad pero no arte; puede estar presente y ser intensa pero si se manifiesta directamente el resultado tampoco es arte". Con su gran sentido de lo concreto manifestado en todo su pensamiento, nos previene del error de considerar que las emociones tienen un carácter genérico. "La noción de que la expresión es una emisión directa de una emoción completa en sí misma, implica lógicamente que la individualización es aparente y externa. De acuerdo con aquella noción el temor es temor, la altivez es altivez, el amor es amor, siendo cada uno genérico y diferenciado interiormente sólo por su intensidad. Si fuera correcta esta idea, las obras de arte caerían necesariamente dentro de ciertos tipos. . . Excepto nominalmente no existen cosas tales como la emoción de temor, de odio y de amor. El carácter único e irrepetible de los acontecimientos y situaciones experimentadas, impregnan la emoción que provocan". Así pues el acto de expresión es para Dewey un proceso complejo en que intervienen elementos muy diversos tanto objetivos como subjetivos pero que se organizan y se unifican hasta constituir la verdadera expresión. Porque ya lo hemos dicho no hay que confundirla con una emisión instantánea. "Significa que la expresión del yo en el medio y a través de éste, que constituye la obra de arte, es resultado de una prolongada interacción de algo que proviene del yo con las condiciones objetivas, un proceso en que ambos adquieren una forma y orden que no poseían antes".

Dewey nos advierte que el término expresión significa tanto una acción como su resultado, es decir, que la expresión en el arte no es solamente una actividad de los sujetos que lo producen o que lo gozan, sino además una propiedad inherente a la obra de arte. Precisamente se dice que ésta es expresiva, porque transmite un significado que ella tiene, pero no de un modo accidental o convencional, sino por la naturaleza que le es propia. Me parece que una de las ideas importantes subrayadas por Dewey es que en ésta expresividad de la obra de arte se hacen patentes no sólo sus propiedades objetivas ya acabadas, sino en cierto modo el proceso dinámico que la produjo. En otras palabras, que percibimos estéticamente cuando la obra es un producto humano, de manera distinta a como percibimos un objeto que es obra de la naturaleza.

La obra de arte no es solamente representación de objetos o expresión de sentimientos, sino una organización de energías que determinan su forma específica. "La forma debe entonces definirse como la operación de fuerzas que llevan la experiencia de un acontecimiento, objeto, escena, y situación a su propio cumplimiento integral". "Preguntaría ¿cómo el arte puede ser expresivo y sin embargo no limitativo o servilmente representativo, si no es seleccionando y ordenando las energías en cuya virtud las cosas actúan sobre nosotros y nos interesan? Si el arte es reproductivo en algún sentido y sin embargo no reproduce ni detalles ni formas genéricas, se sigue necesariamente que el arte opera seleccionando aquellas potencias de las cosas por las cuales una experiencia —toda experiencia— tiene significado y valor. Con la eliminación se deshace de las fuerzas que confunden, distraen y matan. El orden, el ritmo y el equilibrio significan simplemente que las energías significativas para la experiencia actúan lo mejor que pueden".

Para comprender plenamente la idea de Dewey sobre el arte, es preciso tomar en cuenta el criterio fundamental de su pensamiento de que el arte es uno de las manifestaciones de la interacción del hombre con su ambiente. Pero dice Dewey, el arte no podría existir ni en un mundo en que la interacción se realiza de un modo fácil, ni en un mundo alterado, en que los resultados favorables de esa interacción serían imposibles. La existencia del arte se explica por el hecho de que en el mundo hay conflictos, oposición de fuerzas que en definitiva pueden ser resueltos y superados por el ser vivo. El arte sería entonces una de las soluciones que el hombre encuentra para los conflictos y problemas que el mundo le plantea. Sólo cuando los intereses, deseos, aspiraciones del hombre encuentran obstáculos, se despierta la emoción indispensable para poner en marcha los procesos del arte.

De acuerdo con estas ideas el arte es una de las formas de arreglo entre el hombre y el mundo. No es la obra artística la expresión de un estado momentáneo del autor, que se produce como respuesta al estímulo del objeto. Su estado presente resume y liga también experiencias pasadas en las que se asimilaron elementos del mundo objetivo. Dewey repite con frecuencia la idea de que la experiencia verdadera es una organización de lo nuevo y lo viejo, de manera que los valores y significados anteriores adquieren nueva vida en el estado presente y se des-

arrollan como una experiencia nueva. Por lo tanto los procesos que la componen tienen siempre un carácter acumulativo. Es también parte esencial de la doctrina de Dewey, la idea de que la experiencia estética no se vive exclusivamente en vista de un final, como ocurre en los actos prácticos o en el razonamiento lógico, sino que todas las fases intermediarias del proceso, tienen un valor independiente del resultado total. Este fenómeno es aplicable también al valor del medio expresivo que no es, como por ejemplo, en la comunicación, un instrumento que se abandona cuando se alcanza el resultado final. Su valor se mantiene por sí mismo aun cumplida su misión de intermediario. Desde luego el medio expresivo no se da hecho al artista, sino que éste tiene que elaborarlo de la materia prima que encuentra en el mundo. Una de las observaciones más novedosas y certeras de Dewey es que el trabajo creador no solamente es percibido y gozado por el artista sino que es parte integrante de la experiencia estética, y se objetiva en su producto. Esto explica por qué la percepción estética del contemplador no muestra únicamente los elementos del objeto como perteneciendo ya al mundo exterior, sino también la huella del movimiento que lo engendró. Es que la experiencia que acompaña la creación de una obra de arte, influye en la configuración de su forma y cualidades, cosa que no sucede cuando un objeto es producido de un modo automático o mecánico ya sea directamente por el hombre o bien por intermedio de una máquina. Aquí sí los medios empleados tienen su valor meramente instrumental y las cualidades del objeto producido son totalmente indiferentes a los sentimientos de los individuos al fabricarlos. La diferencia que existe entre los antiguos artesanos manuales y los obreros asalariados de la época moderna, radica en que aquéllos se recreaban en su actividad productiva y este goce percibido era un factor en el embellecimiento del objeto. En cambio el artesano actual o es un autómatas que no percibe ni goza su trabajo productivo o bien lo realiza dirigiendo simplemente los movimientos de una máquina. "No es tan fácil en el caso del espectador y apreciador, entender la unión íntima entre el hacer y el padecer, como en el caso del productor. Somos dados a suponer que el espectador toma meramente lo que está en forma acabada, en vez de darse cuenta de que este tomar, implica actividades comparables a las del creador. Pero receptividad no es pasividad. Es también

un proceso que consiste es una serie de actos de respuesta que se acumulan, hasta llegar a la satisfacción objetiva; de otra manera no es percepción sino reconocimiento. La diferencia entre las dos es inmensa. El reconocimiento es percepción detenida antes de que tenga oportunidad para desarrollarse libremente. En el reconocimiento hay el comienzo de un acto de percepción. Pero a este comienzo no se le permite servir al desarrollo pleno de la percepción de la cosa reconocida. Se detiene en el punto en que va a servir a algún otro propósito, como reconocemos a un hombre en la calle a fin de saludarlo o evitarlo, no para verlo con el fin de ver lo que es".

La contribución que aporta la doctrina de Dewey, me parece que consiste en el análisis minucioso de los datos inmediatos de la experiencia estética con el fin de definir de un modo preciso ciertos hechos que la estética pretérita utiliza constantemente dándolos por conocidos. Conceptos tales como expresión, intuición, imaginación, percepción, etc., aparecen en las doctrinas estéticas sin que sus autores se tomen la molestia de fijar con exactitud cómo se presentan o cómo operan en el terreno del arte, y se manejan tomándolos en un sentido ambiguo que hace deficientes o vagas las explicaciones que con ellos se quiere dar. Sucede a veces que algunos de estos conceptos han recibido ya una significación en otros campos de la ciencia y luego, se llevan a la estética sin que los filósofos se cuiden de verificar esos significados en relación con el fenómeno del arte. Al examinar Dewey la relación de la psicología con la estética dice: "Es teóricamente concebible que la discusión de los factores psicológicos no sea un ingrediente necesario de la filosofía del arte. Pero prácticamente es indispensable. Pues las teorías históricas están llenas de términos psicológicos que no se usan con un sentido neutro, sino que están cargados de interpretaciones que ponen en ellos las teorías psicológicas vigentes. Las teorías estéticas están llenas de fósiles de psicologías antiguas y cargadas de restos de controversias psicológicas. La discusión del aspecto psicológico de la estética es inevitable". Dewey evita hasta donde es posible incurrir en este error, confrontando el sentido de tales nociones psicológicas con los datos que entrega la experiencia artística inmediata. Su contacto directo con los hechos, la inmediatez casi fenomenológica de sus descripciones y análisis salva a Dewey de la confusión.

Tal vez se podría decir otro tanto de la filosofía, o sea que la estética está llena de preconcepciones, especialmente metafísicas, que falsean la verdad sobre los hechos del arte. "Si la literatura filosófica no hubiera abusado tanto del término 'puro' para sugerir que hay algo mezclado, impuro en la naturaleza misma de la experiencia y para denotar algo más allá de ésta, podríamos decir que la experiencia estética es experiencia pura. Porque es la experiencia libre de las fuerzas que impiden y confunden su desarrollo como experiencia; es decir, libre de factores que subordinan la experiencia tal como se tiene, a algo que está más allá de ella misma. Entonces el filósofo debe ir a la experiencia estética para entender lo que es la experiencia". "Todos los elementos de nuestro ser que se manifiestan con énfasis especial y en realizaciones parciales en otras experiencias, están sumergidos en la experiencia estética. Y lo están tan completamente dentro de la totalidad inmediata de esa experiencia, que cada uno de ellos no se presenta a la conciencia como elemento distinto". El filósofo que no se pone en contacto directo con esta experiencia y no abandona sus ideas preconcebidas para obtener una visión auténtica de su realidad, erige uno de esos elementos en un factor único e intenta interpretar o "explicar" la experiencia estética por ese solo elemento, "en términos de la sensibilidad, la emoción, la razón, la actividad; la imaginación es considerada no como lo que mantiene en solución a todos los otros elementos sino como una facultad especial". El comentario de estos pasajes puede dar una idea del carácter y la dirección particulares que destacan el pensamiento original de Dewey dentro del campo general de la estética. Su concepción del arte tiende a reconocer la participación de todos los elementos del mundo y de la vida humana en la realidad del arte, que los integra en una unidad viviente. No quiere esto decir que Dewey esté a punto de caer en un confucionismo. Muy lejos de eso su inteligencia filosófica lo salva airoosamente de los escollos y le permite formular con claridad su teoría estética. Es indudable que esta actitud filosófica de Dewey es una reacción en contra de las construcciones artificiales a que ha llegado el intelectualismo, en su afán de trazar distinciones radicales, más o menos satisfactorias en el campo de la lógica, pero que luego resultan falsas cuando se las erige en entidades separadas dentro de la realidad misma. De aquí el afán de Dewey por superar o aun borrar toda sepa-

ración, todo dualismo que pueda interpretarse como una concepción de la vida y el mundo llena de grietas y lagunas que aíslan a las cosas en compartimentos incomunicados. Dewey cita unas palabras de Keats: "El artista puede ver el sol, la luna, las estrellas, la Tierra y su contenido para formar cosas más grandes, es decir, cosas etéreas—cosas más grandes que las que ha hecho el Creador mismo". "Me he tomado la libertad de prestarme de Keats la palabra 'etérea' para designar los significados y valores que muchos filósofos y algunos críticos suponen que son inaccesibles a los sentidos, en virtud de su carácter espiritual, eterno y universal—ejemplificando así el dualismo común de naturaleza y espíritu".

He dicho que Dewey procura en sus meditaciones salvar todas las distancias, que más o menos justificadamente han sido trazadas desde un punto de vista intelectualista, pero eso no quiere decir que el filósofo desconozca las diferencias que existen objetivamente en las cosas. Sería tal vez más exacto decir, conforme a lo que declarara el propio Dewey, que trata de restablecer la continuidad entre el hombre y la naturaleza, entre las diversas artes, entre sus diversos elementos constitutivos, entre los diversos elementos del hombre, las diversas actividades de la vida social y las diversas esferas de la cultura. "Mientras que el hombre es distinto del pájaro y la bestia, comparte con ellos las funciones vitales básicas y tiene que hacer los mismos ajustes fundamentales si ha de continuar el proceso de vivir". Sus órganos corpóreos no pertenecen sólo a la especie humana, sino que ésta los posee gracias a "las luchas y conquistas de una larga serie de ancestros animales". En lo que concierne a la estética, Dewey reacciona contra esa concepción aristocrática del arte que lo eleva por encima de los intereses humanos y lo convierte en una cosa "ideal" y "espiritual". Su sentido profundo de la realidad lo impulsa a reintegrar el arte dentro del campo general de la vida humana, sin desconocer por esto las calidades superiores que son inherentes a su naturaleza. "El término 'ideal' ha sido abaratado por el uso sentimental popular, y por su uso en el discurso filosófico con propósitos apologéticos y para disfrazar las discordias y crueldades de la existencia". "En el arte se ponen en libertad las fuerzas congeniales, que no sostienen esta o aquella aspiración, sino el proceso de la experiencia placentera. Esta liberación les da una cualidad ideal. Pues ¿qué ideal puede

el hombre mantener honradamente, si no es la idea de un ambiente en que todas las cosas conspiran a perfeccionar y mantener los valores ocasional y parcialmente experimentados?". A propósito de diversos tópicos de la estética, Dewey ofrece interpretaciones justas que resultan nuevas, de nociones mal entendidas o mal empleadas en otras doctrinas sobre el arte.

Al discutir el contenido diverso de las bellas artes, hace ver la impropiedad e inutilidad de los ensayos de clasificación propuestos, porque no sólo resultan artificiales, sino que distraen la atención de lo que es estéticamente importante o sea de la cualidad única y el carácter integral que ofrece la experiencia de un determinado producto artístico. Dewey no incurre en el error que critica, no intenta una nueva clasificación de las bellas artes, sólo se limita a caracterizar, desde su punto de vista y con la mayor flexibilidad posible, la sustancia cualitativamente diversa de cada una de las bellas artes. Antes de abordar esta cuestión el filósofo ha realizado un análisis importante que tiende a fijar con claridad lo que debe entenderse por forma y materia en el arte —uno de los temas favoritos de los sistemas de estética, en los que, en verdad, nunca se precisa su significado. Creo que una de las excursiones más fructíferas del pensamiento de Dewey es en estos terrenos en donde logra poner en claro ciertas confusiones que mezclan indebidamente el asunto o tema con la materia y sustancia. Con su acostumbrada claridad, el filósofo norteamericano pone en su lugar a cada una de estas nociones sin descuidar por otra parte de señalar sus contactos y relaciones. Al tratar de lo que llama "la historia natural de la forma" establece que las condiciones de la forma artística arraigadas profundamente en el mundo, están representadas por el ritmo, que así adquiere, en su concepción del arte, un relieve particular. Todas las artes ya sean estáticas o dinámicas unas veces en sus movimientos, otras en la simetría y equilibrio de sus partes contienen ritmo. De manera que los términos de ritmo y simetría son en realidad expresiones que destacan un mismo hecho según el matiz que adoptan en cada caso.

En conexión con el arte Dewey admite que el "razonamiento tiene un origen semejante a los movimientos de una criatura salvaje hacia su meta, y que puede ser espontáneo 'instintivo' y cuando llega a ser instintivo es sensible e inmediato, poético". Aquí también Dewey apunta las relaciones del

razonamiento con la imaginación. "Aun el 'filósofo más grande' ejercita una especie de preferencia animal para guiar el pensamiento a sus conclusiones". Selecciona y elimina a medida que se mueven sus sentimientos imaginativos. "La 'razón' en su cima no puede llegar a una completa aprehensión ni a una seguridad apoyada en sí misma. Debe retroceder a la imaginación a la concreción de las ideas con un sentido cargado emocionalmente".

En uno de los capítulos de su libro Dewey hace una revisión crítica de algunas de las más importantes doctrinas estéticas que aparecen en la historia de la filosofía. La teoría de la "ilusión", la teoría del "juego"; la idea fundamental de la *Poética* de Aristóteles; las ideas de Kant y de Schopenhauer. La discusión de estas teorías lo lleva a considerar muy interesantes problemas del arte y no deja de acudir a la opinión de los poetas o artistas para ilustrar su punto de vista personal. Su criterio fundamental para hacer la crítica de estas doctrinas consiste en ponerlas en contraste con la experiencia estética, porque de este modo se revela que cada sistema superpone una idea preconcebida a la experiencia, en vez de permitir que esta experiencia estética "relate su propio cuento".

La experiencia estética se produce cuando los conflictos y tensiones de la vida son superados por el hombre que vive en un mundo amenazado por el desorden. Todas las interacciones que perturben el orden y la estabilidad son rítmicas. El flujo de los cambios, en virtud de este ritmo, es acumulativo. Los artistas buscan y cultivan las situaciones de conflicto porque en ellas hay la posibilidad de llegar a una solución, que al restablecer el equilibrio y el orden produce una experiencia placentera. Esta armonía que se restablece es el origen de lo estético. Las experiencias intensas y completas son las que se gozan y tienen cualidad estética. Esta cualidad proviene de los significados que adquiere el material de tales experiencias, en donde se funden lo viejo y lo nuevo, los valores de experiencias pasadas con las aportaciones del presente. La reflexión y el análisis de la experiencia estética encuentran en ella una complejidad de elementos: percepción de cualidades en el objeto que se convierten en medios de expresión; significados que provienen de las reacciones del sujeto en que salen a flote sus adquisiciones pasadas que se funden con el presente. La emoción y la imaginación convierten esa complejidad de elementos

en un todo unitario. "La forma de todo está por consiguiente presente en cada miembro. Satisfacer, consumir, son funciones continuas, no meros finales localizados solamente en un lugar. Un grabador, pintor o escritor, está en trance de concluir en cada estadio de su trabajo. Debe en cada punto retener y sumar lo hecho antes en un todo y con referencia al todo porvenir. De otra manera no hay consistencia ni seguridad en sus actos sucesivos. La serie de hechos en el ritmo de la experiencia dan variedad y movimiento; salvan la obra de la monotonía y de inútiles repeticiones. Los padecimientos son los elementos correspondientes en el ritmo y proporcionan unidad; salvan la obra de ser una mera sucesión de excitaciones sin objetivo. Un objeto es peculiar y predominantemente estético, ofreciendo el goce característico de la percepción estética, cuando los factores que determinan lo que puede llamarse una experiencia, se elevan muy por encima del sitio de la percepción y se hacen manifiestos por sí mismos".

Como hemos dicho al principiar estas notas, el mérito del pensamiento estético de Dewey consiste en que se desenvuelve en contacto estrecho con el arte mismo. Con frecuencia encontramos en las doctrinas estéticas, problemas que han surgido de la mera especulación filosófica. Aun cuando en el libro de Dewey no se pasan por alto estos problemas, aparecen planteados y formulados de otra manera, como surgidos directamente del arte mismo. Sólo a título de ejemplo podríamos citar el problema de materia y forma, que está tratado en conexión directa con sus manifestaciones concretas en el arte, y sin hacer caso de la vieja concepción aristotélica acerca de estas dos nociones. Dentro de esta misma cuestión se tratan otros problemas como el de lo decorativo y lo expresivo, el dibujo y el color. Para Dewey la forma estética, no consiste en tales o cuales elementos de la obra estética, sino en todos aquellos que permiten obtener la unidad de la obra en la percepción. Todas las tesis estéticas más importantes son discutidas y juzgadas por el autor, tanto las clásicas como las modernas: la teoría de la imitación, de la proyección sentimental, de la "distancia psíquica" la teoría del placer estético. Se discuten también otros temas como la clasificación de los objetos estéticos: lo sublime, lo grotesco, lo trágico, lo cómico, lo poético, etc.

Me parece que la obra de Dewey tiene un sentido completamente actual y podrían encontrársele afinidades con varias

de las doctrinas que han dado su matiz peculiar a la época contemporánea. Es evidente que muchos análisis del filósofo norteamericano se aproximan al método fenomenológico, aun cuando no sigan el procedimiento riguroso establecido por esta escuela. Sus análisis de la percepción para distinguirla del reconocimiento hacen recordar otros ensayos recientes sobre el mismo tema. Merecen también consignarse sus observaciones sobre la expresión y la enunciación en donde se aclaran muchos puntos confusos sobre estos temas. Casi en todos los capítulos de la obra se encuentran trozos de crítica psicológica enderezada principalmente contra lo que llama el autor la "psicología en compartimentos", discutiendo por ejemplo la separación que se ha hecho entre los sentidos y la razón entre cuerpo y mente; ofreciendo otras veces nuevas interpretaciones de conceptos como la contemplación, la intuición, la imaginación, etc.

En la estética se han reflejado las variaciones del arte y la cultura artística en cada época de la historia, pero quizá no en el grado que fuera de desearse para el desarrollo de aquella ciencia. Principalmente en lo que respecta a la problemática, que da configuración a su estructura, ha tendido a conservarse por la inercia de la tradición, convirtiéndose en un conjunto de tópicos persistentes que estorban la completa renovación de la Estética. Esto es especialmente aplicable a aquellos sistemas en que la doctrina de lo bello y el arte se vinculan directamente con la metafísica profesada por el filósofo. Es cierto que por la naturaleza de la estética, ésta tiene siempre que elaborarse desde cierto punto de vista filosófico y fundarse en principios que son parte integrante de la filosofía del autor. La estética de Dewey no escapa a esta regla impuesta por la índole misma de aquella disciplina para que sea en verdad filosofía del arte. Como puede comprobarse por la lectura del libro, todas las cuestiones son referidas al punto de vista filosófico personal de Dewey. Sin embargo, sucede que como su punto de vista es empírico, le permite acercarse a la realidad del arte y el filósofo tiene más libertad para movilizar su pensamiento hacia donde lo reclaman cuestiones surgidas inmediatamente de su experiencia. No quiero decir que la estética contemporánea haya pasado por alto los hechos que surgen de la vida artística propia de nuestro momento de cultura, pero como lo ha visto con clara conciencia Dewey, pocas veces escapa a la unilateralidad o parcialidad para explicar su materia. Por más que en

todas las doctrinas modernas se encuentran valiosas ideas que han enriquecido el acervo de la Estética, casi ninguna de ellas puede lograr nuestra aquiescencia porque todas pretenden reducir el arte a un elemento exclusivo que empobrece y falsea su complejidad constitutiva. El arte no puede explicarse y agotarse con fórmulas tales como: El arte es sentimiento, el arte es la intuición, el arte es la forma y así sucesivamente. Por eso creo que la obra de Dewey no obstante llevar un título que en apariencia cae en el vicio de las fórmulas estéticas, *El Arte como Experiencia*, es al contrario, un intento de captar la multiplicidad de elementos y hechos que integran la realidad misma del arte. Trata de abarcar las diversas fases que componen su proceso cuando se le considera como actividad, así como sus propiedades y cualidades cuando es un ser que pertenece al mundo objetivo. Intenta comprender las relaciones vivientes que se producen en el comercio del hombre con el arte y sus más amplias conexiones con la vida humana. La definición del arte como experiencia no señala una nota que le sea exclusiva y esencial. Es más bien la reacción contra quienes contraponen el arte a la vida y lo desintegran de la experiencia humana. Una vez reinstalado en este contexto común es cuando se manifiesta al análisis filosófico, toda riqueza de sus contenidos. Pueden objetarse muchas afirmaciones particulares de Dewey sobre el arte, pero lo evidente es que, si el filósofo para comprender el arte lo toma como algo aislado y solitario tiene ante sí un objeto muerto que no es ya el mismo que se muestra y participa en la existencia humana.

LA EXPERIENCIA Y LA NATURALEZA

EL título del libro de Dewey es por sí solo bien significativo.* Un escueto par de conceptos —experiencia y naturaleza— señala el propósito que anima a su autor a lo largo de los diez capítulos que lo componen. Procediendo así se quiere acentuar, de una parte, los límites a los que ha de ceñirse el desarrollo de los temas; de otra, la doble vertiente de la que extrae su materia la doctrina expuesta. Al mismo objetivo apuntan las calificaciones que, según Dewey, convienen a esta doctrina: *empirismo naturalista*, *naturalismo empírico* ("tomando 'experiencia' en su significación corriente") *humanismo naturalista*. Pero semejantes reiteraciones verbales encierran algo más; encierran el reconocimiento de la unidad interna que existe entre la experiencia humana y el contorno natural y la voluntad empeñosa de exigir para ambas instancias carta exclusiva de ciudadanía filosófica. Se trata, pues, de la afirmación explícita de un cuerpo de filosofemas que no sólo se compadece con el naturalismo y el empirismo, sino que únicamente en ellos quiere fundarse.

En nuestros días es difícil, no estar tentado de motejar de ingenua tal declaración y de poner en duda, sin mayores trámites, el éxito de la empresa que ha de acompañarla. Este rechazo será general y enérgico en la América Latina, por las especiales circunstancias de su tradición filosófica. No es cosa de repetir aquí la historia de las filosofías empiristas desde Bacon. Ella ha sido contada ya muchas veces y, quizá con demasiada felicidad para los interesados, el desenlace del relato siempre halagó muy poco al protagonista. De una actitud tan abiertamente negativa como la que traducen ese rechazo y esta historia, es aprovechable por lo menos la siguiente enseñanza: que una aguda conciencia de los fracasos del empirismo anterior, de sus motivos y consecuencias, de sus límites y de sus posibilidades metódicas, es supuesto básico de toda nueva asunción de él. Asumir hoy el empirismo significa asumir su historia, con los yerros y los aciertos que señalan su camino, para superarla en la medida en que de las premisas que la teoría acepta puede derivarse una fundamentación legítima del pensamiento filosófico. Dewey no es ajeno a esta preocupación; así lo ex-

* JOHN DEWEY: *La Experiencia y la Naturaleza*. Introducción y traducción de José Gaos. Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

presa claramente la escasa analogía que buena porción de su doctrina ofrece con los sistemas del empirismo tradicional y, más aún, su reiterada actitud crítica frente a notorias tesis de ellos. Hay, ciertamente, en Dewey el tono, la peculiar atmósfera teórica, los procedimientos explicativos del naturalismo histórico. Mas si atendemos a la estrechez del punto de partida, al falseamiento e incluso al franco abandono del criterio de la experiencia inmediata de que adolecen las filosofías precedentes de su tipo, la de Dewey aparece como un desenvolvimiento sincero y cabal de los contenidos primarios que son ganados a través del conducto empírico. Consecuente y consciente a un tiempo, por la aceptación de la fuente de la experiencia con sus derivaciones menos consoladoras y el riguroso empleo ulterior de un criterio metódico afín con los caracteres y limitaciones de la observación: por una certera y vigilante previsión de las exigencias del punto de partida, el empirismo de Dewey contiene, sin embargo, un llamado a la ingenuidad en la posición de sus premisas. Según él, la experiencia inmediata, no elaborada aun por la reflexión, ha de ser el venero y el estadio terminal de toda teoría. Y la inmediatez de esta experiencia no requiere condicionamientos críticos previos ni tránsito alguno a sectores objetivos en los que el contacto directo sería resultado de una purificación preparatoria, como es el caso del cartesianismo y la fenomenología. Una dación de este tipo es, por decirlo así, una experiencia fundada, aunque en compensación se le asigne cierto carácter peculiar de originalidad. Por el contrario, la experiencia a la que alude el empirismo es la del quehacer diario, con su ropaje multiforme, sus fugacidades y momentos estáticos, sus series ordenadas y regulares y sus instancias contingentes; la unidad viva del ver, esperar, sufrir y ser compensado que en la conducta cotidiana nos entrega un mundo primordial. Es, pues, la experiencia de la actitud previa a la reducción que ha definido Husserl. Ella, a la postre, ha de decidir de la marcha del conocimiento y del cuadro del mundo que constituye su meta.

Mas semejante punto de partida debe justificarse. La experiencia como tal parece ser un reducto humano, demasiado circunscrito y privativo para que pueda ofrecer fundamentos suficientes a la especulación. Todo conspira a mostrar en ella un hecho extremadamente parcial dentro del cosmos y a hacer muy dudosa su capacidad de envolver y penetrar la naturaleza. Ante objeciones de este tipo, Dewey prefiere apelar a las pruebas patentes que de la eficacia de la experiencia proporcionan las ciencias naturales. La experiencia no desmerece de su operatividad, de su aptitud para el conocimiento y el dominio, por hallarse vinculada a lo humano. La lección que debemos aprender de las cien-

cias naturales es la del parentesco íntimo de naturaleza y experiencia. "La experiencia es *de* la naturaleza y figura *en* la naturaleza". La distinción de un momento natural y otro empírico es artificial y secundaria. Originalmente, la conducta humana se halla inmersa en el seno de la naturaleza como un acontecimiento más de su trama infinita. La segura y continua marcha de la ciencia no tiene, pues, nada de insólito; prueba esa compenetración íntima y con ella la validez y legitimidad del recurso empírico. Mas no debe falsearse el carácter de dato original que corresponde a la experiencia mediante la asimilación de lo empírico a lo científico. La ciencia se nutre de la experiencia y por esto puede proporcionar testimonio mediato de la legitimidad de la observación, pero el conocimiento científico no agota el campo de la experiencia. Buena parte de la fuerza explicativa y de la fecundidad de la doctrina de Dewey tiene su origen en esa actitud abierta a todos los aspectos del mundo natural que se revela en la negativa a romper la unidad de lo dado a favor de uno de sus sectores. A la estructura de la ciencia se apela sin perjuicio de aceptar junto a ella las que derivan de la vida afectiva y activa del sujeto. Hay aquí un paralelo notable con el principio de la extensión universal de la experiencia y de la fidelidad a sus datos que ha enunciado la fenomenología, aunque el uso de postulados tan afines no lleve, en la gran mayoría de los casos, a consecuencias análogas.

La justificación de la experiencia no basta. Un empirismo riguroso pretende, además, mostrar que el punto de partida señalado es el único capaz de generar auténticos conocimientos; despojada de su carácter exclusivo la determinación del punto de partida empírico contradice los supuestos sobre los que se sustenta la doctrina toda, pues equivale a aceptar la posibilidad de sustitución, e incluso de prescindencia, de las vías propuestas como fuentes del saber. Es así que Dewey convierte toda otra forma de conocer en tributaria de la experiencia inmediata. El saber científico, definido por formas sutiles de reflexividad, no es posible sin la contribución material de esta experiencia y sin el ulterior control empírico. El contraste entre la inmediata entrega a lo dado que caracteriza la vida no reflexiva y la conducta científica, estriba en el remontarse esta última sobre la experiencia primaria mediante la elaboración mental de los productos nacidos del contacto inmediato con la naturaleza. El tratamiento reflexivo, sin embargo, no es libre; debe ser aceptado como una forma secundaria, fundada de la experiencia pues "el puente colgante de la teoría está sujeto por ambos extremos a los pilares de los objetos observados". De semejante manera, toda otra forma de conocimiento no puede menos de ir a acarrear

sus materiales al recinto de la observación y de volver a él en busca de los documentos que legitimen el trabajo de la inteligencia. La filosofía no hace excepción a esta regla. La exigencia empírica no tiene tampoco el sentido de un plan que debe cumplirse en el futuro. No lo puede tener, porque la coherencia pide que la filosofía en su historia entera haya sido tributaria de la fuente empírica. Casi paradójicamente queda así justificada la filosofía tradicional pues ella ha debido ser, *malgré lui*, empírica. Mas su legitimidad no es absoluta. Si la fuente obligada del saber es en el pensamiento clásico y moderno la experiencia, no es empírico su método pues se ha olvidado el regreso de los filosofemas a su lugar de origen. Abstraída de su matriz, sin vínculos estables que la sujetaran a ella, la experiencia fundada que elaboró la filosofía tradicional hubo de perder a la par que la eficacia práctica toda validez cognoscitiva. Los sistemas se convirtieron entonces en vanos juegos intelectuales a los que pronto les fué negado el favor de las gentes. El reproche que debe hacerse al pensamiento filosófico no depende tanto de un extravío original cuanto del divorcio de la experiencia y la reflexión y de la infecundidad consiguiente. La exigencia futura está señalada así no por la busca de la fuente empírica, que es irremplazable, sino por la necesidad de un permanente contacto entre la dación y el trabajo intelectual. El problema que se plantea es de orden metódico y del buen éxito de su tratamiento y de la reforma de la filosofía sólo podrá dar cuenta la aplicación de los procedimientos de la ciencia natural.

El examen de la experiencia, que es motivo principal del capítulo I, aboca en la erección del método empírico, *denotativo*, en vía universal del conocimiento, y por ello del saber filosófico. Pero la instancia metódica remite a otra que la trasciende. En la doctrina de Dewey la experiencia es puerta abierta al mundo de la naturaleza. Tiene sentido de medio gracias a este término. El empirismo reclama, entonces, su complemento naturalista. Y no es difícil descubrir el hilo interno de argumentación que acerca mutuamente a ambos momentos de la teoría. Establecido el carácter exclusivo del método empírico basta reparar en la índole natural de la propia experiencia. Ella es un acontecimiento dentro de la naturaleza, uno más aunque pleno de significación. Si toda forma de conducta teórica o práctica está anclada irremediamente en la observación, ésta a su vez se halla presa dentro del ámbito de la naturaleza. La experiencia es la única salida, pero es siempre salida a la naturaleza. La naturaleza es el único punto de llegada, porque lo es también de partida; de ella no hay salida en absoluto. La explicación de las consecuencias de este aserto corre paralela al estableci-

miento de la unicidad de la fuente del saber. Todo mundo sobre o extra natural debe ser reducido, explicándolo en términos de naturaleza. Dewey acude a los conceptos de análisis de lo dado y de conducta selectiva para lograr este propósito. Del complejo unitario de la experiencia inmediata la reflexión analítica separa el sujeto y el correlato de la acción o del conocimiento; el *qué* y el *cómo* del proceso empírico, obteniendo, gracias a ello, provechosos resultados en la dirección de la conducta y en el dominio del mundo. Este corte eficaz, que es secundario con respecto a la totalidad orgánica ofrecida originalmente, genera más de un extravío cuando se pierde la conciencia de las condiciones y fines de su efectución. Los momentos abstractos son tomados como datos primarios y realizados unos en desmedro de los otros hasta convertir lo que antes fué sólo una separación llevada a cabo por motivos pragmáticos, en una jerarquía ontológica. Surgen, de modo consecuente, multitud de aporías dialécticas del tipo de la oposición entre ser real y el aparente, el fenómeno y la cosa en sí. A problemas similares lleva el proceder selectivo cuando son olvidados el origen y las condiciones de su aplicación. Dualismos como los del mundo material y el espiritual, lo objetivo y lo psíquico, la idealidad y la facticidad, el ser y el valor, que han absorbido buena parte de la atención de los filósofos de occidente, cree Dewey que se deben a la mala inteligencia de los procedimientos selectivos. Son efectos de confundir la separación práctica de lo regular y constante de la naturaleza respecto de lo cambiante y nuevo, o los resultados de la discriminación inherente a toda conducta que busca lo adecuado y compensatorio y pospone lo nocivo o ineficaz, con una descripción del mundo, con una interpretación de la naturaleza. Análogas causas determinan la aporía de las relaciones del alma y el cuerpo, de cuyo planteamiento es responsable el divorcio de la experiencia y la naturaleza que "vuelve al yo no simplemente un peregrino, sino un extraño no naturalizado ni naturalizable en el mundo"; a ellas también hay que referir la oposición dialéctica de lo eterno y lo finito y la no menos ardua de los vínculos entre la esencia y la existencia. Desentrañadas las condiciones en los casos particulares, quedan en evidencia—según Dewey—las fuentes de las tres grandes falacias que incapacitan al pensamiento tradicional. Son ellas "separar por completo el sujeto del objeto", "exagerar la importancia de los objetos conocidos a expensas de las cualidades de los objetos del goce y el pesar, etc.", y "aislar en forma exclusiva los resultados de varios tipos de simplificación selectiva que se practican para lograr diversos propósitos inconfesados". Pero sobre todo puede ser sacada a la luz *la* falacia, por excelencia, del discurso

filosófico, que consiste en "convertir funciones eventuales en una existencia previa.". Llévase a cabo en favor de los entes matemáticos, de las esencias estéticas, del puro orden físico de la naturaleza o de Dios". La consideración genética deja también sin efecto esta sutil treta del pensamiento: la tensión activa proyecta al sujeto hacia los momentos compensadores que a falta de una vivencia plena y actual se anticipan por el pensamiento; de esta común situación anímica se llega, mediante una trasposición ilegítima; al establecimiento de un tipo superior de existencia que habría de pertenecer a esos objetos excluidos de lo dado inmediatamente. Mas una rigurosa actitud crítica no puede aceptar la conversión de lo que sólo vale como asilo de desesperanzas en una descripción veraz de la realidad. Las consecuencias de semejante criterio depurado no alcanza únicamente a la coherencia y a la buena regulación del pensamiento. Implican el destierro de todo aquello que no pueda ser traducido al lenguaje de la naturaleza. Lo extranatural, lo sobrenatural, en el hombre, en un *τοπος ὑπέραντος*, en Dios, debe permanecer fiel al origen empírico o, lo que es lo mismo, anular con sus positivos momentos de trascendencia su auténtica significación.

¿Cuál es el ser de esta naturaleza que se presenta como instancia última? El empleo del método empírico no puede menos de ser el único expediente que puede llevarnos a develarlo con certeza. Los nueve capítulos restantes del libro son fruto de esta aplicación. Nos ofrecen un cuadro general del mundo y de su sentido filosófico visto a la luz de las exigencias de la experiencia primaria. Pasar revista a ellos será útil para determinar, con alguna fidelidad, los frutos y tropiezos del nuevo método.

Bajo el expresivo título de inestabilidad y estabilidad, Dewey despliega en el capítulo II el vastísimo horizonte que el mundo entrega a la observación sin prejuicios. Esta disposición abierta a la riqueza del aparecer, a la viva heterogeneidad de los rasgos de la naturaleza y a su unidad y orden también genuinos; esta mirada que acoge sin reservas el más menudo dato venido desde cualquier rincón de la experiencia, es apta a todas luces, para proporcionar a la filosofía la amplia base cognoscitiva que sus pretensiones reclaman. Lo que es quizá el más sorprendente y duro producto del pensamiento humano, el descubrimiento de la contingencia del mundo, del perfil de inseguridad, cambio, novedad azarosa y extraña a toda constricción legal, encuentra sitio aquí junto a los momentos de orden, secuencia regular y estabilidad que, aunque no con las pretensiones de la tradición racionalista deben también su naturalización en el mundo. Si la filosofía clásica ha

subrayado los momentos de legalidad y permanencia, olvidando su contrapartida contingente, y ha pretendido erigirlos en el *ser real* (lo que podría valer como una descripción de buena parte de los empeños metafísicos hasta nuestros días), la nueva metafísica naturalista habrá de alimentarse de los contrastes y de llegar a construir una imagen del universo en que la multiplicidad, la pluralidad objetiva no sólo deja de ser soslayada sino que pasa a desempeñar la misión de contralor de la veracidad descriptiva, porque de la variedad y el contraste se nutre la significación propia de cada una de las instancias del mundo. Valores, modos del ser y de la acción, cualidades, etc., no pueden entenderse sino funcionalmente pues dentro de la unidad del cosmos lo que acusa el momento diferencial de cada ente, sujeto siempre a los modos de la reciprocidad, ha de buscarse en los varios ritmos en que se desenvuelve la marcha de la naturaleza. Todo objeto tiene su papel en la gran trama por virtud de la cooperación colectiva. Ejemplar es, a este respecto, el cambio que sufre el concepto de materia dentro de la nueva doctrina, que concuerda, sin embargo, con su empleo teórico en la ciencia de nuestros días; materia ha de significar no una entidad, ni una causa o fuente de los acontecimientos sino sólo un carácter de acción. Así, nos vemos conducidos a otro de los rasgos que con este peculiar integralismo de tipo relativista perfila la concepción de la naturaleza que hace suya el autor del libro: el historicismo. La naturaleza es histórica porque su curso entero es extraño a la determinación definitiva, a la independencia y acabamiento de las instancias. Niega, pues, todo término absoluto, porque un ente es siempre sólo un corte arbitrario en la cadena unitaria del proceso natural, una historia recortada circunstancialmente dentro del complejo de la historia universal. Sabemos ya del ser vario de la naturaleza. Su marcha incorpora esta multiplicidad. De la historia natural son momentos, por igual, la cualidad y el orden formal, lo singular ireemplazable y lo reiterativo, lo contingente y lo necesario, lo mediato y lo final de los procesos.

Los conceptos de medio y fin constituyen el tema central del capítulo siguiente. La conexión con el momento histórico de la naturaleza es mantenida a lo largo de todo él. Al bosquejar una teoría empírico-naturalista de los fines, trae a luz Dewey los vínculos que la propia naturaleza establece entre lo mediato e instrumental y lo final y compensatorio, entre lo directamente gozable y los objetos útiles para su logro; ambos pares de instancias aparecen como reverso del contraste general entre lo fugaz y lo permanente y se incorporan al carácter procesal del mundo. El propósito último es mostrar la disposición de cualquier objeto de la naturaleza a constituir fines, la posibilidad final de

todo ente, opuesta a la doctrina del carácter privativo del derecho de ciertos acontecimientos a valer como términos finales de la marcha de la naturaleza. El mismo encadenamiento de ideas da expresión en el capítulo IV a la doctrina instrumentalista del conocimiento. El conocer es definido, frente a los momentos de goce y posesión, como el empleo eficaz y regulado de ciertos acontecimientos capaces de conducir al dominio de otros nuevos. Conocer significa para Dewey "que los hombres están dispuestos a desviarse de las cosas valiosas que poseen, dispuestos a abandonar lo que tienen, por valioso que sea, a cambio de conquistar objetos que no tienen todavía". Ello se alcanza sólo al precio del abandono de la riqueza cualitativa de los entes, pues únicamente lo formal y abstracto, en cuanto es recurrente, sustituible, simple y relacional —estas notas definen el objeto del conocimiento— es susceptible de brindar segura ayuda en el empeño práctico que da sustento a la ciencia. Semejante determinación de lo propiamente cognoscitivo no implica, sin embargo, el negar los particulares derechos de la cualidad. La constitución de la ciencia supone una abstracción de lo regular y constante con vistas a un operar eficaz sobre la naturaleza; convertir este procedimiento selectivo en descripción de la realidad ya sabemos que es origen de paralogismos. "Esta teoría —dice Dewey refiriéndose al instrumentalismo—, que es en su tenor literal una teoría sobre el pensamiento como condición de la ciencia, es en realidad una teoría sobre la naturaleza. Implica atribuir a la naturaleza tres caracteres que la definen. En primer lugar, se admite que algunos acontecimientos naturales son finales lo mismo si se gozan que si son enojosos. . . En segundo lugar, la teoría admite que los acontecimientos, al ser acontecimientos y no sustancias rígidas y macizas, están siempre en marcha y son por ende inacabados, incompletos, indeterminados. Como consecuencia, poseen una posibilidad de ser piloteados y gobernados de tal suerte que los fines puedan resultar logros y no simplemente términos. . . En tercer lugar, la regulación de procesos en marcha e incompletos, en busca de consecuencias escogidas, presupone que hay implícitos órdenes de sucesión y coexistencia; estos órdenes o relaciones son, cuando se los reconoce, medios intelectuales que nos capacitan para usar de los acontecimientos. . . La creencia en que estos órdenes de relación, que son el objeto peculiar de la ciencia, son por lo mismo los únicos objetos últimamente "reales", es la fuente de esa afirmación de un universo simétricamente provisto de su doble cola y completado, hecho a la vez por el materialismo y el idealismo tradicionales". La importancia del texto justifica la extensión de la cita, pues en él se hace patente como en ningún otro lugar la conexión de esa entrega a la naturaleza que pre-

tende hacer suya el empirismo, con su cautela y su empeño descriptivo, a tiempo que se explicitan las peculiares notas que en el contorno natural fundan el conocimiento y lo superan.

Una interesante teoría de la significación es asunto que se desarrolla en el capítulo siguiente, el quinto. Subrayando el papel que en la génesis del lenguaje y de las significaciones desempeña la busca de una conducta participada en común y vinculada, así, a un término objetivo, Dewey pone en evidencia el aspecto instrumental que pertenece a las esencias significativas y la dependencia en que se halla respecto de este hecho, la determinación del objeto. El momento instrumental y la intersubjetividad que se ha descubierto en su origen son utilizados para hacer frente a la crítica nominalista de los conceptos, sin que se acepte, por otra parte, la solución que ve en las significaciones antes de una esfera no real, como acontece, por ejemplo, en el eidetismo husserliano. Los capítulos VI, VII y VIII, enfocan respectivamente y en orden progresivo los problemas de la individualidad y la comunidad, de la vida y el espíritu en su relación con los demás estratos de la naturaleza y del sentido y función de la conciencia en la conducta humana. Uno de los temas más sugestivos que aborda Dewey en estas páginas es el de los límites de la aprehensión perceptiva que él desarrolla en el sentido de una asimilación de la conciencia a los modos de la percepción; extiende luego las características de estos últimos a toda otra forma del percibirse: al imaginar, al pensar, al recordar, etc. El tratamiento de los problemas que son asunto del capítulo VII —sin que al mismo propósito sean ajenas las conclusiones de los otros dos— queda definido por el propio Dewey como "un intento de contribuir a lo que se ha dado en llamar una teoría 'emergente' del espíritu".

El capítulo penúltimo nos ofrece los rasgos generales de una teoría del arte en la que, a base de sendos análisis de los conceptos de medio y fin, instrumento y logro se intenta conciliar las exigencias del hecho artístico con las de la imagen de la naturaleza que opera como soporte de la doctrina. Por ello también en la obra de arte encontrarán lugar lo nuevo y lo previsible, lo constante y lo insólito, contribuyendo a su complejidad singular. Este estado de cosas lleva a la crítica de la distinción de las artes en útiles y bellas, pues lo compensatorio no es privativo de las segundas ni lo puramente instrumental queda relegado a las primeras, sino que en toda manifestación artística coexisten ambos momentos. Por la misma razón, no menos que a las artes propiamente dichas, conviene a la ciencia, el carácter artístico; en ella el análisis empírico descubre junto a los elementos de instrumentalidad otros de auténtica recreación y de goce.

En el capítulo décimo y final, Dewey aborda la temática de los valores, su función en el contexto de la experiencia y las condiciones de su aparición. Son los vínculos que el valor realizado mantiene con esas condiciones los que determinan la tarea de la crítica. Sobre el ser de las cualidades valiosas mismas no puede ésta decir nada; su objeto se encuentra más allá de lo dado como tal, en el conjunto de circunstancias que determinan la dación y que permanecen, por decirlo así, fuera del reducto de lo valioso. La filosofía tiene un objeto afín. En cuanto "amor a la sabiduría", debe ser definida como la crítica de las críticas de la que es competencia la determinación de los valores más estables y fecundos a base del examen de sus condiciones de existencia. Sin acceso propio a los objetos, utiliza el acervo cognoscitivo de las ciencias y sirve de punto de reunión de las parcelas del saber que la especialización ha dispersado. De allí su enlace íntimo con la metafísica, que es "una visión general y a fondo de la existencia". La metafísica desempeña la función de antesala de la filosofía pues "observar, registrar y definir la estructura constitutiva de la naturaleza no es... asunto indiferente al ministerio de la crítica". Del inteligente aprovechamiento de los medios que le son proporcionados por las disciplinas científicas y las varias formas de la conducta humana, ha de extraer la filosofía los instrumentos que la lleven a la consecución de una más amplia y adecuada experiencia, al aseguramiento de un mundo mejor.

Si volvemos la vista al panorama así desplegado, la más impresionante conclusión que hemos de sacar de él es la de una doctrina que aspira a describir y explicar la totalidad del cosmos mediante criterios immanentes. No hay aquí sino dos instancias últimas: la experiencia como método y la naturaleza como término de toda conducta, de toda posición teórica o práctica, de toda conexión objetiva, valoración o impulso idealizador. El horizonte abierto por el método empírico pretende ser tan suficiente y fecundo como para resolver, por sí solo, las antinomias con que chocó siempre la reflexión humana al encarar las cuestiones más arduas suscitadas por la existencia del mundo. Y la mejor credencial que cree poder presentar esta filosofía nueva para justificar sus pretensiones, es la de una valerosa fidelidad a lo dado en la observación. Hemos visto que de dicha fuente surge una descripción del ser real en los términos de funcionalidad e historia. Dos pares de conceptos más operan como complementos y, en parte, como explicitaciones de esta pareja fundamental: los de medio y fin y de estabilidad y continuidad. Con tal cuerpo de categorías cree Dewey poder dar cuenta del

contorno natural, al que se ha reducido previamente toda otra forma de ser. Medio y fin, como determinaciones susceptibles de una aplicación universal, y estabilidad y contingencia, como circunstancias concomitantes a la más efectiva utilización o logro de los acontecimientos, dan cuenta del arte y de la ciencia, del mundo del conocimiento y el del valor, de la urgencia práctica y de los momentos de zozobra y plenitud de que rebosa la experiencia. Individuo y sociedad; materia, vida y espíritu, conciencia y objeto, traducen en tonos múltiples y en rasgos cuya diversidad no puede ser a la postre sino de grado, una y la misma estructura: la de la historia natural, que compromete a todos los entes, pero que también los ampara y justifica; la de una historia más allá de la cual no hay trascendencia posible.

Pero la coherencia interna y la fecundidad filosófica de esta concepción, no bastan para ocultar sus evidentes vacíos. Cierta simplismo explicativo campea a lo largo de la obra y es razón más que suficiente de las omisiones y falsos enfoques con que el lector tropieza una y otra vez. Por ejemplo, se extraña un tratamiento profundo de la problemática del ser ideal y de los valores. Análisis menos episódicos de la conciencia hubieran podido arrojar inapreciables luces sobre la cuestión de sus relaciones con el mundo, cuestión que es despachada junto con otras en los términos de la crítica general de las falacias filosóficas. No merece un examen detenido en libro tan extenso el concepto de temporalidad, que es, implícitamente, el núcleo de la doctrina de la naturaleza que él expone. Se echa de menos, también, una atenta consideración del concepto de contingencia tanto más sensible cuanto de semejante examen podrían seguirse resultados no del todo concordantes con la imagen del mundo a que arriba Dewey. Por otra parte, el libro permanece, en principio, siempre más acá de una explicación de lo dado mismo, que ha sido el suelo nutricio de la metafísica de todos los tiempos. De esta circunstancia se sigue la patente ineficacia de un enfoque de las antinomias y los problemas de la filosofía tradicional que olvida el hecho empírico de la reiteración de las "falacias". Pero la pregunta decisiva que ha de ser planteada frente a la obra de Dewey no toca a la inconciliableidad de sus conclusiones parciales, de sus tesis aisladas con las de otros tipos de filosofar que mantienen dentro de los supuestos de la inmanencia, sino que debe alcanzar a estos supuestos mismos, a su sentido y validez última. Debe interrogarse por las razones que respaldan la erección de la naturaleza y la experiencia en instancias fundamentales, pues lo único que a este respecto ofrece el libro es la postulación y no la verdad evidente buscada. Se ha de exigir, en suma, los motivos que sustentan la ruptura de un anclaje original con lo trascendente, único

capaz de hacer justicia a todos los anhelos no compensados por las satisfacciones de que se erige en apologista Dewey.

Como quiera que ello sea, nadie podrá dejar de reconocer en la doctrina del filósofo norteamericano la expresión reflexiva más alta y madura de un tipo de hombre que ha sabido hacer suya la naturaleza, que a ella adecúa sus pretensiones y busca por este medio un desenvolvimiento más pleno y fecundo de su existencia. No es exagerado decir, que desde el romanticismo ninguna otra filosofía ha pretendido fundar tan afanosamente la unidad del saber y conciliar en un cuerpo solidario el conocimiento y la acción, el hombre y la naturaleza. Si no fueran notorios otros méritos, este solo hecho ganaría para el empirismo naturalista de Dewey un lugar principal dentro de los esfuerzos del pensamiento contemporáneo.

Augusto SALAZAR BONDY.

Presencia del Pasado

EL MAPA DE TEOZACOALCO

AL XXIX CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS
NEW YORK, 1949.

Por *Alfonso CASO*

EN un libro que estamos próximos a publicar, y que se titulará "Reyes y reinos de la Mixteca", trataremos con toda extensión de la lectura que hemos podido hacer de una serie de manuscritos de carácter histórico, que aunque conocidos desde hace muchos años, y en una pequeña parte interpretados, no habían podido ser descifrados en su totalidad.

Adelantando los resultados de nuestra investigación, vamos a dar, en el presente artículo, una breve descripción del manuscrito que nos sirvió de clave, verdadera "Piedra de Rosetta", para la traducción final de los códices mixtecos.

Es muy común, cuando se habla de historia de América, considerar que principia con los conquistadores y cronistas y que los indios no escribían historia; por lo que si se conservan relaciones escritas que nos hablan del remoto pasado de los aborígenes, es porque las tradiciones indígenas se fijaron definitivamente cuando los indios aprendieron a escribir en español, después de la Conquista.

Ahora bien, como vamos a demostrarlo, tal opinión es falsa. Los indígenas no sólo de México, sino de toda Mesoamérica, poseían una verdadera vocación histórica y relataban y *escribían* historia. Podríamos, claro está, señalar brillantes ejemplos de todos conocidos y constantemente ignorados, como las estelas mayas, en las que aparece un personaje que tiene a sus pies un cautivo y al lado, una columna de jeroglíficos en la que, lo único que hemos podido leer, es el día del acontecimiento; o bien podríamos mencionar los códices históricos de los aztecas, como la Tira de la Peregrinación, o el Mendocino que, aunque elaborado después de la Conquista, se copió de manuscritos indígenas anteriores a ella.

Pero tanto en Yucatán como en México, Landa y Zumárraga, quemaron una buena cantidad de manuscritos indígenas, y el incendio de Maní o el de los archivos de Texcoco, nos ha privado para siempre de una gran cantidad de obras históricas.

No me parece justo, después de quemarles a los indios sus historias, declarar que no las escribían. Pero en el presente artículo nos proponemos demostrar, comentando el Mapa de *Teozacoalco*, que en la región de la Mixteca norte, en el Estado de Oaxaca, asiento de una de las culturas más altas y exquisitas de México, existió un pueblo que escribía historia, utilizando un sistema jeroglífico que le permitió conservar una relación esquemática de los principales acontecimientos.

El principio de lo que hasta ahora hemos podido leer con seguridad, se remonta al año indígena llamado V Pedernal, que en la cronología mixteca¹ corresponde al año 692 de Cristo; año en el que nació una princesa llamada ♀ 7 Flor,* y termina en el año de 1642, en que el códice de *Nunabá*, la actual población llamada San Pedro Cántaros, concluye sus noticias históricas. Tenemos en conjunto, 950 años de historia ininterrumpida.

Los manuscritos que hemos podido leer, y que son los Códices Vindobonensis, (reverso y parte del anverso), Nuttall, Colombino, Bodley, Selden I y Selden II y Becker I y II², además de numerosos lienzos y manuscritos post-cortesianos, relatan historias genealógicas de los principados mixtecos. Podemos saber ya cuándo nació un rey y cómo se llamaba; quiénes fueron sus padres y sus hermanos; las guerras que sostuvo; cuándo y con quién se casó, los nombres de sus hijos y los días en que nacieron y por último, cuando murió; y todo esto con especificaciones precisas de años y días, que pueden ser traducidos a nuestra propia cronología. Estas historias se llamaban en mixteco *tonindeye*, "historias de linajes".

Naturalmente los datos de todos los reyes y príncipes son igualmente completos; mientras unos códices son simples listas genealógicas, en otros se detalla la vida de un solo príncipe y se cuentan sus conquistas, sus asambleas, sus viajes, etc.; pero recordemos que solamente nos quedan 8 manuscritos de

* Como los nombres calendáricos de los personajes, hombres y mujeres, son los mismos, anteponeamos el signo ♂ a los nombres masculinos, y el signo ♀ a los femeninos.

los numerosos que deben haber existido y que, probablemente en cada pueblo o en cada principado, existía por lo menos un códice que relataba la historia del príncipe y los acontecimientos que habían ocurrido en ese lugar.

Ahora bien, los códices o manuscritos pictóricos de los antiguos mexicanos, pintados antes de la Conquista, se dividían claramente en dos grupos. Los códices rituales como el Borgia y su grupo y el Borbónico, que relatan las ceremonias que deben ejecutarse en determinados días y meses del año, y dicen cómo ha de utilizarse el calendario ritual; códices que lenta, pero seguramente, iban siendo leídos y que habían recibido con Selser y Troncoso, una explicación muy amplia, y los códices que hemos señalado en el párrafo anterior, conocidos desde muy antiguo casi todos ellos, pero que no habían podido recibir una interpretación adecuada y mucho menos completa.

El principio de la lectura de estos manuscritos, parte del descubrimiento hecho por la señora Nuttall, de que en el códice que lleva su nombre, se relataba la historia de algunos personajes.

Dos han sido las escuelas que han tratado de leer estos códices la que podríamos llamar escuela alemana con Selser, Lehmann y Beyer, que los consideraba como religiosos o que relataban hechos mitológicos, y la escuela anglo-americana, con la señora Nuttall, Cooper Clark, Long y Spinden, que considera su contenido como histórico.

La verdad es que son códices históricos, pero que las genealogías reales se enlazan en sus orígenes con personajes divinos o mitológicos.

Ya desde 1902, la señora Nuttall,³ al publicar la introducción explicativa al códice que lleva su nombre, señala que se trata de un manuscrito histórico, en el que están contenidas las acciones de varios personajes, y anota la costumbre de acompañar el nombre calendárico con otro nombre, expresado jeroglíficamente, y la asociación constante de ciertos personajes con figuras de cerros en los que aparecen glifos que evidentemente representan nombres de lugar.

Diez años más tarde, Cooper Clark,⁴ en su comentario al Códice Colombino, considera que forman un grupo los códices Nuttall, Vindobonensis, Bodley 2858, Colombino, Becker I o Saussure y Selden 3135; pero mientras la señora Nuttall consideraba que su códice relataba las conquistas de los capitanes

aztecas o texcocanos, Cooper Clark cree que todo el grupo de códices por él formado, pertenece a los zapotecas.

En 1926 Richard C. Long,⁵ en su estudio sobre el Códice Nuttall, establece una división del manuscrito en 5 partes, y una cronología relativa de las diversas partes, indicando que en su concepto el códice abarca una duración total de 478 años.

Aunque no estamos de acuerdo en todos los puntos con la elaboración de sus genealogías, es el primero que emprende un trabajo de esta índole, descubriendo puntos fundamentales y de difícil interpretación que en nuestro libro mencionado, tendremos oportunidad de señalar.

Por último, en 1933, Herbert J. Spinden,⁶ en su breve estudio sobre los manuscritos indios del sur de México, continúa las investigaciones de Long. También se le deben importantes descubrimientos, principalmente en lo que se refiere al Códice Selden II, en el que estudia la vida de la princesa ♀ 6 Mono "Camisa de serpiente", principiando con sus inmediatos progenitores, y terminando con el matrimonio de su hijo.

Spinden cree que las genealogías principian alrededor de 1220, y que representan la recuperación de la autonomía por las aristocracias locales, después de la destrucción del Imperio Tolteca, por lo que el Códice Nuttall abarca 374 años, en vez de los 478 que le había señalado Long. En realidad, como hemos visto, las genealogías empiezan mucho más temprano de lo que creyeron Long y Spinden, ya que tenemos una fecha primera, que es el año 692 de Cristo.

Al hacer un estudio de las estelas zapotecas, en 1929, ya habíamos considerado la importancia de estos códices y los habíamos señalado como mixtecos, por su semejanza con la cerámica de esa zona; pero el descubrimiento de la Tumba 7 de Monte Albán, en donde aparecieron objetos de clara procedencia mixteca y huesos labrados en los que se mencionaban fechas históricas, (Fig. 1) nos llevaron a la idea de realizar un estudio completo de estos manuscritos, elaborando un catálogo que más tarde se transformara en un diccionario biográfico de los príncipes mixtecos. Emprendimos esta obra en el año de 1935, con nuestros alumnos del curso de Arqueología Mexicana de la Universidad Nacional, habiéndose hecho las primitivas tarjetas, que sirvieron de materia prima para elaborar el diccionario biográfico que será publicado en la obra a la que nos hemos referido.⁷

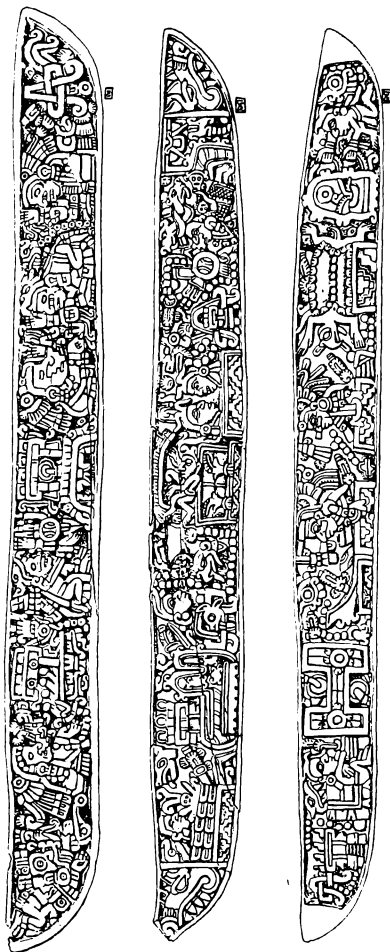


Fig. 1.—Huesos labrados de la Tumba 7 de Monte Albán, Oaxaca. Se ven varios personajes con sus nombres calendáricos expresados jeroglíficamente. Por ejemplo en el hueso 124, el segundo personaje empezando por la izquierda, se llama 6 Agua; el tercero, que lleva en las manos escudos y flechas y se cubre con un casco de cabeza de coyote, se llama 8 4 Flor. Vemos además en este hueso dos glifos de lugar, representados por templos; otros personajes y, en el extremo de la derecha, el glifo del año I Caña, representado por una como A y un rectángulo entrelazados.

En años anteriores habíamos publicado en la Revista Mexicana de Estudios Históricos, varias relaciones geográficas del siglo xvi, de las ordenadas por Felipe II, y entre dichas relaciones se encontraba la del pueblo de *Teozacoalco*, que por desgracia tuvimos que publicar sin mapa, en virtud de que no copiamos del original de don Joaquín García Icazbalceta, al que no teníamos acceso, sino de una copia que poseía don Federico Gómez de Orozco.⁸

La relación original acompañada por el Mapa, fué vendida por los herederos de don Joaquín a la Universidad de Austin, Texas, y se encuentra en la Biblioteca de dicha Universidad.

En 1944, al celebrarse en Guadalajara un Congreso de Historia, la Dirección de Estudios Geográficos de la Secretaría de Agricultura, envió una serie de mapas de pueblos de ese Estado, y el señor Wigberto Jiménez Moreno que asistió al Congreso, nos informó que en la colección figuraba la copia de un mapa de *Teozacoalco* que parecía importante, y que databa seguramente del siglo xvi.

Recordando la falta del mapa en la relación que habíamos publicado, nos interesó extraordinariamente ver el manuscrito y cuando la colección regresó a México, después del Congreso, tuvimos la oportunidad de verlo y copiarlo, notando entonces que no se trataba del mapa de *Teozacoalco*, Jalisco, sino del mapa de *Teozacoalco*, Oaxaca, cuya descripción habíamos publicado; pero lo que más nos llamó la atención fué que varios de los personajes mencionados jeroglíficamente en el Mapa de *Teozacoalco*, recordábamos haberlos visto mencionados en los códices prehispánicos que estábamos estudiando. Esto quedó plenamente comprobado y el Mapa de *Teozacoalco* que publicamos ahora, puede considerarse así, el documento que permitió traducir a nuestra cronología y describir totalmente, el grupo de códices a los que ya nos hemos referido.

Queda demostrado, como vamos a verlo, que este grupo de códices fué elaborado por los mixtecos. No se trata de aztecas como creyera la señora Nuttall, ni de zapotecas como creyera Cooper Clark, ni se refiere exclusivamente a dioses o a hombres; la verdad es que, como vamos a verlo, se trata de genealogías de reyes que vivieron efectivamente en la Mixteca, pero que fundaron sus orígenes en genealogías divinas. Sus historias, reales y terrenas, tuvieron siempre un prólogo en el cielo.

Dice la leyenda que figura en el Mapa de Tezacoalco lo siguiente: *Estos son los principales e señores que antiguamente salieron del pueblo de Tilanton para este de Tezacoalco, e los que de estos procedieron y hoy día son vivos, son don Felipe de Santiago y don Francisco de Mendoza, su hijo.*

El Mapa, en papel europeo, fué hecho para acompañar a la relación que enviaron Hernando de Cervantes y el padre Juan Ruiz Zuazo, que publicamos como apéndice, para tener en una sola publicación la Relación con su Mapa. Hernando de Cervantes era Corregidor del pueblo y el Padre Zuazo era intérprete en lengua mixteca.

Artísticamente, el Mapa nos dice hasta qué punto el precioso dibujo indígena de los manuscritos prehispánicos había degenerado al ponerse en contacto con la técnica europea; pero el Mapa es interesante también porque nos muestra que ya en 1580, es decir 60 años después de la Conquista, se había operado el mestizaje de las dos culturas.

El Mapa como generalmente lo son los manuscritos de esta clase, es geográfico e histórico. La parte geográfica, que está a la derecha, tiene forma circular. La otra parte, la genealógica e histórica, que es mucho más importante, está a la izquierda y consta de dos columnas de personajes, pero se halla complementada con una tercera columna que está dentro de la parte geográfica. Para la mejor inteligencia de lo que sigue, llamaremos I a la columna del extremo izquierdo, II, la que sigue hacia la derecha, y III a la pequeña columna que está dentro de la parte geográfica.

Dentro del círculo que delimita esta parte, se notan las grandes serranías cubiertas de arbolado, entre las cuales está la llamada *Yucuduza*, que quiere decir "Sierra pintada", y es la que está en el límite izquierdo del círculo, que es el norte, pues el Mapa está orientado de tal modo que el oriente, indicado por el sol, queda en la parte superior, como era costumbre dibujarlo en los mapas de la época.

Varios ríos, arroyos y manantiales se ven en esta parte, así como los caminos indicados por la huella que deja el pie desnudo del indio, y la huella de la herradura del caballo. Los ríos y arroyos confluyen todos hasta un gran río en la parte poniente o sea la parte baja del Mapa, que es el Río Verde que desemboca en el Océano Pacífico.

En todo el rededor del círculo que marca los límites de la jurisdicción de *Teozacoalco*, hay 44 jeroglíficos que indican los nombres de los sitios por los que pasa el lindero del pueblo, y en la parte superior, hay una casa o templo y encima de ella una vaina de frijol y una serie de glifos sobre una línea curva que deja en su interior un espacio blanco. Esto indica los antiguos límites del pueblo de *Elotepec*, según dice la leyenda: "*Este es el pueblo de Elotepec. Solía ser antiguamente sujeto a Teozacoalco*".

Trece pequeñas iglesias se encuentran en diversos lugares del círculo, dentro de éste, indicando las estancias sujetas a la jurisdicción de *Teozacoalco*. Los nombres de las estancias y las traducciones que de ellos hace la Relación, son los siguientes:

1.— <i>Yutacagua</i>	Peña de agua
2.— <i>Indigue</i>	Abuelo-claro
3.— <i>Yucumicaanubn</i>	Monte cabado de lumbré
4.— <i>Cunama</i>	Brasero confesado
5.— <i>Teneixayu</i>	Escalera
6.— <i>Caguaculaha</i>	Peña colorada
7.— <i>Yuhuyubua</i>	Boca de juego
8.— <i>Yutamannu</i>	En medio del río. Debe ser: "de los ríos"
9.— <i>Nun (daya)</i> falta (<i>daya</i>)	Pueblo de cerezas
10.— <i>Dayadugnandoo</i>	Llano de caña
11.— <i>Yaguinubu</i>	Hoyo de lumbré
12.— <i>Zocodagui</i>	Cuna de aguacero
13.— <i>Yutanino</i>	Río.

Casi en el centro del círculo, un poco a la derecha, está la representación del pueblo de *Teozacoalco*, que es donde convergen los caminos. Se ve la iglesia con su torre y campanario, y el atrio enfrente de ella, ocupando el oriente de la plaza del pueblo. En la parte sur, hay un edificio con un patio interior, que muestra abatidas las puertas de los cuartos, y una leyenda que dice: "*Estas son las casas de don Felipe y de don Francisco su hijo, señores naturales de este pueblo*", y en la parte de abajo, una leyenda que dice: "*Esta es la cabecera de corregimiento y iglesia de Teozacoalco llamada San Pedro*". Inmediatamente abajo, y antes de llegar al camino están las

estancias llamadas *Yutacagua* e *Indigue*, que son la primera y la segunda de las mencionadas.

Arriba de las casas de los señores, o sea rodeándolas por el oriente y el norte, pasa un camino y más arriba está la tercera columna (III), de personajes a la que nos referiremos después.

Un estudio detallado de los jeroglíficos de estos lugares y de sus nombres en mixteco, sería importante para la interpretación de los códices prehispánicos, ya que varios jeroglíficos de los aquí mencionados como nombres de los linderos de *Teozacoalco*, aparecen como nombres de lugares en los códices prehispánicos. Probablemente un estudio de las tierras pertenecientes al pueblo de *Teozacoalco*, en el Archivo General de la Nación, revelaría los nombres mixtecos de estos sitios por donde pasaba el lindero.

Pero indudablemente la parte más interesante del Mapa, es la histórica y genealógica, que está formada por las tres columnas de personajes que ya hemos mencionado.

En la parte más baja de la primera columna, tenemos la representación de un templo indígena, que tiene el basamento pintado de negro y blanco, con tableros decorados con grecas al estilo de los templos de Mitla, mientras que la parte superior del edificio, está decorada en azul y rojo y en el techo, pintado de azul, se ven tres estrellas, como si se tratara de la representación del cielo.

Ahora bien, en la Relación de *Tilantongo*, hecha en 1579 por Fray Pedro de las Eras," se dice que el pueblo se llamaba en lengua mixteca *Notoo*, y en mexicano *Tilantongo*, que en castellano quiere decir "tierra negra", y más adelante se dice que el pueblo de *Tilantongo* está fundado sobre una peña llamada en mixteco *Notoo-Huaidadehuj* y en mexicano *Tilantongo Ilgicacalli* y en castellano "tierra negra, casa del cielo".¹⁰ En consecuencia, el jeroglífico es el de *Tilantongo* (Fig. 2). En efecto, la leyenda que está abajo de la segunda columna de personajes que ya hemos mencionado, dice que son los señores que antiguamente salieron del pueblo de *Tilantongo* para este de *Teozacoalco*, lo que nos identifica el glifo como el de *Tilantongo* o sea "tierra negra, casa del cielo", y también identifica el otro templo con el glifo de *Teozacoalco*. Este consiste en un hombrecillo que aparentemente dobla el muro o cimiento

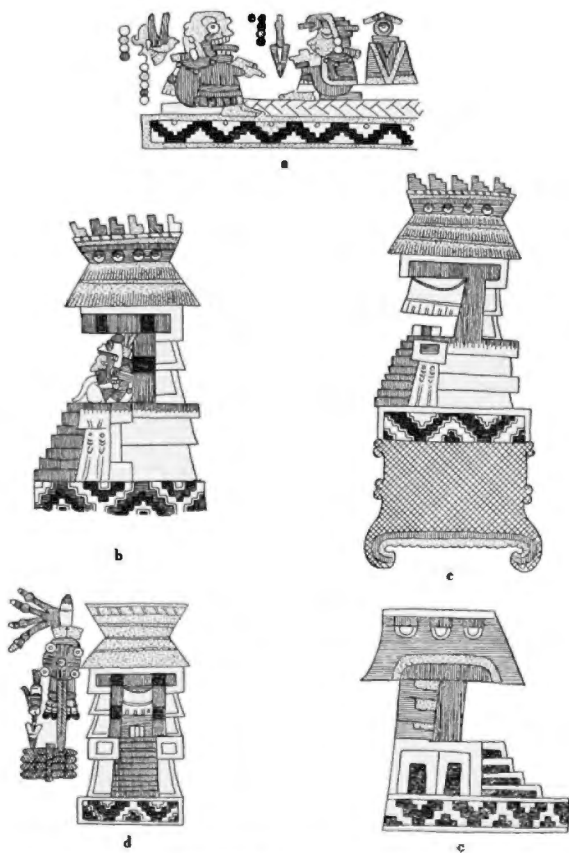


Fig. 2.—Jeroglífico de *Tilantongo*. Se caracteriza por la greca negra. (a).— 8 9 Viento "Cráneo de piedra y su esposa 9 5 Caña "Camisa de *Tlaloc*", fundadores de la I Dinastía de *Tilantongo*. (Cód. Bodley, 4-V). (b).—El templo de *Quetzalcoatl* "Cuchillo de pedernal", dios principal de *Tilantongo*. (d).—El bastón del Planeta Venus, o sea una de las formas de *Quetzalcoatl*, frente al templo del dios, en *Tilantongo*. (b), (c) y (d) son del Cód. Nuttall. (e).—Representación de *Tilantongo* en el Mapa de *Tezacoalco*.

del templo, que está decorado con grecas de color azul y rojo, y en cuya orilla se ve una flor. El templo colocado sobre este cimientto, es muy policromo y en su techo en forma de abanico, se ven una almendra de cacao y dos corrientes de sangre (Fig. 3).

La Relación de *Teozacoalco* dice que *Teozacoalco* es una corrupción del verdadero nombre que es *Hueyzacoalco*, que quiere decir en nuestra lengua "Gran solar o sitio" y en la mencionada relación de *Tilantongo*, se dice que el pueblo confina con otro que en lengua mixteca se dice *Chbiocano* y en mexicano *Hueyzacoalco*, y en castellano "Gran cimientto", por lo que el cimientto doblado que vemos en el jeroglífico, y quizá también el hombrecillo que lo dobla, indican esta idea de "gran cimientto o gran solar o sitio" a que se refieren las relaciones de *Tilantongo* y *Teozacoalco*.

Dice Fray Antonio de los Reyes:¹¹ "Vulgar opinión fué entre los naturales mixtecas, que el origen y principios de sus falsos dioses y señores había sido en *Apuala*, pueblo desta Mixteca, que en su lengua llaman *Yuta tnoho*, que es Río, donde salieron los señores porque decían haber sido desgajados de unos árboles que salían de aquel río, los cuales tenían particulares nombres, llaman también a aquel pueblo, *Yuta tnuhu*, que es río de los linajes, y es el más propio nombre, y el que más le quadra"...

"En especial era tradición antigua, que los dichos señores que salieron de *Apuala*, se habían hecho cuatro partes, y se dividieron de tal suerte que se apoderaron de toda la Mixteca"...

"De estos señores decían que habían traído las leyes a toda esta tierra dicha, por donde se regiesen y gobernasen los naturales mixtecos que habitaban en esta tierra antes y la poseían y tenían por suya, que entre los de más dislates y desatinos de su gentilidad era uno, que creían que antes que los dichos señores conquistasen esta tierra habían en ella unos pueblos y a los moradores de ellos llamaban *taynuhu*, L. *ñanuhu*, *tai nisino*, L. *tai nisai nuhu* y estos decían haber salido de el centro de la tierra que llaman *anuhu*, sin descendencia de los señores de *Apuala*, sino que habían parecido sobre la tierra y apoderadose de ella, y que estos eran los meros y verdaderos mixtecos y señores de la lengua que agora se habla".

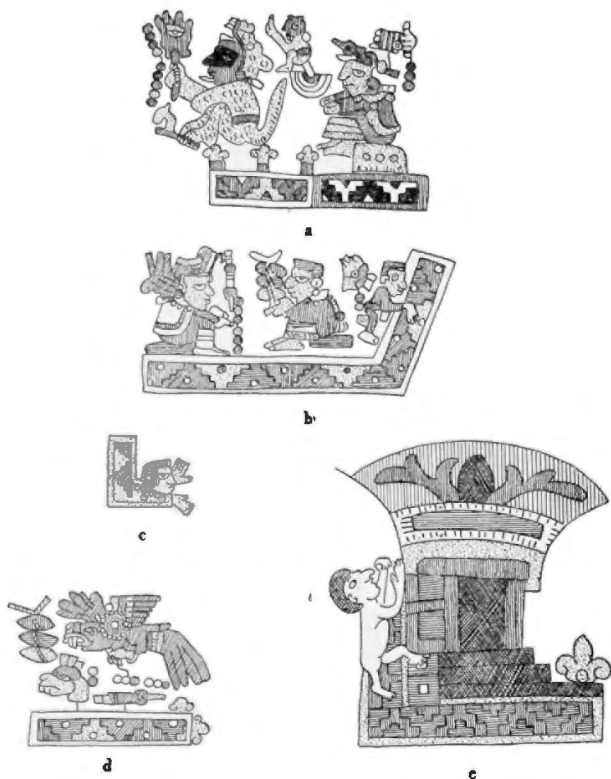


Fig. 3.—Jeroglífico de Tezacoalco. Como se ve en (e), que es un detalle del Mapa de Tezacoalco, se caracteriza por un hombrecillo que aparentemente dobla un muro, decorado con grecas policromas, y adornado con una o más flores. En (a), vemos la unión de las dos ciudades: Tezacoalco, en donde era rey δ 9 Casa "Tigre-antorcha" y Tilantongo, de donde es su esposa, la princesa ϕ 3 Conejo "Xolotl-telaraña", primeros reyes de la III Dinastía de Tilantongo y segundos de la III Dinastía de Tezacoalco. En (b) y en (d), están los fundadores en esta III Dinastía, δ 2 Perro "Trenzado de pedernales" y ϕ 6 Caña "Quetzalcoatl con joyas". En (d), sólo aparecen sus glifos, sin los personajes. (a) Cód. Selden II; (b), (c) y (d), Cód. Bodley.

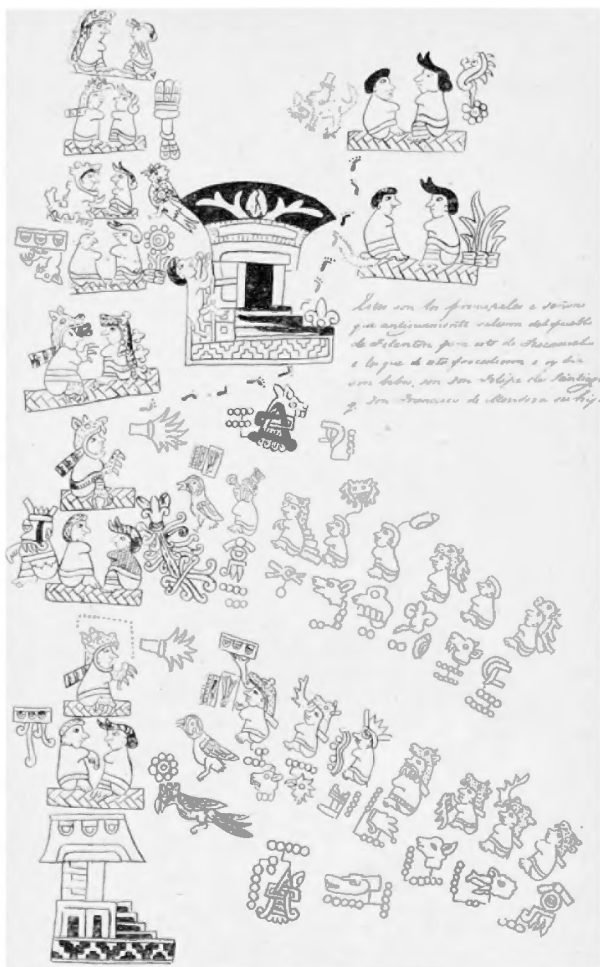
"De los señores que vinieron de *Apuala* decían haber sido *yja sandizo sanai*, *yja nisainsidzo huidzo sabu*, los señores que traxeron los mandamientos y leyes a la tierra"...

"La lengua de *Tilantongo* es la mesma que la de *Tepuzculula*, con muy pocas diferencias, y según sus antiguallas en la división de los señores que salieron de *Apuala*, como se dijo al principio, cupo en suerte al uno dellos el pueblo de *Tilantongo*, y fueron muy celebrados los señores de aquel pueblo, y lo son oy día y muy estimados entre los naturales mixtecos, y de allí vino un señor deste linaje afamado a *Tepuzculula*, y pobló en el con gente de *Tilantongo* prevaleciendo a los naturales que decían haber salido del centro los quales vinieron a ser una mesma cosa, no solamente en *Tepuzculula*, donde hasta hoy hay barrios señalados, delos que vinieron de *Tilantongo*. Pero la lengua de ambos pueblos ha sido siempre una".

En el mismo sentido dice Burgoa¹² que *Tilantongo* era la ciudad a la que se reconocía como la capital del Reino Mixteco del Norte en la época de la Conquista, a tal punto que se consideraba a los fundadores de la realeza en *Tilantongo*, como los principales señores de toda la Mixteca, y así dice la "Relación" que el señor de *Tilantongo* "fué de los mayores señores que en toda la provincia hubo, y tuvo en señorío toda la provincia de *Tepozcolula* y la provincia de *Tlaxiaco* y *Atoyaquillo* y *Teozacoalco*, pueblos de los más principales de toda la Mixteca".

Estos señores según nos dice Herrera¹³ tenían por nombre el del día de su nacimiento. En el mismo sentido lo afirma Fray Gregorio García,¹⁴ pero le ponían a los 7 años un "sobrenombre" que era el que conservaban y que parece más importante, en la época de la Conquista, que el nombre calendárico derivado del día de su nacimiento. En efecto, en el Mapa de *Tezacoalco* como vamos a verlo, sólo los personajes secundarios son conocidos por sus nombres calendáricos, mientras que los reyes y las reinas de *Tilantongo* y *Tezacoalco* son llamados por sus sobrenombres. También entre los reyes mexicanos los nombres calendáricos no parecían tener importancia, y en cambio los sobrenombres como *Acamapichtli*, "Manojo de cañas", *Moteczuhzoma* "Señor enojado" o *Cauhtémoc*, "Aguila que cae", son los que han llegado hasta nosotros.

Pasemos ahora a la descripción de la primera columna:



Detalle del Aza de Teozacotalco. Principio de las Columnas I (izquierda), y II (derecha), con las dinastías de Tlilantongo y Teozacotalco.



Detalle del *Mapa de Tezozomoc*.—Continuación de las Columnas I (izquierda), y II (derecha), con las dinastías de *Tilantongo* y *Tezozomoc*.

Encima del templo de *Tilantongo*, cuyo techo está decorado con estrellas, vemos a un hombre y una mujer sentados en un *petate* o estera. El hombre tiene junto la representación del cielo, del que cuelgan unas volutas blancas, que en otras representaciones de los códices aparecen de color gris oscuro. Se trata de nubes o de humo. Junto a la representación de la señora, está un quetzal y una joya, formada por un disco rodeado de puntos azules o sea turquesas. En las representaciones de los códices, en la primera Dinastía de Tilantongo, existe efectivamente un rey llamado por el día de su nacimiento con el nombre calendárico ♂ 5 Movimiento, que tiene por sobre-nombre "Humo que cae del cielo" y está casado con la señora ♀ 2 Hierba "Quetzal-turquesa", y son los padres de ♂ 2 Lluvia "20 Tigres", el primero de este nombre, que en mixteco se dice *Ocoñaña*. Vemos efectivamente que el personaje que está arriba de la pareja mencionada, está disfrazado de tigre, y rodeado de 20 puntos (fig. 4).

En la parte de abajo aparece la fecha, año XII Pedernal, representado por un especie de A de color verde, con un cuadro de color rojo, y a la izquierda un cuchillo de pedernal, y el día 9 Lagartija.

Este año XII Pedernal, en que vivía el llamado ♂ 2 Lluvia *Ocoñaña*, fué el de 972 de Cristo, pues de acuerdo con la cronología que hemos establecido para los otros códices, su padre ♂ 5 Movimiento se casó en el año anterior, mientras que *Ocoñaña* muere en 992 a los 20 años. En frente de *Ocoñaña* hay 7 personajes que efectúan una ceremonia que hemos llamado el "Ofrecimiento de la realeza", y que se encuentra tres veces mencionada en este Mapa; pero este ofrecimiento a *Ocoñaña* parece un error del Mapa, pues por otros manuscritos sabemos que no fué el primer rey, sino el último de la primera Dinastía de *Tilantongo*.

El ofrecimiento de la realeza es una ceremonia que, según este códice, se ejecutaba siempre por una junta de 7 nobles, y se representa ofreciendo una codorniz, un arco con tres cuentas de jade, una manta con fleco, o quizá una de esas camisas sin mangas que los mexicanos llamaban *xicolli*, y los mixtecos *cunu*, y un manojo de plumas de quetzal. La codorniz era sacrificada cortándole la cabeza frente al fuego, por lo que probablemente se ve la antorcha, en los tres casos en que aparece el ofrecimiento de la realeza en el Mapa. Las mantas de

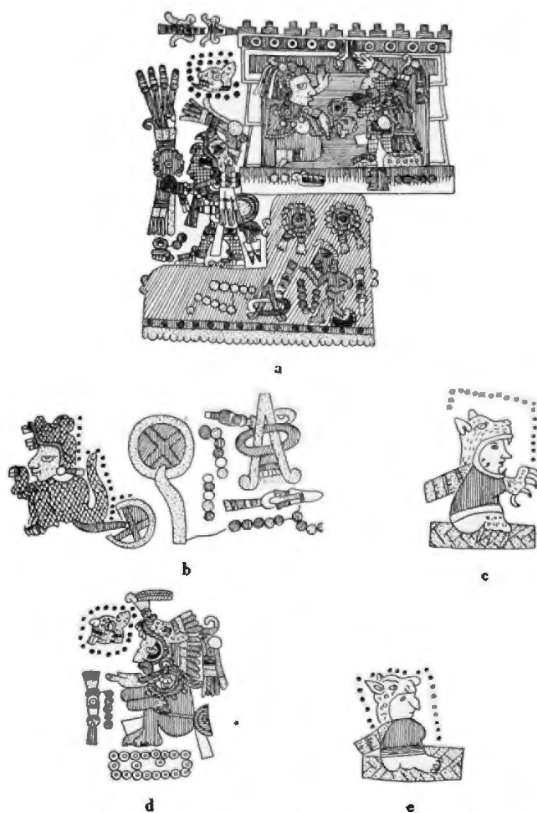


Fig. 4.—*Ocoñaña I y Ocoñaña II*. En (a) y en (b), el primer *Ocoñaña*, último rey de la I Dinastía de *Tilantongo*, se ve que nace en el año XI Caña y en el día 9 Caña, a pesar de lo cual, se llama ☿ 2 Lluvia. Arriba lo vemos con su sobrenombre "20 Tigres" y empuñando el Bastón de Venus. En el templo están ☿ 5 Movimiento "Humo que cae del cielo" y ☿ 2 Hierba "Quetzal-turquesa", sus padres. En (c), *Ocoñaña* tal como aparece en el Mapa. (a) Nutt. (b) Bod. (d) y (e), son representaciones de *Ocoñaña II*. El primero en el Cód. Nuttall y el segundo en el Mapa.

diversos colores y con flecos, también policromos, tienen una gran importancia como indicativos de dignidades en todos los códices.*

Según lo que nos dicen los códices Bodley, Nuttall, Selden y Vindobonensis (reverso) este rey *Ocoñaña I* fué sacrificado a los 20 años de edad, en honor del planeta Venus, y convertido en dicho planeta asciende al cielo.**

La razón de este fin trágico del joven príncipe, es una guerra dinástica, que se emprende a la muerte del padre de *Ocoñaña* entre dos bandos que se creían con iguales derechos al trono, por ser ambos descendientes del viejo antepasado semi-divino llamado ð 8 Viento, "Aguila de pedernales o 20 águilas", que tan importante papel tiene en los códices Nuttall y Vindobonensis. En efecto, *Ocoñaña* era bisnieto por la línea materna, de este viejo rey y según parece, si hemos de creer lo que nos dice el Nuttall, era *Ocoñaña* el que tenía derecho a ocupar el trono por haberlo determinado así su bisabuelo. Defendía los derechos del príncipe, un hijo de "20 Águilas" que se llamaba ð 3 Lagartija "Pelo de jade".

En contra de los derechos alegados por *Ocoñaña*, un cuñado de ð 3 Lagartija, por haberse casado con una hermana de éste e hija también de "20 Águilas", el rey del lugar "Montaña que escupe" llamado ð 10 Aguila "Tigre de piedra" luchó contra ð 3 Lagartija y lo derrotó e hizo prisionero. La lucha es sin embargo adversa a ð 10 Aguila, quien perdió a sus tres hijos varones, que murieron sacrificados, y sólo sobrevivió su hija ♀ 6 Mono, que sería más tarde, un personaje de primer orden en la historia de la Mixteca.

El resultado de esta lucha, es la caída definitiva de la primera Dinastía de *Tilantongo* y la muerte o sacrificio de *Ocoñaña* que, cuando se conquista la ciudad de su padre, es sacrificado como hemos dicho, en honor del planeta Venus.

Sin embargo, ninguno de los dos bandos en disputa logra obtener el dominio de esta ciudad, sino que es a un sacerdote,

* Los nombres y sobrenombres de los 7 nobles son los siguientes: ð 5 Tigre "Serpiente que sostiene el cielo", frente a él están la codorniz, la antorcha y las ofrendas; ð 5 Aguila "Tigre sangriento"; ð 5 Casa "Venda de joyas"; ð 9 Agua "Tigre-máscara del dios de la Lluvia"; ð 10 Conejo "Garra de tigre sangriento"; ð 7 Zopilote rey "Tigre sangriento" y ð 3 Lluvia "Tigre".

** SPINDEN, *Opus. cit.*

descendiente de reyes, a quien le es ofrecida la realeza y quien en definitiva funda la II Dinastía de *Tilantongo*. Este nuevo rey, famoso por muchos conceptos, lo es sobre todo por haber hecho una reforma calendárica de gran importancia y por haber sido el padre del más célebre rey de la Mixteca, de quien trataremos después, el conquistador ó 8 Venado "Garra de Tigre".

Termina pues efectivamente con el rey *Ocoñaña* la primera Dinastía de Tilantongo, pero en lo que no está de acuerdo el Mapa con los otros manuscritos, es en afirmar que el primer rey de esta Dinastía fué ó 5 Movimiento, pues antes de él, fueron reyes los siguientes: ó 9 Viento "Cráneo de piedra", el primero a quien se menciona expresamente en los códices como rey de *Tilantongo* (fig. 1) y que nació en 838, y casó en 886 con ♀ 5 Caña "*Quechquemilt de Tlaloc*"; el segundo rey, hijo de los anteriores, llamado ó 10 Flor "Tigre", que nació en 888, y casó con la princesa ♀ 2 Serpiente "Quetzalcoatl" en 909; el 3er. rey, que fué el llamado ó 12 Lagartija "Piernas de flecha", que probablemente nació alrededor de 915, y casó con dos hermanas, la llamada ♀ 4 Pedernal "Aguila-Quetzal" y la llamada ♀ 4 Lagarto "Máscara de jade", siendo la primera de ellas la madre del rey ó 5 Movimiento "Humo que cae del cielo" que, como hemos dicho, es el 4º rey de la primera Dinastía, y no el primero como lo dice el Mapa.

Pero todavía antes de esta primera Dinastía de Tilantongo, los otros manuscritos nos hacen remontar hasta el año 772 en que aparecen los antepasados tanto de ó 9 Viento "Cráneo de piedra" el fundador, como de su esposa ♀ 5 Caña "*Quechquemilt de Tlaloc*", hasta que llegamos a los que eran considerados como los venerables iniciadores del poder real, los llamados ó 4 Lagarto "Aguila sangrienta" * y su esposa ♀ 1 Muerte "Abanico de sol", que se consideraban como los verdaderos antepasados según reza la Relación de Tilantongo cuando afirma que el primer rey de ese lugar se llamó 4 Lagarto¹³ que nació de la propia tierra, y que de este señor venía por línea recta el que vivía en la época de la Conquista, mientras que su esposa ♀ 1 Muerte "Abanico de sol", había nacido de un árbol (fig. 5).**

* Su nombre en mixteco es *Ya*, señor; *qb*, cuatro; *quehny*, lagarto; *neñe*, sangre: *Yaqbquehnyneñe*.

** Relación de Tilantongo: "...dixeron que el primer Señor que tuvieron se llamó en misteca *Yaqbque Hynneñe* que en mexicano quiere



Fig. 5.—(a) Los iniciadores del poder real, ó 4 Lagarto "Aguila sangrienta" (*Ya qh quehuy neñe*) y su esposa ó 1 Muerte "Abanico de Sol". Cód. Bodley. En (b), ó 1 Muerte nace de un árbol, indicando esto que era *tay ñuhñ*, es decir, originaria de la tierra. Cód. Bod.

Ahora bien, Reyes nos dice en el párrafo transcrito con anterioridad, que antes de que llegaran a la tierra mixteca los conquistadores que se hicieron señores de ella, existían los verdaderos mixtecos, los hombres que se llamaban *tay ñuhñ*, que traducido literalmente quiere decir "hombres de la tierra",

dezir *Naguecizpaque* y en castellano se decía "quatro aguilas". El qual Señor dicen nació de un cerro que llaman *Tilantongo* y dicen que nació de la propia (sic) tierra, y deste Señor por linea reta hera Señor quando El Marques bino a la conquista desta nueva España que en misteca se llamaba *Yaq Quaa* y en mexicano *nague maçazi*, que en castellano quiere dezir "quatro benados" y este Señor no fué bautizado porque murió luego. Y el hijo mayor deste Señor fue bautizado y llamado Don Juan de Mendoza".

y por su parte Herrera¹⁶ nos dice que los más antiguos mixtecos habían nacido de los árboles, del agua, de los ríos, de las rocas o de la tierra, y de esto tenemos abundantes ejemplos en los códices, en donde se ve expresada esta opinión, haciendo salir de la tierra, del agua, de las rocas o de los árboles, a los más antiguos reyes y fundadores de dinastías.¹⁷

Ya hemos dicho que el fundador de la primera Dinastía ♂ 9 Viento "Cráneo de piedra", era probablemente un conquistador, pero el más viejo antepasado del que se conserva memoria entre los reyes de *Tilantongo*, fué ♂ 4 Lagarto, cuya madre, la reina ♀ 7 Flor "Flor Blanca", había nacido en el año de 692, fecha la más antigua de las que hemos podido leer con seguridad.

El conquistador ♂ 9 Viento "Cráneo de piedra", era descendiente por línea directa de *Quetzalcoatl*, el fundador de todas las dinastías, que nació del cuchillo de Pedernal, y era hijo de la pareja divina, los dioses creadores llamados ♂ 1 Venado "Viento" y ♀ 1 Venado "Viento", como lo dicen el Vindobonensis 49 y 51 y el Rollo Selden y los manuscritos asociados con este último.¹⁸

También descendía ♂ 9 Viento "Cráneo de piedra" de los dioses solares, llamados ♂ 1 Flor y ♀ 13 Flor, y de los primitivos señores de *Apoala*, ♂ 5 Viento "Tlaloc" y ♀ 9 Lagarto "*Tlaloc-serpiente de quetzal*".

Publicamos a continuación una lista completa de los reyes de la primera Dinastía de *Tilantongo*.

1 Dinastía de *Tilantongo*

- 1) ♂ 9 Viento "Cráneo de piedra", nace en 838, casado con ♀ 5 Caña "*Quechquemilt-Cerro de Tlaloc*".
- 2) ♂ 10 Flor "Tigre", nace en 888, casado con ♀ 2 Serpiente "*Quetzalcoatl*".
- 3) ♂ 12 Lagartija "Piernas de flecha", nace en 939, casado con ♀ 4 Pedernal "*Aguila-quetzal*".
- 4) ♂ 5 Movimiento "Humo que cae del cielo", casado con ♀ 2 Hierba "*Quetzal-turquesa*", en 969.
- 5) ♂ 2 Lluvia "20 Tigres u *Ocoñaña*", el primero de este nombre, nace en 971 y muere en 992.

La segunda vez que vemos el ofrecimiento de la realeza en el Mapa de *Teozacoalco*, se hace al rey a quien ya nos

hemos referido, el llamado ♂ 5 Lagarto "Tlaloc-sol". Aparece en el Mapa indicado solamente por su sobrenombre y no por su nombre calendárico, como ya hemos dicho que ocurre con todos los personajes importantes de este manuscrito. Está casado con la que fué su primera esposa, la llamada ♀ 9 Aguila, "Guirnalda de flores de cacao", en la que tuvo un hijo, ♂ 12 Movimiento "Tigre sangriento", que aparece inmediatamente arriba de la pareja. La forma como está pintado en el Mapa el ofrecimiento de la realeza, es tan confusa como en el caso anterior, pues parece que es a ♂ 12 Movimiento "Tigre sangriento" a quien se ofrece, como antes parecía que era a *Ocoñaña*. Sin embargo, sabemos perfectamente bien, por los otros manuscritos, que ♂ 5 Movimiento fué rey de *Tilantongo*, y nunca se menciona a su hijo ♂ 12 Movimiento, como rey de ese lugar, sino de otro, llamado *Bulto de Xipe*.

El rey ♂ 5 Lagarto "Tlaloc-sol", como hemos dicho, realiza un importante cambio calendárico en el año de 973 ó en 985 (fig. 6). En efecto, según el códice Vindobonensis, en el día 7 Movimiento del Año XIII Buho, cambia el sistema de los "portadores de año" de tal modo que ese año se llamó, según el Bodley 8-II, XIII Casa, y según el Nuttall 25-III, XII Casa, pero los tres manuscritos están de acuerdo en que el día fué el llamado 7 Movimiento o sea, si tradujéramos al Calendario Maya, 7. *Caban*. Ahora bien, parece que la corrección calendárica hecha por el rey ♂ 5 Lagarto "Tlaloc-sol", consiste en cambiar el viejo cómputo de estilo zapoteca en que los años son llamados turquesa, venado, *buho*, y serpiente, por el nuevo cómputo, al estilo mixteca y azteca, en que los años fueron llamados caña, conejo, *casa* y pedernal. Así es que el año mencionado en el Vindobonensis 6-I como XIII *Buho*, corresponde con el año XIII Casa, día 7 Movimiento, 973, o con el año XII Casa, día 7 Movimiento, 985.

Aunque no se menciona en el Mapa, por el carácter esquemático del manuscrito, el rey ♂ 5 Lagarto "Tlaloc-sol" fundador de la II Dinastía de Tilantongo* a quien le ofrecen la realeza en el día 4 Viento, del año VIII Conejo, 994, estuvo casado con otra princesa, la llamada ♀ 11 Agua "Quetzal de

* Los 7 nobles que le ofrecen la realeza son: ♂ 7 Lluvia "Ojo de estrella"; ♂ 1 Movimiento "Serpiente de escalera"; ♂ 5 Conejo "Tecalote sangriento"; ♂ 2 Muerte "Cuchillo de pedernal"; ♂ 2 Flor "Tigre sangriento"; ♂ 10 Perro "Pedernal" y ♂ 9 Viento, "Tigre sangriento".

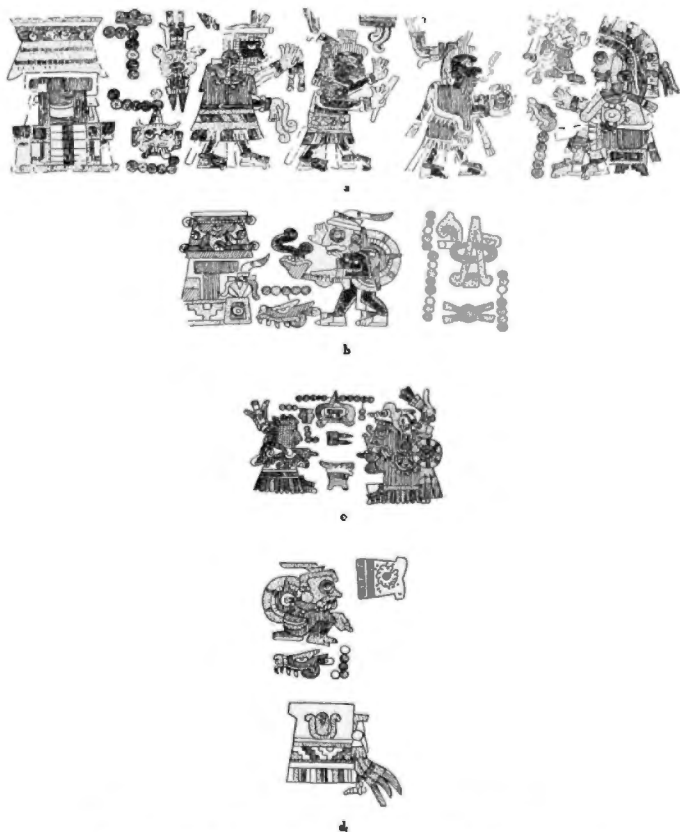


Fig. 6.—El rey 5 Lagarto "Tlaloc-sol", fundador de la II Dinastía de *Tilantongo*, hace probablemente una corrección calendárica, en el día 7 Movimiento, del año XIII Buho, correspondiente al año XII o XIII Casa. (a) Códice Vindobonensis V, VI-1; (b) Códice Bodley, 8-II; (c) Códice Nuttall 25 y (d) Códice Bodley 7-II-III. En esta última representación, se ve, abajo, la camisa sin mangas o *xicolli*, con la mazorca de maíz, que recibe como insignia.

jade", de quien tuvo a ♀ 8 Venado "Garra de tigre", el gran conquistador que nació en 1011, y murió en 1063, y que era medio hermano del personaje nombrado anteriormente en el Mapa, ♀ 12 Movimiento "Tigre sangriento".

♂ 8 Venado "Garra de tigre", también llamado "7 ó 20 Lluvias" "Aguila que bebe sangre" y "Pluma resplandeciente", tiene sobre la nariz, un curioso objeto pintado de color morado, que no nos explicaríamos si no supiéramos que fué el único rey de los mencionados en el códice, que recibió la nariguera que le puso el rey de *Tula*, el llamado ♂ 4 Tigre "Anáhuatl", y que lo convirtió en un personaje cuyas famosas hazañas pasaron los límites de la Mixteca y llegaron hasta regiones muy lejanas, que sólo podían alcanzarse cruzando el mar.

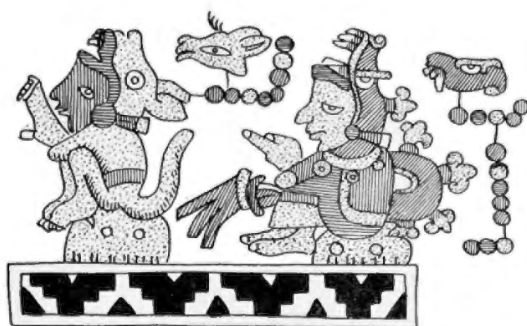
El rey ♂ 8 Venado aparece en este manuscrito casado con la reina ♀ 13 Serpiente, cuyo sobrenombre es "Serpiente de flores", su primera esposa, (fig. 7). Tuvieron un hijo llamado ♂ 4 Perro, que nació en 1058 y cuyo sobrenombre está representado siempre por un animal peludo, quizá un coyote, al que acaricia una mano. Le hemos puesto el sobrenombre de "Coyote manso", y puede verse en la 2a. pareja de la II columna, llegando hasta él las pisadas que parten de sus padres y atraviesan el jeroglífico de *Teozacoalco*.

Quiere decir esto que el hijo mayor de ♂ 8 Venado y de su primera esposa, funda la segunda Dinastía de *Teozacoalco* pues, como veremos después, casa con la hija del último rey de la I Dinastía de ese lugar, la llamada ♀ 4 Muerte, "Joya de lagarto".

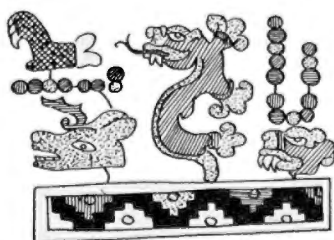
Continuando ahora la lectura en la primera columna, volvemos a encontrar una de esas simplificaciones que harían imposible la lectura del Mapa de *Teozacoalco* si no tuviéramos la comparación con los otros manuscritos. En efecto, el conquistador ♂ 8 Venado, casó también entre otras,* con la princesa ♀ 6 Aguila "Tigre-telaraña" y tuvo de ella un hijo que nació en 1060 y que se llamó ♂ 6 Casa "Tigre que cae del cielo". Este príncipe casa con la princesa ♀ 9 Movimiento "Joya", que en otros manuscritos es llamada "Corazón de joya".

Ahora bien, vemos que arriba de la pareja ♂ 8 Venado, "Garra de tigre", y de su esposa ♀ 13 Serpiente "Serpiente de

* Las otras esposas fueron: ♀ 11 Serpiente "Flor de tigre"; ♀ 10 Zopilote rey "Camisa con flecha" y ♀ 6 Viento "Quetzales con sangre".



a



b

Fig. 7.—El rey δ 8 Venado "Garra de tigre" y su esposa ϕ 13 Serpiente "Serpiente de flores", segundos reyes de la II Dinastía de *Tilantongo*. En (b), sólo aparecen los nombres calendáricos y los sobrenombres, sin los personajes. (a) Selden II; (b) Bodley.

flores", está una pareja cuyos sobrenombres son "Tigre que cae del cielo" y "Joya", es decir indudablemente se trata aquí del hijo de δ 8 Venado que hereda el señorío de *Tilantongo*, pero tal como está en el Mapa parecería que su madre fué ϕ 13 Serpiente y no ϕ 6 Aguila, como lo fué en realidad.

No seguiremos relatando la historia pormenorizada de estos reyes o reinas, pues el tratarlo nos llevaría una extensión

mucho mayor de la que podemos disponer en este artículo. A quien interese el punto, lo remitimos a la obra a que nos hemos referido; pero para que se tenga una relación completa de los reyes que integran esta segunda Dinastía, publicamos a continuación sus nombres, sobrenombres y los nombres y sobrenombres de sus esposas.

II Dinastía de Tilantongo

- 1) ♂ 5 Lagarto "*Tlaloc-sol*", rey de Tilantongo en 994, muere en 1030, casado con ♀ 9 Aguila "*Guirnalda de flores de cacao*" y con ♂ 11 Agua "*Quetzal de jade*".
- 2) ♂ 8 Venado "*Garra de tigre*", nace en 1011 y muere en 1063, casado con ♀ 13 Serpiente "*Serpiente de flores*" y con ♀ 6 Aguila "*Tigre-telaraña*".
- 3) ♂ 6 Casa "*Tigre que cae del cielo*", nace en 1060, casado con ♀ 9 Movimiento "*Joya*".
- 4) ♂ 5 Agua "*Tigre de hueso*", casado con ♀ 10 Caña "*Joya-Quetzal*".
- 5) ♂ 8 Caña "*Quetzal o Faisán*", casado con ♀ 5 Conejo "*Adorno de joya*" (*Hermana*).
- 6) ♂ 2 Movimiento "*Serpiente resplandeciente*", casado con ♀ 4 Aguila, "*Quechquemilt sangriento*".
- 7) ♂ 1 Lagartija "*Tigre sangriento*", casado con ♀ 10 Caña "*Trenzado de joya*".
- 8) ♂ 12 Caña "*Coyote-sol*", casado con ♀ 3 Tigre "*Mariposa-sol*". (*Hermana*).
- 9) ♂ 5 Lluvia, "*Movimiento-llamas*", casado con ♀ 13 Lagartija "*Mariposa turquesa*".
- 10) ♂ 13 Viento "*Serpiente de fuego*", casado con ♀ 1 Aguila, "*Rombo de turquesa*", en 1225.
- 11) ♂ 9 Serpiente "*Tigre antorcha de guerra*", casado con ♀ 8 Pedernal "*Trenzado de joya*".
- 12) ♂ 4 Agua "*Aguila sangrienta*", nace en 1249 y muere en 1289, casado con ♀ 6 Agua "*Quetzal-cinta-flor*". Con este rey termina la segunda Dinastía.

Cosa muy notable es que, como dice Herrera,¹³ se casaban con parientes muy cercanos, de tal modo que era obligatorio que lo fueran, "pues no había grado prohibido". Aunque la

afirmación del cronista no se comprueba en su generalidad, si es cierta la tendencia en la aristocracia que gobernaba los pueblos y ciudades mixtecas, como por otra parte parece ser una característica de todas las aristocracias, al matrimonio entre parientes, como primos hermanos, tíos y sobrinas, y viceversa, etc. Es muy notable, y lo vemos comprobado en varios casos, que hubo matrimonios entre hermanos, hijos de la misma madre y del mismo padre. Por ejemplo en la lista anterior, son hermanos ♂ 8 Caña "Quetzal o faisán" y su esposa ♀ 5 Conejo "Adorno de joya" y también ♂ 12 Caña "Coyote sol" y su esposa ♀ 3 Tigre, "Mariposa-sol", así como veremos más tarde en la lista de los reyes de *Tezacoalco*, que el rey ♂ 12 Casa "Serpiente de fuego-cielo comido" se casa con su hermana ♀ 11 Lagarto "Quetzal-telaraña". Estos matrimonios entre hermanos sólo los hemos encontrado entre los descendientes de ♂ Venado "Garra de tigre", y se pueden considerar excepcionales. Por otra parte, no hay que olvidar que estamos hablando de matrimonios entre reyes, como entre los Faraones o entre los Incas, pero seguramente las prohibiciones de incesto, eran distintas en las costumbres del pueblo.

Ni antes de la dinastía de ♂ 8 Venado, ni después de ella, encontramos esta curiosa costumbre matrimonial que, como se sabe, es extraordinaria en el mundo y existe sólo en la clase reinante.

Hemos llegado al final de la segunda Dinastía. Este final ocurre cuando el descendiente de ♂ 4 Agua "Aguila sangrienta" y de ♀ 6 Agua "Quetzal-cinta-flor" muere con su padre en 1289, sin dejar sucesión masculina. Entonces la viuda ♀ 6 Agua, vuelve a casar con el rey ♂ 4 Muerte "Encrucijada-Venus". La hija de ambos, contrae matrimonio con un príncipe llamado ♂ 9 Casa, "Tigre antorcha" (fig. 3), hijo del rey de *Tezacoalco* llamado ♂ 2 Perro "Trenzado de pedernales", del que después nos ocuparemos.

La nieta de ♂ 9 Casa "Tigre antorcha", llamado ♀ 12 Flor "Mariposa que entra al cerro", se casa con ♂ 13 Aguila "Coyote sangriento", que están aquí mencionados y son los únicos que se citan de toda esta 3a. Dinastía que puede más bien ser considerada como un interregno.

Por otra parte, un medio hermano de ♀ 12 Flor, "Mariposa que entra al cerro", el llamado ♂ 6 Venado "Tlalocopal", aparece inmediatamente arriba de la pareja anterior, junto con su esposa llamada ♀ 13 Viento "Cabeza de cerro",



Fig. 8.—*Yaq quaa*, ♂ 4 Venado "Aguila-aparato astronómico" y su esposa ♀ 11 Serpiente. Era el rey de *Tilantongo* en 1521, a la llegada de los conquistadores. Cód. Bodley.

que inicia la IVa. y última Dinastía de *Tilantongo*. Su hijo es ♂ 4 Flor "Ave gris", que se casa con ♀ 7 *Zopilote rey* "Rombo de quetzal". El siguiente rey, hijo de los anteriores es ♂ 10 Lluvia, "Tlaloc-sol", que se casa con ♀ 5 Viento "Guirnalda de flores de cacao" y tiene a su vez un hijo llamado ♂ 4 Venado "Aguila-aparato astronómico",* que casa con ♀ 12 *Zopilote rey* "Rombo de turquesa" (fig. 8). Ahora bien, este rey es el último mencionado en la página 20 del Códice Bodley, en la que concluye la primera parte de este manuscrito, y si se recuerda que según la Relación de *Tilantongo*, el que reinaba en 1519 se llamaba ♂ 4 Venado y que murió sin bautizar; si se ve además que para 1580, fecha en que se pintó el Lienzo, no faltan sino otros dos reyes, se admitirá entonces que este ♂ 4 Venado "Aguila-aparato astronómico" es el llamado *Yaac quaa* de la Relación de *Tilantongo*, y que vivía en la época de la Conquista.

Desgraciadamente después de esto ya no tenemos los nombres calendáricos de los personajes, pero sí sabemos que el hijo de ♂ 4 Venado que en este Mapa tiene por sobrenombre "Guirnalda de *tlaloques*" se llamó, después del bautizo, don Juan de Mendoza, que tuvo un hijo cuyo sobrenombre es "Ti-

* Este aparato aparece muchas veces en los templos y consiste en dos maderos en forma de X que tienen una estrella en el centro. Probablemente servían como alidadas, para fijar la posición de la estrella.

gre antorcha" y éste tuvo una hija que era soltera en el momento en que se inicia la Relación, y un hijo a quien llamamos por sobrenombre "Coyote-palo en la mano", que se llamaba don Felipe de Santiago, y era, como vamos a verlo, rey de *Teozacoalco*.

Con esto termina la primera columna del Mapa de *Teozacoalco*, en donde como vemos, aunque esquemáticamente, están mencionados los reyes de las cuatro dinastías que conocemos de *Tilantongo*, hasta llegar a las personas que vivían en 1580, que eran don Juan de Mendoza, don Felipe de Santiago y don Francisco de Mendoza.

A continuación está la lista de los reyes y reinas de la tercera y cuarta dinastías de *Tilantongo*:

III Dinastía (o Interregno) de *Tilantongo*

- 1) ♂ 9 Casa "Tigre-antorcha", nace entre 1271 y 1283, casado con ♀ 3 Conejo "Xolotl-telaraña", que nace en 1293?
- 2) ♂ 2 Agua "Serpiente de fuego-estrellas", casado con ♀ 2 *Zopilote rey* "Flores y jades".
- 3) *Regente* ♂ 13 Aguila "Coyote sangriento", casado con ♀ 12 Flor "Mariposa que entra al cerro", hija de ♂ 2 Agua y de ♀ 2 *Zopilote rey*.

IV Dinastía de *Tilantongo*

- 1) ♂ 6 Venado "*Tlaloc-copal*", nace en 1357, hijo de ♂ 2 Agua "Serpiente de fuego-estrellas" y de ♀ 12 Pedernal "Quetzal muerto-joya". ♂ 6 Venado casó con ♀ 13 Viento "Cabeza de cerro".
- 2) ♂ 4 Flor "Ave gris", nació en 1386, casado con ♀ 7 *Zopilote rey* "Rombo de quetzal".
- 3) ♂ 10 Lluvia "*Tlaloc-sol*", nació en 1424, casado con ♀ 5 Viento "Guirnalda de flores de cacao".
- 4) ♂ 4 Venado o *Yaac-qua* "Aguila-aparato astronómico", casado con ♀ 12 *Zopilote rey* "Rombo de turquesa". *Eran reyes en 1521*.
- 5) ♂ ? ? "Guirnalda de *tlaloques*" o Don Juan de Mendoza, casado con la señora ♀ ? ? "*Quechquemilt* blanco".
- 6) ♂ ? ? "Tigre antorcha".
- 7) ♂ ? ? "Coyote-barra en la mano" o Don Felipe de Santiago. (Felipe de Austria?).²⁰ Vivía en 1580.

- 8) ♂ ? ? Don Francisco de Mendoza. (Este es mencionado como cacique de *Tilantongo*, desde 1571 en la Relación de los Obispos, pág. 68).²¹

COLUMNA II

Ya hemos visto que el hijo de ♂ 8 Venado "Garra de tigre" y de ♀ 13 Serpiente, "Serpiente de flores", contrae matrimonio con una princesa llamada ♀ 4 Muerte "Joya de lagarto", e inicia la segunda Dinastía de *Teozacoalco*.

En efecto, los padres de ♀ 4 Muerte, "Joya de lagarto" fueron los últimos reyes de la Ia. Dinastía, ♂ 5 Perro "Cola de coyote" y ♀ 6 Viento "Quetzales con sangre"; pero a la muerte de ♂ 5 Perro "Cola de coyote", su esposa se casa con el conquistador ♂ 8 Venado "Garra de tigre", y el hijo de éste y de ♀ 13 Serpiente, llamado ♂ 4 Perro "Coyote manso", se casa con la hija de los reyes anteriores, con lo que se asegura para la dinastía de ♂ 8 Venado, la realeza en *Teozacoalco*.

I Dinastía de Teozacoalco

Ultimo rey: ♂ 5 Perro "Cola de coyote", casado con ♀ 6 Viento Quetzales con sangre".

II Dinastía de Teozacoalco

- 1) ♂ 4 Perro "Coyote manso", nace en 1058, casado con la hija de los anteriores ♀ 4 Muerte "Joya de lagarto".
- 2) ♂ 13 Perro "Aguila-mandíbula descarnada", nace en 1085?, casado con ♀ 8 *Zopilote rey "Quechquemil de piedra"*.
- 3) ♂ 7 Agua "Aguila roja", casado con ♀ 11 Agua, "Serpiente de turquesa".
- 4) ♂ 13 Aguila "Tlaloc-copal-ojo de estrella", nace en 1147, casado con ♀ 8 Caña "Joya de turquesa-madera partida".
- 5) ♂ 8 Tigre "Movimiento con llamas", nace en 1189, casado con ♀ 6 Hierba "Mariposa celeste".
- 6) ♂ 12 Casa "Serpiente de fuego-come cielo", casado con ♀ 11 Lagarto "Quetzal-telaraña". *Estos dos eran hermanos.*
- 7) ♂ 9 Movimiento "Aguila-garra-joya", casado con ♀ 2 Tigre "Turquesa-telaraña".



Detalle del Mapa de Tezozacoalco.—Columna III, con la IIIa. y la IVa. dinastías de ese lugar.

Después de esto aparece otra fecha, el año X Casa, 1269, y el día 6 Caña, y la escena que ya conocemos, representando el ofrecimiento de la realeza a dos reyes que son los fundadores de la tercera Dinastía de *Teozacoalco*, el llamado ♂ 2 Perro "Trenzado de pedernales", que lleva una diadema de oro sobre la cabeza y que va armado con arco y flechas, como *chichimeca*, y a su esposa ♀ 6 Caña "Quetzalcoatl con joyas" (fig. 3). En esta ocasión, los 7 nobles que hacen el ofrecimiento, van todos armados, lo que parece indicar que el establecimiento de la tercera Dinastía en *Teozacoalco*, fué la consecuencia de una lucha.*

La razón del fin de la segunda Dinastía es la que ya hemos visto en otras ocasiones, que las mujeres no podían heredar y que como dice Herrera,²² sólo heredaban los hijos de la mujer principal, afirmación que creemos debe interpretarse en el sentido de que sólo los hijos de un reina, podían tener derecho a la sucesión.

El caso es que el último rey de la segunda Dinastía, ♂ 9 Movimiento, tuvo un solo hijo varón, pero parece que había muerto. Sabemos que dos hijas** del rey habían casado, una con el rey de *Tilantongo* y otra, con el rey de un lugar llamado *Cerro torcido-quetzal*, y esta última tuvo por hijo a ♂ 2 Perro "Trenzado de pedernales".

La pareja es llevada por los nobles a *Teozacoalco* para fundar allí la tercera Dinastía, pero esto ya lo encontramos en la columna III.

COLUMNA III

Vemos en efecto, en la parte más baja de la columna, directamente sobre el camino, a los dos personajes que han ido

* Los nombres de los 7 nobles son los siguientes:

♂ 12 Lagartija "Flecha", que lleva la codorniz y un curioso objeto en forma de arco con flecos y jades.

♂ 8 Lluvia "Tigre", con un manto o *xicolli* y las plumas de quetzal.

♂ 8 Lagarto "Aguila-garra".

♂ 6 Flor "Tigre sangriento".

♂ 11 Casa "Serpiente".

♂ 2 Serpiente "Juego de pelota".

♂ 10 Mono "Aguila".

** El Códice Nuttall y el Bodley dan dos versiones distintas para estas princesas. Según la versión de Bodley, serían hermanas de ♂ 9 Movimiento. Según la versión de Nuttall serían sus hijas.

a traer los nobles, ♂ 2 Perro "Trenzado de pedernales" y ♀ 6 Caña "Qutzalcoatl con joyas". Arriba de esta pareja aparece el segundo rey de la III Dinastía, llamado ♂ 9 Casa "Tigre antorcha", que contrae matrimonio con ♀ 3 Conejo "Xolotl-telaraña" (fig. 3).^{*} A estos siguen el rey ♂ 2 Agua "Serpiente de fuego-estrellas" que casa con ♀ 3 Lagarto "Abanico de turquesas" y tienen por hijo al llamado ♂ 5 Caña "20 Tigres u Ocoñaña II" que según la Relación vivía en 1521 y había venido de *Tilantongo*, que casa con una princesa cuyo nombre desconocemos y que tiene por sobrenombre "Joya roja" o "Pelo de joyas", y tienen por hijo a un rey que se llamó por sobrenombre "Tigre" y que casó con una princesa llamada "Flor de plumas", y tienen por hijo a un príncipe cuyo sobrenombre está formado por un disfraz de animal cuadrúpedo y unas pisadas que bajan del cielo y que como no se menciona junto a su esposa, indudablemente murió soltero, con lo que termina la tercera Dinastía de *Tilantongo*.

La cuarta Dinastía era la que estaba reinando en *Teozacoalco* en 1580, y estuvo fundada por un príncipe de vino de *Tilantongo*, cuyo nombre calendárico ignoramos, pero cuyo sobrenombre es "Coyote palo en la mano" que, según nos dice el Lienzo, se llamaba don Felipe de Santiago, y vemos al hijo, todavía soltero, que según la misma leyenda se llamaba don Francisco de Mendoza. Nótese que estos ya visten pantalones.

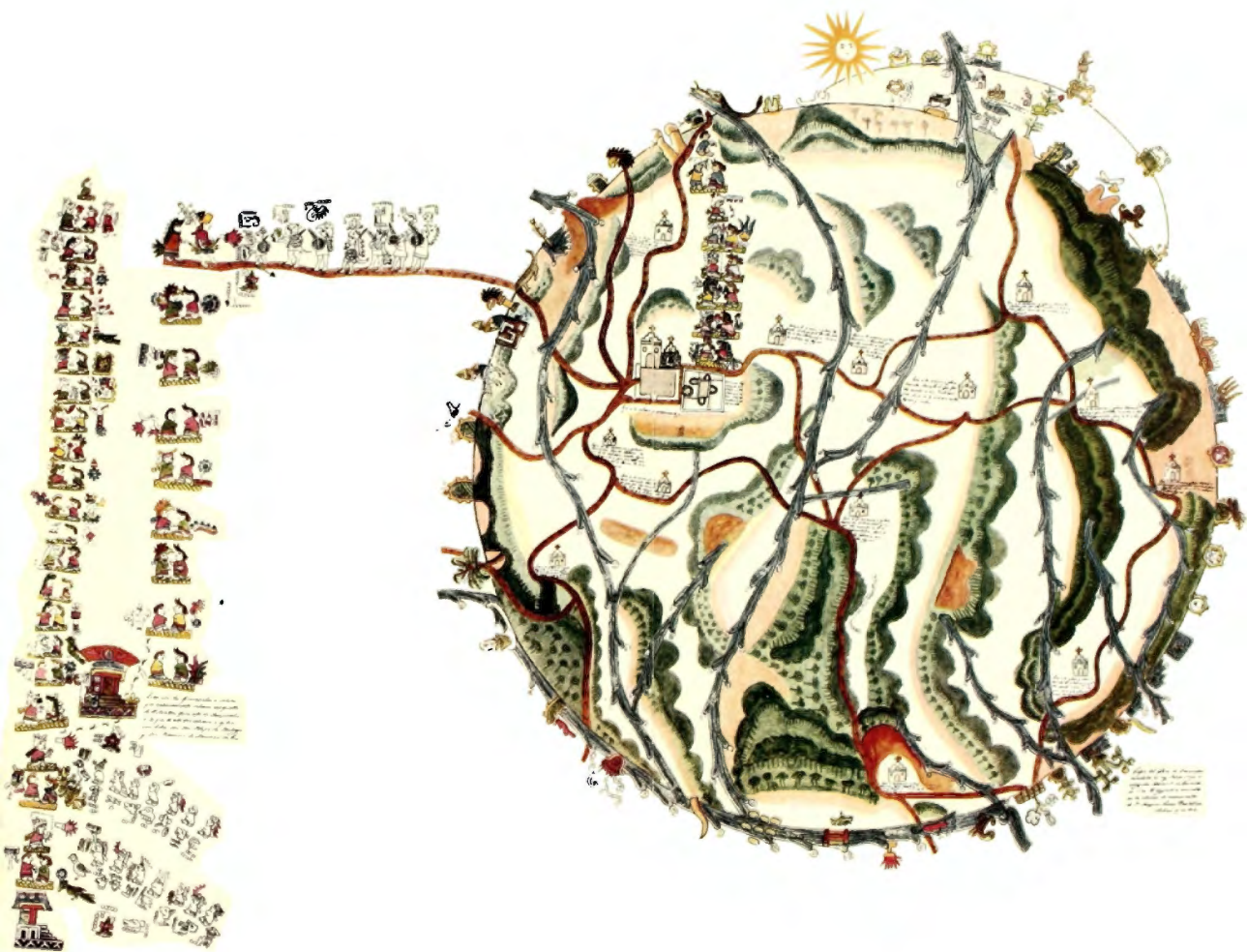
EL estudio que hemos hecho del Mapa de *Teozacoalco*, nos ha permitido establecer las genealogías completas de las cuatro dinastías de *Tilantongo*, y las cuatro de *Teozacoalco*, y al mismo tiempo, por las relaciones que existen entre todos los principados mixtecos, nos ha permitido también la lectura de las genealogías y de la historia de otros muchos lugares de esta región. Vemos en consecuencia, cómo los escribas mixtecos eran capaces de darnos una relación histórica de los acontecimientos que ocurrían en sus principados y reinos, que sólo ahora podemos leer e interpretar.

Lo anterior demuestra que los indios de México y Mesoamérica eran capaces de escribir historia. Noticias históricas escritas por historiadores indios muchos siglos antes de la Conquista, son las que hemos estado traduciendo y relatando. Po-

* Es también el primer rey de la III Dinastía de *Tilantongo*.

MAPA DE TEOZACOALCO

El original de este Mapa se conserva actualmente en la Biblioteca de la Universidad de Austin, Texas. La presente reproducción ha sido tomada de la copia hecha el 17 de febrero de 1868, del original que se conservaba entonces en poder de don Joaquín García Icazbalceta. La copia es muy fiel, según hemos podido comprobar comparándola con fotografías a colores del original, que amablemente nos fueron enviadas por la Universidad de Austin. Las dimensiones del original son de 1.45 por 1.30 metros.



demos afirmar que acontecimientos del siglo VII nos han llegado por fuentes históricas exclusivamente indígenas. De ningún otro lugar de América tenemos un conocimiento histórico que abarque un período tan prolongado. Nuevamente los personajes reales de la Mixteca, vuelven a aparecer en la historia que sus escribas redactaron y que nosotros no sabíamos leer.

Podemos ya, aun cuando naturalmente cometamos frecuentes errores, interpretar todo este grupo de códices mixtecos que parecían indescifrables; el Códice Vindobonensis, sobre todo el reverso, que se refiere principalmente a *Tilantongo*, que termina alrededor de 1350; el Nuttall, que se refiere especialmente a *Teozacoalco*, y que menciona a un personaje vivo en la época en que se escribió el Códice, al príncipe o 10 Zopilote rey "Serpiente de fuego", que nació alrededor de 1350; el Bodley que, como hemos dicho, dejó de escribirse en el momento de la Conquista, 1519, y el Selden que estaba escribiéndose en 1556, más los otros manuscritos de menos importancia como el Colombino, los Códices Becker I y II y los lienzos post-cortesianos a los que ya nos hemos referido, y el Códice de *Nunaha*, que prolonga sus noticias hasta 1642.

Pero una descripción del contenido de estos manuscritos, así fuera somera, no cabe en los límites del presente ensayo, por lo que remitimos al lector a nuestra obra en publicación, a la que ya nos hemos referido.

APENDICE

DESCRIPCION DE TEOTZACUALCO

En nueve dias del mes de Enero. de mill y quinientos y ochenta años en el Pueblo de teozacualco. del obispado. de antequera. del valle de guagaca. se comenso a hazer. Relación. cierta y verdadera. segun se pudo. colegir. de los mas ancianos. naturales. del dicho pueblo y por lo que por vista de ojos. se puede entender. guardando la instruicion y orden que su majestad manda la cual. enbio gordian de casasano. por mandado. del. muy excelente señor Don martin Enriquez. Bisó Rey. desta nueva españa. que rreside. en la ciudad de mexico. la cual Reschi yo. hernando de cervantes corregidor. que al presente soy. del dicho pueblo que para la hazer nos juntamos el. padre juan Ruyz çuaco.

Beneficiado del dicho pueblo e yo el dicho hernando de çervantes corregidor del.

11. El pueblo llamado. teozacualco. que es cabesera de corregimiento. tiene debajo de jurisdicción. al pueblo llamado. amoltepeque. el cual esta con el dicho. de teozacualco. encomendado. en la real corona. el pueblo de teozacualco. tiene treze estancias. llamadas. en la lengua misteca que es la que hablan los naturales yutacagua yndigui yucunycá-anuhu. cunama. teneixayu. caguacuaha. yuhuyugua. yutamannun. Dayadugandoo. yaguinuhu. zocodaguy. yutanynno. que en la lengua castellana quieren dezir. enpesando. por la primera. estancia. Peña de agua. y la segunda aguelo. claro. la tercera monte cabado de lumbré. la cuarta brazero confesado. la quinta escalera. la sexta Peña colorada la setima Boca de juego. la otava en medio del Rio. La nobena. pueblo de serezas. la decima. llano de caña. la onzena hoyo de la lumbré. la dozena cuna de aguastero. la trezena Rio.

12. Este pueblo de teozacualco. esta catorze leguas. de la ciudad de antequera. hazia el poniente confina con los pueblos siguientes. hacia el norte. tiene al pueblo de tilantongo. que esta encomendado en la corona. Real. que ay de aqui siete leguas y por la parte del poniente confina. con yolotepeque. el cual esta encomendado. en alonso de castellanos. que ay de aqui dies leguas. poco más o menos por la parte del sur. confina con tututepeque que está encomendado. en don Luys de castilla. tiene á la Redonda. a cutro. (sic) leguas el pueblo de tamsola. questa encomendado. en garçia de contreras, y juan de baldibieso. y luego á otras cuatro leguas a myctlantongo encomendado en alonso de la mota a otras cuatro leguas tiene al pueblo de tlatlatepeque. encomendado en don carlos de arellano. á sinco leguas tiene el pueblo de elotepeque que esta encomendado. en la corona. Real. y todas estas leguas. dichas. son de las comunes. por caminos. muy asperos. y pedregosos y de grandes serranyas.

13. Teozacualco. esta corruto este nombre. Por que dizen los naturales que se llama güeyzacualco, que quiere dezir en nuestra lengua gran solar o sitio y no se sabe quien le puso el nombre. sino que ansi se llama y la lengua. que hablan. es mysteca.

14. En tiempo. de su gentilidad. Reconocian. á su señor natural que abian traydo. del pueblo de tilantongo. que se llamaba en lengua mysteca occoñaña, que quiere dezir en nuestra lengua castellana. Beynte leones. ál cual tributaban, como á señor y le daban. en trybuto. todos generos de caça y mantas de algodón. y de nequen. y que pocos tiempos antes. que los españoles binyesen los sujeto montesuma. por conciertos. que entre ellos vbo al cual dicho montesuma trybutaban. piedras que entre ellos ay. que se dizen chalchigüites y plumeria y mantas de algodón y nequen. y que le hazian. sementeras. de mayz frizoles y chian y algodón. todo lo cual se gastaba. entre los soldados que en este dicho pueblo tenian de guarñycion. y que en el mesmo tiempo. de su gentilidad. adoraban al demonio y le ofrecian sangre de las orejas y de la lengua. y también. corazones. de hombres con la sangre. y perros y gallinas. y todo genero de casa monteza. y que entre las costumbres que entonçes tenyan era una notable. que los

sacerdotes que tenian en sus sacrificaderos, entraban desde pequeños y los sustentaba el casique Porque no salian de alli a parte ninguna y si alguno de ellos. se desmandaba a salir o pecaba con alguna muger. le mataban. por ello y que las demas costumbres. que tenian eran generales en toda la tierra.

15. Gobernabanse. por el casique. que tenian. trayan guerras con algunos de los comarcanos. de su mesma lengua, y las armas con. que. Peleaban. eran unos camizones. estofados. de algodón. y unas macanas. con sus nabajas y una hachuelas. y dardos y flechas. y arcos y hondas y Rodelas. y sus bestidos y traje que trayian eran unos camizones. sin mangas. abiertos. por delante y unos paños con que se tapaban. sus berguensas y los preñcipales. Andaban. con mantas galanas. ansi mesmo de colores y el abito, que agora traen. es abito onesto. que traen camisas y saragüeles. esto generalmente. y en particular. muchos. traen jubones. y sayos y sombreros y botas y sapatos. y que antiguamente. bibian mas sanos que agora. Porque los mas morian de muy biejos. y porque toda la tierra. estaba llena de jente y agora esta despoblada. y que esto es lo que entienden aserca desto.

16. Esta este pueblo de teozacualco. situado. a las faldas. de una çierra descubierta al norte. y es tierra. tan fragosa y pedregosa que apenas. se puede andar. por ella. lamase la sierra en cuyas faldas esta poblado. en lengua misteca yucuduça. que quiere dezir sierra pintada.

32. No hay de presente fortalezas. cercadas. aunque antiguamente las tenian todos. estos pueblos. en las coronillas de los serros. a donde se hazian. fuertes. de las cuales paresen algunas el dia de oy cercadas de piedra bana de altor de un estado. Poco más. o menos

(Sigue la Relación de *Amoltepec*, y después dice:)

Todas estas Relaciones. aquí contenidas e declaradas. asy las que tocan. á este pueblo de teozacualco. y su jurisdicción como las del pueblo de amoltepeque. Ban çiertas y verdaderas. segun e como las declararon los naturales. e ançianos. de los dichos pueblos. á los cuales fue preguntado. Por la yntruyción. y capitulos de su magestad siguiendo la orden de ella. todo lo cual fue declarado. Por lengua del Padre Juan Ruiz çuaço beneficiado deste pueblo de teozacualco. el cual entiende muy Bien la lengua de los dichos naturales e se hallo. presente. á hazer todo lo que dicho es. e lo firmó. por berdad de su nombre. e yo hernando de çervantes corregidor por su magestad, deste pueblo de teozacualco y su juridicción doy fe de todo lo aqui contenyo. segun que ante my paso. en la cual pongo. el autoridad e decreto judicial. que de derecho debo y ay lugar para que valga y haga fé. en testimonyo de verdad. lo firmé de mi nombre. acabaronse de hazer las dichas Relaciones. en este pueblo de teozacualco. que es en la misteca alta desta nueva españa en veyntiun dias. del mes de enero de mill y quinientos y ochenta años.

Hernando de çervantes.

Juan rruiz çuaço

NOTAS

¹ JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO, *El Códice de Yanhuatlán*. Secretaría de Educación Pública. Inst. Nal. de Antrop. e Hist. Museo Nal. México, 1940. págs. 69 y sig.

² El CÓDICE VINDOBONENSIS MEXIC. I, fué publicado por Max Jaffé en Viena, con estudios de W. Lehmann y Ottokar Smital.

El CÓDICE NUTTALL O ZOUCHE, fué publicado por el Peabody Museum, en 1902, con un estudio de Zelia Nuttall.

El CÓDICE COLOMBINO, fué publicado por la Junta Colombina en *Antigüedades Mexicanas*, en México, 1892.

Los CÓDICES BODLEY Y SELDEN I Y II, están en la Biblioteca Bodleiana de Oxford y fueron publicados por Lord Kingsborough en *Mexican Antiquities*, Vol. I. Londres, 1830.

El CÓDICE BECKER I o *Le Manuscrit du Cacique*, fué publicado por Henri de Saussure en Ginebra, 1892. Se conserva en Viena, Mus. Hist. Nat.

El CÓDICE BECKER II, permanece inédito, se conserva también en el museo de Historia Natural en Viena. Tenemos una excelente copia en nuestro poder.

³ NUTTALL, Z., *Opus. cit.*

⁴ COOPER CLARK, J., *The Story of "Eight Deer" in Codex Colombino*. Taylor and Francis. Londres, 1912.

⁵ LONG, RICHARD, C. E., *The Zouche Codex*. Journal of the Royal Anthropological Institute. Vol. LVI. págs. 239 y sig. July-Dec. 1926. Londres.

⁶ SPINDEN, HERBERT J., *Indian Manuscripts of Southern Mexico*. Smithsonian Report for 1933, págs. 429-451. Smithsonian Institution. Washington, 1935.

⁷ Las tarjetas del Códice Nuttall o Zouche, las hizo la Profa Eulalia Guzmán; las del Selden y el Becker I, el Sr. Alberto Ruz; las del Bodley las hicieron el mismo señor Ruz y la Srita. J. Ortiz Rubio, los señores Hugo Moedano y el Sr. E. Berlín. Personalmente hicimos las de los Códices Vindobonensis, Becker II, Nunahá y los Lienzos de Teozacoalco, Zacatepec, Nativitas, etc.

⁸ *Descripción de Teozacoalco y de Amoltepeque*. Biblioteca de la Revista Mexicana de Estudios Históricos. Apéndice. Tomo I, págs. 174-178. México, 1927.

⁹ PASO Y TRONCOSO, FRANCISCO DEL, *Relación de Tilantongo*. *Papeles de Nueva España*. Vol. IV. Madrid.

¹⁰ La ortografía correcta en mixteco y en mexicano, sería la siguiente: *Nutnoo huabi andevui*; *Nu* es tierra, *tnoo* es negra; *huabi* es casa y *andevui* es cielo. En mexicano o *nahuatl* sería *Tilantongo ilhuica calli*.

¹¹ REYES, FRAY ANTONIO DE LOS, *Arte en Lengua Mixteca*. Actes de la Société Philologique. Tome XVIII, págs. I-VII. Année 1888. París, 1890.

¹² BURGOA, FRAY FRANCISCO, *Geográfica descripción*. Publicaciones del Archivo General de la Nación. Vol. XXV, Cap. XXIII, pág. 276. México, 1934.

¹³ HERRERA, ANTONIO DE, *Décadas*. Déc. III. Lib. III, Cap. 11 y 12. Madrid, 1726.

¹⁴ GARCÍA, FRAY GREGORIO, *Origen de los Indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales*. Pág. 328-I. Madrid, 1729.

¹⁵ CASO, ALFONSO, *Las Estelas Zapotecas*. Monografías del Mus. Nal. de Arqueología, Historia y Etnografía. Pág. 72. México, 1928.

¹⁶ HERRERA, *Opus. cit.*

¹⁷ Véase por ejemplo en el Códice Nuttall, pág. 1, el nacimiento de ♂ 8 Viento "Aguila de pedernales"; en la pág. 3 el nacimiento de ♂ 9 Lluvia; y en la pág. 23, el nacimiento de ♂ 9 Viento "Cráneo de piedra"; en el Bodley, pág. 1, el nacimiento de ♀ 1 Muerte "Abanico de sol" (fig. 5) y en el Selden II, el nacimiento de ♂ 11 Agua "Juego de pelota que humea".

¹⁸ GARCÍA, FRAY GREGORIO, *Opus. cit.*, pág. 327-II.

¹⁹ HERRERA, *Opus. cit.*

²⁰ BURGOA, *Opus. cit.*, Vol. I, pág. 371.

²¹ HERRERA, *Opus. cit.*

EL 12 DE OCTUBRE, O EL GRAN DISPARATE

Por *Germán ARCINIEGAS*

TODOS estamos de acuerdo en que la historia de las Américas está mal enfocada. ¿Por qué? Entre muchas razones que todos sabemos, hay dos que son elementales: la primera, que el 12 de octubre de 1492 es una fecha a la inversa de como la hemos presentado; la segunda, que por haber hecho Colón su viaje bajo bandera de España, no se miró como suceso europeo.

Nosotros hemos hecho del 12 de octubre una fecha americana: este es error continental. Los europeos no le dan importancia alguna: esta es estupidez insigne. Se trata de un día que es todo lo contrario de lo que el mundo piensa: no es americano: es europeo. Cuando nosotros lo ofrecemos como punto de partida en la historia del hemisferio hablamos de una América en singular, que no existe; y al poner esa fecha inicial, que es falsa para las cuatro Américas—el Canadá, los Estados Unidos, Brasil y la América indoespañola—, comenzamos por forjarnos una idea inexacta en todo el proceso de nuestras vidas.

De tiempo en tiempo se hacen ciertas revelaciones científicas, ciertos experimentos que colocan al hombre delante de un mundo que no sospechaba. En nuestros días ha ocurrido esto con los trabajos de Freud sobre el subconsciente, con la desintegración del átomo. Cosa parecida representó el viaje de Colón. Entonces la ciencia occidental cambió de fundamentos. Su experimento libertó a la cosmografía de emblecos mágicos. Se comprobó la tercera dimensión de la geografía. La oscura expedición cuyo alcance no podían columbrar dos reyes de tan limitadas entendederas como Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, y que dejó temblando y desquiciado el seso del descubridor, representa más en la revolución de las ideas que cuantos hallazgos registran los libros de anécdotas de la sabiduría. Tenemos noticia de cómo se han ensanchado en

ciertas noches de angustia los horizontes de la humanidad, pero entre esas noches hay muy pocas tan significativas como la que fué del crepúsculo del 11 a la alborada del 12 de octubre de 1492.

Peró, además —y para que se considere en primer término por la preeminencia que solemos dar a la vida política—, el 12 de octubre es para Europa la fecha que abre para siglos una solución a los problemas de sus luchas religiosas, de sus persecuciones, de su expansión, de sus escapismos. Europa es un continente contenido. En el mapamundi da más la impresión de península que la de comarca ancha y abierta. Si el europeo no logra escapar, estalla; lo ahogan, lo concentran. Si Europa no encuentra otro mundo a donde puedan salir los que allí carecen de aire libre, revienta. Desde que aparecen las Américas, el español, el italiano, el inglés, el ruso, el alemán, el polaco, el rumano, el danés, el judío, el puritano, el republicano, el liberal, encuentran una tierra franca y acogedora. O, como decía el conquistador

tierra buena.

tierra que ponga fin a nuestra pena.

Es prodigioso ver cómo este destino de las Américas empieza a cumplirse desde el primer momento. Aquí se vinieron, a veces en masa, colonias de judíos conversos que no se sentían seguros en España a raíz de los feroces edictos de los piadosos reyes católicos. Aquí se vinieron los que leían a Erasmo. En la exploración de la Guayana buscó la manera de escapar de la Torre de Londres Sir Walter Raleigh. Los perseguidos por la iglesia de Inglaterra buscaron refugio en las Antillas, en las Bermudas, en la Nueva Inglaterra. Hay cuatro siglos de historia de estas migraciones. Migraciones europeas, historia europea.

PERO volviendo los ojos a la historia de América, las proyecciones del 12 de octubre son muy distintas. El año de 1492 no tiene nada que ver con la fundación de las colonias inglesas. Apenas un siglo y quince años más tarde, el 13 de mayo de 1607, llegan los colonos que fundan a Jamestown. De esta primera fecha arranca el libro de lo que son hoy los Estados Unidos. Por primera vez llegan entonces en tres pequeños buques unos colonos que vienen a fundar un establecimiento permanente, insignificante en sus comienzos, pero puerto se-

guro más tarde para que fueran adhiriendo a ese núcleo humano nuevos emigrantes, hasta surgir la colonia de Virginia.

En 1607 tenía más de un siglo de historia el imperio español en América, y poco menos la del imperio portugués. Todas las que son hoy capitales del Brasil y las repúblicas indoespañolas eran ciudades viejas, con crónica vivida, intrigas, tradiciones, cuerpo bien formado. Hacía más de sesenta años que en México había virreyes, y las universidades de México y Lima—entre las que hoy subsisten—, tenían medio siglo de reproducir en estas tierras hasta las inquietudes humanistas, que así como fueron llevadas a Oxford por Luis Vives, a México las trajo Cervantes de Salazar. Se habían compuesto ya las obras que forman la base de la literatura indoespañola: la historia de Díaz del Castillo, los comentarios del inca Garcilaso de la Vega. El gran poema épico de la conquista—la Araucana—tenía veinte años de escrito. En las ciudades de Santo Domingo, Nueva España, Guatemala, Nueva Granada, Perú había palacios, conventos, ferias de renombre. Y había hijos, nietos, bisnietos de españoles.

¿Qué era Jamestown? Comenzó aquel año con ciento cincuenta colonos. Al mes, habían muerto cincuenta y cinco de malaria o disentería. En 1608, cuando llegó Newport con reemplazos frescos, no encontró en Jamestown sino 38 personas vivas. Aquellas gentes, que venían a establecerse como colonos, no pensaron nunca en conquistas. Los caballeros no trajeron caballos. Más tarde, cuando empezó la penetración en el interior, encontraron caballos salvajes, producto de los andaluces que habían traído los españoles. La idea de los españoles fué siempre la de irse tierra adentro. Por eso quemaban las naves y traían caballos. Los ingleses marineros, que habían formado las compañías de Londres y Plymouth, planeaban sus colonias sobre el borde del mar. Los españoles que vinieron a levantar nuevas Castillas se iban al tope de las montañas. Los ingleses querían tener nuevos Londres. En las instrucciones dadas a la compañía de Virginia, se lee esto: "Cuando plazca al Señor que os enviemos a la costa de Virginia, haréis lo que mejor convenga para encontrar un puerto seguro a la entrada de algún río navegable, escogiendo el que entre más profundamente en la tierra... Cuando hayáis hecho la escogencia del río en que vais a fijar la colonia, no os apuréis por desembarcar lo que llevéis de vituallas y municiones, sino que primero permitiréis al capitán Newport ver que tan adentro puede

irse navegando, y entonces escogeréis el sitio más bien defendido en el lugar más sano y fértil, porque si os movéis de un sitio para otro, fuera de la pérdida de tiempo, gastaréis mucho de cuanto lleváis. . . Si os establecéis completamente en la desembocadura, excepto en caso de hacerlo en una isla que sea por su naturaleza fuerte, un enemigo podrá asaltaros, y ponerlos en fuga. . . Conviene que llevéis en todo caso una barquilla para los desembarcos como las que se usan en el Támesis. . .”.

Lo curioso de este documento es que deja la más perfecta pintura de algo que va a intentarse por primera vez. Los ciento y tantos años de experiencias españolas no se toman en cuenta. Sólo sirven como para afirmar la convicción de que el interior del continente debe evitarse. De hecho, pasará cuando menos otro siglo antes de que se resuelvan los colonos ingleses a intentar la exploración y conquista del interior. Es curioso ver la lista de las fundaciones inglesas durante todo el siglo XVII, para comprobar que lo que interesaba en ellas era la mar, el río navegable. En la América indoespañola continental, España apenas tuvo los puertos esenciales, y ninguna capital fué marítima, ni a la orilla de río de verdad. Sólo Buenos Aires y Montevideo escaparon a estos designios, y Buenos Aires y Montevideo fueron las ciudades que menos contaron durante los tres siglos del imperio colonial. Asunción se levantó sobre la rivera del Paraguay, pero había que navegar semanas para ir del mar a esa ciudad del interior.

El relato que escribe el capitán John Smith, quien en realidad es el gran personaje en la fundación de Jamestown, recuerda a los libros que cien años antes escribían los frailes y conquistadores. Para él todo es nuevo: la tierra, los indios, los árboles, las aves. La vida misma de la nueva colonia aparece con toda la frescura de una historia que comienza. “Mientras las naves permanecieron allí —dice— nuestra ración pudo mejorarse con el bizcocho que los marineros quisieron vendernos, darnos o cambiarnos por dinero, pieles, o puro amor. Pero en cuanto las naves zarparon no nos quedó taberna, cervecería o lugar de descanso. . . Si de los otros pecados hubiéramos quedado tan limpios como de la glotonería y la bebida, nos habrían tenido que canonizar por santos. Nuestro presidente, de lo poco que teníamos —avena, vino, aceite, aguardiente, carne, huevos o lo que fuera— repartía por igual. . . media pinta de trigo y cebada, hervida con agua, por día y por persona. Habiendo estado aquello en la nave

durante veintiséis semanas, encontrábamos tantos gusanos como granos, por lo que mejor se podría llamar salvado que grano. Nuestra bebida era agua. Nuestras casas, castillos en el aire (Las ramas de los árboles). . . .".

¿Quiere decir esta estampa inicial de 1607 que, por no haber comenzado antes la América inglesa, Inglaterra no se hubiera beneficiado del descubrimiento de Colón? En ningún caso. Si bien es cierto que en materia de colonias la Gran Bretaña esperó un siglo para mover un dedo, en cambio anduvo pronta para armar el verdadero esqueleto del imperio: la flota. Lo que Colón reveló fué la existencia de un mar, y al mar sí se lanzaron los ingleses. Cincuenta años antes de que se fundara Jamestown, ya andaban Hawkins cazando negros y vendiéndolos en las Antillas, y Drake se preparaba a asaltar las naves españolas que cruzaban el Atlántico cargadas de oro, esmeraldas y perlas. Así comenzó la flota del imperio.

NATURALMENTE, surge esta pregunta: ¿Por qué el viaje de Colón, en vez de ser un día Panamericano, no figura como de fiesta en Europa, en Inglaterra? El hecho de decir "Inglaterra", aclara ya la situación. España había sido la abanderada de la empresa. Las circunstancias en que trabajó Colón le identificaron en cierto modo con España.

Y entre España y el resto de Europa hay un divorcio de siglos. ¿Por qué? ¿Acaso porque España es de una manera que tiene mucho de antitética con la manera inglesa, por ejemplo? Esta no es razón suficiente. Esto no es excepcional en Europa. En la trama de la vida occidental no se encuentra sino lo que en lenguaje familiar se llama incompatibilidad de caracteres. Los países europeos sólo se adjuntan cuando hay juntas de guerra. De resto, viven como perros y gatos, para usar una feliz expresión vulgar. En lo de España hay algo más, algo singular, de raíz histórica.

De todas las antiguas colonias romanas, de los estados que fueron surgiendo al terminar el ciclo medieval, del vasto movimiento de liberación e independencia que lanza a intelectuales y soberanos de Europa a una lucha en que se rompe hasta la unidad plurisecular de la iglesia cristiana, España es la única región contenida que se desarticula de Europa. En el momento decisivo, no comparte ninguna de las tres

grandes aventuras que vinieron a formar el espíritu de los tiempos nuevos: el Renacimiento, la Reforma y el Humanismo.

El Renacimiento en España es un Renacimiento al revés. Frente a las claras Venus desnudas que pinta Italia, hace desfilar Velázquez un cortejo de reyes sombríos, vestidos de paños oscuros. En el Greco lo que renace es el ardor místico. El, por Griego, hubiera podido mejor que nadie traer un mensaje del transparente mar Mediterráneo... pero ¿a dónde? Toledo no es puerto de mar sino del cielo. Los mares de Castilla son de tierra y trigo. La llamarada que hay en cada cuadro del Greco no se enciende en el mismo hogar donde el Ticiano ha visto abrazarse la cabellera de la Magdalena, sino en nidos de piedra y aceros en donde arzobispos y caballeros hablan otra vez con la mano al pecho, de la santa cruzada.

La Reforma, también, es en España reforma al revés. Mientras en el centro y norte de Europa los clérigos revolucionarios se levantan contra el papa, en España, la iglesia católica, que también pide reforma, la pide propugnando por una iglesia más ceñida, ceñosa, brava, intransigente, modificando la vida de las órdenes no con programas liberales, sino apretándolas en mayor humildad y disciplina. Milicias españolas de dominicanos y jesuitas—perros del Señor y soldados de Cristo—salen al mundo resueltas a espantar a quien se aparta de la rígida ley del dogma.

Por último, el humanismo en España es humanismo al revés. No nace de la academia platónica de Florencia, no trata de reconciliar a los cristianos con una vida abierta al aire y mundo libres: es invitación a pensar en la muerte.

En España hay de todo: Renacimiento, Reforma, Humanismo, pero llevando la contraria. Dándole a cada palabra un sentido radicalmente opuesto al que se le da en otras latitudes de Europa. Hay una pasión no menos viva, una gana de pelea no menos notoria, pero que levanta unos Pirineos de palabras cerradas para separar el tú y el yo en la vida continental europea. Por dentro, la península hervía. En la vida contradictoria de esos años violentos, con esos espasmos de un país que tenía en el subconsciente odios y amores mal frenados por una sobrevivencia medieval, alternaban con santas iluminadas obispos bárbaros; judíos conversos que estrenaban religión mandando a la hoguera a sus hermanos de la víspera, rezaban a coro con apasionados cristianos viejos de generaciones de crucifijo al

pecho; al lado de místicos poetas que musicalizaban las imágenes más puras que descubrió el arte, señores feudales que lo mismo hacían de condes que de cardenales, llevan el desfreno de sus pasiones a todas las esferas de la acción intrépida.

Nunca este contraste entre lo español y lo europeo se vió más claro que a finales del xv y comienzos del siglo xvi. Antes, España metida allá, tras de su monte, no había hecho presentación tan visible ni de su personalidad, ni de su gobierno, ni de los monstruosos personajes de su historia. Ahora, con papa español, con rey aragonés en Nápoles, y luego con rey de España de Emperador de Alemania, con la naciente rivalidad angloespañola y con los líos de Catalina de Aragón y Enrique VIII, de Felipe y la reina María, con las luchas entre Francisco de Francia y Carlos de España, quedó partido el campo. Con todas las alianzas, pactos, matrimonios que luego han ocurrido, no ha venido sino a acentuarse este distanciamiento hispano-europeo. En el momento del viaje de Colón ya se ven las primeras manifestaciones claras de la antítesis. Entonces los reyes católicos están en plena santa cruzada, cosa que a los demás tiene sin cuidado. Allá se queden ellos sacando sus judíos a la fuerza. Los judíos salen, y buscan refugio en Italia, Inglaterra, Polonia, los Balcanes. En otras partes puede ocurrir luego algo semejante. Lo esencial es que la historia de España y la del resto de Europa no sincroniza. Luis Vives, que nace en el propio año en que Colón hace su primer viaje, siente que en su pecho arde la misma llama que en el de Erasmo, y sagazmente se aleja de España y va a enseñar en Oxford. En cambio, los reyes austríacos, al sumergirse en el ambiente castellano, acaban rezando en el convento, construyendo el Escorial, prestándose como de brazo secular para que la inquisición limpie de herejes a la península.

En un libro reciente, Américo Castro ha dicho: "De los contactos italianizantes en el siglo xvi no surgió ningún género literario característicamente español y con validez universal; lo fueron por el contrario, la novela y el teatro, en prieto enlace con lo querido, lo soñado, lo creído o lo desamado por el español. Lo que sigue valiendo y lo que trazó huellas imborrables fuera de España se encuentra en las expresiones integrales del vivir —el hombre español de carne y hueso, con la casa de su propia vida a cuestas".

Del otro lado, hay que leer el libro de Benedetto Croce sobre España en la vida italiana del Renacimiento. Los italianos no pasaban a los españoles. Les veían como a unos bárbaros. Bárbaros, los cortesanos en la corte de Aragón en Nápoles; bárbaros, los papas de sangre española; bárbaros, los soldados que saquearon a Roma. Cuando ya la victoria de las armas había asegurado a España el señorío en Italia se cuenta que los políticos veían aquella catástrofe tal vez como siglos atrás se resignaron ante la fuerza de los bárbaros. Pero había de pronto el político y poeta como Maquiavelo, que suspiraba por un príncipe fuerte que devolviera a la nación su señorío, y "el pueblo, el bajo pueblo, la plebe, se resignaba murmurando, blasfemando y asegurando que 'Dios se había hecho español'...".

En el propio año en que ocurre el primer viaje de Colón ha subido al solio pontificio Rodrigo Borja con el nombre de Alejandro VI, y poco después, es coronado rey de Nápoles Alfonso de Aragón. Son dos figuras que parecen llevar en su destino el atraer sobre España el desprecio del mundo occidental. Rodrigo Borja, a quien se señalaba como el más corrompido cardenal de su tiempo, lleva al papado costumbres que avergonzarían a una corte mundana. Pero para el italiano, el Borja no es sino el español. Alejandro VI tiene toda una corte de españoles vulgares, a quienes el pueblo llama los marranos, justamente porque los judíos a quienes expulsaban los reyes católicos, los acogía el papa español en la ciudad santa. Al propio papa le llamaban el marrano. Alejandro VI favorece la coronación de Alfonso como rey de Nápoles, y entonces entran los franceses a Italia para contradecir la voluntad del papa. El pueblo recibe a los franceses como a sus libertadores.

Estos españoles aventureros que llevan fuera de su tierra lo peor que España puede producir, no hacen sino crear un ambiente hostil a su nación. El hecho es que hay una leyenda popular que arroja sobre España la causa de la decadencia italiana. De eso, apenas fueron coautores algunos españoles. Pero cuando los Países Bajos se independizaron, el resto de Europa celebró aquello como una liberación del poder retrógrado que representaban los reyes de Castilla. Por esto, no hay quizás libro de historia más leído, y leído con más gusto en los países de habla inglesa, que el de Motley en que se relatan las guerras de Guillermo de Orange contra las tropas de Fe-

lipe II. Lo que Europa quería era que España se quedara en su casa, y Europa libre con sus tierras.

Todos esos hechos vienen a explicar por qué hay un mundo europeo que limita al oriente con el Vístula, y por el otro lado termina en los Pirineos. Esta sola circunstancia quitó su valor típicamente europeo al 12 de octubre, y aun pudo ser parte a que el nombre de Colón, que había hecho su empresa totalmente subordinada al nombre de los reyes católicos, quedara eclipsado por el de Amérigo Vespucci que mantenía en sus cartas la bandera de Florencia. Con esa bandera, Amérigo, para el mundo más allá de los Pirineos, quedaba bañado en una luz resplandeciente. Se le podía oír.

Y aquí ocurre una de las paradojas que son abundantes en la historia española. El viaje de Colón abre las mayores perspectivas para la Europa del Renacimiento italiano, de la reforma Protestante, del humanismo occidental. Con él se redondea no sólo la esfera de la tierra, sino la de las empresas comerciales, la ruta de los mares, la circulación de las ideas. Se hace real el sueño de los imperios, la ambición de las conquistas se multiplica en el espacio, la gana de tener colonias hace que Inglaterra, Holanda o Portugal se consideren nuevas Romas. Europa ve que su mundo se le ensancha. Nace, y esto debe alegrar mucho el oscuro fondo del pensamiento europeo, la posibilidad de las guerras universales. Ese europeo contenido por unos cuantos siglos encuentra de repente una oportunidad formidable para expresarse en raptos de indias, abordaje de naves, formación de compañías mercantiles, cacerías de negros, esquemas coloniales, misiones evangélicas, formación de grandes estados.

El papel que en toda esta función vienen a desempeñar las tres naves de palo en que pasó el mar don Cristóbal, es cosa que apenas se imagina. Cuando nosotros hacemos de Colón el héroe americano, le robamos a Europa su estatua. Cuando los europeos no lo hacen santo de su calendario, muestran en ese olvido hasta dónde puede un mundo ser ingrato.

DESARROLLO DE LA CUESTION SOCIAL EN CHILE*

Por Ricardo DONOSO

FACTORES económicos y sociales iban a provocar en Chile, después de la guerra del Pacífico, problemas que hasta entonces no había encarado: el aumento de la población, el desarrollo industrial y la incorporación de la provincia de Tarapacá a la soberanía nacional, y con ella el monopolio de la industria salitrera, darían origen a cuestiones llamadas a modificar profundamente la estructura social. No escapó al interés de los pensadores y los sociólogos estudiar las causas que contribuían a mantener vivos factores de descomposición y descontento, y uno de los primeros en abordarlo fué el ilustre escritor don Augusto Orrego Luco, quien, en unos artículos que vieron la luz en *La Patria* de Valparaíso, en 1884, señaló las causas de la formación del proletariado, entre las cuales él veía sólo la consecuencia del antiguoinquilinaje de nuestros campos. "En los primeros momentos ese fenómeno social pasó sin ser apercibido, escribía, pero ya ha alcanzado proporciones que pueden alarmar al que es capaz de entrever algo más allá del horizonte de los políticos vulgares".

El Dr. Orrego Luco veía en la existencia de un número mayor de mujeres que hombres, "hecho monstruoso" en su opinión, uno de los factores de la emigración de los trabajadores chilenos fuera de las fronteras nacionales y de la formación del proletariado de las ciudades. "Ahora preguntamos, decía, si es posible dejar que se desenvuelva tranquilamente una situación social en que el inquilinaje es un ideal; en que la emigración y la muerte de los párvulos no son dos males deplorables bajo todos sus aspectos; en que las mujeres predominan sobre los hombres por su número; en que el estado civil desaparece de los campos".

* Capítulo de la obra en preparación *Alessandri, agitador y demoleedor*.

Ante la situación amenazadora y grave que se presentaba convenía en que era indispensable establecer nuevas condiciones económicas y morales, proponiendo desde luego como impostergable el mejoramiento del salario de los trabajadores. Sostenía que la cuestión social había hecho su sombría y tremenda aparición antes de la guerra del Pacífico por falta de previsión. "Hasta aquí nos llevó la imprevisión, el salario bajo, la falta de industrias nacionales, escribía, la miseria y la ociosidad del arrabal, y allí de nuevo nos veremos arrastrados si no conseguimos extirpar esas calamidades económicas".

Pasaron desde entonces cerca de veinte años antes que el descontento popular se tradujera en manifestaciones amenazadoras, de carácter subversivo, con atentados contra la propiedad, hasta que la huelga de los obreros de la Compañía Sudamericana de Vapores, ocurrida en Valparaíso el año 1903, reveló a los poderes públicos la necesidad de encarar un estado de cosas que no admitía demoras.

Pero fué en la región salitrera, donde las condiciones de vida de los trabajadores eran penosas y la expoliación de que eran víctimas de parte de las compañías más despiadadas, donde prendió el descontento en forma más intensa. Desde la incorporación de Tarapacá a la soberanía nacional la emigración de trabajadores, desde las provincias septentrionales, particularmente Atacama y Coquimbo, y desde el valle central de Chile hasta Chiloé, fué considerable: el espíritu aventurero del pueblo chileno y las promisoras perspectivas de los altos salarios, arrastraron hasta allá a legiones de trabajadores. Las condiciones del clima y las duras condiciones en que vivían los trabajadores en las oficinas salitreras constituyeron factores determinantes de un malestar que no pudieron dejar de oír los poderes públicos. De aquí surgió la iniciativa del Ejecutivo para designar la que se denominó Comisión Consultiva de Tarapacá y Antofagasta, que fué nombrada por un decreto de 12 de febrero de 1904, y que estuvo integrada por el Ministro del Interior, señor Rafael Errázuriz Urmeneta, y por los señores Paulino Alfonso, Ramón Bascuñán, Máximo del Campo, Francisco de Borja Echeverría, Ernesto Hübner, Antonio Huneus, Federico Pinto Izarra, Enrique Rodríguez, Manuel Salas Lavaqui, Darío Urzúa, Luis Antonio Vergara y Enrique Villegas.

La comisión se trasladó a las provincias nombradas, se impuso de las condiciones en que funcionaban los servicios públicos, oyó a patrones y obreros y, a su regreso a Santiago, elevó un informe preliminar al Presidente de la República con fecha 11 de abril. "Faltan, por consiguiente a primera vista, decía en él, causas eficientes de una cuestión social perturbadora de las faenas de la pampa salitrera. Pero la comisión ha podido observar notoriamente que existe un malestar más o menos serio y un principio de perturbación que, con razón o sin ella, tiende a desarrollarse. Muchos obreros se quejan con insistencia que su condición material es poco holgada, del monopolio del comercio ejercido exclusivamente por los patrones de la pulpería; de la emisión de fichas; de las hostilidades de que son víctimas si compran a los comerciantes libres; de la insalubridad de las habitaciones, y en fin de algunos otros abusos. La condición moral de los obreros de la pampa es a todas luces deficiente. Los patrones por su parte se quejan, agregaba el informe, de un verdadero malestar social, que amenaza traer consigo las más graves consecuencias en todo el país. Ellos no se cansan de repetir que los operarios viven tranquilos y que no se habría producido dificultad alguna a no ser por las incitaciones constantes y tenaces de un grupo de individuos, ajenos a las mismas faenas, que fundan su interés, su lucro y hasta su propia existencia en el descontento de la clase trabajadora de los puertos y de la Pampa".

La Comisión gubernativa oyó el clamor del descontento existente entre los trabajadores y constató el deplorable estado en que se hallaban los servicios públicos, pero es difícil darse cuenta del sombrío cuadro que ofrecía la vida en las salitreras a través de los documentos oficiales. Un periodista que acompañó a la comisión, el señor Pedro Belisario Gálvez, publicó en *El Chileno* una serie de artículos, a través de los cuales se pueden reconstituir los rasgos sobresalientes de la vida en la pampa salitrera. Es tal vez, en el orden cronológico, una de las primeras repercusiones de las cuestiones sociales en el ambiente de la prensa. No sin animación describía Gálvez el cuadro hostil de la naturaleza en medio de la cual se desenvolvía la vida del obrero pampino.

"Figuraos inmensas llanuras, escribía, áridas, secas, desprovistas de vegetación, tan mezquinas en su superficie como generosas y ricas en sus entrañas, en donde durante el día

que una vez que se levanta el sol inclemente y sopla por la noche cierzo helado y traidor. Figuraos unas agrupaciones de viviendas hechas de zinc, verdaderos campamentos, que tal es el nombre cabalmente, construídas a la ligera, como las tiendas en el desierto, todas iguales, algunas dotadas de ciertas condiciones, otras que se acercan a celdas de presidio. Figuraos una labor igual, un trabajo idéntico en todas partes: los mismos esfuerzos, los mismos procedimientos. Figuraos, en una palabra, la monotonía, la tristeza perenne, la falta de sociabilidad, de espectáculos cultos, de ese comercio humano que es base de la felicidad social y convendréis en que no puede tomarse aquello sino como un sitio transitorio, como un lugar ingrato que es fuerza dejar apenas sea posible".

La queja unánime de los trabajadores era contra la pulpería, almacén de artículos de primera necesidad explotado como monopolio por las compañías. Las reclamaciones insistían en el precio excesivo de los artículos, disminución manifiesta en el peso, decomisión inflexible de la mercadería comprada fuera de ella y despido inmediato del trabajador sorprendido en ello, acusado de ejercer lo que se denominaba contrabando.

El monopolio de las pulperías constituía para las compañías un magnífico negocio, que dejaba pingües utilidades. "Aquí está, a nuestro juicio, escribía el periodista citado, la explotación del trabajador, la exacción de sus dineros. Dejemos a un lado el atentado contra la libertad del trabajador, la tiranía de obligarlo a comprar allí y solamente allí. Económicamente nos parece una esclavitud sin nombre. Es hacer entrar por el mesón de la pulpería lo que se paga por la caja de la oficina, con esta diferencia: que lo que se paga, bien ganado está, y lo que se vende adolece de fraudes y recargos exorbitantes. Para usar una forma sencilla, diremos que esta rotación del dinero se produce así: el salitrero da cinco con la mano derecha y recoge seis con la mano izquierda".

La emisión de fichas, de circulación exclusiva en las oficinas, amarraba aún más al trabajador a la pulpería.

El periodista se asomó también a las habitaciones de los obreros y quedó hondamente impresionado de sus condiciones miserables.

En ese ambiente desolador, aplastado por la rudeza del clima, sin escuelas ni diversiones, florecían esplendorosas dos

plantas aniquiladoras: la bebida y el juego, explotadas por particulares que hallaban la complaciente o corruptora protección de las autoridades.

El extenso informe de la Comisión Consultiva del Norte elaboró de sus trabajos, trazaba un sombrío cuadro de la situación social existente en la region salitrera, y el estudio que hizo de los servicios públicos constituía un aporte valioso para encarar los problemas que se presentaban como impostergables y urgentes: mejoramiento del agua potable de las ciudades, construcción de obras sanitarias, elevación del standard de vida de los servidores públicos, jueces, profesores y policías, fomento de la enseñanza.

Pero si sus conclusiones quedaron sólo en el terreno académico, en un aspecto dió sus frutos: puso en el plano de los deberes impostergables de los poderes públicos atender al problema de la habitación popular, contra la cual se alzaba un clamor unánime a lo largo del país, no ya como una obra humanitaria, sino que de verdadera salvación nacional. El primer paso que se había dado en esta materia había sido el reglamento de conventillos, dictado en noviembre de 1901 por la Municipalidad de Santiago. Una comisión nombrada en octubre del año anterior había elaborado un proyecto sobre el particular, que yacía en los archivos del Congreso, que sirvió de base para el que redactó el señor Manuel Salas Lavaqui, secretario de la Comisión Consultiva del Norte, y que fué sometido a la consideración de la Cámara de Diputados a fines de julio de 1905, donde su autor lo defendió vigorosamente. Ese proyecto dió origen a la ley 1838, de 20 de febrero de 1906, de habitaciones obreras, que lleva las firmas del Presidente don Germán Riesco y de su Ministro don Miguel Cruchaga, y que en realidad puede caracterizarse como la primera ley social dictada en Chile.

Sin embargo, sólo la acción de los intelectuales contribuiría a formar una verdadera conciencia de la necesidad de afrontar una situación que se presentaba cada día con caracteres más acentuados. El 15 de abril de 1904 dió don Armando Quezada Acharán, en el Ateneo de Santiago, una conferencia sobre la cuestión social, llamada a golpear la sensibilidad de sus conciudadanos, y que merece recordarse por su valentía moral, por cuanto puso con crudeza el dedo en la llaga. Señalaba en ella las hondas diferencias existentes en las clases sociales del país, que no se hallaban unidas por la comunidad

de espíritu, ni de sentimientos, ni de costumbres; mientras insistía en la impostergerable necesidad que había de dotar al pueblo de una instrucción adecuada, que le proporcionara hábitos de higiene y ahorro, que lo liberara del alcoholismo y demás plagas que lo diezaban.

De la tribuna de los pensadores y los sociólogos, la cuestión social pasó al ambiente académico, y prendió en el alma sensible de los jóvenes que velaban sus armas para consagrarse a la vida del foro y del servicio público. "Se siente en todo la República, escribía el señor Arturo Contreras G., en 1904, en su Memoria *El derecho de los pobres*, un malestar, un descontento natural que crece paulatinamente. Las clases obreras se levantan en nivel moral, no aspiran a una revolución completa en el orden establecido, al estilo del movimiento europeo, sino que pide derecho, garantías, goces de que ahora están privadas; un poco de más humanidad y misericordia de parte de los patrones y menos indiferencia de parte de las clases ricas."

Mientras unos señalaban las penosas condiciones de vida de las clases obreras, otros desentrañaban los factores a que obedecía el malestar predominante, atribuyéndolo a causas de orden moral y negaban la influencia de la escuela en el mejoramiento de las costumbres.

El malestar de la clase obrera se fué intensificando y surgieron pronto manifestaciones de protesta y huelgas, en Valparaíso y en Santiago, que fueron severamente reprimidas por la autoridad. La más grave de todas ellas fué la que se produjo en Iquique en diciembre de 1907, ciudad en la que se reunieron alrededor de quince mil trabajadores, formulando a las autoridades peticiones en el sentido de suprimir el uso obligatorio de las fichas en las oficinas salitreras, pago de los jornales a razón de un cambio fijo de 18 peniques, supresión de las pulperías y libertad de comercio sin restricciones, cierre con reja de hierro de todos los cachuchos,¹ establecimiento de balanza para controlar los pesos de los artículos vendidos en las pulperías, garantías de que los obreros no serían des-

¹ Cachucho es un chilenismo por el cual se define una embarcación pequeña, pero en el lenguaje pampino se designa con este nombre a grandes fondos de hierro, en los que por medio de tubos de vapor, se hace el cocimiento del caliche triturado, a una temperatura de 115 a 120 grados, que deja como depósito el salitre y demás materias solubles que contiene.

pedidos sin un aviso previo de quince días, y otras de menor importancia. Después de negociaciones infructuosas, que duraron varios días, y ante el carácter abiertamente subversivo que tomó la huelga, la fuerza pública disolvió la concentración de los obreros albergados en la escuela Santa María, de lo que resultaron centenares de muertos y de heridos.

La reacción de la opinión pública ante los sangrientos sucesos de Iquique fué vigorosa: mientras los diarios los comentaron al sabor de los intereses que representaban, en la Cámara de Diputados se alzó la voz de los diputados demócratas Bonifacio Veas y Malaquías Concha, quienes criticaron con vehemencia la acción represiva de las autoridades y acusaron de imprevisión al Gobierno. El diputado Alessandri, colocado en una situación de cerrada oposición al Gobierno del señor Montt, y que había estado atacando al Ministro Sotomayor con motivo de su política salitrera, formuló una interpelación al gabinete. Defendió al Ministerio el diputado liberal señor Luis Izquierdo, quien señaló que en los desgraciados sucesos de Iquique había que distinguir dos cuestiones, una de orden público y una cuestión obrera, un problema social, que interesaba tanto a la autoridad pública como a la acción legislativa. "Todos esos movimientos, dijo, presentan aspectos y dificultades comunes, que convendría resolver por medio de una legislación permanente, que reglamente en cuanto sea posible el trabajo en los grandes centros industriales, que defina las relaciones de patrones y obreros, que abra camino a la solución conciliadora del arbitraje y que propenda, como quieren los honorables diputados demócratas y como querrá toda persona que ame la justicia, la distribución equitativa del producto de la riqueza entre el capital y el trabajo, entre el patrón y el obrero, entre todos los elementos que concurren a realizarla".

La interpelación siguió discutiéndose en las sesiones del mes de enero, sin que la Cámara adoptara finalmente resolución alguna al respecto. En sesión de 6 de febrero de 1908, el diputado Izquierdo declaró que el asunto estaba ya demasiado fiambre para seguir discutiéndolo. La obstinada obstrucción de los diputados opositores, Alessandri entre ellos, esterilizaba del todo la acción gubernativa. De aquí que el Presidente de la República, don Pedro Montt, no sin hondo desencanto, escribiera al Ministro en Washington, señor Aníbal Cruz Díaz, en carta de 19 de enero de 1908: "De política interna vale más no

hablar. A causa de la división de los partidos, funciona un Ministerio de administración, hace cerca de tres meses, y aunque da garantías a todos, no por eso tenemos estabilidad, y en el Congreso encuentran tropiezos aun los proyectos de más evidente utilidad pública. Usted sabe que por las prácticas desarrolladas, sobre todo en los últimos tiempos, bastó la oposición de unos pocos para esterilizar la acción de las Cámaras, y es imposible que en cualquiera situación falten algunos que, por buenas o malas razones, quieran obstruir".

Caída la acción del Ejecutivo en la impotencia, no quedó abierto otro camino de enmienda que el clamor de los perodistas y los patriotas, que miraban con temor y piedad la suerte adversa y las duras condiciones en que se desenvolvía la vida de los trabajadores de los campos y de la pampa salitrera. En medio de los regocijos con que se celebraba el primer centenario de la independencia política de la nación se alzó la valerosa voz del Dr. Valdés Canje, seudónimo del profesor don Alejandro Venegas, quien desde las páginas de su angustioso libro *Sinceridad*, trazó con sombríos rasgos las penosas condiciones de la vida en las salitreras, la explotación del trabajador por medio de las pulperías, la obligada circulación de las fichas, y la horrible condición de sus habitaciones. "Estas barracas, que constituyen lo que se llama *campamentos*, escribía refiriéndose a éstas, son las habitaciones más terribles que se pueden imaginar: en el día el hierro se caldea con el sol que cae a plomo y refleja sus rayos en aquellas arenas abrasadas y los cuartos se convierten en hornos; en la noche, la temperatura, aun en verano, baja mucho, y la habitación del obrero pasa del calor insufrible a un frío que muchas veces no le permite conciliar el sueño; diferencias de 30 grados entre el día y la noche son corrientes".

Puntualizaba Venegas, con coraje cívico, las mil formas con que los salitreros mantenían amarrado al trabajador al ámbito de las oficinas:² los descuentos para el servicio médico, el establecimiento de las fondas, especie de hoteles en las que se hacía la venta de bebidas alcohólicas y se hallaban otras

² "Oficina se llama en las provincias del norte el establecimiento industrial donde se beneficia el caliche, del cual se saca el salitre como producto principal, y yodo, sulfato de soda, sal marina y otros como productos secundarios". Valdés Canje, obra citada, pág. 222, nota.

diversiones, la explotación del juego, con sus derivados de borracheras y toda clase de desórdenes.

En medio de aquella naturaleza hostil, y de aquel clima continental despiadado, tenía aun el trabajador otros enemigos no menos poderosos: los garitos, los burdeles y la policía. "En otro tiempo los trabajadores bajaban de la pampa periódicamente a Iquique a darse algunos días de jolgorio, escribía el autor de *Sinceridad*, y los lupanares, las tabernas y las casas de juego hacían su agosto. Ahora los trabajadores no necesitan bajar porque estos lugares de diversión han ido a establecerse a un paso de las oficinas, en todas las poblaciones a lo largo del ferrocarril salitrero. Villorrios que no alcanzan a tener 2,000 habitantes cuentan con dos o tres garitos, cinco o seis burdeles y un número de tabernas difícil de calcular".

La acción de las autoridades para reprimir ese estado de cosas era nula, por cuanto si no se hallaban coludidas con cuantos explotaban las flaquezas de los trabajadores, eran impotentes para enfrentarse con turbios intereses que tenían poderosos favorecedores. "Las autoridades civiles y judiciales, y las policías, agregaba Venegas, son los peores enemigos que tiene el obrero de la región salitral; porque parece que sólo existieran para el servicio de los magnates dueños de las oficinas, y en consecuencia para oprimir al trabajador". Puntualizaba por último el hondo sentimiento de protesta y de rencor que se estaba incubando en el alma del proletariado del norte del país llamado a producir dolorosos trastornos.

Transcurrieron aún tres años y una nueva voz de alarma se alzó vigorosa, sacudiendo con valor la sensibilidad de los habitantes de la provincia de Tarapacá: el escritor y poeta Víctor Domingo Silva, después de una detenida visita y estudio del funcionamiento de los servicios públicos, denunció con indignación y coraje de patriota el cuadro sombrío de podredumbre moral y miseria que ofrecía. En vigorosos artículos que publicó la prensa de Santiago e Iquique, y en polémicas ruidosas que encaró con órganos de los intereses salitreros, aludió al vergonzoso sistema de explotación establecido por jueces y policía, al amparo del caciquismo político. Sin dejar de reconocer la importancia fundamental que revestía la cuestión obrera, sostuvo que el desorden y el escándalo se habían refugiado en los municipios y que el pueblo era víctima de una grosera tiranía judicial y policial, cuyas autoridades se habían confabulado para despo-

jarlo. En su opinión, todos los servicios municipales, desde los teatros hasta los mataderos, estaban entregados al favoritismo más escandaloso, por medio de palos blancos y en beneficio exclusivo de municipales en ejercicio. "Aquí se han ayuntado, escribía, en estrecho maridaje, el palo blanco³ y la coima, para producir esos hijos espúreos que se llaman los servicios municipales de Iquique".

Resuelto a purificar la corrompida atmósfera moral que prevalecía en la provincia, en la que, unos por conveniencia y otros por miedo, enmudecían y callaban, apeló al sentimiento público y señaló entre los causantes de la situación imperante al balmacedismo avasallador, representado por el senador de la provincia. Comprometido en una campaña de depuración, denunció al caciquismo político como amparador de lo que calificaba como el festín del fraude. "En estos tiempos de cobardías y de intereses creados, escribía, es muy difícil que la acción de un escritor baste para destruir situaciones formadas y sostenidas por la audacia y la codicia durante algunos años".

La campaña del valeroso escritor encontró amplia resonancia, y contribuyó a sacudir la indiferencia del sentimiento público. "No era un secreto que Tarapacá había llegado a sustraerse a la acción administrativa, escribía *El Mercurio* de 9 de julio de 1913, casi diríamos a la soberanía nacional, para convertirse en el vínculo de un cacicazgo político de la peor especie, que domina en la provincia, gracias a la desidia del gobierno central y a su impotencia para libertarse de ciertos compromisos".

La vigorosa campaña moralizadora del escritor, difundida desde la prensa y la tribuna de los centros políticos, adquirió las proyecciones de un verdadero escándalo. "El gobierno sin embargo, agregaba el diario citado, tres días más tarde, no puede alegar ignorancia de nada ni extrañarse de otra cosa de que no hubiera estallado antes el escándalo que hoy trae revuelto a Iquique y agitado en Santiago al Congreso: se ha acumulado allí tal cantidad de materia purulenta, que ha reventado a la menor presión. Informes repetidos ha tenido el gobierno acerca de la situación de Tarapacá, en los cuales se le ha manifestado los excesos de la administración de justicia de la

³ Palo blanco es un chilenismo con el que se designa al falso postor en los remates, y por extensión a todo intermediario que representa intereses de terceros. Mohatrero.

pampa; la corrupción de las policías; la burla de las leyes con aquiescencia de las autoridades inferiores, que por su parte aprovechan de tal situación; el desinterés general por la suerte del trabajador. . . "

Y aludiendo a la indiferencia del Ejecutivo para poner remedio a la podredumbre administrativa predominante en Iquique, denunciada por Víctor Domingo Silva, se preguntaba en la edición de 31 de julio: ¿Hasta tal extremo los compromisos partidistas y los fraudes electorales y el reparto de las provincias entre determinados caciques, malea el criterio de los hombres de Estado?

En ese cuadro de la corrupción administrativa de la provincia, denunciado por la corajuda pluma del poeta, ningún síntoma era más revelador de la decadencia de la moral pública que el que ofrecía la Municipalidad, cuyos servicios más esenciales aparecían entregados a la voracidad de los especuladores. Por eso, con hondo desencanto, había dicho don Enrique Mac-Iver que en un país en que el gobierno local se corrompía, en que sólo por excepción se encontraba una que otra Municipalidad que servía con honradez al fin de su instituto, era un país cuya masa social estaba moralmente enferma o cuya moral pública se hallaba en quiebra.

La resonancia de la campaña periodística sacudió también la sensibilidad del Congreso, y en las sesiones del mes de agosto la representación parlamentaria de la provincia de Tarapacá reconoció implícitamente la gravedad de los cargos formulados contra los servicios públicos, la administración local y la justicia. "En el afán de acaparar la situación administrativa, como base para la situación electoral y de la influencia local, ha ido el partido dominante más allá de lo conveniente", expresó un diputado; mientras el Ministro del Interior, señor Rivas Vicuña, expresó que el gobierno no podía tomar en cuenta el aspecto político de la situación de Tarapacá. Pero al término del debate el diputado Toro Lorca propuso el nombramiento de una comisión parlamentaria a fin de que se trasladara al norte, estudiara en el terreno los problemas y propusiera las medidas adecuadas para encararlos, idea que encontró acogida.

La comisión quedó integrada por los diputados señores Enrique Oyarzún, Ismael Vicuña Subercaseaux, Enrique Costa, Ruperto Alamos, Francisco Vidal y Nolasco Cárdenas, pero estos dos últimos se vieron en la imposibilidad de trasladarse

a la pampa, y la comisión quedó finalmente integrada por los cuatro primeros. Cooperó a sus trabajos el Jefe de la Oficina del Trabajo señor Eugenio Frías Collao.

En sesión de 7 de noviembre dió cuenta en la Cámara el presidente de la comisión, señor Oyarzún, de los resultados de la visita a las provincias del norte en un notable discurso, digno de recordarse, no sólo por las noticias que aporta para conocer la situación social y administrativa imperante entonces en la región salitrera, sino por la indignación patriótica que lo inspiró y el coraje cívico que revelaba. Comenzó por exponer el programa que se había trazado la comisión que no había sido otro sino el de fiscalizar la organización administrativa, estudiar la vida política, imponerse de las características de la actividad industrial y compenetrarse de la situación económica y social de las provincias septentrionales. Ninguno de los miembros de la comisión había visitado con anterioridad la región salitrera, y la primera observación que hicieron fué advertir la ciega conformidad y confianza de sus habitantes sobre la riqueza de las provincias y la permanente desconfianza hacia la acción de los agentes, grandes o menudos, de los poderes públicos. "Aquí no hay de malo sino los hombres que nos gobiernan", se les dijo a los diputados en Tocopilla.

Transmitió el señor Oyarzún la penosa impresión que dejó a los miembros de la comisión al imponerse de las horribles e inhumanas condiciones de los campamentos de los trabajadores, y el sentimiento de horror que se desprendía al ver las condiciones en que se realizaba el trabajo en las oficinas. "La trituración de los grandes trozos de caliche o de costra, que es lo que ahí se beneficia, dijo, hecha en chancadoras abiertas y en medio de una nube de polvo sofocante, obligaba a los trabajadores a cubrirse la cara con un grueso pañuelo que les impedía respirar, y andaban a ciegas; los cachuchos, donde en agua hirviendo se opera la disolución de la substancia salitrosa del mineral chancado, no tenían seguridad alguna que evitara las caídas dentro de ellos, y se veía perfectamente cuán penoso debía ser ese trabajo, con los riesgos consiguientes a semejante abandono, ya que los operarios están expuestos a esas caídas peligrosísimas. La temperatura de las salas de las calderas era posiblemente superior a cuarenta y cinco grados, y la comisión no permaneció sino pocos minutos dentro de ella, pues se sentía ahogada por el polvo, ofendidos sus ojos por los

vapores salinos de los cachuchos y sofocada por ese gran calor de la sala. Las demás instalaciones corrían parejas con las anteriores, y los campamentos eran también de lo más primitivo y desaseados que se vieron en toda la excursión". La comisión calculaba en 52,000 el número de trabajadores existentes en la pampa, desde Pisagua a Chañaral, y en 4,000 los que perecían anualmente a consecuencia de accidentes del trabajo en las salitreras.

El cuadro trazado por el valiente diputado por Concepción de la corrupción del servicio judicial y de la policía, de la difusión del alcoholismo, del abandono de la enseñanza y de los servicios de beneficencia, excedía en rasgos sombríos al pintado por los escritores Alejandro Venegas y Víctor Domingo Silva en los últimos años. Acusó a la autoridad provincial y departamental de Tarapacá y Pisagua, no sólo de negligencia, sino que de complicidad en el encubrimiento de verdaderos delitos; a la autoridad judicial de haber perdido completamente su prestigio por ser vergonzosamente venal y corrompida, y el Municipio de Iquique de corporación cuyo estado moral era detestable. La administración política y comunal de Tarapacá y Pisagua en los últimos años, dijo, más que una administración corrompida, ha sido una corrupción administrada. Sostuvo que en el sistema organizado de perpetuo escamoteo del dinero ajeno, se habían manchado casi todos los empleados de la administración provincial y comunal de Tarapacá.

Aludió también en su discurso a la composición social de Tarapacá, convertida en refugio de todos los náufragos de la vida de las provincias del valle central, en asilo de toda la "pobre social de nuestras ciudades, arrojada sobre el litoral y la pampa salitrera". "¡Cómo!, exclamaba con justa indignación. Han pasado diez años, durante los cuales un gran dolor social, el gemido de toda una provincia desgarrada entre las uñas de unos cuantos perillanes, no han dejado de exhalar, ¿y no ha habido una sola autoridad local, un solo funcionario o empleado público que haya hecho llegar hasta el gobierno la exposición de esta vergonzosa desnudez?".

Criticó, no sólo la cobardía de los funcionarios administrativos que no habían hecho ver ese estado de cosas, sino que el silencio de los Tribunales de Justicia para hacer cesar ese cuadro de disolución, de ese pudridero administrativo en medio del cual habían preferido conservar sus empleos.

Consciente la comisión parlamentaria de sus deberes, expuso a la Corte Suprema de Justicia algunos de los más graves abusos y deficiencias que viciaban la administración de justicia en Tarapacá y Antofagasta, y redactó nueve proyectos de ley, que sometió a la consideración de la Cámara, sobre el trabajo de las mujeres y los niños, pago de salarios a los obreros, accidentes del trabajo, habitaciones de los obreros, sobre reorganización de la Oficina del Trabajo, reforma de la justicia de menor cuantía, sobre atribuciones de los Ministros del Tribunal de Cuentas, a fin de que pudieran inspeccionar las tesorerías municipales, sobre mejoramiento de sueldos de empleados administrativos y judiciales de ambas provincias, y reducción de los miembros de la Municipalidad de Iquique, e insinuó a los Ministros del Ejecutivo la adopción de diversas medidas de carácter administrativo necesarias para el mejoramiento de los servicios públicos.

Pero, revelador de la impotencia en que había caído el régimen político del país para resolver problemas tan angustiosos como los que afectaban a la pampa salitrera, fué el hecho de que ninguno de esos proyectos, elaborados tras madura reflexión y estudio, fué sancionado por el Congreso. ¡Tan influyente era la presión de los intereses económicos, nacionales y extranjeros, sobre los poderes públicos!

En ese caldo de cultivo propenso a todas las demagogias, formado a través de largos años de una explotación capitalista despiadada, a cuya sombra había prosperado el caciquismo político desmoralizador, se iba a ejercer la acción de la candidatura senatorial de Alessandri, envuelta en el ropaje demoleedor de su verba apasionada, henchida de halagadoras promesas.

ESPAÑA EN SU HISTORIA

EL libro publicado con este título y el subtítulo "Cristianos, moros y judíos" por Américo Castro¹ no es, según declaración expresa del autor, "una historia en el sentido usual de la palabra", sino un libro que se limitaría a "ofrecer una orientación que haga posible escribirla algún día", un "proyecto —o torso— de biografía de España" (p. 634), un "ensayo de intelección de la historia hispánica" (p. 314, n. 1). Y, en realidad, se desarrolla de la siguiente manera. El capítulo I, "España, o la historia de una inseguridad", expone lo que se puede llamar una concepción de conjunto de España según su historia, concepción desenvuelta, en torno al concepto de "vivir desviviéndose", siguiendo una línea de autores representativos de la conciencia que España ha tenido de sí misma desde la Edad Media hasta nuestros días. El capítulo II, "Islam e Iberia", examina las relaciones entre estas dos entidades históricas, utilizando especialmente el lenguaje y fijándose, más especialmente aún, en la palabra "hijodalgo", pues, por una parte, "el concepto y el sentimiento de 'hidalguía' son radicalmente hispánicos" (p. 71) y, por otra parte, "*fijo d'algo* es adaptación de una expresión árabe, porque en la España mozárabe encontramos una institución y un nombre que es razonable relacionar con aquélla" (p. 75). El examen de las mismas relaciones continúa en el capítulo siguiente, "Tradición islámica y vida española", pero acudiendo a otras "formas tradicionales de vida y expresión que carecen de sentido fuera del marco islámico" (p. 83) y que conducen a toda una parte del capítulo, sobre la "influencia religiosa del Islam". Con el capítulo IV empiezan los que integran un conjunto que se acerca relativamente a "una historia en el sentido usual de la palabra". Es lo que no dejaría de confirmar expresamente el título del capítulo VIII, "Nuevas situaciones desde fines del siglo XIII". Las situaciones estudiadas en los capítulos IV a VII empiezan en el siglo VIII, porque "cuando hablo ahora de 'lo español', esta noticia ocurre en mi conciencia con un aspecto y una forma cuyo sentido no puedo rastrear con anterioridad al año 711" (p. 12). Los capítulos IV y V, "Cristianismo frente a Islam" y "Ordenes militares, guerra santa, tolerancia", se acercan a la historia general; los capítulos VI y VII, "Literatura y forma de vida" y "Pensamiento y sensibilidad religiosa", se

¹ En la Editorial Losada de Buenos Aires.

acercan a la historia literaria, estudiando el *Cantar de Mio Cid* —éste, en parte, comparativamente con la *Chanson de Roland*—, el *Libre de Anic e Amat* de Lulio, a Gonzalo de Berceo y las *Cantigas* de Alfonso el Sabio. El capítulo IX está dedicado íntegramente al *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita. El capítulo X, "Los judíos", se ocupa con la intervención de éstos en la historia española, no sólo hasta la expulsión de 1492, sino también después, como cristianos nuevos. El capítulo XI y último, "Resultados reflejos de lo anterior", sacando conclusiones acerca de "la forma de vida hispánica" en general, viene como a cerrar un círculo iniciado por el primer capítulo. El libro contiene aún diez apéndices y una "Adición acerca de hidalgo" y los índices, de temas, palabras estudiadas, autores y obras estudiadas y láminas, propios de su género.

La obra es riquísima en hechos, ideas, puntos de vista nuevos y sorprendentes. Tales resultan hasta los conocidos, dentro de los contextos parciales en que se insertan y del conjunto total. Y, a pesar de la enorme erudición con que carga la marcha de la obra, es esta marcha de tal viveza, que arrastra de una página a otra. En una nota como la presente es imposible, naturalmente, dar idea ni de esta forma, ni de aquel contenido. Pero lo esencial en una nota como la presente es —lo esencial de la obra misma, y esto es, por una parte, la concepción que aporta de la historia medieval en que se formó "España", propiamente, —"Edad Inicial (que no Media)" (p. 14)— y de "España" misma, y, por otra parte, el método y la filosofía que sustentan esta concepción y la obra en general.

El origen de la historia medieval en que se formó "España" lo sintetiza perfectamente el autor mismo en palabras como éstas: "desde el siglo VIII, un grupo de gentes, en un período crítico de su vida, y partiendo de la situación en que se encontraban, emprendieron nuevos rumbos a fin de escapar a peligros ineludibles y a su total ruina" (p. 9); "A la parte de España no sumergida por el Islam se le planteó en el siglo VIII la alternativa de seguir existiendo o de perecer. Hubo entonces de forjarse una manera de vida, un proyecto de acción, nuevos del todo" (p. 12). El libro de Castro explica y comprende, pues, la historia en que se formó "España" y ésta misma por la influencia de la conquista musulmana, pero de ninguna manera en el sentido en que han solido entender la influencia "arábiga" en España los defensores de la tesis de lo fundamental y decisivo de esta influencia. Se ha solido entender ésta, en efecto, como una transmisión de características étnicas y contenidos culturales, concebida como una transmisión que puede calificarse de material aun en el caso de las características y los contenidos

espirituales: como los "árabes" habrían transmitido a los españoles características somáticas o instrumentos técnicos, así les habrían transmitido también características psíquicas, maneras de sentir, palabras e ideas. Para Castro, en cambio, no se trata tanto de esto cuanto de que la vida de los cristianos españoles no pudo menos de tomar una forma peculiar por obra de la presencia y presión de los musulmanes, de la variada convivencia, bélica o pacífica, con éstos; e, incluso sólo dentro de esa forma peculiar de vida aparecen las transmisiones materiales, aunque sean de características y contenidos espirituales, con el sentido, sentido en y para dicha vida, que real y verdaderamente tuvieron en ella y seguirían teniendo en la vida española, en la medida en que la vieja vida medieval perviva hasta en la más actual. Esta idea de la formación de "España" y, a una, de "España" misma, no es, pues, la idea de la formación o conformación de un pueblo por la mera inyección en él de contenidos y características, sin una idea "existencial" —el término lo usa repetidamente el autor mismo— de la formación de un pueblo y su forma de vivir, que aquí equivale a forma de ser, en adelante persistente: es la idea de que la forma de vivir, de ser, de un pueblo se forma, precisamente, en y por el curso mismo de su existencia como coexistencia pasiva y activa, o reactiva, a la defensiva o a la ofensiva, con otros. De un modo análogo a como los existentes humanos vamos conformándonos a lo largo de nuestras existencias convivientes, desarrollando, por ejemplo, formas de compensación de un complejo de inferioridad, siempre relativa a otros, que es lo único capaz de dar sentido a aquellas formas para el sujeto respectivo, para los que estén en relación personal con él y para quien lo estudie: Castro mismo emplea la expresión "biografía de España" —citada ya al comienzo de esta nota— y el concepto de "historia-vida" (p. 635 y n. 1). De la fecundidad de semejante idea da el propio autor expreso testimonio sintético, que si se anticipa al de los lectores, seguramente será confirmado en conjunto aun por aquellos que no asientan a todos los pormenores: "La idea servía. Santiago apareció de golpe como un anti-Mahoma; el arcipreste de Hita, como un mudéjar adaptador de Ibn-Hazm; la Inquisición, como una ciega y feroz exasperación de la desesperación judaica; la ausencia de poesía lírica entre los siglos XI y XII, como una reacción defensiva contra la sensualidad musulmana; Castilla, Cataluña y Galicia se colocaron en su sitio, y aparecían haciendo lo que era de esperar; etc., etc." (p. 14). Esta enumeración no deja de ser significativa: alterando el orden con que los temas aducidos aparecen en el libro, pone en primer lugar los tres que por ello parecen representar sus mayores logros para el autor y parece también lo más pro-

bable que los representen para los lectores. El capítulo IV hace la historia —aunque no en el sentido usual, hay que repetir— de “la creencia en Santiago de Galicia”, desde el origen que muestra en ella una creencia existencialmente salvadora, hasta el “ocaso” en que declinó justo cuando dejó de ser ya existencialmente indispensable. “De no haber sido España sumergida por el Islam, el culto a Santiago de Galicia no hubiera prosperado. Mas la angustia de los siglos VIII y IX fortaleció la fe en un Santiago hermano del Señor, que bajo la advocación de Castor ya había logrado magníficas victorias, jinete en su blanco y radiante corcel. Otras circunstancias harán luego que lo que en otras partes fué milagro ocasional y anecdótico, se convirtiese en estructura íntima de España, en un tipo de vida olvidado de los confines entre cielo y tierra, entre el prodigio y la realidad de la experiencia. Arranca, en efecto, de la creencia en Santiago un tipo de existir originalísimo, algo que llamaré ‘teobiosis’ integral, sin exacto paralelo en la Europa cristiana” (p. 108). “No he pretendido escribir una historia de Santiago de Galicia, sino hacer ver cómo la creencia en él hizo posible a León y Castilla, y luego a España. La creencia fortaleció el arrojo y lo hizo eficaz, y a la vez ocasionó el descuido de la meditación intelectual y del trato con las cosas de este mundo. Cuando la creencia se amortigua en el siglo XVII, ningún impulso de índole terrena pudo ya reemplazarla. . . Comienza en el siglo XVII la inmensa tarea de desviar el curso secular de la existencia colectiva, alejada de la marcha ‘progresiva’ del resto de Europa. . . Con ello, sin embargo, no hizo más que intensificarse la forma de existir que he llamado ‘vivir desviviéndose’, iniciada claramente en el siglo XI, y unida. . . a la necesidad de enfrentarse con el Islam, en armonía con él y en oposición a él” (p. 187). Y el dramatismo del tema, y no sólo con que lo ve el autor, se comunica a la exposición que éste hace de él, dando por resultado un capítulo en que es particularmente sensible la viveza antes mentada. El capítulo dedicado al *Libro* del Arcipreste es un comentario de esta obra en que la tesis de la influencia existencial del Islam sobre España resulta tan verificada en algo tan aprehensible como un texto, que se antoja que el libro entero de Castro pudo haber nacido del intento de explicar o comprender el poema,² si no se opusieran a semejante presunción declaraciones de Castro (p. 14) de las que no hay razón para dudar. En cuanto al capítulo sobre los judíos, la interpretación que da de los tremendos rasgos distintivos, no simplemente de la institución inquisitorial española, sino de lo que pudiera llamarse el inquisitorialismo

² En el prólogo de *Ottoño de la Edad Media* dice Huizinga cómo nació su amplia obra de un intento de comprender el arte de los Van Eyck.

español, como efecto de la situación existencial de los cristianos nuevos, forzados por ella a afianzarse por medio de un exceso de celo frente al recelo y desconfianza de los cristianos viejos, es de una verosimilitud psicológico-histórica, por decirlo así, que quizá supera la evidencia de las pruebas documentales, robusteciéndolas en todo caso decisivamente, y es de una penetración que recuerda la exhibida por los autores del *Anticristo* y del *Resentimiento en moral*.

Logros tales, como en general las ya señaladas riqueza y viveza del libro todo, no son el resultado exclusivamente del saber y del dominio de las habituales técnicas filológicas e históricas acreditadas por Castro a lo largo de su obra de maestro de la filología y la historia literaria española, sino fundamentalmente del método empleado en este libro y de la filosofía inspiradora y animadora del método del libro y de éste entero. A lo largo de todo él se encuentran declaraciones que revelan la importancia que el autor mismo concede a su método, por ejemplo estas palabras, iniciales de la última sección, "Terminemos por ahora", del capítulo postrero: "Vale más engañarse radicalmente siguiendo la vía emprendida en este libro. . ." (p. 634). Hasta tal punto le parece al autor mismo más importante su vía o método que las metas alcanzadas siguiéndolo en este su propio libro. Caracterizar el método es, pues, intento inexcusable aun para una nota como ésta y aunque sólo pueda hacerse en ella dentro de una relativa concisión. Por fortuna, también se encuentran a lo largo de todo el libro declaraciones sobre el método que facilitan el caracterizarlo con esa concisión. En estas declaraciones quizá no se repita ninguna otra palabra como van repitiéndose, cada vez más, las palabras de la familia de "abstracción", delatando que estas palabras fueron incorporando por contraste, pero mejor que otra alguna para el autor su propia conciencia de su método: "los hechos humanos por sí solos son abstracciones irreales, si no van sostenidos por el 'sentido' que les presta la vida en que encarnan" (p. 207); "la historia, que no es sólo la abstracción llamada historia literaria" (p. 429); "y tanta otra cosa, que a poca costa hallarán los interesados en salir de la abstracción histórica" (p. 454); "no cabe. . . formular teorías abstractas sobre la épica, sino penetrar ingenuamente en el estilo de su vida" (p. 490); "el presentar los tópicos como un abstracto desfile de textos está de acuerdo con las concepciones esqueléticas que inspiran la literatura comparada o la llamada historia de ideas" (p. 572); "cuando eludimos la historia abstracta y nos acercamos a la 'situación vital'. . . la perspectiva histórica varía considerablemente" (*ib.*); "aunque abstractamente pueda referirse aquella posición vital a la patrística o a ciertas formas religiosas de la Edad

Media, el fenómeno que contemplamos es de vida y no de mecánica supervivencia de ciertas ideas" (p. 580); "considero ya una abstracción inadmisble pensar que España ha sido una encrucijada para las 'culturas' del mundo" (p. 614); "una concepción abstracta de la historia contemplaría tal idea como un 'tema' o 'tópico', y lo relacionaría con el desprecio de Platón por el trabajo humano y su desestima de las artes, que reaparece en la Edad Media... pero en nuestro caso sería inútil escribir un estudio sobre el desprecio por el trabajo a través de los tiempos, pues lo que tenemos ante nosotros es una clase de gente que articuló su vivir sobre su 'imposibilidad' vital de trabajar en faenas juzgadas deshonorosas, o sea para ella inhumanas" (p. 622 y s.); "cuando el criterio pragmático, de utilidad 'práctica' y de objetivación inteligible no sea el único empleado para entender la realidad humana, la historia se humanizará, e irán olvidándose las abstracciones sin alma y sin sentido" (palabras finales del cuerpo del libro, p. 641); "Mas trazar la historia del estilo integrado en la experiencia vital es tarea ahora inabordable. Basta con haber llevado a su cauce existencial lo que abstractamente se ha denominado 'realismo' e incluso 'falta de buena educación'" (p. 677 y s.); "hay una literatura (llamada 'popular' en virtud de un abstracto convencionalismo) en que se expresa en algún modo la forma de vida cristiano-islámico-judía" (p. 680). Estas citas, aunque tan breves, son suficientes para sugerir qué abstracción, en unidad, se condena y qué correlativa concreción se le opone y se propone. Abstractos pueden ser: por una parte, los hechos históricos en general, aunque sin duda sólo entendidos en un sentido especial, como indican las comillas; y ciertos objetos de la ciencia histórica en particular, los textos, temas, tópicos, pero también hasta una posición vital, aunque de nuevo sin duda tomada sólo de una manera especial; y, por otra parte, ciertos conceptos, como los de realismo y literatura popular, y concepciones como la de España encrucijada de culturas, ciertas teorías y criterios de valor, ciertas disciplinas enteras, como la literatura comparada, la historia literaria, la historia de ideas y hasta la ciencia histórica en general, todos estos conceptos y concepciones, teorías, criterios y disciplinas, sin duda, en fin, cuando toman o entienden los hechos u objetos en abstracción; pero en abstracción ¿de qué? De la vida, de la vida en que encarnan los "hechos", de la vida con su estilo, su forma, su situación, sus posibilidades e imposibilidades; de la experiencia vital como "cauce existencial". Pero esta vida ¿qué es, sobre todo a diferencia de los "hechos" que encarnan en ella? ¿en qué sentido será legítimo distinguir entre unos "hechos" que encarnan en la vida y ésta misma? En el sentido en que el propio Castro distingue,

acuñando una pareja de conceptos digna de la ilustre que le inspiró la suya: "Calcando la fórmula de Spinoza 'natura naturans, natura naturata', diríamos que toda historia es resultado del entrelace del 'spiritus spirituat' y del 'spiritus spirituant' " (p. 308 y s.). O en el sentido de la distinción hegeliana entre el espíritu subjetivo y el espíritu objetivo, concepto, este último, que se encuentra expreso, por ejemplo, en el siguiente pasaje, singularmente ilustrativo, porque al leerlo se asiste en su brevedad al nacimiento, o renacimiento, del concepto precisamente en su oposición al individuo humano: "La continuidad histórica que estamos intentando establecer no se funda ahora en temas objetivados, que el arrastre de los tiempos hubiese ido depositando en las obras literarias. La consideración de tales temas es indispensable e importante, pues permite discernir el plano común sobre el cual se alzaron los afanes expresivos del mundo occidental, y cómo fué organizándose la realidad del espíritu objetivo, es decir, qué tenía el escritor frente a sí antes de que su pluma corriera sobre el pergamino o el papel" (p. 332). Pero si, ya que no la distinción del "spiritus spirituant" y el "spiritus spirituat", la distinción hegeliana estaba ahí, ¿dónde está la novedad? En que disciplinas históricas como la historia de ideas y la historia literaria y la disciplina histórica en general han venido destacando el espíritu objetivo, el "spiritus spirituat", ocupándose con él exclusivamente o con él en abstracción del espíritu subjetivo, del "spiritus spirituant", mientras que es crecientemente predominante desde hace algún tiempo la tendencia de la ciencia histórica, animada por el "historicismo", a ocuparse con el espíritu subjetivo o el "spiritus spirituant" fundamentalmente, esto es, como el fundamento del espíritu objetivo o del "spiritus spirituat", como el fundamento radical de toda realidad histórica y por ende de toda ciencia histórica, o como el objeto fundamental de toda ciencia histórica, objeto que es el sujeto, o más exactamente los sujetos, de la historia. (Cf., p. ej., p. 14). Muy en primer término la historia de ideas ha venido elaborándose como una historia de las ideas puras, relacionadas entre sí —ideas antecedentes de otras, ideas procedentes de otras, ideas en armonía o en oposición con otras—, pero apenas con los sujetos que las concibieron, y que las concibieron por algo, para algo, por efecto de sus problemas vitales, para el fin de resolver éstos. Así elaboró Hegel la historia de ideas arquetípicas, la historia de la filosofía, y la elaboración hegeliana ha venido siendo arquetípica a su vez para las posteriores elaboraciones de la historia de la filosofía y de la historia de las ideas en general. E incluso para historias como la literaria; pues prescindiendo de las vicisitudes de la historia literaria, y de la conciencia o in-

consciencia que hayan tenido o en que hayan estado los cultivadores de esta disciplina de que la cultivaban *hegeliano more*, en conjunto a este *mos* responde la historia literaria que tan repetidamente describe para condenarla tan buen conocedor de ella como Castro: historia de los textos, los temas, los tópicos —puros, relacionados entre sí— fuentes, géneros, estilos típicos, pero apenas con los sujetos que escribieron las obras literarias y los sujetos para quienes los anteriores las escribieron, llegaran a leerlas o no: los que las escribieron y los que las leyeron, por y para algo no menos vital que los problemas causa y soluciones fin de las ideas, aunque no fuese también problemas y soluciones —en casos, porque, en otros sin duda que lo fué. Y lo mismo, en fin, la ciencia histórica en general, la ciencia positiva de los "hechos", de si tuvo lugar real y verdaderamente tal hecho—material, porque sólo hechos materiales pueden tener real y verdaderamente "lugar"—, en que ciertos hombres creyeron, por ejemplo pertinente la aparición de Santiago en las batallas, con abstracción y dejación de la creencia misma, sin embargo un hecho más efectivo que el de la no aparición del apóstol, pues que no sólo tuvo "lugar" en las almas de los creyentes en ella, sino que tuvo por efectos los mismos trascendentes que *hubiera* tenido la aparición... Pero las cosas, las cosas históricas, de la ciencia histórica, vienen cambiando. Para emparejar a Hegel el hombre que más merece emparejarsele en este punto, Dilthey elabora la historia de la filosofía y de la poesía en la relación de los filosofemas y los poemas fundamentalmente con las "vivencias" que fueron su fundamento creador. Y Castro reproduce y comenta: "Leal... a su esencia hispana, dice Unamuno: 'En las más de las historias de la filosofía que conozco, se nos presenta a los sistemas como originándose los unos de los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron, ocupa un lugar secundario' (*Del sentimiento trágico de la vida*, 1912, pág. 1). Ortega ha amplificado esa idea en 1944: 'No hay propiamente 'historia de ideas... Una doctrina es una serie de proposiciones. Las proposiciones son frases. La frase es la expresión verbal de un 'sentido'—lo que solemos llamar 'idea' o 'pensamiento'—. Oímos o leemos la frase, pero lo que entendemos, si lo entendemos, es su sentido. Eso es lo inteligible. Ahora bien, es un error suponer que la frase 'tiene *su* sentido' en absoluto, abstrayendo de cuándo y por quién fué dicha o escrita. No hay nada 'inteligible en absoluto'. Ahora bien, las historias de la filosofía suponen lo contrario: las doctrinas nos son presentadas como si las hubiese enunciado 'el filósofo desconocido', sin fecha de naci-

miento, ni lugar de habitación, un ente anónimo y abstracto que es sólo el sujeto vacío de aquel decir o escribir, y que por lo mismo no añade nada a lo dicho o escrito, ni lo califica o precisa' (*Dos prólogos*, 1944, págs. 157-160). Ortega y Gasset, henchido de pensamiento germánico, reacciona aquí con ansiedad hispánica de concreción e integridad vital, y crea algo nuevo y valioso, pero que nos suena ahora a un milenio de hispanidad" (p. 309, nota). En esta milenaria tradición hispánica —y en aquella más reciente manera de escribir la historia inserta con plena conciencia y plenamente explícita intención Castro su libro. El pasaje de la página 332 antes citado continúa así: "Mas nuestro problema es ahora distinto. Se trataría, en efecto, de contemplar en la historia hispana la acción de lo que he llamado 'espíritu espirituante', la disposición existencial de quienes enlazan sus vidas con los productos del espíritu objetivado: ideas, temas, tópicos, las unidades que llenan el vasto acervo de la cultura. Al destacar las unidades del 'espíritu espirituado', máximas o mínimas, percibimos los contenidos de una creación artística, sus ideas, su panorama, su originalidad o su tradicionalidad. La intuición del 'espíritu espirituante' permitiría ver, en cambio, cómo fué posible un nuevo género literario (la invención de la novela por Cervantes, por ejemplo), o un nuevo estilo, nunca reducible totalmente a fenómenos atomizables. Intuiríamos así el 'aire' de una obra, esa realidad vaga que llamamos 'carácter' de un pueblo, en conexión con su modo interior de existir, del cual surgen las producciones mismas". A la tendencia antes mentada de la ciencia histórica es, pues, el libro de Castro una aportación no sólo valiosísima por los resultados, nuevos o vistos de nuevo modo, sino ejemplar por el método, cualesquiera que sean los problemas aun no resueltos entre los planteados por éste, e incluso las imperfecciones de su aplicación en el caso de este libro de Castro, de la conciencia de las cuales que éste tiene son testimonio diversas declaraciones —que lo son también de las razones que justificarían aquéllas.

Lo anterior habrá hecho patente hasta qué punto el método del libro responde a una filosofía, pero no estarán de más unas palabras sobre ésta. Es una filosofía de la historia, de la vida, una filosofía existencial: "la historia no está integrada por tópicos enquistados en las palabras de los hombres, sino por el sentido que ofrecen dentro de la contextura de su existencia" (p. 273); "la historia es vida entretejida" (p. 193); "no hace el plan a la vida, sino que ésta se lo traza a sí misma, viviendo", palabras de Unamuno puestas por Castro como lema a su libro. Es, para decir lo más posible de una vez, la

filosofía que desde Hegel viene poniendo otra vez cabeza arriba el mundo puesto cabeza abajo —o a la inversa, si lo prefieren los "idealistas" que aun queden— por el titán germánico: la filosofía que, así como Hegel subordinó el espíritu subjetivo al objetivo y al absoluto, subordina el objetivo y hasta el absoluto al subjetivo, la "realidad radical" según la expresión y el concepto de Ortega. Ahora bien...

Desde que España se hizo plenamente consciente de su "decadencia", este tema es el tema "existencial" de su pensamiento —hasta el *Idearium español*, hasta —y desde *En torno al casticismo*, hasta y desde el programa de "salvaciones" de las circunstancias españolas de las *Meditaciones del Quijote*, hasta — este libro de Castro. En él practica su autor una vez más las operaciones de auscultación y diagnóstico de "España" en la práctica de las cuales, con las consiguientes de pronóstico y terapéutica en los más de los casos, ha venido consistiendo esencialmente el pensamiento español en la que, por tal unidad, puede considerarse como su edad contemporánea. Y Castro las practica una vez más como han solido practicarse, como parece imposible no practicarlas: con patético dramatismo "existencial". También parece imposible que las presencie de otra manera ningún lector español del libro, ningún lector cuya vinculación con el libro no pueda dejar de ser, ni queriéndolo, "existencial". Esta vinculación asegura al libro, aparte del éxito que le aseguran entre los doctos de todos los países la autoridad del autor y las aportaciones de la obra, un éxito entre los españoles, y aun entre los hispánicos en general, que será "existencial", sea de asentimiento o de repulsión, público y sincero o disimulado y tácito. Mas queda aún por apuntar lo último y no precisamente lo menos importante. He aquí que, por una parte, los pasos y saltos, y sobresaltos, de la historia han traído a la más patente y profunda, a la vez, actualidad de ésta las señaladas concepciones de la ciencia histórica y de la realidad histórica, de la vida o existencia, y que, por otra parte, el pensamiento español puede acabar reconociendo en concepciones semejantes "un milenio de hispanidad": "El pensamiento de Descartes o de Kant rebotó sobre el suelo de Iberia, y no dió origen a nada nuevo o valioso. Mas surgió Krause a comienzos del siglo XIX, con su filosofía espiritualista, moralizante y jurídica, que afectaba al problema total del vivir, y los mejores españoles se precipitaron sobre ella y obtuvieron resultados que Krause ni podía sospechar. Algo semejante está aconteciendo hoy con la llamada filosofía existencial (Dilthey, Jaspers, etc.), que está siendo reelaborada por Ortega y Gasset, cuyo pensamiento es paralelo al de

Heidegger, y logra un despertar fecundo de la filosofía en España, Argentina y México.³ Cada forma humana de vida requiere acercarse a ella con los instrumentos adecuados. Este mismo libro... habría sido imposible sin la filosofía del tiempo actual" (p. 314, nota). Castro practica en su libro una vez más las operaciones de auscultación y diagnóstico de "España" —pero, en la singular coincidencia acabada de indicar, de los pasos y saltos de la historia y la tradición y la actualidad españolas, ¿no las practica con un nuevo "sentido" de y para "España en su historia" pasada, presente y futura?

José GAOS.

3. Es digno de nota que en México, por ejemplo, Caso llegó en su *Existencia como economía, desinterés y caridad*, independientemente, no sólo de Ortega, sino de toda filosofía "existencial" anterior y coetánea, a una filosofía tan merecedora del mismo calificativo como aquellas a que en general se da éste.

¿LUCHA PRO JUSTICIA?

Es la amistad una cosa tan excelente y tan paradójica que, sin sufrir menoscabo, antes bien fortaleza, permite la contradicción de opiniones entre las personas a quienes, por otra parte, une con un vínculo tan estrecho. Lewis Hanke, el distinguido autor del libro aquí comentado,* estimó de su obligación darme las gracias porque en cierta conversación entre nosotros me permití disentir respecto de algunas afirmaciones fundamentales que desarrolla en su libro. Yo ahora, no menos, me creo obligado a agradecerle el amistoso gesto, y en debida correspondencia a su lealtad acepté la difícil tarea de hacerle justicia a su reciente obra. Difícil, no porque el libro no tenga a primera vista muchas excelencias, sino porque, pese a la reconocida autoridad de mi amigo, su brillante exposición no ha logrado todavía mudarme las convicciones de antaño. Es por esto, entonces, que la presente nota considerará con preferencia los puntos de desacuerdo entre nosotros, dejando, no en olvido, pero sí en injusto silencio lo mucho que he aprendido con la lectura de este importante libro.

Ahora bien, pese a la anterior declaración, sería imperdonable no reconocer desde el principio, por encima de toda disidencia de interpretación, lo que para mí le concede al libro de Hanke un valor duradero y que justifica plenamente el premio Beveridge que le fué concedido, es a saber: el espíritu que animó a su autor y la verdad básica de su tesis central, es decir, el reconocimiento de que la empresa española de América fué también y en gran parte una empresa de orden espiritual, cuya más alta significación debe leerse en el anhelo de justicia que la informa. Este es, sin duda, tomado en conjunto, el mensaje del libro de Hanke; mensaje tanto más valioso, tanto más valiente, tanto más necesario, cuanto que todavía predomina en muchos sectores cultos del mundo de habla inglesa esa gran ceguera de apreciación que se llama la leyenda negra. Tenga buena carrera este libro de Hanke dado el singular servicio que le hace a la verdad española, y en este deseo y reconocimiento quede ahogada, por secundaria, nuestra amistosa disidencia.

Ahora bien, visto el libro en conjunto debo decir que tocante a su estructura no encuentro reparo alguno. Dividida la materia en tres

* HANKE, LEWIS: *The Spanish Struggle for justice in the conquest of America*. Philadelphia. University of Pennsylvania Press. 1949.

grandes partes, Hanke sabe conducirnos a lo largo del complejo proceso polémico de definición de la norma justa que había de adoptarse en la empresa conquistadora y colonizadora de América. Son, las partes del libro, como los tres actos de un grandioso drama en que se juega el destino de un mundo. El primero nos inicia en la trama; Fr. Antonio de Montesinos, pronunciando su alarmante sermón de 1511, es el personaje central que echa a andar la secular controversia, amplio debate en que con magnífica libertad de expresión, desde el teólogo hasta el labriego, ventilan la conciencia del rey y el destino de un imperio. En el segundo acto asistimos a los cuatro grandes experimentos que la corona consintió se hiciesen en respuesta a los clamores de quienes pensaron que los indios de América podían vivir como cristianos; de quienes creyeron que la colonización podía llevarse a cabo sin armas; de quienes se persuadieron de que la fe podía predicarse sin recursos de violencia, y de quienes, en fin, sentían que la encomienda de indios podía abolirse. Cuatro grandes tentativas para realizar ideas más o menos utópicas, todas ellas fracasadas, todas ellas, sin embargo, timbres que honran a quienes en ellas pusieron la fe y al gobierno que las autorizó y fomentó. Detrás de todo esto, no la única, pero sí la más ilustre, está la voz de Fr. Bartolomé de las Casas. Y finalmente, en el tercer acto, el autor nos muestra el desarrollo de la controversia a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI, con atención, tanto a sus aspectos teóricos, como a aplicaciones concretas en diversidad de regiones y de problemas. La exposición se cierra con el análisis de la intervención del virrey don Francisco de Toledo que tan bien supo terciar en el debate con ideas originales del más alto interés. Pero lo cierto es que, importante y todo este capítulo final peruano, el punto de más subido dramatismo de la tercera parte y a decir verdad, de todo el libro, es el estudio que emprende Hanke en torno a la celeberrima disputa de Valladolid entre el Padre Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda.

Bien verá el lector que estamos ante un obra de nobles propósitos y de amplios vuelos a cuyas características hay que sumar la sólida erudición del autor y la felicidad de su buen decir. Reciba, entonces, nuestros parabienes, y dicho esto pasemos al examen concreto de algunos problemas dignos de especial meditación.

En términos generales la interpretación del autor consiste en presentar la realidad histórica que examina como una lucha en pro de la justicia. Ahora bien, semejante modo de ver no ofrece en principio ninguna dificultad. Qué duda cabe, en efecto, que la larga y compleja controversia relatada por Hanke obedece al deseo de buscar y hallar normas justas para resolver los problemas religiosos, sociales,

políticos y económicos que la aparición de un nuevo mundo planteó a la gente española. Sin embargo, apenas hemos enunciado así la cuestión, de inmediato surge ante nosotros una duda. ¿De qué justicia se trata? ¿sabemos bien, acaso, el patrón de justicia que, para ser justos, debemos aplicar al estudiar aquella vieja lucha, aquella antigua controversia? Porque, en efecto, me parece claro, sin necesidad de entrar al laberinto de los actuales debates filosóficos sobre los valores, que el concepto de justicia de los españoles del siglo xvi muy bien puede no coincidir del todo con el concepto que hoy se tenga acerca de ese ideal o valor. Pues bien, yo no he encontrado que el Dr. Hanke le haya hecho frente, por lo menos de un modo expreso, a esta cuestión que me parece de previo y fundamental interés. Por lo contrario, me parece que el autor ha procedido a lo largo de su libro suponiendo, seguramente a sabiendas, que cuanto nosotros entendemos por lo justo coincide con cuanto acerca de lo mismo entendían aquellos viejos escritores y predicadores españoles del siglo xvi. En una palabra, que el libro del Dr. Hanke está montado sobre el supuesto filosófico del valor absoluto de la idea de justicia, perspectiva fundamental de toda su interpretación que aclara perfectamente el sentido del título de la obra. Ahora bien, la postura filosófica del Dr. Hanke me merece todo respeto aunque no sea la mía. Yo prefiero creer —quizá en el fondo todo se reduzca a una cuestión de creencias— que lo que llamamos valores son algo tan condicionado históricamente como por ejemplo la moda o los hábitos de la expresión literaria, de tal suerte que al examinar la realidad histórica estudiada por Hanke veo, ciertamente, como él, una lucha por llegar a una definición de la norma justa respecto a ciertos problemas concretos de la empresa de las Indias; pero no veo, como él, que sólo uno de los partidos contendientes sea el portavoz de la verdad. Veo que unos y otros, así se llamen Las Casas o Sepúlveda, pugnan por hacer que prevalezca la justicia, según cada uno la comprende; y si hay lucha no es porque, como queda implicado en el libro de Hanke, la justicia está de un lado y la injusticia del otro, sino porque la justicia está de ambos lados, que es la circunstancia por la cual la controversia tiene el alto significado histórico que en efecto tiene. Y el desenlace de la polémica, no es, pues, el triunfo abstracto de un valor sobre un desvalor, sino el triunfo histórico de un modo de ver sobre otro. Y aquí, precisamente, indicamos lo que nos parece más esencial, porque como las diferencias de modo de ver son diferencias de modo de ser, la gran controversia histórica por Hanke, se nos ofrece, no como una lucha pro Justicia (así

en mayúscula), sino como el enfrentamiento de creencias opuestas, o si se quiere, como el choque entre dos mundos históricos que son distintos en cuanto distintas son las creencias básicas en que se sustentan. No olvidemos, en efecto, que el siglo XVI español es el puente por donde la cultura europea pasó de las riberas medievales a las modernas, y que, por eso, si en definitiva nos parece a nosotros que las tesis lascasianas son más justas, es decir, más humanas que las opuestas, es porque aquellas tesis, pese a su formalismo verbal tan arcaico, se ajustan más a la modernidad a la cual todavía estamos tan anclados.

La diferencia fundamental de perspectiva que existe entre la manera en que el Dr. Hanke comprende el problema y el modo en que yo lo veo, acarrea una inversión radical en las interpretaciones respectivas. La superioridad del ideario de Las Casas, por ejemplo, que le aseguró el triunfo histórico proclamado por tantos ya seculares elogios y en tantas bienintencionadas estatuas, será apreciada según sea el punto de vista que se considere. Para unos, en efecto, esa superioridad consistirá en que las doctrinas lascasianas aparecerán como encarnación en grado superlativo del ideal de Justicia, concebido según una noción de contenido absoluto y eterno. Para los otros, consistirá en que tales doctrinas se ajustan mejor que las opuestas a la noción histórica de justicia que, bajo la especie absoluta, se forjó una posteridad a la cual todavía estamos tan adscritos, pero de cuyas creencias andamos ya tan en dudas. De esta suerte la manera tradicional de interpretar la vieja controversia española es susceptible de invertirse de un modo insospechado, hasta el punto de que pueda llegarse a sostener, como he sostenido, a diferencia del Dr. Hanke, que en la disputa, Las Casas, más moderno que Sepúlveda, anda más alejado del Cristianismo de su época que su opositor. Pero como ésta es la esencia de nuestro desacuerdo y es punto de gran importancia para comprender el sentido general de mi crítica conviene exponerlo con más detenimiento.

Pues bien, no ignora el Dr. Hanke, ni nadie que esté medianamente enterado de las cuestiones tan eruditamente tratadas por él, que este problema de la justicia a que vengo aludiendo se ventiló concretamente en la gran discusión acerca de la naturaleza del indio americano. En efecto, es obvio que según se resolviera cuestión tan decisiva como era la de saber qué especie de hombre era el habitante del Nuevo Mundo, así habría de resolverse qué tipo de norma podía aplicarse como norma justa. Detrás del problema de la justicia está, pues, el problema más profundo acerca del concepto del indio americano; pero a su vez, detrás de ese problema concreto está aun la cuestión verdaderamente decisiva acerca del concepto del hombre en general. Este es

el terreno sobre el cual debaten los teólogos y tratadistas españoles y en ese terreno es preciso plantear la comprensión de tal debate. Pienso, entonces, que la pugna entre los unos y los otros, así se llamen Oviedo y Sepúlveda o Montesinos y Las Casas, es una pugna que antes de ser acerca del indio americano es acerca de la idea o concepto del hombre, y me parece que el no haber caído suficientemente en cuenta en semejante circunstancia y el haber circunscrito, en cambio, el debate a los intereses concretos de una polémica indiana, ha impedido profundizar debidamente la interpretación. Aquí es, donde, a mi parecer, está la raíz de mi disidencia con el Dr. Hanke y la razón por la cual no nos hemos entendido. Para él el debate consiste en que unos hombres del siglo xvi disputaron acerca de cuál era la naturaleza del indio de América; para mí, en cambio, consiste en que unos hombres del siglo xvi disputaron, con motivo del indio americano, acerca de cuál era la naturaleza del hombre. Y bien verá el lector de buena fe que no se trata de simple juego de palabras.

Ahora bien, perfilada así la posición es claro que desaparece todo el melodrama que desde hace siglos oscurece la recta comprensión de aquellos pensadores que terciaron en el debate y que ahora tienen la etiqueta de enemigos de los indios. Si hemos de entender históricamente toda esta cuestión, empecemos por suprimir esas etiquetas y por ver que un Sepúlveda, por ejemplo, simplemente trataba de explicar la realidad antropológica americana, según las noticias que de ella tenía y de acuerdo con el concepto aristotélico-cristiano acerca de la naturaleza del hombre que para él tenía validez absoluta. Las Casas, por su parte, hacía exactamente lo mismo, sólo que, al comprender en el curso del debate que el indio quedaba amenazado de caer en una categoría inferior de humanidad al aplicársele aquel concepto, tuvo la audacia, y esta es su verdadera grandeza, de intuir un concepto diverso de la naturaleza humana, donde el indio, ya sin discusión de cuanto parecía rebajarlo, quedaba plenamente incorporado por su propio derecho. El repentino y genial cambio de frente en la posición de Las Casas significa, pues, el choque de dos conceptos diversos de humanidad. Antes, las tesis de Las Casas se movían en un terreno idéntico al de sus contrarios y en definitiva, el debate se concentraba en un simple problema de la aplicabilidad o no de la categoría de siervos por naturaleza al indio de América. Obviamente no es aquí el lugar para desarrollar estas ideas como es menester y atendidas del apoyo documental que será preciso aducir, tarea que tengo entre manos desde hace algún tiempo. Me conformaré, pues, con añadir que ese nuevo concepto sobre la naturaleza humana que intuyó el Padre Las Casas para sacar a sus indios de

las redes del concepto aristotélico-cristiano en que, por otra parte, también creía, aparece en la forma de un postulado de la igualdad esencial de todos los hombres. Está claro: si los indios son hombres, como nadie lo negaba¹ y si todos los hombres por definición ontológica son iguales, entonces los indios malamente podían ser siervos por naturaleza, puesto que no lo eran los demás hombres. Ahora bien, lo que el Dr. Hanke no ha visto, ni por otra parte los demás historiadores que yo conozco, es que este postulado de la *igualdad natural* de todos los hombres, insinuada por Las Casas, ya no es un postulado fundamentalmente cristiano, no porque el Cristianismo no sepa a su modo de la igualdad humana, sino porque la igualdad que concibe Las Casas ya no está referida al plano metafísico de lo divino, sino al plano físico de lo puramente natural. La igualdad postulada por Las Casas es ya, en germen, la de los filósofos de la Ilustración; es la igualdad que se deriva del concepto immanentista de Humanidad cuyo correlato es la Naturaleza, y no del concepto trascendentalista de Cristiandad, cuyo correlato es Dios. El Dr. Hanke y con él todos los que han estudiado al Padre Las Casas, se han dejado engañar del hábito de su héroe y de sus indigestas digresiones y citas evangélicas, y llevados de su entusiasmo al encontrar en él una voz que habla de la igualdad del género humano en los términos que les son familiares, no han reparado que es la voz de Voltaire, de Hume y de Rousseau la que escuchan, para creer, en cambio, que está hablando el Cristianismo en persona. Nunca comprendió el Padre Las Casas la gravísima implicación en su pensamiento; siempre creyó que sus palabras se apoyaban en Dios, y esta ceguera del Padre Las Casas ha sido heredada por sus expositores. Pero si no olvidamos que, como ya dije, en el fondo del debate hay un choque entre dos conceptos del hombre y no meramente entre dos conceptos del indio, entonces le haremos justicia a hombres que, como Sepúlveda, lucharon por la verdad cristiana según se entendía en su tiempo, aunque ya sin mucha convicción, y le haremos justicia a hombres que, como Las Casas, lucharon por la verdad cristiana, según se entendería en el futuro, aunque todavía sin plena conciencia. Esta es la verdadera explicación de por qué en su día no triunfaron ni el uno ni el otro; de por qué los dos creyeron haber triunfado, y en fin, de por qué la posteridad levantó estatuas a uno y condenó al otro. Mi crítica básica al libro de Hanke es, pues, que el autor no consideró suficientemente que lo que él llama "la lucha española por la justicia en la conquista de América" es en verdad

1 Ha sido para mí un motivo de satisfacción ver que el Dr. Hanke ya no sostiene en su libro la idea extremista de que hubo escritores que pensaron que el indio americano no era humano, según se inclinaba a creer por lo que recuerdo de la lectura del borrador del libro que bondadosamente me comunicó.

un reflejo de la profunda crisis espiritual que acompañó al advenimiento del hombre moderno.

Con la anterior afirmación debía poner punto final a este ya largo comentario; pero hay una cuestión más que no debo dejar pasar en silencio, porque además de servir para perfilar un poco mejor mi posición, es asunto respecto al cual el autor me alude directamente. Me refiero al problema concreto de la tesis lascasiana acerca del método o medios que debían emplearse para la predicación entre los infieles.

Pues bien, no creo preciso gastar mucha tinta en detalles y análisis para explicar la confusión en que, a mi juicio, incurre el Dr. Hanke en la crítica que me hace sobre aquel particular. Yo he sostenido que el Padre Las Casas fué un racionalista incipiente, como creo haber mostrado en mi pequeño libro *Fundamentos de la Historia de América*, donde señalé gérmenes en el ideario de Las Casas de conceptos que aparecen más tarde como postulados del sistema de Descartes. Las consideraciones que arriba hice tocante al immanentismo naturalista implicado en el concepto de la igualdad humana defendido por Las Casas viene a robustecer aquellas ideas. Para mí, pues, el Padre Las Casas es una mente que acusa el tránsito entre el escolasticismo en que se formó y el racionalismo que vislumbró. Esta es la clave para entenderlo. En efecto, en cuanto escolástico no pudo menos de aceptar las doctrinas clásicas medievales sobre la justicia de ciertas guerras; pero esta aceptación lo puso en un aprieto semejante a aquel en que se vió respecto a la solución aristotélico-cristiana de la servidumbre por naturaleza, pues que también aceptaba, en principio, tal solución. Ahora bien, la doctrina de la justa guerra podía aplicarse fácilmente en detrimento de, por lo menos, algunos pueblos indígenas de América; esto es lo que Las Casas no tolera, aunque, por otra parte, reconoce, en principio, la doctrina que así trata de aplicarse. Tal su apuro, y de la misma manera que para salir de las redes de la tesis de la servidumbre natural, que no negaba, encontró la idea de la igualdad natural de todos los hombres, así también, para salir de la red de la doctrina de la justa guerra, encontró la idea de que el único modo de predicar la fe era por vías racionales. En efecto, este postulado defendido por Las Casas en su tratado *Del único modo de atraer a todas las gentes a la religión verdadera* conjuraba el peligro de que los indios pudiesen considerarse como objeto de una guerra justa. La cosa es enteramente clara: si el único modo de propagar la verdad católica era por un método racional, toda guerra, aunque justa según las doctrinas aceptadas, debería impedirse en cuanto que la violencia es un obstáculo para la propagación de la fe. La violencia, en efecto, explica Las Casas, enajena la voluntad, y como sin la

previa invitación de la voluntad no es posible lograr el asentimiento racional, luego la violencia, es decir, la guerra, hace imposible la conversión de quienes la sufren. Tal es en substancia la tesis de Las Casas, según yo la entiendo. Pero si esto es así, entonces está clarísimo que el eje del argumento estriba en el postulado de la conversión racional en cuanto *único modo*, y no en el supuesto postulado de un vago pacifismo, que no es, en la tesis de Las Casas, sino una consecuencia, importante sin duda, pero al fin y al cabo, consecuencia. Todo esto quiere decir que el Dr. Hanke no ha visto, a mi parecer, que el pacifismo de Las Casas no es un postulado positivo, sino que es, simplemente, la demanda de ausencia de actos violentos en cuanto esa ausencia es condición para que pueda realizarse la conversión de los infieles. En una palabra, que la vía racional de conversión, postulada como la única posible, implica como condición esencial la ausencia de toda coacción violenta sobre la voluntad, y como la guerra acarrea tal coacción, toda guerra contra los indios debe proscribirse. Por esta consecuencia parece que Las Casas postula como método el pacifismo; pero pensar así es simplemente confundir la condición con lo condicionado; el principio con la consecuencia, confusión en que, a mi parecer, incurre Hanke. Adviértese, en efecto, que Hanke al proclamar el pacifismo como la doctrina postulada por Las Casas, no nos dice en ningún lugar en qué consiste precisamente ese modo que Las Casas, sin embargo, postula taxativamente como *único*. Y es que el pacifismo por sí solo no es, ni puede ser un método o modo, es simplemente una condición de un modo o método. De esta suerte la imponente suma de citas que aduce el Dr. Hanke para desbaratar mi interpretación carecen del valor con que se aducen. Todas ellas, sin duda, se refieren a la condenación por parte de Las Casas de la guerra; todas ellas, sin embargo, implican que si Las Casas se opone a la guerra es porque la guerra impide que los infieles se conviertan racionalmente al cristianismo, único modo de conversión que Las Casas postula. Y aquí de nuevo encontramos en el *exclusivismo* con que Las Casas postula el método racional, ese rasgo de modernidad que ya antes vimos oculto entre los pliegues de su hábito y entre la baraúnda de su locuacidad escolástica. Hanke me acusa (cap. VI, nota 9) de que yo quiero hacer de Las Casas un pragmatista, siendo que en verdad es un pensador cristiano. He aquí, precisamente la cuestión decisiva. Yo creo que el Padre Las Casas, con ser un cristiano, no es, sin embargo, un pensador tan puramente cristiano como se ha pensado. Es sorprendente que nadie se haya fijado en que si el Padre Las Casas es tan cristiano como se dice, no se le haya ocurrido afirmar que el único modo de conversión de los infieles, por encima de impedimentos como

la guerra y otros de esa naturaleza, era la gracia divina, y en cambio, que si se le ocurrió afirmar algo que, andando el tiempo, encontramos en el pórtico de las *Meditaciones metafísicas* de Renato Descartes.²

Mucho más habría que añadir a todo esto: una réplica al libro de Hanke pide otro libro; pero lo cierto es que ese otro libro, cualquiera que sea la interpretación que contenga no podrá pasar por alto el de Hanke que, como me complace en reconocerlo, alcanza una cumbre dentro del conjunto de los estudios lascasasianos.

Edmundo O'GORMAN.

2 ".... aun cuando a nosotros, los fieles, nos basta la fe para creer que hay un Dios y que el alma humana no muere con el cuerpo, no parece ciertamente que sea posible inculcar a los infieles religión alguna, ni aún casi moral alguna, si no se les da primero la prueba de esas dos cosas, por razón natural". (Carta a la Facultad de Teología de París). He aquí postulado como *único modo* de conversión el mismo método racional que ya había postulado Las Casas en su gran zian protector de los indios americanos.

Dimensión Imaginaria

DOS POEMAS

Por LEON-FELIPE

LA PRIMERA COMUNION O LA MANZANA DEL "AL HIGUI"

*Al bigui... al bigui
con la mano, no,
con la boca, sí.*

Yo no di la talla del hombre...
—Ni Ud. la dió tampoco, Señor Arcipreste.
Me faltó un palmo de estatura...
tuve los brazos cortos...
aletas en los hombros —ni brazos ni alas— aletas,
y nunca me salieron las manos.

Fuí como un pez blando, frío... y sin agallas,
con una boca primaria...
con una boca de opérculo...
con una boca de saco.
Tampoco tuve labios,
labios cortados para el Verbo.
¿Sabe Ud. rezar, Señor Arcipreste...?
¿o maldecir,
o luchar contra una maldición?
Somos hijos de una maldición.

Yo no tuve labios. . . ni manos.

Entonces esto era lo urgente: la manos,
las manos. . .

Yo no tuve manos. . .

Ni Ud. tampoco las tuvo, Señor Arcipreste.

Por eso no pude alcanzar

ni la estrella

ni la manzana.

La segunda manzana, quiero decir.

La primera nos la pusieron en la boca
y no hubo más remedio que tragarla.

Pero había dos manzanas:

la de la sombra. . . y la del relámpago;

la del engaño. . . y la de la sabiduría;

la de la serpiente. . . y la del "al higuí";

la que nos alargó el brazo profundo

—¿raíz, rama, sierpe?—

el brazo demoníaco de la tierra. . .

y la que aún está colgada del cielo

en una especie de aparato de pescar.

Dios está allá arriba, detrás de este aparato, manejando la
caña. . .

y nosotros. . . —peces estúpidos y mancos—

aquí abajo. . . aquí abajo

con nuestra boca de saco,

con nuestra boca ciega de saco,

con nuestra boca rasgada y abierta de saco

donde pueden meterse todos los mitos. . .

los grandes mitos, las pesadillas y las sombras.

Al higuí. . . al higuí

con la mano, no,

con la boca, sí.

Este fué el juego de la Historia,
 el juego de la Vida. . .
 El juego heroico
 el juego exultante. . . y dramático de la Vida.
 el juego sagrado. . . y tramposo de la Vida.
Tramposo, sí.
 Porque había que arrebatarle. . . robarle a Dios
con las manos, no con la boca
 la manzana del al higuí.
 No con la boca.
 Por la boca muere el pez
 y ya una vez
 nos perdimos por la boca.
 Pero el Hombre no tiene manos.
 El hombre es un pez estúpido y cobarde. . .
 un cobarde pálido y sombrío. . .
 un cobarde que no quiso crecer,
 un cobarde que no quiso que se le alargasen los brazos
 y le saliesen las manos. . . y las alas
 bajo los rayos cárdenos y ultracárdenos del sol.

En alguna parte está escrito:
 "no es más que un pez el hombre
 en su mar de tinieblas y de llanto".
 Y en alguna otra parte se pregunta:
 "¿Para qué está sentado allá arriba
 en el alto cantil de las nubes heladas
 ese Gran Pescador?
 ¿No es más que un pez el hombre?
 ¿Para qué está allá arriba
 con su cebo
 su anzuelo
 y su larga caña de pescar
 ese Gran Pescador?
 ¿No es más que un pez el hombre?

¿Para qué está colgada del cielo
pendulante
nerviosa
y solitaria
como una estrella huérfana y perdida
la manzana del al higuí.
"¿No es más que un pez el hombre?"

Yo también fui un cobarde. Señor Arcipreste,
un cobarde pálido y sombrío como Ud.
No di la talla del hombre,
me faltó un palmo de estatura,
tuve los brazos cortos
y nunca me salieron las manos. . .
ni los labios. . . ni el Verbo.
No tuve la voz cálida y fuerte del
varón elegido. . .
Y no es verdad. . . yo no fui el profeta
de la ira.
Siempre me faltó el grito incisivo y decisivo
que encendiera la yesca.
Grité en la roca sucia y negra nada más,
como los cascos de un caballo enfurecido
y epiléptico,
que dan chispas a ciegas
y alumbran solamente
el barro y el estiércol de los caminos.

Tampoco fui el Poeta de la Luz.
Aquellas chispas. . . No es verdad. . . aquellas chispas
no rimaron nunca
ni con el lucero
ni con las luciérnagas.
Mi caballo no era un pegaso. . .

y yo no iba desnudo.
Nadie iba desnudo. . .
Ningún poeta cabalgaba completamente desnudo.
Pero yo no vestía una túnica política,
 como se dijo.
Mi cuerpo estaba ungido con una sustancia
negra y pegajosa como la pez. . .
Luego se endureció. . .
y me convertí en una estatua fría y brillante,
dura y pesada como de ébano.
Si fui el Poeta. . . fui un poeta triste
que vivió oscuro bajo el maleficio del eclipse,
un poeta-pep que no supo gritar a tiempo
 y con arrebató
estas palabras prometeicas luciferinas:
"Un día me tragaré el mar,
toda el agua del mar,
todas las tinieblas del mar. .
como una perla negra.
Un día me tragaré el mar,
toda el agua del mar,
toda la amargura del mar
como una sola lágrima. . .
Y dejaré al descubierto
el cebo —la mazana
el anzuelo
y la larga caña de pescar
de ese Gran Pescador. . .
Toda su mentira y su verdad.
Luego me sentaré a llorar. . . a llorar sobre
 la última
roca seca del mundo. . .
A llorar. . . a llorar otra vez
hasta llenar de nuevo la tierra
—como en el segundo día del Génesis—
con otro mar inmenso

mucho más negro
y mucho más amargo que el de ahora. . .
con otro mar que llegue hasta los cielos
anegue las estrellas
y ahogue a ese Gran Pescador
con su anzuelo
su cebo —su manzana
y su larga caña de pescar. . .

Entonces creceré. . .
se me alargarán los brazos,
me saldrán las manos y las alas
y tomaré entre mis dedos como una hostia
de harina y de cristal
el mundo redondo de la tierra
y el universo esférico del cielo. . .
la manzana del al higuí
el corazón rojo y encendido de Dios
que será el mío también.

Entonces. . .
yo seré el pescador
y Dios. . . el Gran Pez,
sorprendido y pescado.

Aquel día. . . el Hombre. . . todos los hombres
con los labios en brasa, cortados para el Verbo,
se comerán a Dios.

Pero nadie, Señor Arcipreste,
nadie —ni Ud. ni yo
ni el Profeta de la ira
ni el Poeta de la Luz—
ha hecho hasta ahora
LA PRIMERA COMUNION

LA POESIA LLEGA... AHI ESTA

A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

*Soy el publicano que no sabe rezar.
Llamadme todos publicano... llamadme publi-
cano vosotros también
Así me llama el Arcipreste... y los líricos fle-
cheros
que guardan el secreto de cómo se disparan el
verso y la oración.*

LA Poesía llega, como un gendarme a la casa del crimen
Ahí está. Viene porque la he llamado yo.
Y viene con su ademán desnudo...
con su mirada sin cortinas
con su mirada sin eclipse,
con una mirada que no se esconde nunca bajo
el toldo de los párpados
ni a la sombra de las pestañas...
Viene con su mirada abierta siempre.

Llega con la llave en la mano.
Con la llave que abre todas las puertas:
el arcón escondido de los secretos inviolados
y la alcoba de los pecados inconfesables.
La Poesía llega con su apostura fría, cínica,
inmisericorde...
como un soldado terrible,
como un sayón,
como el sargento encargado del cacheo
y del desahucio,

como el oficial eclesiástico de la Inquisición,
como el escribano con su mazo de infolios
 donde se va a escribir el inventario de todo
 lo que se esconde bajo el sótano,
como el confesor con su saco blindado donde
 se van a meter
los crímenes,
las herejías,
los ídolos falsos
y las lámparas votivas alimentadas con alquitrán.

La Poesía llega.
Viene porque la he llamado yo. . .
Viene a confesarme y registrarme.
Si me arrepiento, se va.
Pero no me arrepiento. . . y le abro la puerta
Un hombre cualquiera puede ser el Poeta:
El publicano que no sabe rezar
también el publicano. . .
cualquier publicano. . . el último publicano.
Porque el Poeta es el hombre que llama a la
 Poesía sin miedo —al gran sayón, al viejo
 sayón inmisericorde—
y le dice cuando llega a su puerta: Entra.
Quiero saber dónde vivo.
¡Hay tantas sombras. . .
tantas telarañas. . .
y tantos fantasmas aquí dentro. . .!
Entra.
Tú eres la Poesía. . . la Verdad y la Luz. . .
¿No es así?
La que abre las ventanas
y rompe los goznes de las puertas. . .
¿No es así?
La que ahuyenta el trote de las ratas

y apaga el ruido espectral de la polilla en la madera. . .

¿No es así?

La que barre las cortezas caídas y los vidrios
quebrados que se amontonan en los rincones tenetosos. . .

¿No es así?

La que encuentra los grandes versos perdidos
y los grandes sueños que, en la revuelta de
las pesadillas, se escondieron entre las
circunvoluciones del colchón. . .

¿No es así?

La que encuentra también el cardiograma olvidado
entre los folios del viejo libro polvoriento,
el cardiograma donde se registran los golpes del
fantasma apócrifo y los del ángel del Destino. . .

¿No es así?

La que sabe dónde está la sogá que una noche
colgué de la viga más recia. . .

¿No es así?

La que viene a apretar, a exprimir la vejiga
de las lágrimas hasta la última gota de sangre
y de leche. . .

¿No es así?

La que viene a tapiar con ladrillos de fuego el cuarto
donde la lujuria y el sexo envenenados, guardan
los negros sueños espantosos. . .

¿No es así?

Tienes una llave ¿verdad?

y una piqueta. . . y un hacha. . .

y una mecha encendida

y una escoba. . .

y unos ojos sin párpados. . .

¿No es así?

Tú eres. . . ¡Tú eres. . .!

Y a ti te he llamado.

No eres la hermosa doncella vestida de blanco
y con una aureola en la cabeza,
que sonríe en el cromo relamido
al retórico vano, puritano y pacifista.
Eres dura, seca. . . y fea. . . *fea*
como la verdad para un criminal. . . *para mí*
Yo soy un criminal
Un criminal. . . como cualquier hombre de la Tierra.
Un criminal. . . como cualquier ciudadano del Mundo.
Soy el Gran Criminal vestido de hollín y de betún,
que loco y fugitivo
recorre este planeta apagado y tenebroso.

Lo confesaré todo:

He asesinado a la Belleza
y he apuñaleado a la Alegría. . .
He ahogado a la Estrella
y he arrojado la lámpara al pantano.
Mirad mis manos chorreando sombras.
Mirad estas manos de carbón llenando de humo el aire
y apagando las últimas pupilas,
las luciérnagas, los faros y los astros.

¡Sálvame!. . . quiero la Luz. . .
Sálvame. . . quiero ver la Luz. . . ¡sálvame!
Te he llamado para que me salves.
Y te he llamado a ti. . . no a la doncella del
cromo del retórico. . .
Te he llamado a ti. . . a ti. . . viejo Sayón inmisericorde. . .
Y te he llamado para que, luego de oirme,
registres esta cueva,
abras las ventanas,
derribes las puertas,
barras las tinieblas,
quemes mis entrañas

y dejes entrar de nuevo en esta casa subterránea —
 en este cuerpo funeral—
la Alegría y la Belleza resurrectas,
como un río de luz sin presas y sin frenos.

México, 20 de agosto de 1949.

SITUACION ACTUAL DE LA CRITICA LITERARIA HISPANOAMERICANA

Por José Antonio PORTUONDO

Es posible que, para muchos, la situación actual de la crítica literaria hispanoamericana sea de una lamentable pobreza, sobre todo si se la compara con la bullente actividad de la anglosajona, por ejemplo. Sin embargo, analizada con algún cuidado la producción de las dos generaciones que se disputan hoy el dominio de nuestra vida literaria, tal apreciación resulta demasiado ligera. La crítica literaria hispanoamericana, ni pobre ni lamentable, vive, simplemente, como toda la crítica contemporánea, uno de sus instantes de más aguda crisis. No se trata ahora de un conflicto de opiniones o escuelas limitado a un país, a una literatura o a una lengua, sino que la crisis de la crítica contemporánea, como la del ordenamiento político y social vigente, es un problema universal al que no puede escapar la producción hispanoamericana. Es, además, indudable que un cabal entendimiento del aspecto de la crisis más cercano a nosotros nos ayudará a comprenderla en su más ancho aspecto universal.

La crítica literaria hispanoamericana, como la de todo el mundo, está iniciando su revolución libertadora. Hasta aquí la crítica había tenido siempre una posición subordinada, ancilar. En los primeros instantes de nuestra evolución literaria fué, como la filosofía, "ancilla theologiae", simple vigilancia para que las letras profanas no enturbiaran la pureza del dogma. Un poco más tarde, apoyada en las *Retóricas* y en las *Poéticas* que propagaron las descripciones aristotélicas y los consejos de Horacio y Quintiliano, adulterados y transformados en reglas infalibles, la crítica fué sierva de la lógica y de la psicología escolásticas. Las obras literarias eran apreciadas en función de rígidas categorías formales derivadas del estudio anatómico de los modelos clásicos. Si alguna voz más aguda desentonaba era silenciada o no trascendía demasiado los lími-

tes escolásticos. Tales fueron los casos del Lunarejo, de Sor Juana o del Dr. Espejo. La herencia escolástica sobrevive en Luzán y en las *Preceptivas Literarias* que se atienen aún a las viejas categorías: épica, lírica, dramática, tropos, figuras de pensamiento y de dicción, hasta en las que renuevan sus títulos y sus modelos tomándolos de los autores más recientes, como en el caso del *Breve tratado de Literatura General y notas sobre la Literatura Nueva*, de Luis Alberto Sánchez, para citar un ejemplo de todos conocido.

La primera revuelta de importancia contra la crítica escolástica fué la del Romanticismo. Los críticos, siguiendo a Herder, a Chateaubriand, a Madame Staël, rompieron con las categorías aristotélicas e hicieron énfasis en la singularidad del creador y de la obra de arte, en la inspiración, en el modo de expresar los anhelos colectivos, en el valor y la significación de la literatura popular. La más memorable batalla americana de los revoltosos románticos fué la polémica de 1842 sostenida por los emigrados argentinos con los discípulos chilenos de Andrés Bello.¹ Este, señalado entonces como reaccionario por Sarmiento y sus compañeros, era, en realidad, no obstante sus estrechas relaciones con la política conservadora, un verdadero revolucionario en el campo de los estudios literarios. Bello, que había proclamado ya, desde 1823, la independencia intelectual de Hispanoamérica, puso también las bases para la liberación de la crítica de sus coyundas retóricas. Frente a la anárquica explosión romántica, afincó en la filología las bases del juicio literario y dió a su gramática, "para uso de los americanos", fundamentos filosóficos tomados del empirismo inglés. Intentó asimismo liberar a la métrica española de su vieja servidumbre a la prosodia latina, padecida desde los tiempos de Nebrija. La vastedad de sus empeños limitó su eficacia, y sus discípulos, con la excepción de Caro, fueron más gramáticos y filólogos que críticos literarios.

El positivismo libró la segunda gran batalla contra el aristotelismo escolástico. Frente al dogma religioso y al literario irguió su exigencia de investigación científica y sustituyó el irracionalismo de la inspiración romántica por el determinismo

¹ Vid. NORBERTO PINILLA. *La polémica del romanticismo en 1842: V. F. López, D. F. Sarmiento, S. Sanjuantes*. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1943. ENRIQUE ANDERSON IMBERT: "Andrés Bello, Sarmiento y la generación del 1842" en *Ensayos*. Tucumán, 1946, pp. 28-33.

de la raza, el medio y el momento. Si con los discípulos de Bello la crítica literaria había pasado a ser "ancilla gramaticae", con los de Taine y Brunetière devino "ancilla sociologiae". Sin embargo no es posible ignorar las conquistas innegables del positivismo. Por lo pronto, a él debemos el primer intento sistemático de fundar una ciencia literaria y, aunque erró los medios y algunas veces los fines, nos ha dejado una imponente cantidad de materiales que hoy podemos y debemos aprovechar. A los positivistas debemos también, y éste ha sido su más apreciable servicio, la definitiva secularización de las disciplinas humanísticas y el descubrimiento de las ciencias sociales en su aspecto moderno. Con los críticos positivistas anduvieron mezclados o en pugna momentánea, descendientes rezagados de Hegel, de Krause y de Gioberti, los de Sainte-Beuve y un solo discípulo apreciable de George Brandes, D. Baldomero Sanín Cano. Hay, no obstante, en Sanín notas que lo adelantan a su tiempo y lo sitúan mucho más cerca de nosotros, junto al grupo de transición que integran, entre otros, el argentino Roberto F. Giusti, el chileno Armando Donoso y el uruguayo Alberto Zum Felde.

Los modernistas impusieron, contemporáneamente a los positivistas, esa forma bella e intrascendente, falaz e irresponsable, a veces, de la crítica literaria que es el *impresionismo*. Fué entonces la orgía de la crítica "sensible" frente a la enjuiciadora, el predominio irracional del "gusto" sobre la capacidad de juzgar. La crítica fué en ese instante, y ha seguido siéndolo en gran parte, oficio de diletantes. Es necesario, sin embargo, destacar las inevitables excepciones: la agudeza filosófica de Martí, tan cerca, algunas veces, de Francesco de Sanctis; tal o cual página de Rodó, como el ensayo sobre "Juan María Gutiérrez y su época"; las *Leyes de la versificación castellana* de Jaimes Freyre, que muchos críticos actuales desconocen, y el ensayo *Sobre la percepción métrica* de Carlos Vaz Ferreira, más desconocido aún.

Contra el impresionismo de los modernistas y contra la decadencia positivista se produjo, hacia 1910, la reacción que inicia la etapa actual, en transición ahora hacia nuevas formas de crítica. Fué aquél el año del Centenario de la Independencia de México y de la América del Sur y el del comienzo de la Revolución Agraria mexicana. Entre los nuevos críticos surgidos entonces se impuso, desde el primer instante, el magisterio de

Pedro Henríquez Ureña que recogió, con mayor autoridad que nadie, la herencia reformadora de Andrés Bello. Toda la obra crítica de Pedro Henríquez Ureña puede resumirse en el empeño de hallar nuestra propia y peculiar expresión. Para ello partió de donde había comenzado Bello, el estudio del lenguaje tal como existe en nuestra circunstancia americana, a través de esclarecedores ensayos sobre las zonas lingüísticas del español en América, sobre los indigenismos y con la redacción de la mejor gramática contemporánea de la lengua española, en colaboración con Amado Alonso. A estos estudios añadió, como Bello también, la investigación histórica de las formas de expresión poética, la métrica especialmente. Indagó las raíces de nuestra tradición literaria en los escritores peninsulares y, sabiendo que ninguna cultura existe aislada, contribuyó al conocimiento y divulgación de las letras europeas y norteamericanas en ensayos ricos de información y de agudeza crítica. Su obra incluye, desde luego, el estudio de la literatura hispanoamericana, tanto en sus figuras más destacadas, del pasado o contemporáneas, como en el panorama total de su desenvolvimiento histórico, concebido siempre en estrecha relación con los demás fenómenos culturales y como suma de esfuerzos en busca de nuestra expresión. Así lo hizo constar en el prólogo del libro que recoge sus conferencias de Harvard sobre las corrientes literarias en la América Hispana,² con el cual cerró el ciclo de investigaciones que abriera él mismo, en 1927, con sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, obra que ocupa en la evolución de la crítica hispanoamericana posición análoga a *The Sacred Wood* de T. S. Eliot, en los inicios de la Crítica Nueva anglosajona, aunque con intención muy diversa.

La mayoría de los críticos hispanoamericanos no parece haberse percatado de la extraordinaria importancia de ese pequeño libro de Pedro Henríquez Ureña o, para ser más precisos de los dos breves ensayos con que se abre el volumen, en los cuales se traza certeramente el camino a seguir por la crítica y la historia literarias posteriores. En el primero de dichos ensayos, titulado "El descontento y la promesa", describe Henríquez Ureña el proceso de las letras hispanoamericanas impulsado, en cada generación, por el juego dialéctico de la tradición y la rebeldía: ante el hecho fatal de su dependencia

² PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. *Literary Currents in Hispanic America*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1945.

idiomática de España, el escritor rebelde de América busca su expresión peculiar a través de cuatro fórmulas o vías que se concretan en la naturaleza, el indio, el criollo y el americanismo cuyo "precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia". Dentro de esas cuatro fórmulas se ha alcanzado, en momentos felices, la expresión buscada. Pero es absolutamente ilusorio pretender aislarnos de Europa. Y "no sólo sería ilusorio el aislamiento —la red de comunicaciones lo impide—, sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental. Y en literatura —ciñéndonos a nuestro problema— recordemos que Europa estará presente, cuando menos, en el arrastre histórico del idioma".

"Concedido todo eso —añade Henríquez Ureña—, que es todo lo que en buen derecho ha de reclamar el europeizante, tranquilicemos al criollo fiel recordándole que la existencia de la Romania como unidad, como entidad colectiva de cultura, y la existencia del centro orientador, no son estorbos definitivos para ninguna originalidad, porque aquella comunidad tradicional afecta sólo a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa". Y en seguida concluye: "Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secretos de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con más ansia de perfección".³

En el segundo ensayo, al señalar los "camino de nuestra historia literaria", discute la validez y las falacias de los nacionalismos literarios en Hispanoamérica, destruye con poderosas razones la leyenda de la exuberancia tropical en nuestras letras y señala el peligro de que la "América buena" de las maneras democráticas que favorecen el progreso de la cultura, se vea obstaculizada por la "América mala" de las dictaduras incultas que, al servicio de ajenos intereses, echan al suelo de una cox el producto de años de esfuerzo creador. Insiste también en la necesidad de "poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensable".⁴ Esto

³ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, Babel, (1927), pp. 11-35.

⁴ Loc. cit. p. 40.

mismo reclamaba, hace muy poco tiempo, el crítico colombiano Hernando Téllez, pero dudaba también que nuestras letras pudieran darnos tan indispensables puntos de referencia.⁵ Pedro Henríquez Ureña sí confiaba en la existencia de una tradición literaria propia y se había propuesto editar aquellos "libros de lectura indispensable". Así nació su proyecto de Biblioteca Americana, en vías de realización por el Fondo de Cultura Económica, en México, e inspirador, en cierta medida, de la colección que el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana se propone publicar en breve.

Otra contribución importante de Pedro Henríquez Ureña fué su magisterio personal, comparable sólo al de Bello y al de su propio maestro, Eugenio María de Hostos. Contribuyó también a traernos la disciplina intelectual y las enseñanzas iniciadas en Madrid por el Centro de Estudios Históricos, bajo la dirección de D. Ramón Menéndez Pidal. Reanudando, en cierto modo, los métodos de Bello, enriquecidos por la herencia abrumadora de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, el Centro puso los fundamentos de sus investigaciones en la historia y en la filología. Entre sus más constantes colaboradores hispanoamericanos figuraron, además de Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José María Chacón y Calvo.

El fruto más rico de aquella influencia fué la fundación, en 1923, del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires, cuyos directores, solicitados siempre a Menéndez Pidal, fueron, sucesivamente, Américo Castro (1923), Agustín Millares Carlo (1924), Manuel de Montoliu (1925) y Amado Alonso que lo dirigió durante cerca de veinte años, a partir de 1927. En ese período, y bajo tales directores, el Instituto realizó, con la colaboración de Pedro Henríquez Ureña y otras destacadas figuras, una labor extraordinaria, renovando de raíz los métodos de la crítica argentina, en primer lugar, e influyendo poderosamente en la de otros países de América. A sus impulsos, y bajo el patrocinio de Karl Vossler, de Charles Bally y Leo Spitzer, se desarrollaron los estudios estilísticos, culti-

⁵ HERNANDO TÉLLEZ: "Azares y perplejidades de la crítica". Bogotá, *El Tiempo*, domingo 15 de septiembre de 1946. El artículo de Téllez sirvió de pretexto para un debate sobre la crítica sostenido en la biblioteca del maestro D. Baldomero Sanín Cano, entre éste, Téllez, Luis Cardoza y Aragón, Daniel Arango y Andrés Holguín, publicado luego, con todas las intervenciones en versión taquigráfica, en el suplemento dominical de *El Tiempo*, Bogotá, 20 de abril de 1947.

vados sobre todo por Amado Alonso y por Raimundo Lida, e influyentes en otros críticos no exclusivamente estilistas, como Enrique Anderson Imbert. En Venezuela, un discípulo de Vossler, Ulrich Leo, impulsó también durante cierto tiempo los estudios estilísticos, pero no parece haber dejado continuadores apreciables.

Sin embargo, la Estilística corre el peligro de hacer a la crítica sierva de la filología, por lo cual sus más avisados cultivadores rompen con frecuencia el marco un tanto estrecho del método para hacer incursiones por los aledaños, como en el caso de Amado Alonso, que no descuida la significación social de las obras enjuiciadas, o en el de Raimundo Lida que alterna la estilística con la historia de las ideas y estudia a Santayana en el más lúcido ensayo que se haya dedicado jamás a sus ideas estéticas. María Rosa Lida no teme aventurarse en el terreno de las raíces folklóricas de la literatura que antes parecía privativo de la crítica positivista.

El positivismo, por su parte, no desapareció por completo y ha tenido continuadores y superadores de todo tipo, desde la *Socioliteratura* que ha ensayado, con inequívocas huellas de Taine, Luis Alberto Sánchez, hasta el materialismo histórico que ha aprovechado numerosos materiales acarreados por los positivistas y, ante todo, la brecha abierta por éstos en su lucha contra la metafísica. Y si es cierto que los críticos marxistas de Hispanoamérica han incurrido más de una vez en el pecado del sociologismo vulgar, hay casos también, como el ejemplar de José Carlos Mariátegui, en los que la crítica asume una espléndida categoría de obra de arte, sin perjuicio del enjuiciamiento certero, de pura raíz materialista.

En general, la situación actual de la crítica literaria hispanoamericana se desenvuelve entre los extremos del formalismo estilístico y del sociologismo vulgar. Entre ambos, acercándose a uno u otro extremo se mueve una nutrida multitud de críticos empeñados en lograr la exacta "medida del criollismo", como en el caso de Carlos Alberto Erro, de Ezequiel Martínez Estrada y, en alguna porción, Jorge Luis Borges, o atenidos a otros criterios, tanto al neotomista de Clarence Finlayson como al más independiente o más ecléctico, si se quiere, de Eduardo Mallea o de Luis Emilio Soto. En la mayor parte de los casos, la crítica aparece subordinada e incompleta: sierva de la filología, de la psicología, de la filosofía, de la teología o de la

sociología. En sus formas extremas, el formalismo estilístico resulta insuficiente para analizar nuestra producción narrativa, de tan fuerte preocupación y sentido sociales, y, en cambio, el sociologismo se muestra incapaz de juzgar la mayor parte de nuestra lírica. Aun en el caso de ésta, la propia Estilística se ve impedida de abordar a plenitud la totalidad de sus aspectos, como ocurre con los versos de Pablo Neruda. Su más agudo analista, Amado Alonso, se vió obligado a ceñir su estudio estilístico a los poemas de *Residencia en la Tierra*, con referencias también a la obra anterior, dejando, en cambio, afuera toda la etapa que se inicia con *España en el corazón*, para cuyo abordaje resultan a todas luces insuficientes los métodos formalistas, puramente filológicos de la Estilística.⁹

Todo esto ha planteado la necesidad urgente de independizar a la crítica literaria tanto de la filología como de la sociología y de las otras disciplinas no literarias, dotándola, al mismo tiempo, de su propio fundamento teórico. No conviene olvidar que la crítica es una actividad práctica, aplicada, y requiere un mínimo de supuestos básicos, teóricos, en que apoyarse. De aquí su constante demanda de apoyo a ciencias ajenas a la literatura. Esta necesidad de una ciencia o teoría literaria en que fundar la crítica y la historia de las letras, se ha venido sintiendo en todo el mundo desde hace muchos años, pero ha sido en los últimos veinticinco o treinta que ha cobrado mayor urgencia.

En la América española ya se había producido esa demanda en un interesante folleto del crítico costarricense Roberto

⁹ Vid. AMADO ALONSO. *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética*. Buenos Aires, Losada, 1940. En las advertencias iniciales del libro dice su autor: "El presente libro se aplica al estudio de esta poesía hermética (la de *Residencia en la Tierra*) y sólo atiende a la juvenil como un medio auxiliar. Tampoco está incluido *España en el corazón*, no tanto por su escaso hermetismo, sino porque la actitud poética es en él opuesta a la de *Residencia en la Tierra*: aquí, la angustia radical del hombre ante su existencia; allí, lucha entre hombres, solidaridad y aversión; en uno, poesía de la soledad, con el angustioso problema de la justificación de la vida en sí misma; en otro, poesía de la conducta social, con afán de justicia y con tremendos anatemas de combate. Pero, sobre todo, no me he extendido a los poemas de este cuaderno, ni a otros posteriores (así, *Las furias y las penas*, ediciones del Angel Gulab, Buenos Aires, 1939), porque este libro nació ya en 1936 como una interpretación de la espléndida unidad poética que admiramos en los dos volúmenes madrileños de *Residencia en la Tierra*". (p. 10).

Brenes Mesén sobre *Las Categorías Literarias*, en el cual, entre otras cosas, se afirma: "En vista de las obras literarias de todas las lenguas y de todas las épocas crear una teoría del arte que dé cuenta de la estructura interna de todas ellas—con todo cuanto esto implica— es labor que aguarda su Humboldt, su Darwin o su Spencer. Habría que encararla sin pre-docrinas ni pre-conceptos literarios de ninguna especie".⁷ Mucho más adelante, Raimundo Lida, en una serie de conferencias pronunciadas en Buenos Aires, reconstruídas ahora en México, abordó el estudio ontológico de la literatura, apoyado en el análisis fenomenológico de Román Ingarden, y ha expuesto además las tesis existencialistas de Johannes Pfeiffer.

La más importante contribución en lengua española a la creación de la tan indispensable Teoría de la Literatura ha sido *El Deslinde. Prolegómenos a la Teoría Literaria*, por Alfonso Reyes. Iniciado en las tareas críticas junto a Pedro Henríquez Ureña, robustecido luego en la disciplina del Centro de Estudios Históricos de Madrid, remozado de continuo por su activa participación en todos los movimientos de vanguardia de Europa y de América, Alfonso Reyes llevó siempre a sus ediciones y a sus estudios críticos un soplo de sonriente y comprensiva humanidad que disimula las más punzantes arideces de la erudición. En 1944, como resultado de largos años de reflexión sobre el fenómeno literario, publicó, en México, *El Deslinde* en el que, como explica su autor, se intenta "una fenomenología del ente flúido", es decir, una indagación filosófica destinada a poner "entre paréntesis" todo lo que *no es* literatura y anda juntándose y aun revolviéndose con ésta en su indetenable fluir. Este deslinde se realiza a lo largo de siete prolijas etapas a través de las cuales vemos emerger lentamente a la literatura librada de sus préstamos y empréstitos ancilares, diferenciada, cuantitativa y cualitativamente, de la historia y de la ciencia de lo real, reafirmada en su esencia verbal, en su condición de ente *sui generis*—como afirma también Ingarden—, distinto radicalmente del matemático y del teológico.

La *teoría literaria*, expone Reyes, "es un estudio filosófico y, propiamente, fenomenológico. . . Considera las principales formas de ataque de la mente sobre sus entes u objetos pro-

⁷ ROBERTO BRENES MESÉN. *Las Categorías Literarias*. San José, Costa Rica, s. f.

puestos: función dramática, función épica o narrativa y función lírica, las cuales no han de confundirse con los géneros a ellas circunscritos, que son meras estratificaciones de la costumbre en cada época. Toma en cuenta la materia o lengua, su esencia emocional, intelectual y fonético-estética, y su naturaleza rítmica en el verso y en la prosa; el carácter sustantivo oral y el accidente adjetivo de la escritura, y sus mutuos reflejos; la condición popular o culta de formas e imaginaciones y sus mutuos préstamos y cambios; lo tradicional y lo inventivo, como maneras psicológicas. Y todo ello en puro concepto de descripción ("teoría"), que no debe derivar normas ni proponer cortapisas sobre las evoluciones posibles o aun las súbitas mutaciones futuras. Pero la literatura no sólo es una agencia mental abstracta (lo literario), sino también un proceso que se desarrolla en el tiempo, una suma de obras que aparecen día a día. De modo que el tronco de la teoría literaria, en sus ramificaciones más finas, no conoce límites —así cuando llega a la descripción de los géneros—, y tiene que descender sin remedio a consideraciones históricas. La teoría literaria también tiene que descender sin remedio a la preceptiva, pero sólo en cuanto examina y valora las nomenclaturas que ésta propone y su correspondencia con las realidades literarias. Tales incursiones en campo ajeno deben discretamente administrarse de acuerdo con las necesidades de los propios objetivos teóricos. Esto es la teoría literaria".⁸

Con la aparición de *El Deslinde* de Alfonso Reyes se ha abierto una nueva etapa en el proceso de la crítica literaria hispanoamericana, de insospechables consecuencias. Bello puso las bases de la crítica científica, librando al juicio literario de sus ataduras retóricas; Pedro Henríquez Ureña nos dió la clave para entender la unidad de sentido de las letras hispanoamericanas que marchan afanosamente en busca de su peculiar expresión; Alfonso Reyes otorga ahora a nuestros problemas críticos rango universal y se incorpora a los esfuerzos de los más destacados investigadores literarios del mundo en la creación de una firme y coherente Teoría de la Literatura. De estas tres etapas capitales de la crítica hispanoamericana, las dos últimas corresponden a la época actual, y, estimulados por

⁸ ALFONSO REYES. *El Deslinde. Prolegómenos a la Teoría Literaria*. México, El Colegio de México, 1944, p. 17-18.

ellas, un buen número de críticos ha producido obras de importancia, determinando una situación general que, aunque crítica, está muy lejos de ser de lamentable pobreza. Lo cual es, precisamente, dicho en la vieja jerga de las escuelas, lo que queríamos demostrar.

Madison, Wisconsin.

CUANDO CHOPIN VIVIA EN POLONIA...

Por *Gitta STEN*

SUELEN decir los músicos que no es posible encerrar en palabras la belleza de la música. Los escritores, por el contrario, se empeñan en describir y analizar todo lo humano, incluyendo la música.

El "caso Chopin", sobre el cual intentaré hacer un poco de nueva luz, me plantea ese problema. Tarea difícil e ingrata si no fuera porque en la conciencia de México existe un amor profundo hacia cuanto se relaciona con la memoria del "Ariel del piano".

No podré hablar de su música. ¿Cómo explicar con palabras el contenido de sus sonatas o de sus baladas, de sus estudios o sus nocturnos? Se necesitaría para ello la pluma de un poeta, y no de un poeta cualquiera. Sin embargo, esta música nació de algo, tuvo raíces en la vida concreta no sólo del pianista, sino también de sus parientes y amigos; raíces que se ahondan en su país, en su época, en acontecimientos históricos bien definidos, en la pintura de Delacroix, en la poesía de Mickiewicz, en la amistad de Chopin con Liszt, en el movimiento revolucionario de Polonia y de Europa, que anunciaba ya su próxima "Gran Primavera".

No bastan las palabras para describir la música de Chopin, pero buscando sus orígenes y tratando de redescubrir el ambiente en el cual brotó, quizás —además de gozar su belleza en la sala de conciertos—, comprenderemos su grandeza.

DON Nicolás Chopin, padre del artista, contaba 36 años cuando casó con la señorita Justina Krzyzanowska, de 25 primaveras.

El casamiento del modesto preceptor de lengua francesa con la empobrecida Justina, ama de llaves de la aristocrática familia Skarbek, no tendría para el mundo importancia alguna

si no fuera porque, cuatro años después, la joven pareja tuvo un hijo: un varón llamado Federico Francisco.

Pero tampoco el hecho de tener un hijo, tan normal entre jóvenes matrimonios, había conmovido al mundo. Nadie, aparte los parientes más cercanos, se preocupó por el nacimiento del niño. Pocos años pasaron, sin embargo, para que el mundo comenzara a fijarse en la casita campestre de Zelazowa-Wola, ahora convertida en Museo Nacional y envuelta en el cariño del pueblo polaco, que la estima su más preciada joya.

Cuenta una leyenda que el marido de la nodriza de Miguel Angel era cantero, y que con la leche de aquella mujer el niño bebió la pasión por tallar piedra.

La leyenda tejida en torno a los primeros días de Federico Francisco cuenta que durante el parto de Justina Krzyzanowska una orquesta campesina tocaba mazurcas bajo la ventana... ¿Fue una simple casualidad o es una invención? En realidad, poco importa. Alrededor de los genios se crean tantas fantasías...

Stendhal, no recuerdo en dónde, preguntaba un día por qué la mayoría de los grandes pintores nacieron hacia 1510. Y por qué la Fontaine, Corneille, Molière, Racine y Bossuet se dieron cita alrededor del año 1660. Algo semejante podríamos preguntar acerca de la época en que nació Chopin.

Cuando las cuidadosas manos de doña Justina mecían la cuna del pequeño Federico, apenas hacía 19 años de la muerte de Mozart, y solamente uno de la de Haydn. ¿Cuáles fueron las leyes por las cuales Mendelssohn fué solamente un año mayor que Chopin? El mismo destino caprichoso ordenó a Héctor Berlioz que aprendiera a leer entonces, cuando tenía siete años, y a Bellini, que acababa de cumplir los nueve, que jugara a las canicas cuando se cansaba de cantar.

Meyerbeer, de 19 años; Schubert, de 21 años y Weber de 24, no sospechaban que pronto tendrían un peligroso rival en aquel chico nacido en una aldea desconocida... Es poco probable que Beethoven, ocupado en pulir su inmortal *Sinfonía Pastoral*, se preocupara por los niños que nacían en el mundo...

El bondadoso destino decidió que nuestro muchacho tuviera también buena compañía en el campo de las letras. En aquellos días Víctor Hugo, de 8 años, paseaba apaciblemente por la plaza de San Quintín, en Besanson; Heine, Balzac y Adam Mickiewicz, de 11 años, entraban en la peligrosa edad de la

adolescencia, y Byron, de 22 años, contagiaba al mundo con una grave enfermedad llamada "nostalgia".

Decididamente, las buenas hadas que se agruparon en torno de la sencilla cuna de Federico pensaron en cómo hacer más agradable la corta vida del Ariel polaco. Y ¿qué puede ser más agradable que una buena compañía? Así, cuatro meses después que él nació Robert Schumann, al año siguiente su futuro gran amigo Liszt, dos años más tarde el gran poeta polaco Zygmunt Krasiński —con el tiempo tristemente enamorado de la misma Delfina Potocka que amó Chopin—, en 1813 nacieron Verdi y Wagner, y en 1820 el padre de la ópera polaca, Estanislao Moniuszko.

La pregunta de Stendhal es, pues, difícil de contestar. ¿Cuáles fueron las causas de que tantos genios se dieran cita en los cincuenta años que van de 1770 a 1820?

No es tarea nuestra la de contestar a esta pregunta del autor de *Rojo y negro*. Sin embargo, quiero hacer notar que en esta extraña cita de los inmortales Polonia ocupó un lugar importante: primero en el campo de las letras, con Mickiewicz, el 150 aniversario de cuyo nacimiento conmemora el mundo entero con admiración; con Julián Slowacki, otro gran poeta contemporáneo de Chopin, y con Zygmunt Krasiński, que fueron los famosos "tres grandes" del romanticismo polaco. Aunque oscurecido por la gloria de Chopin, Estanislao Maniuszko creó las primeras óperas. Groettger y Matejko enriquecían para siempre la pintura polaca. Tal era el panorama en que el destino colocó a Federico Francisco.

Algo semejante ocurría también en el orden político. En 1807 el "pequeño caporal", dueño de Europa, creó el Ducado de Varsovia, de dos millones y medio de habitantes. Pero la buena suerte de Napoleón no duró mucho; pronto llegó su tremenda derrota en los campos rusos, cubiertos de nieve, y desde entonces un desastre tras otro, hasta llegar a la catástrofe final de Waterloo. Las esperanzas de liberación de Polonia quedaron defraudadas una vez más.

En 1815 los representantes de Inglaterra, Austria, Prusia, Rusia, España, Suecia, Portugal y Francia, reunidos en el Congreso de Viena, aceptaron la proposición de Rusia de formar con Polonia un Estado similar al Gran Ducado de Varsovia, pero bajo la tutela del "angélico" zar. Así nació lo que durante muchos años habría de llamarse "la Polonia del Congre-

so", que sólo recobraría su independencia, tras de continuas rebeliones, después de la Primera Guerra Mundial.

La niñez de Federico transcurrió en un período de calma superficial, con su país gobernado por Novosilcow, cuyo carácter y métodos sólo pueden ser comparados con los de los nazis de la última contienda, y por el gran duque Constantino, hermano del Zar, despótico y adusto gobernador, cuyo rostro se suavizó cuando oyó tocar al niño prodigio de Zelazowa-Wola.

Pero aquella calma era aparente. Las organizaciones secretas de los polacos se extendían a pesar de la vigilancia de la policía rusa, y la mayoría de sus dirigentes eran estudiantes de las universidades, intelectuales y miembros del ejército polaco (porque Polonia guardaba las apariencias de un Estado libre, con una miniatura de ejército propio). El alma de una de aquellas organizaciones era el famoso poeta Adam Mickiewicz, con quien Chopin se reunió años después en París, cuando ambos estaban en el exilio. Federico y George Sand fueron asiduos asistentes a sus conferencias en el Colegio de Francia, en el cual era profesor de literatura eslava; a su vez el gran poeta polaco, hoy llamado el profeta de Polonia, visitaba a menudo la casa de George Sand o del pianista, en la plaza Vendome, para escuchar allí la voz de la patria, sometida, después del levantamiento de 1830, más cruelmente que nunca. . .

La insurrección de ese año, que comenzó 27 días después cuando ya Federico había salido de Varsovia hacia París, fué un doloroso fracaso. Los rebeldes, capitaneados por el joven oficial Piotr Wysocki, querían capturar al Gran Duque Constantino en su palacio. Lograron, efectivamente, entrar en Bellvedere, pero el duque, prevenido a tiempo, pudo huir. El zar Nicolás I libró una guerra sin cuartel contra los insurrectos, cuyas fuerzas, notablemente inferiores, hubieron de rendirse. La causa principal del fracaso de la revolución de noviembre fué la inhibición de las fuerzas populares, principalmente de los campesinos que, a pesar de la Constitución de 1794, habían seguido esclavizados, y a quienes les daba lo mismo trabajar para los rusos que para los nobles polacos. Una vez más la historia demostró que la justicia sólo pueden imponerla las masas populares, el pueblo entero, y que sin la participación de los campesinos y los obreros no hay revoluciones triunfantes. La insurrección de noviembre fué un sangriento fracaso que segó

la flor de la juventud polaca y llenó de patriotas las cárceles de Siberia.

Cuando Federico tenía cuatro años, *monsieur* Nicolás abrió una pensión en Varsovia. Por cierto que todavía se discute el origen de este personaje; hay quienes dicen que era hijo de un comerciante de vinos de Nancy o de Marainville, y otros que descendía de un emigrante polaco apellidado Szop. El caso es que, según el relato del escritor polaco Nowaczyński, la idea de fundar una pensión en Varsovia tuvo un origen bastante curioso.

Un emigrante francés, el coronel Neuman, establecido en Varsovia después del desastre de Napoleón, considerando a Polonia como nación poco culta escribió un libro titulado *Planes de regeneración de la nación polaca*, en el cual decía que para elevar el nivel cultural del país era preciso educar a los niños solamente en francés, y que, en general, se debía imitar en todo a la gran Francia.

El ex patrono de Nicolás Chopin, el conde Skarbek, en cuya casa conoció el francés a su futura esposa, era persona de mente clara, conocido economista y hombre de letras. Contestó, pues, al coronel Neuman en otro libro, y convenció al señor Chopin de que debía fundar una pensión para niños, a fin de demostrar cómo era posible educar a los jóvenes en un espíritu puramente polaco.

Por tales razones pintorescas y otras más serias, de índole económica, el matrimonio Chopin abrió su pensión y acogió en ella a unos ocho o diez muchachos de buena familia.

Con estos muchachos, entre los cuales encontró el joven Federico sus mejores amigos, y con sus tres hermanas, sus padres y la famosa Zuska, más los maestros Zywny y Elsner, pasó aquél los años de su primera juventud.

En la casa se hablaba una curiosa mezcla de idiomas: polaco, francés, italiano y alemán (*monsieur* Nicolás, muy antinapoleónico, no soportaba que se hablara francés... en su casa).

Los domingos por la tarde *monsieur* Chopin jugaba a la baraja con los maestros Zywny y Elsner y con otros dos profesores del Conservatorio, bebiendo un ligero vino tinto.

Mientras tanto, la señora Justina preparaba a los muchachos para el acostumbrado paseo fuera de la ciudad. Y hay que decir que los domingos no estaba la señora de muy buen humor: católica creyente, nunca llegó a convencer a su marido para que

la acompañara a la misa dominical, pues *monsieur* Nicolás era francmasón y no había modo de hacerlo ir a la iglesia. ¡Pobre señora! ¡Cuántos domingos la vieron llorar!... Pero ni siquiera tenía tiempo bastante para las lágrimas: los muchachos la esperaban impacientes ante la puerta, y *monsieur* Nicolás, bastón en mano, paseaba nerviosamente.

Entre aquellos muchachos, que caminaban uno tras otro, iba Federico, con pantalones cortos, de paño claro. Iba riendo, rebosante de buen humor, con la cabeza al aire; quizás un poco más pálido que los otros y cansándose un poco más que sus colegas; pero no era cosa de cuidado.

Los domingos por la noche se celebraban las famosas representaciones teatrales, en las que Federico reinaba en tres aspectos: como compositor, autor y actor. ¡Qué sorpresas daba el chico en estas veladas dominicales, improvisando sobre las composiciones que oía diariamente a Zuska, la sirvienta que amenizaba con melodías polacas su trabajo de limpiar alrededor de veinte pares de zapatos diariamente!

Aquí debemos rendir homenaje a esta mujer, que ya tiene grandes posibilidades de pasar a la historia y ocupar un buen puesto entre las mujeres célebres de su época.

Así describe a Zuska el escritor Eduardo Noch:

"Natural de las regiones centrales, era Zuska una mujer robusta y sana, grande y atrayente, aunque afeada por las cicatrices de la viruela. Es difícil imaginarse la casa del profesor Chopin sin esta cariátide devota y fiel que de todo se ocupaba, y que al fin llegó a ser casi miembro de la familia. Se ocupaba, sobre todo, del joven Federico. Jamás se sabrá cuánto debe la música a esta mujer, por cuanto sin duda prolongó la vida enclenque del joven pianista, gracias a la casi maternal ternura de que cálidamente le rodeó".

"Su influencia psicológica no fué menos importante. Si los críticos y los historiadores del arte buscan actualmente todo cuanto pudo contribuir a la formación de la personalidad de Chopin, es necesario pensar también en Zuska. Sí. Zuska —escribe el mismo crítico Noch— desempeñó papel importantísimo. Su espíritu sano y bien equilibrado de campesina, su buen sentido siempre alerta eran lo que necesitaba Federico. Cuando niño, sensible por naturaleza, hasta el más alto grado de la hiperesesia, sufría de tiempo en tiempo crisis psíquicas y manías, sobre todo estados depresivos que se manifestaban en for-

ma tan excéntrica como cómica. Era entonces cuando Zuska aparecía como un ángel guardián. En esos momentos Federico se imaginaba, por ejemplo, que tenía una nariz horrible, orejas viles, dedos demasiado cortos, y era capaz, desdichado y abatido, de contemplarse horas enteras en un espejo, buscando toda suerte de defectos físicos en su persona. Zuska estaba siempre dispuesta a consolarlo y socorrerle. Zuska era para él, también en la música, una fuente de energía y esperanza. Tenía voz agradable y le gustaba cantar. Fué la primera persona que cantó a Chopin todas las canciones del pueblo, nostálgicas y alegres, rudas y amables. Posteriormente, esos mismos temas musicales, ennoblecidos, poderosos, serían los temas de la música de Chopin".

De acuerdo con el estilo de la época, Zuska, como cualquier heroína romántica, se suicidó en las tranquilas aguas del Vístula.

Quizá aquel niño delicado y frágil habría corrido la suerte trágica de su hermana Emilia, sin las compresas y las botellas de agua caliente que Zuska aplicaba devotamente a sus pies fríos. Los cuidados de Zuska los prosiguió más tarde George Sand, quien, años después, pudo decir de él: "Era algo así como esas criaturas ideales que la poesía de la Edad Media hacían servir de ornamento en los templos cristianos. Un angel bello de rostro, como una mujer, triste, puro y esbelto; de forma pura como un joven dios del Olimpo y, para completar este conjunto, de una expresión a la vez tierna y severa, casta y apasionada".

Para que al correr de los años pudieran llamarlo las mujeres "joven dios del Olimpo" hubo otra causa: el campo polaco. Invitado a menudo por los padres de los muchachos que estaban en la pensión de los señores Chopin, Federico pasaba sus vacaciones en las ricas mansiones de Mazovia. De aquellas tierras, como de Zuska, recibía una inyección de salud y de inspiración inmortal. Allí se impregnó para siempre de los murmullos de los ríos polacos, del susurro de los vientos de la campiña. Allí oyó las orquestas campestres, la música y los cantos de las bodas, las canciones de cuna, las del herrero, las melodías de las muchachas en las fiestas aldeanas, y las notas quejumbrosas de los pastorcitos. . .

Debe decirse que, a pesar de su corta edad, Federico era recibido en los palacetes veraniegos de los nobles como un

príncipe, si no de la sangre, sí del arte, y que estuvo muy relacionado con las más altas esferas aristocráticas de Varsovia. Bien sabían los Radziwill, los Potocki y los Skarbek que el Gran Duque Constantino lo había invitado a tocar para él, y que la princesa Luisa (de los Radziwill) se detenía a menudo ante la casa de los modestos profesores Chopin. Hospedar en su casa al niño prodigio de Polonia era un privilegio. . .

Allí, en aquellos campos, llanos y anchos, que a lo lejos se unían con el horizonte, Federico se sentaba un poco cansado, abandonando a sus camaradas, para "oír". Oír ¿qué? El viento, los mosquitos zumbando en el aire, las mariposas posadas en las flores, las abejas, las bandadas de cigüeñas, el gorjeo de las alondras y el olor de los lirios del valle. . .

Algunas veces, los amigos que regresaban de sus exploraciones por el bosque lo encontraban llorando. ¿Por qué lloraba? No había razones aparentes para ello. Era fácil imaginar la cara de los hijos de los terratenientes, sanos y robustos, al ver a aquel muchacho, con el rostro hundido en los brezos, escuchando cómo crecía la hierba o cómo caían los pétalos de una rosa.

A quienes pretenden saber algo de cómo se forman los genios, hay que preguntarles qué habría sido de este genio polaco si no hubiera respirado el campo de la patria, si no hubiera hundido la cara en los pastos cuajados de amapolas y lirios del valle, si no hubiera escuchado a las muchachas que reían mientras ordeñaban las vacas, si no hubiera oído los violines y contrabajos en las hosterías.

Pero ¿y Varsovia? preguntará alguien. ¿Cómo era la Varsovia en que el músico vivió veinte años? ¿Qué influencia ejerció esa capital que apenas salía de la Edad Media? Varsovia era una mezcla de campo y ciudad, en la que difícilmente podía decirse dónde comenzaba la capital y dónde la aldea. Había en ella torres y murallas, puertas y fosos, palacios y casas de departamentos, hierbazales sin cultivos y preciosos parques.

En cuanto a su nivel artístico, a pesar de que apenas comenzaba a formarse como una bella ciudad, Varsovia era ya la tercera después de Viena y París. Varsovia amaba la música; tenía salas de conciertos y fábricas de pianos, entre éstas una muy conocida en Europa, la de Buchholz. Actuaba allí Paganini y la famosa Catalani, que regaló a Federico un reloj de oro con la inscripción: *De madame Catalani a F. Chopin, de 10 años. Varsovia, 3 de enero de 1820.*

Así pudo Federico oír música en su amada capital. Si Zuzka la sirvienta y el campo polaco le ayudaron a conservar la salud y a conocer las canciones del pueblo, la capital con su ambiente culto y musical le permitió desarrollar sus dotes geniales.

Desde temprana edad, el muchacho, a los catorce años premiado en el Liceo de Varsovia con un libro dedicado *Por su buena conducta y aplicación a Federico Chopin*, se acostumbró a la vida de los salones, al trato con la aristocracia, con condes y príncipes. Las mujeres más bellas y ricas le acarician; el frufú de tafetas, terciopelos y encajes le son muy familiares. Convertido en ídolo del público de Varsovia, conocía los palacios, los lujosos carruajes y los salones repletos de riquezas. De entonces datan su gusto por la buena ropa, su necesidad de ver constantemente a la gente, de divertirse; y como tenía buen sentido del humor y mucho encanto personal, su niñez —excepto cuando la muerte de Emilia, su hermana mayor— pudo estar llena de alegría y felicidad.

A los siete años publicó su primera composición —una *Polonesa*—; a los ocho dió su primer concierto público. Después toda su juventud abunda en composiciones y conciertos, y cuando no compone o toca va a los teatros, a los conciertos o al *carrousel*, que se ponía de moda, procedente de Viena, o navega en lancha por el Vístula. Probablemente admira, con los demás, a la joven francesa que en el jardín Saski demostraba cómo sube por el aire el famoso globo. Federico va adonde va la juventud de Varsovia, pero más frecuentemente a la calle del Borrego, a un lugar poco descrito hasta hoy por sus innumerables biógrafos.

Según Broskiewicz, chopinólogo polaco, se ha dedicado demasiado espacio al análisis de la rosa seca de María Wodzinska encontrada entre las cartas de Federico, a los bordados y miniaturas de la plaza Vendôme. Demasiado lugar se dió a sus guantes amarillos y a su pantalón bien planchado, olvidando lo que era la Polonia de aquella época, llena de organizaciones secretas, de ideas liberales y una juventud guiada por hombres de la talla de Mickiewicz, Slowacki y Staszic; este último gran hombre de estado y escritor; olvidando que Federico Chopin no podía de ninguna manera escapar a ese ambiente. No es importante, dice el citado Broskiewicz, saber en qué cuar-

tos y en qué casa vivió Chopin, sino en qué Polonia y en qué Europa vivió.

Nadie piensa hacer de Chopin un político, porque no lo era; sin embargo nadie puede negar el hecho de que el silencioso Federico, que vivió rodeado de la flor de su país, emigrada a Francia, y cuya única preocupación era cómo devolver su libertad a Polonia, este Federico Chopin no podía pensar solamente en sus guantes amarillos o en las recepciones de los Rotschild o de los Czartoryski. Demasiadas ideas fermentaban en Europa y entre el círculo internacional del "pálido ángel" para que éste no se impregnara de ellas. Nadie puede negar hoy que el *Estudio No. 12*, el llamado "revolucionario", no fué escrito por un hombre cuya atención se fijaba solamente en la vida de los salones, sin pensar profundamente en lo que pasaba en el mundo. Nadie podrá decir hoy que el "aristócrata del piano", que "supo levantar lo popular a la más alta dignidad de lo humano", como caracterizó su música el poeta polaco Cipriano Norvid, dedicó toda su obra a sus diversos alumnos, a las bellas damas de su medio, y no a un solo símbolo llamado Patria.

Precisamente en la calle del Borrego, en Varsovia, aprendió Federico lo que significan las palabras *Patria*, *libertad* y *opresión*. Allí, con Tytus Wojciechowski, con Julian Fontana, con Matuszewski, con los tres hermanos Kohlberg, nuestro joven se encuentra en su sitio. Después de los palacios (en fin de cuentas, bastante aburridos) y después de las temporadas en las casas de los nobles, en el campo (en realidad gente poco refinada), ¡qué placer estar con los amigos en el café! ¡Todos desbordantes de fantasía, escritores, compositores, pintores, redactores, periodistas! Allí fermentaban las ideas liberales, de allí salían las noticias y allí llegaban las novedades de lo que pasaba en el mundo.

Allí, probablemente, aprendió Federico, por boca de sus ricos amigos Radziwill, Sowiński y Wolowski, lo que era París. El incomparable París, con la sala Pleyel, con Donizetti, cuya fama comenzaba a oscurecer la del incomparable Bellini y la del violinista Kreutzer.

Allí, probablemente, oyó por vez primera el nombre de la señora Dudevant. ¿Quién es? —preguntaban los jóvenes del café del Borrego. "Una escritora de poco talento", contestaban los visitantes del "gran mundo", pero una "magnífica mujer",

que no teme los escándalos y que abandonó a su esposo. Usa pantalones, fuma cigarros. . . En una palabra, una "gran mujer", de quien medio París está enamorado. . . Sin hablar del Barrio Latino. . .

Federico oía con atención: París, ciudad de ensueño, la ciudad de su destino. ¿Aurora Dudevant? Después, el tempestuoso idilio con Aurora tuvo para el delicado poeta del teclado muy poca semejanza con la calma y el aire puro de las auroras. . .

Mientras tanto, otra mujer ocupa su corazón: Constancia Gladkowska, joven cantante, compañera de estudios en el Conservatorio. La muchacha era pretenciosa y Suska no podía soportarla; además, con serios pretendientes a su disposición, poco se preocupaba por el tímido muchacho que sólo expresaba su amor con su música. La separación de los dos jóvenes no afectó profundamente al uno ni a la otra, a pesar de que habían cambiado anillos de noviazgo. Constancia, que vivió cuarenta años más que Chopin, parecía sorprendida al leer la biografía de su adorador, en la que se subrayaba la importancia que ella había tenido en su vida. . . Por fortuna, cuando lo supo Constancia era ya una matrona de sesenta años, estaba ricamente casada y era dueña de grandes fincas rurales. Es probable que el arte haya perdido poco con este corto, tímido y nunca acabado idilio juvenil.

Comenzó entonces para Federico la época de los conciertos en Viena, en Dresde y otras ciudades extranjeras. Aquellos conciertos, dados con mucho éxito, le abren nuevos horizontes y perspectivas. Además, durante su estancia en Viena, Federico, de apenas 19 años, se hizo amigo con sorprendente facilidad, de algunas destacadas personalidades de la época, conquistando relaciones y cosechando admiración. Sus encuentros con Schumann —desgraciadamente muy cortos— le valieron un admirador devoto, uno de los primeros que reconocieron su genio, y quien escribió: "Su música son cañones escondidos entre rosas".

Otra bella amistad unió a Federico con Vincenzo Bellini, el compositor italiano. Estas dos almas sutiles se comprendieron inmediatamente. A la amistad con Bellini se une la de la señora Delfina Komar de Potocka. Los tres pasaron juntos unas cortas vacaciones. Esta amistad dejó en los tres huellas que duraron hasta el último momento de su vida: llamada junto al lecho de muerte de Chopin, Delfina cantó un aria de Bellini. . .

Cuando en París conoció a Liszt, éste quedó maravillado de su arte. Los *Estudios* de Chopin no solamente le sorprendieron, sino que le obligaron a encerrarse durante algunas semanas en lugar solitario, para aprender a tocarlos como el mismo Federico y, según algunos testigos, quizás mejor que el propio compositor. Liszt llegó a decir que daría cuatro años de su vida por haber compuesto algo semejante.

Después de Viena, Federico regresó por un año a Varsovia. Un año de trabajo intenso, en la cumbre de la celebridad. Federico era entonces el ídolo del público varsoviano, de la Varsovia que pronto abandonaría para siempre. Su último concierto lo dió allí el 11 de octubre: el concierto del adiós. . .

El organizar un concierto en aquella época, en Varsovia, exigía bastantes esfuerzos y planes bien elaborados, si se quería evitar un fracaso. Además se trataba de un artista nacional, lo que en aquellos tiempos entrañaba las mismas dificultades que hoy.

Los preparativos —como dice el escritor Nowaczynski— exigían un cuidado especial porque nuestro joven se opuso decididamente a que el concierto fuera patrocinado por las damas de la alta sociedad, como era costumbre. No; él quería saber cuál era su verdadera popularidad, cuál el interés real del público por su arte. No habrá condesas ni baronesas, fué su decisión irrevocable, y nadie se atrevió a contradecirle, como tampoco nadie se opuso cuando Federico decidió que Constanca cantara en el concierto.

La capital estaba sembrada de carteles. Cubrían éstos los muros de las casas, las hosterías, el correo central, hasta los grandes pozos de los suburbios. Nadie podía equivocarse: el 11 de octubre Franciszek Fryderyk Chopin daría un concierto en Varsovia.

La venta de los boletos comenzó seis días antes, en las dos librerías de la ciudad, cuyos dueños eran muy admiradores de Chopin. Las señoritas Chopin y sus amigas se encargaron de visitar todas las tardes los dos establecimientos, para tomar el pulso de la venta de boletos. Y parece que este cuidado era muy necesario, porque al principio la venta no iba muy bien; sin embargo mejoró notablemente al quinto día, y se vendieron todos los palcos y las butacas, y todo el tercer piso se agotó.

La noche del concierto la sala estaba plétórica. El público —cosa muy rara— fué puntual. A la luz de los candiles se

notaba en las caras, sorprendentemente animadas, cierta nerviosidad. En vez de ocupar sus asientos, la gente se agrupaba murmurando algo. Seamos sinceros: la causa de esto no era solamente nuestro pianista, sino el que la noche anterior la policía rusa había detenido a algunos estudiantes y obreros, y había visitado varias casas de familias conocidas. Había habido también dos incendios en los suburbios de Varsovia. Minutos antes de que comenzara el concierto corrió por la sala una noticia electrizante: el carruaje del general Trebicki y el del teniente Nowicki —ambos zaristas y amigos del príncipe Constantino— habían sido apedreados cuando se dirigían al palacio del gobernador ruso.

La sublevación de 1830 se acercaba a pasos rápidos.

Sin embargo, el concierto comenzó a la hora fijada.

Federico tocó su primer concierto para piano, y la *Fantasia Polaca*. Dirigía el profesor Soliva, y como solista cantaba Constancia Gladkowska.

Al final hubo en la escena coronas de flores y un ramo de las meseras del café de la calle del Borrego. . .

A la salida del Teatro Nacional, la gente, aglomerada, se amontonaba para ver a la luz de las linternas la pálida cara de Federico. Después del concierto, desde el 11 de octubre hasta el 2 de noviembre, Varsovia se dividió en dos campos, que discutían enconadamente si para perfeccionar sus estudios Chopin debía ir a París o a Italia.

En las discusiones participaba todo el mundo: la aristocracia, los nobles en cuyas casas Federico pasaba sus vacaciones, los amigos y los profesores del Conservatorio, los asiduos del café de la calle del Borrego, el maestro Zywny, los papás de Chopin. En una palabra, todos los que conocían a Federico, los que solamente iban a sus conciertos, los que sabían algo de música, y los que nada sabían.

El escritor Adolf Nowaczyński describe así los dos campos: "Los mayores de 40 años estaban por Italia (naturalmente, soñaban que Federico, en el clima propicio de Italia, crearía una ópera nacional polaca); las mujeres y los jóvenes estaban por París; el clero votaba por Italia; los *bonvivants*, los *dandies* y los aficionados a bailar, por París; el maestro Kurpiński —el mismo que compuso la *Varsoviana*— prefería Roma: Elsner, cuyas relaciones con Kurpiński eran tirantes, trataba de convencer a su alumno de que solamente en París podría encontrar

la fama; y el amigo Wolynski (el que en el café del Borrego había citado el nombre de Aurora Dudevant) votó, naturalmente por París. Y así todo el mundo. Por fin, París comenzó a ganar terreno en Varsovia. . .

Para el día 2 de noviembre se apartó en la diligencia el asiento número 7 (cerca de la ventanilla), para las 6.30 de la mañana.

El día anterior lo pasó Federico en visitas de despedida. En un fiacre alquilado visitó a sus innumerables amistades, a sus profesores, las dos librerías, a Elsner y a Kurpiński.

A las 11 de la mañana, en una senda apartada del jardín Saski, cambió los anillos de compromiso con Constanca. Los dos se juraron amor eterno, un amor cuya suerte ya conocemos. Empezaba a hacer frío en Varsovia.

El jardín, con las últimas hojas en los árboles, se veía triste.

Al atardecer, cuando Federico regresó, ya cansado, la luz de noviembre se opacaba rápidamente. Sin embargo es probable que Federico hubiera podido leer, en las paredes, los letreros que decían *Muera el Gran Duque Constantino; El poder para el pueblo; ¡Viva el pueblo polaco!*

Al día siguiente, a las 6.30 de la madrugada, Federico Chopin dejó para siempre Polonia y comenzó su viaje hacia la inmortalidad.

ETAPAS DE LA FORMACION DE DIEGO RIVERA

Por *Margarita NELKEN*

NO es fácil, ante un acontecimiento de la magnitud de la Exposición Diego Rivera, actualmente celebrada en el Palacio de las Bellas Artes de México, sustraerse a esa como hiperestesia hiperbólica que, desde un principio, desorbita —en un sentido o en otro— los juicios y estimaciones. (Desde un principio, decimos, y decimos mal: "avant la lettre", sería más justo, ya que, con semanas, y hasta meses, de antelación, echaronse las campanas a vuelo en loor "del pintor más grande de nuestro tiempo", y, en fatal —y fatídica— contraposición, negáronseles el pan y la sal a quienes no acataran tan tajante como atrevido aserto).

Si sumamos a este "clímax" por demás dionisiaco los pujos, inevitables por lo visto en nuestros días, de una xenofobia que, cual el amor punible, "no osa decir su nombre", amén de cuantos complejos ruedan por este mundo de educaciones a medias, y estos mundillos de arribismos sobradamente enteros y desarrollados, nos encontramos con que, al pintor, son precisamente sus más entusiastas turiferarios quienes más flaco servicio le prestan, ya que, por reacción automática contra un botafumeiro que, consciente o inconscientemente, pretende obligarnos a una reverencia sin medida, tino ni establecido fundamento, el juicio celoso de resguardar su libertad de acción y de expresión (esa tan traída libertad de expresión, de continuo llevada a concilios que la debaten como si todavía, a los tantos y tantos siglos de etapas de una cultura encaminada, al parecer, a preservar, en el individuo, o a desprender en él, cuanto le apega a sus más gregarias supersticiones, fuese menester —y es que en verdad lo es— entender lo que significa, en el hombre, su más elevada manifestación de dignidad); ya que, apuntamos, el juicio sin cortapisas ni andaderas apriorísticas, frente a lo que pretende forzarlo, se rebela con riesgo de dejarse

arrastrar por la pendiente opuesta a aquella por la que se le quiere despeñar. Ante la disyuntiva de ser tildado de beocio, o de adolecer de mal disimulada envidia, cuando se es conciudadano del artista; o de menospreciar los valores del país que le ha dado a uno asilo en horas aciagas, o le acoge en horas de grato recreo, cuando se ha nacido bajo otros cielos; y ante la muy problemática aceptación de la honestidad de sus reservas, en el caso de formularlas desde el ángulo estrictamente técnico, y la casi segura clasificación entre los retrógrados no ya en materia de arte, sino en todos los órdenes de la vida, si en estas reservas entra siquiera un asomo de repulsa de ciertos matices que, en este arte, a unos se les aparecen como demoledores, pero que otros ven como superficialmente demagógicos; ante esa disyuntiva, decimos, son muchos los que prefieren callar, y guardar en cartera su opinión para menos candentes oportunidades. Y callan, no por aquello de que quien calla otorga, sino, por el contrario, para no tener que otorgar. Y de esta suerte, lo que podía, con frecuencia, presentarse como dictamen a la postre laudatorio, o, cuando menos, de certero aprecio, queda convertido, en el pozo espeso de las represiones; en aquel sedimento, entre doloroso y vil, de las intenciones truncadas; en un como rencor informado, anheloso de hallar ocasión de aflorar a la superficie de las palabras.

No, no creemos le presten amigable servicio, a Diego Rivera, aquellos cuya buena intención les ha llevado a compararle sin ambages a un Miguel Ángel, y a colocarle, sin más, por encima de todos los creadores de arte contemporáneos. Anticiparse a las definitivas decisiones de la posteridad, es excesivamente aventurado: esto, tocante a lo segundo. Que, en lo que a lo primero se refiere, nos merece Diego Rivera demasiada consideración para no estar seguros de que él mismo, en sus momentos de mayor satisfacción creadora, deje, ni un segundo, de medir toda la distancia que separa la Sixtina de cuantos frescos se han pintado antes y después. Por igual, seguros estamos de que el propio Diego Rivera, al oír los ingenuos ditirambos acerca de la suma de trabajo—así, de trabajo, en su aspecto material—que representan sus murales, se sonríe, burlona o piadosamente, por no poder olvidarse del acervo de inspiración genial estampada en los muros de las Logias y Estancias vaticanas, por un genio cercenado a mitad del camino que él tiene ya recorrido en la vida. Llegaremos hasta el fin

de nuestra reflexión: esta exhibición, hecha con objeto de presentar globalmente la obra de Diego Rivera, tal vez, en su balance final, antes que un monumento erigido en vida al pintor, resulte una posibilidad de crítica demasiado rigurosa brindada a los exégetas. Que, fuera del radio de aquellos creadores de genio excepcional, cuyo desenvolvimiento registrase en un tono de ascenso inquebrantablemente sostenido a través de todas sus vicisitudes (verbigracia un Mozart o un Miguel Angel, un Shakespeare o un Ticiano); son más aquellos cuya obra, considerada en su conjunto, revela con excesiva crudeza incursiones en cercados ajenos, y debilidades que, presentadas por separado, pasaban, si no por completo inadvertidas, siquiera muy atenuadas. Sentado el hecho de que el Instituto Nacional de Bellas Artes de México, en la organización de esta exposición, ha llevado a cabo una tarea improba, y la ha realizado con un acierto difícilmente superable, cabe, pues, preguntarse si la magnitud de la empresa realmente corresponde, no ya a las proporciones de la obra que se trataba de glorificar, sino al resultado perseguido, y quizá no obtenido en el sentido precisamente que se perseguía. La alharaca producida por "snobismos", o afanes de emular a éstos, nada tiene que ver con un juicio serenamente crítico. Tampoco tienen nada que ver los embelesos que, por fuerza hemos de calificar de "primarios" —en el sentido que los franceses dan al vocablo— con el aquilatamiento de una obra por quienes basan su opinión, justa o equivocada, en un parangón con otras manifestaciones similares, y en el intento de situarla dentro de una producción mundial, cuyas facetas tienen presentes al pergeñar o emitir dicho juicio.

Sabido es que, en arte, el robo no se justifica sino seguido de asesinato: esto es, cuando el que aprovecha inspiraciones ajenas, sabe apropiárselas hasta el punto de refundirlas en su propia e indiscutible personalidad. (Tal, el Rafael aprovechando al Perugino; El Greco al Tintoretto, etc. ...; o, más cerca, Manet a Goya, Toulouse-Lautrec a Degas). Sabido es también que, en el arte, el espíritu revolucionario no se traduce en los temas, y que un Cézanne, toda su vida conformista social, política y religiosamente, en las Historias del Arte figura bajo un marchamo subversivo y de innovador que no le cuadra, en cambio, a ninguno de los pintores soviéticos, cuyas efigies de Lenin y Stalin o descripciones de escenas específicamente revo-

lucionarias son inequívocamente académicas. (Como lo es la pintura de Fougeron, cuyas "Parisinias en el mercado" han sido últimamente presentadas como modelo de arte progresivo por la prensa llamada de extrema izquierda, por representar a unas mujeres del pueblo contemplando desesperadas su portamonedas parcamente nutrido, frente a un puesto de pescados demasiado caros para sus exiguos recursos; pero que ningún crítico de arte que tome en serio su misión puede comentar sin sonreírse). Vamos, pues, a tratar, en estas páginas, y precisamente por respeto sincero a una obra cuya importancia no es discutible, de discernir, de una parte, hasta qué punto Diego Rivera ha logrado, según el dicho corriente para celebrar la fuerza de una personalidad al captar efluvios que le eran convenientes, "asesinar al robado"; y, de otra, apartar, en la estimación que esta obra nos merece, lo que en ella se involucra sin nexo específico con la creación artística en sí y ha de quedar por tanto, infaliblemente, más tarde o más temprano, relegado a la guardarropa de las emociones y reacciones transitorias.

(Atención, no se nos sitúe, por lo que antecede, entre aquellos que creen que el arte es una enteleguía que ha de permanecer ajena a su tiempo. No hay, no ha habido jamás, arte que tal nombre merezca, desligado de las inquietudes que le envolvían, y el "Homo sum", etc. . . , de Terencio, vale lo mismo para los "Caprichos" goyescos que para la —aparente— serenidad de "Las Meninas", así como vale igual para las aristofanescas comedias "de actualidad", que para el Pascal que aspiraba a remontarse más allá de cuanto le circundaba y perturbaba. No creemos, no, en la posibilidad, hoy, de crear un arte de torre de marfil: una torre a la que no llegaran los tempestuosos azotes de las marejadas de un mundo que puja por abrir paso a más racionales ideales, y más humanas realidades. Ahora bien, la letra sola no basta para apuntalar al espíritu, si éste no impone primero su fuerza a la letra).

QUE sepamos, no se ha hecho todavía, en país alguno, esfuerzo semejante para mostrar al público la significación de la producción de un solo artista. De un artista que —afortunadamente— sigue en plena potencia creadora. Sea cual sea la opinión que a unos y a otros les merezca la obra de Diego Rivera (insistimos, y no se insistirá nunca lo bastante: el incienso sin discernimiento nos parece, aquí y siempre, tan escasamente

constructivo, y aún positivo, como la denigración sistemática; la exageración cualitativa, ayuna de crítica comparativa, tan fácil y ligera, en un sentido como en el opuesto) el hecho está ahí, patente, incontrovertible e insoslayable: nos hallamos ante una manifestación trascendente de la pintura contemporánea. Por su fecundidad y sus resonancias —dentro y fuera del campo de la estética—; por cuanto representa dentro y fuera de las fronteras del arte mexicano; por cuanto supone en la evolución de la pintura mexicana y, si no de la pintura universal, al menos de toda la del continente; y, en fin, por sus aportaciones a aspectos muy visibles, ya perfectamente cuajados, de la sensibilidad que es la del público mexicano de hoy y, por tanto, será uno de los estratos de la de las generaciones venideras, esta obra de Diego Rivera, tal cual se nos presenta en este conjunto retrospectivo, ocupa un lugar que ya nadie le puede regatear. Cifando nuestro comentario, cual su título lo indica, a penetrar en las etapas de la formación del pintor, o sea al aprovechamiento de las distintas influencias que a esta formación han contribuido, o han sido en ella factores determinantes, tropezamos, de inmediato, con una afirmación contraria a casi todas las que, en torno y a costa de este arte, pretenden establecer deslindes absolutos entre el arte occidental, es decir de vena europea, o con mayor precisión todavía, mediterránea, y el arte autóctono de América en general, y de México en particular. No entra en el breve marco de un artículo de revista, el adentrarse por los embrollados vericuetos de las teorías étnicas y arqueológicas, según las cuales el arte pre-cortesiano pudiera, o no, ser una rama tardía de un Egipto llegado, a través de siglos y transformación de recorridos más o menos ignotos por la India, China y, sin duda, subida hasta el estrecho de Behring, convertido en paso punto menos que prehistórico de un continente a otro. Ni es, en modo alguno, nuestra pretensión el aportar el menor grano de arena a la solución de unos problemas que tienen sus especialistas autorizados, y de los cuales sabemos tan sólo lo que le es dado percibir a un profano, aficionado a no encerrar sus conclusiones dentro de paredes estancas. Las coincidencias entre ciertas formas egipcias, y ciertas formas pre-cortesianas, incluso las de la escritura de algunos códices aztecas con algunos caracteres jeroglíficos, por dilatados que sean los horizontes que descubren, tampoco dicen todavía más de lo que al respecto revelan los parangones entre

manifestaciones artísticas, o literarias, de cualquier país y época con las de cualquier país y época. Ciertamente es —indudablemente— que aquí, es decir entre el arte-precortesiano y el egipcio, las coincidencias son trampolín harto cómodo para vuelo de elucubraciones más o menos fantásticas. Ciertamente, mejor aún, que las recién descubiertas pinturas de Bonampak se asocian espontáneamente, en nuestro recuerdo, a las decoraciones de algunos hipogeos del valle del Nilo, y que la visita a cualquiera de las regiones arqueológicas de México evoca, al punto, imágenes de otras pirámides, otras esculturas en que la forma humana y las formas animales fúndense en adoración amorfa a las fuerzas incógnitas superiores a los hombres. Mas sería, en el estado actual de las investigaciones históricas, arqueológicas y etnológicas, aventurarse demasiado, el sacar de tales semejanzas, quizá fortuitas, o al menos todo lo fortuitas que lo son las interdependencias de ciertas reacciones comunes, afirmaciones definitivas. Nosotros al menos, a fuer de profanos en tales materias nos resistimos a ello. Además: junto a la conocida teoría que considera el arte, en todos y cada uno de sus aspectos en sus distintas Escuelas, como resultado de dos únicas ramas, crecidas en sentido divergente, la una hacia Oriente, la otra hacia Occidente, de un único tronco brotado en las costas orientales del Mediterráneo (teoría nacida y explayada principalmente en la Universidad de Bonn de principios de siglo) ¿no se nos impone, para restarnos seguridad, esa analogía ideológica entre la obra de un Netzahualcoyotl y la de un Jorge Manrique, analogía para la cual no sirve, no puede físicamente servir, la explicación de ideas y sentimientos "flotantes". valedera para las similitudes entre un Villon (*Ballade des dames du temps jadis*) y las famosas Coplas? Aquellas fuentes italianas en que el francés y el castellano hubieron de saciar su sed renacentista, su sed de renacidos a la belleza de la forma, no pudieron —es evidente— colmar la sed de un poeta de este continente, anterior a la Conquista. Pero, no es de analogías impenetrables, como no es de fondos remotamente comunes, de lo que esta obra de Diego Rivera nos habla en sus primeras etapas. Aquí, la procedencia está clara, y no admite disimulos: en su técnica, y no ya sólo en su técnica, el Diego Rivera aprendiz ha bebido en fuentes que nada tenían que ver con la idiosincrasia del pintor.

Ya antes de partir a descubrir a Europa, o a descubrirse en ella, la inclinación es patente: del taller de José María Velasco discípulo de Clavé, y que en ninguna de sus composiciones se distingue de tantos y tantos paisajistas de su época neo-romántica de allende el Atlántico, Diego Rivera, pasa en Madrid, al taller de Eduardo Chicharro, en la época en que el naturalismo de éste suponía, en un ambiente asaz reducido, manifestación subversiva frente a los tópicos y resabios académicos, pero no dejaban de ser, frente a la pintura de los Impresionistas y Neo-Impresionistas, una manifestación rezagada de un arte típicamente conformista. Los alumnos de Chicharro, sin excepción, con paleta más o menos luminosa o ennegrecida, procuraban seguir a su maestro en la interpretación, o, mejor dicho, en la reproducción, de temas castellanos: concretamente, abulenses. No había por qué esperar que un muchacho directamente llegado de América con ansias de "tragarse" cuanto Europa pudiera suministrar a su desarrollo, al iniciarse en modalidades europeas en la disciplina de Chicharro, de inmediato tuviera en sí energías personales bastantes, como para rechazar el avasallador influjo de quien había de parecerle su mejor guía. El mimetismo del discípulo frente al maestro es de todos los tiempos y lugares. La personalidad, aun en los genios—válganos la redundancia— más geniales, no suele aparecer sino paulatinamente. Con todo, fuerza nos es reconocer que, en el taller del Chicharro de entonces, algunos quedaban más sometidos que otros, y algunos también tardaban menos en emanciparse, y que el Diego Rivera que, en vez de acompañar dócil y entregado a su maestro por tierras de Avila, hacía gala de libertad al emprender sólo correrías por tierras de Toledo, aplicábase a su arte con ausencia total de imaginación. Su vista de Toledo no es una manifestación de devoción hacia el Greco, sino, simplemente, de afán imitativo de lo que en el Greco puede ser remedado: lo externo. Lo que no es el Greco sino en su más superficial acepción.

Ese que pudiéramos llamar ramalazo a lo Theotocopuli muestra, sí, la voluntad de hacerse con medios interpretativos sólidos. No hay aquí todavía, en estas pinturas de la época española, asomo alguno de personalidad, ni de voluntad de estilo ni siquiera de comprensión de un espíritu que es el más exaltadamente proyectado de adentro afuera de toda la pintura. Hay, sí, expresión de un empeño honrado de lograr,

merced a un conocimiento amplio del oficio, la posibilidad, para más tarde, de expresar sin cortapisas lo que se quiera expresar. Podía ser más: no es poco.

París, el París de los albores de la gloria picassiana, y de las postrimerías de la gloria de l'Ecole des Batignolles, le dará, al Diego Rivera que hasta entonces sólo sabe de un naturalismo a ras de tierra (y, por cierto, con muchas tierras, muchos sienas, en inconsciente imitación de pátinas de museos), la posibilidad de buscar en el arte algo más que lo que en él apetecen y reverencian esos sectores del público para los cuales la más alta calidad de una figura pintada es el ostentar hasta en los detalles del atuendo, el meticuloso parecido con el original, o con su ampliación fotográfica. La revelación, nada de extraño que le mareara un poquito. Era, ese del crisol artístico del París de entonces, vino como para embriagar a otro ya más avezado. Y natural era que, en esta nueva etapa de su formación técnica, el pintor de pronto sumido en un mundo de sugerencias; atraído, a menudo con fuerza irresistible, por influencias cuyos resultados se le ofrecían, en las obras de muchos, como puntos de partida hacia dilatadísimos horizontes; natural era que se dejara llevar de un rumbo a otro, cada vez, sin duda, creyendo que era, esa, la partida definitiva hacia el puerto seguro.

Las obras que aquí vemos de aquella etapa, no nos engañemos: salvo por la firma, en nada descubren a su autor. Algunas son de positivo mérito. Muchas revelan cualidades, y hasta refinamientos en la composición y el colorido, de artista sobresaliente. Ninguna, todavía, revela un temperamento que sabrá encontrar su propio camino. Y, al igual que en la etapa de España, fácil es, en esta de París, apostillar cada cuadro con el nombre del manantial del que ha brotado. Tenemos, no unos tipos de Bretaña, sino una Bretona que, hasta por el "empastado" de la pincelada, dice que aquella Bretaña con que Gauguin —el Gauguin que todavía no conocía la explosión de Tahití— quería limpiar esa región del pintoresquismo a lo Lucien Simon o a lo Charles Cottet. Tenemos, no unas escenas al aire libre en seguimiento de los Impresionistas, sino unos pseudo-Renoir. ¡Qué lejos México! ¡Qué insospechado, en estas pinturas que ya quieren ser únicamente francesas, así como, un poco atrás, las hubo que no supieron ser sino únicamente españolas! Todavía estamos con el Diego Rivera que no ha hora-

dado sus propias reacciones, ni ante la vida, ni ante los espectáculos que ésta le brinda en paisajes, en objetos y en hombres, que le son afines, y hasta consubstanciales.

SABIDO es que cada artista torna a andar, con su propia formación el camino que hubieron de recorrer todas las Escuelas: desde los Primitivos hasta su apogeo. Al Diego Rivera en persecución de medios de expresión que le permitieran decir cuanto quisiera decir, o sea empeñado en hacerse con el dominio de su oficio y, en ese acuciamiento, apropiándose con excesiva fidelidad técnicas que en otros eran expresión de una individualidad, había, pues, de seguir el Diego Rivera que, ya en posesión de sus medios—o, al menos, de una técnica que le parecía segura—podía despreocuparse del aspecto específico de su arte, para integrarse al grupo de los que doblegaban la pintura a especulaciones con frecuencia harto distantes de lo que por pintura habíase entendido hasta entonces. Picasso ya era, si no mundialmente, desde luego en ciertos ambientes, jefe indiscutido de innovaciones y audacias. Junto a él, Braque fraccionaba también sus composiciones, conforme a un plan rigurosamente establecido para devolverle a la forma, al volumen, la firmeza desvanecida en el prurito de "desaparición del tono local" (tono básico) y de contornos interferidos, sobre el cual cimentábase la teoría de descomposición del espectro de los Impresionistas. Tras los Impresionistas, vinieron los Puntillistas, y tras el Monet que quería fijar en el lienzo la palpitación de la luz, el Monet que aspiraba a fijar las sucesivas disgregaciones del color en un mismo objeto (Serie de los "Puentes de Londres"; de las "Catedrales", etc. . .). Braque quiere devolverle a la Escuela Francesa su racionalismo. Quiere darle a la pintura paisana de Descartes, su medida cartesiana. En Picasso, malagueño recriado en Cataluña, y de continuo en contacto con los perfiles del paisaje mediterráneo, el cubo impreso en su retina por los bloques de un paisaje de líneas nítidamente recortadas será el que hará ascender la pintura extraviada en sensaciones románticas, a una renovación de la dignidad geométrica. Diego Rivera, cuyo mimetismo se halla entonces en su período álgido, no para mientes en esta realidad elemental o deliberadamente la ignora: que lo que para un Braque podía ser manifestación profunda de una lógica dictada

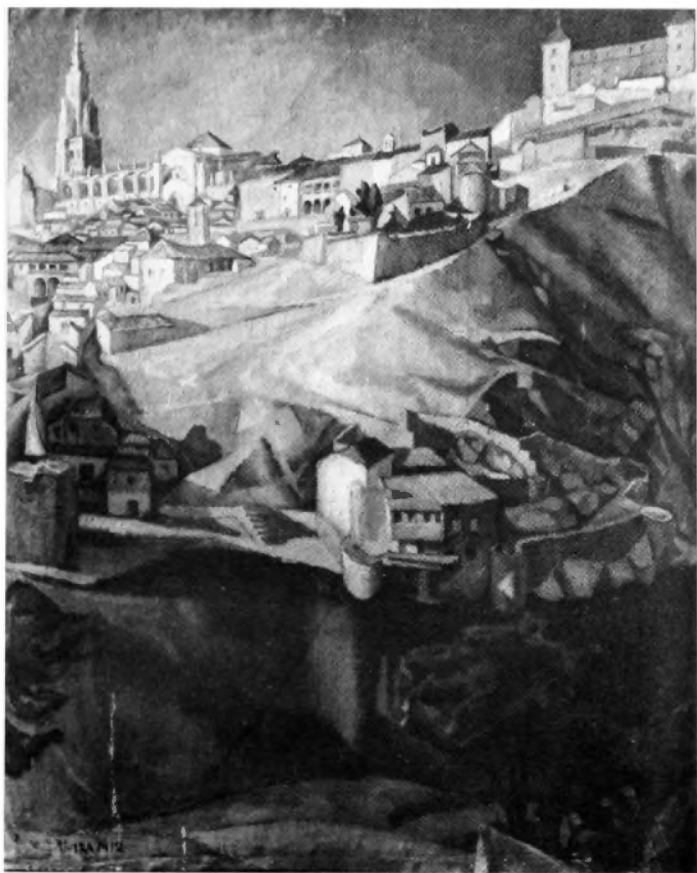
por esencias ancestrales, y para Picasso realidad dictada por un paisaje cuya estilización cuajábase por sí sola, en él,—y lo mismo en cuantos no lo comprendían— el cubismo y su teoría no podía ser sino una modalidad (por no decir una moda) sin base, ni arraigo, ni legitimación posible.

Cierto es que algunos de estos cuadros cubistas de Diego Rivera cuentan entre sus obras de más alta calidad. Cierto es que uno por lo menos—"El Guerrillero"—, tiene, en sus reminiscencias de la patria lejana, una fuerza de carácter que la individualiza. No puede, ello, hacernos olvidar que la etapa cubista fué en él tan absorbente en su exotismo, que llegó a impulsarle a seguir, a quienes en ella eran visiblemente sus modelos, hasta el remedo de los detalles: el despertador, la gorra del marinero... Hay, en estas pinturas, trozos buenísimos de pintura; los motivos que revisten impiden apreciar en cuanto vale su calidad.

Y, por si no bastara, tenemos los dibujos—probos y ceteros—que señalan en Diego Rivera el mimetismo frente al Picasso devoto de Ingres. Nos complace—¡qué duda cabe!—tener a mano esta comprobación de la seguridad del oficio de un artista que, a la vuelta de unos lustros, dejarase demasiado llevar de la facilidad del triunfo, y se despreocupará excesivamente, en ocasiones, de la solidez de construcción de sus obras. Mas, no podemos sustraernos, ante estos dibujos tan finos, a la obsesión de esa línea del Picasso que, a modo de pirueta (pirueta genial, pero pirueta al fin), respondía a los entusiasmos "snobs" despertados por su período cubista, espetándoles, a esos mismos "snobs", una resurrección del más severo clasicismo. Del clasicismo a lo Ingres: el clasicismo por antonomasia. ¡Cosa curiosa, en verdad, esta del "acompañamiento" de Rivera a Picasso hasta en sus más tornadizas veleidades!

¿OTRAS influencias?

Aquí se imponen, con indiscutible presencia, ese "Aduanero Rousseau", cuya exuberancia panteísta, mucho antes que México se posesionara realmente de nuestro pintor, había de infundirle a éste ese constante afán de envolver la figura humana en el concierto de las voces de la Naturaleza. Más exacto, en lo que al "Douanier" se refiere, y en lo que del "Douanier" vemos aquí: el afán de no darle a la figura hu-



DIEGO RIVERA. *Vista de Toledo*. 1912.



DIEGO RIVERA. Bretona.



DIEGO RIVERA. El guerrillero. 1915.



DIEGO RIVERA. La vendimiadora. 1920.

mana, dentro de la complejidad de la Naturaleza, otra categoría que la de motivo que no sobrepase la de otros motivos. Afán que poco a poco, en Diego Rivera, transmutarse en un sentido decorativo. En esa utilización esterilizada de una exuberancia vegetal: los alcatraces doblegados al rango de comparas de la figura humana, y esa utilización de la figura humana a compás de las exigencias decorativas de los alcatraces.

Pero esto viene después. Mucho después. Cuando Diego Rivera, ya regresado a su tierra mexicana, toma plena conciencia de lo que ésta le ofrece en afloración de su más recóndita idiosincrasia. Al pronto, todavía bajo el influjo directo de su voluntad de aprovechar enseñanzas europeas, el pintor, en el "Aduanero Rousseau", sólo ve un modelo más en su todavía incierto camino de alternados y sucesivos tanteos. Ciertamente es que en el Aduanero, allá, en la Francia de la medida de la Isla de Francia; en la Francia cuyo corazón no es una selva tropical, ni un volcán, sino el paisaje amable, "a escala de hombre", con sus ríos apaciblemente navegables, sus colinas suavemente onduladas, sus árboles cuyo tamaño es justo el preciso para dar sombra en una siesta sin riesgos, y sus cielos de un azul nunca cegador salpicados de nubes de un gris de paloma; cierto es que, en esa Francia en que el hombre no se siente jamás sobrepasado por lo que le rodea, sino que siente cuanto le rodea acorde con sus más claros pensamientos; en el Aduanero, ese universo de plantas excesivas, de bejucos extravagantes, entre los cuales el hombre aparece como perdido, resulta de un exotismo de novela de aventuras. Y cierto es que ese universo, para Francia tan distante como una realidad puramente imaginaria, al pintor mexicano en busca de su propia ruta, debió de parecerle, de inmediato, un clima tan natural que, aun en los meandros de su subconsciente, lo debió de reconocer, con la familiaridad con que uno se tropieza con lo que por anticipado lleva dentro, formulado o no. Mas, ya lo apuntamos: este proceso de aprovechamiento del "Douanier" para algunas de sus más características inspiraciones, Diego Rivera no lo realizará sino mucho más tarde. Cuando se lo encuentra por primera vez, el "Douanier" no es para él sino lo que ya hemos visto que ha sido Renoir; lo que son, al azar de un encuentro, muchos otros pintores a los que cree seguir definitivamente, y de los que se aparta en cuanto ha sacado de ellos aspectos que creyó hacer suyos para siempre, y que ha ido

desechando. Conservando tan sólo de ellos alguna enseñanza esencial, o no queriendo incluso conservar nada: los azules de Juan Gris, que acompañan a Rivera en casi todas sus obras cubistas; los blancos y simplificación de volúmenes de Derain, cuya indiscutible presencia perdura desde la época del retrato de la señora de Castillo Ledón, hasta en algunas de sus obras más recientes.

Antes de integrarse realmente a su propio medio, Diego Rivera sufre una influencia que habrá de ser decisiva: la de los italianos. Inútil insistir sobre lo que supone esta influencia en obras como el retrato del actor Gómez de la Vega, ingenuo mimetismo de estudiante deslumbrado por un Piero de la Francesca o un Domenico Veneziano; inútil subrayar lo que ciertas figuras de algunos murales (por ejemplo las mujeres de Detroit), le deben al estudio detenido de ciertos frescos vistos en Toscana y "madurados" a lo largo de varios años; pero, la misma pintura italiana moderna, y, fuerza es reconocerlo, la de su peor época, la de los comienzos de este siglo, aparece como trama sutil en obras cual el ya citado retrato de la señora de Castillo Ledón; y, no ya como trama, sino como reminiscencia manifiesta, en un aspecto totalmente distinto de aquel: el que comprende figuras del género de "La Tierra Virgen", del mural de la Escuela de Agricultura de Chapingo, o, últimamente, el medio retrato de María Félix. Ya dijimos que esa inspiración, el pintor la tomaba en una pintura italiana de la peor época: nada de extraño que haya dado lugar a algunas de las pinturas que, cuantos estiman sinceramente a Diego Rivera, preferirían no contar en su producción.

Y llegamos por fin a las influencias determinantes, en el Diego Rivera cuya personalidad se ha impuesto como la de uno de los representantes típicos del arte mexicano contemporáneo. Es decir, del arte directamente nacido de la Revolución que acabó con los porfiristas remedos de una Francia de exportación, e hizo ascender al pueblo, en sus masas, en sus indignaciones y en sus legítimas esperanzas, al primer plano de la vida nacional. A este México por fin libertado de rastacuerismos, y de una dictadura que disimulaba tras sus floripondios la intención muy clara de elevar una barrera infranqueable entre el elemento criollo y el elemento indígena, no podía ya cua-

darle un arte de caballete para saloncitos seudo dieciochescos. La pintura mexicana acorde con el México cuyos campesinos habían de saciar su ancestral hambre de tierra, y cuyos obreros habían de conocer los derechos inherentes a sus deberes, tenía, por fuerza, que entrañar, en forma viva, palpitante, y hasta acuciante, el espíritu por el cual muchos de sus artistas habían un tiempo trocado los pinceles por el fusil. Diego Rivera —tras un esporádico regreso, pronto seguido de una nueva y prolongada estancia en Europa—, reinstálase en su patria en 1921. A la Unión Soviética, no irá sino seis o siete años más tarde; pero, al encontrarse ante la oportunidad de unos muros que se le ofrecen sin restricciones, quiere trasladarles las emociones que siente bullir en su derredor, y en sus propios anhelos.

Para muchos, sobre todo fuera de México, Diego Rivera es, principalmente, el autor de sus murales. Para todos, estos murales son, en esencia, la obra revolucionaria de Diego Rivera. Más: su aportación a las luchas emancipadoras del pueblo mexicano. Y aquí el contrasentido que esta exposición, en que nos es dado ver, como en un microcosmo maravillosamente dispuesto (que no se destacará nunca lo bastante el acierto con que el Instituto de Bellas Artes ha llevado a cabo la difícilísima empresa de su presentación) la totalidad de la obra muralista de Rivera; el contrasentido, decimos, que ésta encierra. Pues, precisamente en este aspecto de su producción, de inquietudes e intenciones más subversivas, es en el que el pintor se muestra más apegado a fórmulas tradicionalmente escolásticas. Ya nos hemos referido a las pinturas de Chapin-gó; en Detroit, en el Instituto de Cardiología de la ciudad de México, no hay una sola figura que no se presente como descendiente de otras cuya evocación, al espectador habituado a la frecuentación de las distintas Escuelas, le asalta a modo de pantalla interpuesta entre su adhesión entusiasta y la obra estudiada. ¿Que no es menester trastocar todos los valores admitidos de un arte para lograr, en ese arte, una creación preñada de indiscutibles méritos? Conformes. Y cuando Goya, en la cúpula de San Antonio de la Florida, realiza el fresco más grandioso de la pintura moderna, tampoco se cuida de introducir innovaciones... las cuales, empero, en él están, sin que se lo propusiera su autor como cualidad básica o apriorística, y habían de constituir un punto de partida singularmente potente.

Ahora bien: ¿cabe hablar de arte revolucionario cuando únicamente es revolucionario el tema? No lo creemos. Por haberlo creído, se da el caso, en la producción de Diégo Rivera, de que los murales de la Secretaría de Educación, de temas fehacientemente brotados de las gestas populares, son, en cuanto a su calidad específicamente pictórica, de su obra global, quizá la parte más endeble. El tema, el "asunto", pasa aquí antes que su realización. Y si ello puede ser lícito en un Posada —por otra parte siempre realizador cabal de sus intenciones— cuyas huellas, en el Rivera "revolucionario" no es menester subrayar, el hecho no deja de tener lamentables consecuencias cuando se trata de composiciones de empeño duradero; las cuales no pueden nunca atenerse, ni avenirse, a los imperativos de una producción cuya resonancia inmediata era su factor esencial.

La influencia de Posada, en los murales de Rivera, antes que bienhechora, resulta, pues, nociva. Incluso en el sentimiento popular perseguido en los más de ellos, ya que la tentación de agrandar una viñeta, inconsciente y dominante, puede conducir a carencias de equilibrio en la composición tan flagrantes como en la decoración del Instituto de Cardiología, en que la representación de la Ciencia pretende hacerse por medio de la acumulación y superposición de las representaciones minuciosamente realistas de los rasgos de unas celebridades científicas.

(Paréntesis obligado: ¿cabe obra más demoledora, en sus consecuencias, que los inexorables análisis de los Valois en los dibujos de Clouet, o de los Borbones en los retratos de Goya? ¿Cabe requisitoria más implacable que el Carlos Segundo de Carreño de Miranda? Y, bajando de tono, ¿puede existir panfleto contra las inmoralidades de un régimen más hiriente que ciertos Steinlen? No, no es la insistencia en un tema, ni su ampliación, el que le infunde, a una obra de arte, su carácter revolucionario. Así como la grandeza de una composición no se mide por la acumulación de sus personajes o de sus detalles. ¿No es, acaso, la solitaria figura de "Santa Genoveva", en el Pantheon de París, la composición más grandiosa de ese magnífico orquestador de valores, y equilibrador de formas, que fué Puvis de Chavannes? Y esos mismos frescos de Bonampak que, naturalmente, no podían servirle a Diego Rivera de fuente de inspiración para ninguno de sus murales, puesto que hasta

hace apenas unos meses se hallaban aún sumidos en el secreto celosamente guardado por la inextricable vegetación chiapaneca; esos mismos frescos que, sin embargo, son como la ascendencia natural del pintor, ¿no nos brindan, acaso, una soberbia lección de sobriedad en el equilibrio de su composición?).

Y brota, invencible, el término que hubiéramos querido soslayar: demagogia. Murales del Palacio de Cortés, en Cuernavaca. Legítimo es, por más que nos duela, a los españoles, el que un mexicano subraye los yerros y crueldades tan descaradamente abundantes en las páginas de la Conquista. Mas, todo proceso unilateral es, si no falso en absoluto, al menos incompleto, y, por lo tanto, adolece de seguridad en su exposición. Destacar iniquidades de unos invasores, sin situar éstos en el marco de su época, ni en paralelo con las costumbres ambientes, no deja de ser, históricamente, una arbitrariedad. Mayor lo es todavía el no relacionar esas iniquidades con las características de la vesania vivida, en los mismos ritos de su culto, por las víctimas de tales desmanes. Pero en fin, no es esta, una exégesis histórica, y no hay por qué, en ella, a propósito de unos frescos en que vemos evocar los trances más negros de la Conquista, evocar también la barbarie de los sacrificios que aquellos al menos supieron dar por terminados. Sí, en cambio, tenemos que apuntar, siquiera de pasada, lo que el mestizaje hubo de significar de inmediato no ya en punto a estimación del elemento indígena, sino —y es lo que aquí nos interesa— en punto a forzada amalgama de inspiraciones. Ya hablamos de la influencia italiana (principalmente en Detroit). Aquí, la silueta del caballo, introducida como símbolo representativo del opresor, o sea como símbolo específico de la opresión, por sí misma, es un monumento elevado, precisamente a través de esa opresión, a la manumisión del hombre merced a la servidumbre de la bestia (Buffon: el caballo, la más noble conquista del hombre, etc...). Veamos ahora la doble silueta del Zapata con su caballo, quizá (para nosotros, seguramente) el trozo mejor logrado de todos los frescos de Rivera. No es la corriente subterránea de Bonampak la que aquí aflora: por encima, o por debajo, como se quiera del tema y sus estridencias, es la corriente ininterrumpida del quattrocento florentino, del Cinquecento romano, la que viene a dar forma a estas siluetas, a estas escenas, inconfundiblemente mexicanas, inconfundiblemente de su medio y su tiempo. Que el pintor, aquí,

es exponente de una idiosincrasia y un momento idcológico precisos, ello es indudable; que para esta expresión ha tenido que recurrir a procedimientos harto distantes de esta idiosincrasia y este momento suyos, no es menos cierto. Y que quizá el haber supeditado en demasía la interpretación, y aún su misma técnica, al tema considerado como dominante en una creación artística es lo que desvirtúa esta creación de su misión profunda, es la causa de la desproporción entre el fin noblemente perseguido y su visible consecución, ello tampoco ha de ser desechado sin detenido examen. Tanto más cuanto que otros murales, en particular el último en fecha, o sea el del Hotel del Prado, de la capital mexicana tan traído y llevado por razones que nada tienen que ver con la pintura, ni con ningún otro arte, en su intencionado humorismo, en la calidad especial de este humorismo, no puede considerarse como una producción autóctona, sino esencialmente criolla, ya que hija, a las claras, de la que podríamos llamar ideología posadiana, la cual, inequívocamente, enraiza su "populismo" en un terreno abonado primero por Daumier y, a través de Daumier, por el Goya de los Caprichos y las Danzas Macabras medioevales (el nombre de Valdés Leal el de La Caridad de Sevilla, tampoco puede ser olvidado).

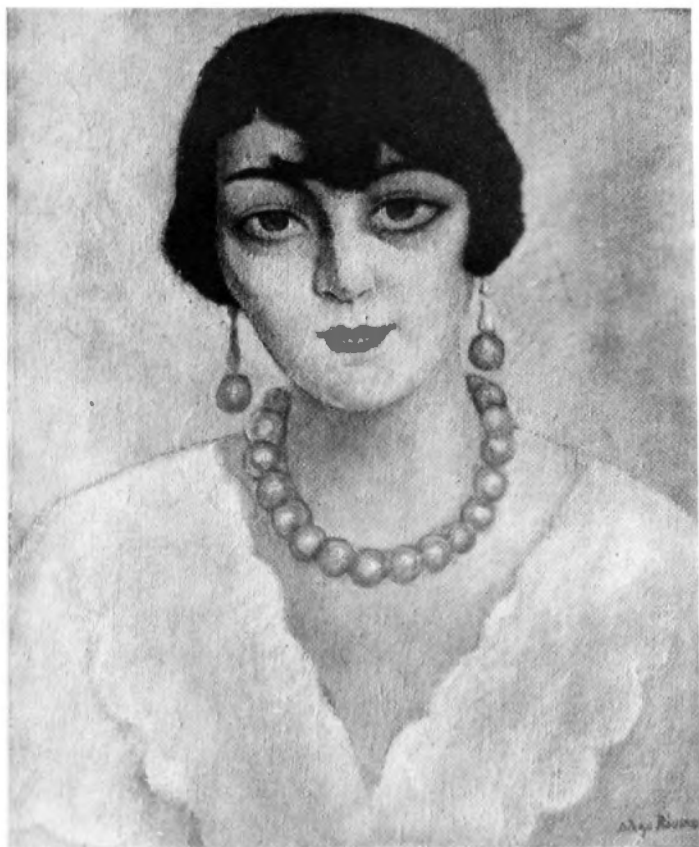
UNA composición pictórica de múltiples figuras, sujétase inevitablemente a uno de los dos ritmos en que se cifra el equilibrio en las formas de dos dimensiones: el ritmo estático, en que las líneas concentran en una actitud-síntesis su movimiento, o el ritmo dinámico, en que el movimiento queda suspenso en el preciso instante en que quedó fijado. Del primero, puede servir de ejemplo "La Escuela de Atenas", de Rafael; del segundo, "El Juicio Final", de la Sixtina. Dejemos de lado las exclamaciones inconexas de los que se asombran, ante una creación artística, por la facilidad que supone en su autor; el arte no es cosa fácil, ni de facilidad, y ni una Sinfonía beethoveniana es fruto de una rapidez de inspiración pareja de la que embarga al compositor de canciones pegadizas, ni es hacerle ningún favor a un artista "serio" el alabarle a cuenta de su posibilidad de "fa presto". Este último de los Autorretratos de Diego Rivera, el fechado en 1949, en el cual el pintor, desligado de su menosprecio —harto justificado— de modelos cuyo

impreparado mecenaje confunde la obra de arte con el pintoresquismo de los "Mexican Curios", torna a la meticulosa insistencia de sus aprendizajes ante los Primitivos flamencos; este último Autorretrato, decimos, a las claras revela la verdadera actitud del pintor frente a su arte. Por ello, algunas de sus composiciones de grandes dimensiones, y que podrían situarse a medio camino entre los murales y los lienzos decorativos de la serie de los alcatraces, cuando no se ciñen a la fantasía imaginativa, pero, sólidamente apuntalada por una interpretación naturalista, de las figuras "telúricas" (La Danza de la Tierra, La gran bailarina negra en reposo, etc. . .) al dejarse llevar de una facilidad excesiva, no sólo se alejan por igual de la dirección de cualquiera de los dos ritmos, el estático y el dinámico, sino que, en su despreocupación, denotan sin efugios las recordaciones que las han provocado. Y entonces aparece ("Baile de Tehuantepec", etc. . .), el Diego Rivera que, en su peregrinación española, hubo de alternar, en la busca y captura de un estilo personal que aun se le escapaba, el naturalismo lóbrego e introvertido de la meseta castellana, con la exuberancia de colorido de un Levante extravertido desenfrenadamente en los lienzos de un Anglada Camarasa. La huella de este último, en Diego Rivera, no se presenta con la frecuencia con que se impone la de otros maestros; no deja de ser muy perceptible. Y, como nada hay tan distante de la solera de un pueblo y un país como su explotación pintoresca, esta huella de Anglada Camarasa, cuando aparece, o reaparece, en el artista mexicano, le veda, a causa de su misma opulencia externa, el penetrar hasta ese fondo idiosincrásico que le ha hecho producir sus mejores obras.

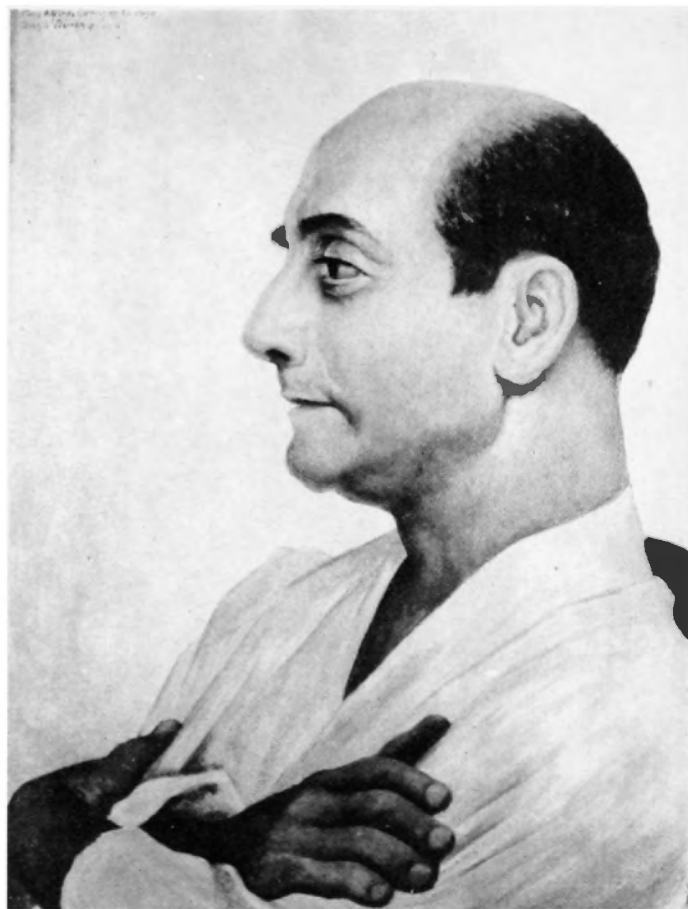
PERO hay, en la formación de Diego Rivera, dos influencias dominantes que le han permitido, en cambio, llegar hasta lo más recóndito de él mismo. Son dos influencias cuya yuxtaposición no deja de sorprender a quienes suponen que los beneficios de una influencia se miden indefectiblemente por su valor intrínseco. Y aquí nos encontramos con que, en Diego Rivera, un Van Dongen, prototipo del arte "ad usum snobini", pudo tanto, y en ocasiones más que la de un Gauguin, prototipo del arte considerado como mensaje y sacerdocio. Que Van Dongen está detrás de la mayoría de aquellos retratos de Diego

Rivera en que el propósito decorativo se sobrepone a la penetración del carácter, huelga apuntarlo. Ahora bien: Van Dongen (de cuyo auge parisino hubo de ser testigo Diego Rivera cuya retina almacenaba sugerencias) se quedó en sus retratos para público de un internacionalismo de casinos en boga. Por entonces, en ese público entraba ya, a modo de ingrediente de peso en cuanto a posibilidades adquisitivas, un sector nutrido de coleccionistas hechos de pronto a golpe de dólares. Por desgracia, el mismo sector es el que, a los pintores de este lado del Atlántico les sigue brindando el espejismo de los encargos fáciles de realizar y de cobrar a precios altos. ¡Terrible, pavorosa América, con la facilidad de dólares en cuanto empieza para un artista la facilidad de obtenerlos! No lo decimos sólo por Diego Rivera; pensamos también en Salvador Dalí, cuyas obras iniciales, expuestas en el Salón de Otoño madrileño, fuimos los primeros —los únicos— en celebrar. Pensamos en tantos y tantos artistas, maravillosamente dotados, con primeros pasos maravillosamente emprendidos, en la rigurosidad del esfuerzo sostenido, y que ese cosmopolitismo de opulenta y baja estofa, mixtura de traficantes y glorias hollywoodenses, de banqueros y aristócratas, y damas "al margen" y coleccionistas de buena voluntad, ha sumido paulatinamente en una producción ajena a todo objetivo medianamente honesto. Por fortuna, el Diego Rivera arrastrado por un Van Dongen, a veces suelta el lastre que pretendía deshacerle por completo, y utiliza incluso ese hechizo maléfico para remontar el vuelo hasta regiones más puras. Y entonces, la influencia en apariencia más opuesta a las reacciones en él más sinceras y profundas le impulsa precisamente a abrir paso a éstas, y le hace crear, entre retrato y retrato demasiado fáciles, una figura de tan fuerte dramatismo como la de "Lupe Marín", o la de "Ruth con el espejo".

Más afortunado que Van Dongen, cuyas dotes de gran, de muy gran pintor, perdiéronse definitivamente en un mercantilismo ya carente de todo pudor; más profundo que Anglada Camarasa, cuya limpia ascendencia mediterránea quedó desvanecida en oropeles levantinos, Diego Rivera ha podido, con sólo mirar hacia sí mismo, hacia lo que hasta él naturalmente le ha llegado, y hacia lo que desde la realidad secular de su ambiente le funde con éste, lograr una verdad de carácter que fuere su propia verdad. Y, en ese trance de su obra excesivamente influida a la que habrá, a su vez, de ser generadora de influen-



DIEGO RIVERA. Retrato de Amalia Castillo Ledón.



DIEGO RIVERA. Retrato de Alfredo Gómez de la Vega.



DIEGO RIVERA. Retrato de Lupe Marín.



DIEGO RIVERA. El vestido rosa.

cias, nos le podemos representar, como el Dante guiado por Virgilio en los umbrales de su revelación, asido de la mano de Gauguin; mano que no había de soltar ya a lo largo de toda su obra "la más suya".

El Gauguin patético, auto-despojado en una renunciación que no tiene equivalencia en arte sino con la del Van Gogh misionero del "Borinage", y, fuera del arte, más que con la entrega total de los místicos; el Gauguin ya en su pasión tahitiana, señálale, al Diego Rivera en riesgo de perderse entre influencias disparejas y aplausos de adictos sin autoridad, el camino de Anteo. El de siempre y por siempre infalible. Es demasiado pronto aun para que estas figuras de niños inditos, con la ternura que en ellos rezuma en cada pincelada, se superpongan, en la estimación general, a aquellas obras que, por sus proporciones externas, parecen de mayor empeño. Demasiado pronto también para aventurarnos a afirmar que serán, con el tiempo, el Diego Rivera de más elevada prosapia. Pero ya es posible, después de cerrar el periplo de esta visita a la Exposición de cincuenta años de labor artística de Diego Rivera, asegurar el carácter de permanencia de estas figuritas, hoy tan modestas en medio de la batahola de las demás producciones de su autor. Los murales... las composiciones decorativas... los retratos cuya superficialidad agrada como dote especial... Cada uno nos ha ido diciendo cuanto le debe a extraños, o el segundo término a que fatalmente le relega la comparación con algún extraño. Estas figuras de niños de su raza, interpretadas en simple asociación fraternal con cuanto significan, aunque traídas de la mano de un Gauguin que le fuera tan remoto, son, para nosotros, junto con los dos retratos citados de Lupe y de Ruth, la justificación nacional de la obra de Diego Rivera.

DIEGO RIVERA. SU ETICA Y ESTETICA

Por *Adolfo BEST MAUGARD*

HACE días, recorriendo los salones de la espléndida exposición de la obra de Diego, hacíamos observaciones sobre los cambios que había tenido en su obra, la idea trascendental respecto al Hombre en sus distintas épocas. Mi buen amigo, el joven filósofo Valentín Saldaña y yo coincidíamos en nuestras apreciaciones, y voy a mencionarlas en este artículo, pues se refieren al aspecto simbólico del concepto del Hombre, tan interesante y poco estudiado en la obra de Diego, y que será útil para poder estimar y comprender su obra.

Cuando encontré a Diego en París en el año de 1913 era, entonces, el período interesantísimo en que había aparecido la gran inquietud que precede a los grandes eventos, y se iniciaba el cambio cultural en todos los aspectos. En el campo del Arte, llevaba a la destrucción del viejo concepto clásico académico, como primer paso revolucionario para permitir el advenimiento de un nuevo concepto para las Artes.

Diego en la búsqueda para encontrarse a sí mismo, había pasado ya por varias fases, desde la de un joven pintor académico admirador de Ingres, españolizado por el realismo español en el taller de Chicharro, influenciado posteriormente por el post-impresionismo (Cézanne, Gauguin, Van-Gogh), y el impresionismo (Renoir) y por el neo-impresionismo del puntillista Seurat.

Además por sus viajes por Bélgica, Holanda e Inglaterra, en sus museos había visto la pintura europea, lo que le había dado una amplia cultura pictórica. Por aquel entonces surgían los revolucionarios en el arte y Diego era uno de ellos.

En esos días salió para Toledo, donde después nos reunimos y juntos admiramos los Grecos que entonces estaban siendo revelados al mundo del Arte, y que tuvieron influencia en una breve época de su pintura, la de las mujeres con cántaros y paisajes con celajes dramáticos.

De regreso a París, Diego me hizo un gran retrato que con los cuadros de Toledo fueron expuestos en el Salón de Otoño de 1913. Ese retrato fué el punto de transición entre la influencia española y su entrada de lleno al "Cubismo".

El año siguiente estalló la gran guerra mundial y regresé a México. El permaneció la mayor parte del tiempo en París durante la guerra, continuando su búsqueda dentro de las varias teorías superintelectuales de los distintos "ismos", en contacto con los innovadores como Picasso, Braque y otros.

Después de terminada la guerra, viajó por Italia y estudió los primitivos y el Arte Bizantino, y en 1921 regresó a México, cuando la Revolución mexicana triunfante había dado un clima de optimismo, pues se esperaba la realización material de los ideales que ella sostenía. Seguramente afectado por el entusiasmo de ese ambiente idealista, en que Vasconcelos capitaneaba en el campo del Arte, Diego abandonó sus "ismos" y sintió e imaginó el tema filosófico de "La Creación", que más tarde expresó en el mural del "Anfiteatro Bolívar" de la Escuela Preparatoria, en que resumiendo todo su fondo cultural usó ese bagaje europeo en ese mural a la encáustica. Allí expresó por primera vez, libremente y por manera simbólica, su sentimiento del concepto trascendente del Hombre (1922).

Si analizamos este mural interpretaremos que simbolizó en la parte central, en lo alto, en un círculo lleno de estrellas, una *Causa Primera, creadora*, de la que irradian tres rayos con una trinidad de manos en actitud de dar.

En el centro en la parte baja del mural, emergen vegetación y seres simbolizando la creación en la naturaleza, la cual culmina con una *célula originaria* que da lugar a la derecha del mural, a la forma masculina y en la izquierda a la forma femenina.

La mano creadora de la izquierda, se trasciende y crea una primera mujer, desnuda con expresión de extrañeza, la cual con una dulce mirada, contempla sus propias posibilidades. Esas posibilidades que se le han dado por la gracia y magnificencia de ese Primer Principio, parece que es lo que le hace posible la ascensión y recogimiento de nuevo en él. Estas posibilidades como más naturales y terrenas son, según Diego, la danza, la música, el canto y la comedia, que parece que una vez superadas y purificadas se convierten en las tres grandes Virtudes Teológicas, la *Fe*, la *Esperanza* y la *Caridad*, dando estas tres por

último, la Sabiduría, que parece ser consciente de su propio creador y así se hace partícipe de El mismo.

La mano creadora de la derecha se trasciende y crea un primer hombre desnudo, el cual también contempla lo que van a ser sus posibles revestimientos, los cuales le van a hacer llegar también a la sabiduría, éstos son, a la diferencia de los femeninos, el conocimiento, la fábula, la tradición, la poesía erótica, y la tragedia, que se superan en la *Prudencia*, la *Justicia*, la *Fortaleza* y la *Continencia*.

Junto al hombre, una serpiente representa en vez del Ascenso al Principio Único el retraso en ese ascenso.

Este Primer Principio se da para crear tanto a lo masculino como a lo femenino y al mismo tiempo a sus correspondientes posibilidades, así como por otra parte *se crea* también toda la Naturaleza. Tal parece que esta creación va hacia el Principio, o más bien dicho, se mueve en él mismo, puesto que no hay nada posible que no sea creado al trascenderse tal Principio.

Toda la concepción es de dos círculos cerrados¹ con movimiento descendente y ascendente a la vez, si pueden caber estos conceptos dentro de esa idea y que parecen simbolizados en la posición de las dos manos de la figura que representa la Sabiduría, en el lado izquierdo.

La ideología del movimiento revolucionario social mexicano al cual Diego pertenecía, fué el tema de sus siguientes frescos en la Secretaría de Educación, (1922) en que racionalmente critica a los que considera los enemigos del régimen social, que son los Militares, los Capitalistas y los Curas y hace preces de los Revolucionarios, los Obreros y los Campesinos, representándolos finalmente en un mundo ideal producto de la Revolución.

En la concepción de toda esta obra hay tres momentos o conceptos capitales: el primero de éstos, es el pueblo mexicano representado por los tres personajes positivos, el campesino, el revolucionario y el obrero, que están sufriendo la tiranía y opresión de las fuerzas opresoras y explotadoras, el Capitalismo, el Militarismo y el Clero.

¹ El Principio se trasciende y crea, por medio de la Mano Central, la naturaleza hasta la *Célula Originaria*, ahí se produce el hombre natural, con sus posibilidades para darle acceso por medio de éstas al Primer Principio, lo mismo sucede con la mujer, excepción hecha de sus distintas posibilidades.

El segundo momento corresponde y tiene por centro al revolucionario, hombre que se sacrifica y martiriza en aras de un ideal para libertar a sus hermanos, el obrero y el campesino especialmente.

El último momento es ya un mundo dominado y dirigido con plena y soberana justicia y gran bondad, por el obrero y el campesino a los cuales hace respetar el vigilante de las libertades, el revolucionario.

En el movimiento revolucionario mexicanista que yo inicié para crear la conciencia en el pueblo de la expresión propia mexicana en el arte pictórico,² Diego me ayudó ampliamente combatiendo por esa idea, pues sentía que su sangre traía la tradición india, encontrándose así, a sí mismo, al vivirla y expresarla cada vez más intensamente.³ Así fué el tema de sus frescos la lucha social expresada con un mexicanismo auténtico y original.

En 1926-27 Rivera sintetiza en Chapingo la idea de la lucha social simbolizada en la sangre del héroe, que riega la tierra para que florezca un mundo ideal.

Rivera en Chapingo nos ha dado a conocer su idea sobre un desarrollo de la Evolución Natural en comparación con un desarrollo social.

Este desarrollo es la transformación social que según trata de expresarlo el pintor, debe de ser el desarrollo natural de la sociedad, así como lo es el desarrollo evolutivo de las fuerzas naturales, el cual es, como debe de ser, y no de ninguna otra manera. Los frescos de la izquierda y de la derecha corresponden por esta manera, "La sangre del Mártir y la Geología Interna" al fresco intitulado "la semilla de la Revolución".

El de "La germinación o cristalización de la Materia" corresponde a "el florecimiento de la Revolución".

Y el "Florecimiento y Fructificación" corresponde a "la cosecha de la Revolución".

² Desde 1918 en el Ballet Mexicano para la Pavlowa —1919— una exposición de mis pinturas de carácter mexicano en la Galería Knoedler en Nueva York, en la primera Noche Mexicana en Chapultepec en 1921 y desde 1922 en Educación Pública para la enseñanza del arte popular mexicano en todas las escuelas.

³ Lo que ahora comprobamos con los frescos de Bonampak, recientemente descubiertos, que podían haberse atribuido como la inspiración de las composiciones de Diego, sobre todo la escena de la batalla.

Tal parece que el pintor bosquejó un imperativo categórico de carácter moral en el desarrollo social que es precisamente el correcto y que no puede tener la posibilidad de error, queda visto este sentido en tanto que el pintor lo compara con el desarrollo en la Naturaleza, el cual no puede equivocarse.

En 1927-28 visita Rusia en donde le impresiona la mecanización humana y el aspecto de las grandes masas; regresa y termina los frescos de Educación Pública.

Para ilustrar las ideas antes desarrolladas inserto aquí fragmentos del texto del "Corrido" que se halla pintado en los murales de la Secretaría de Educación en el cual se puede observar la ideología idealista del autor, que presupone a la Revolución como un problema resuelto en una forma ideal. Partes de este corrido dicen:

"... Ya la masa obrera y campesina sacudiéndose el yugo que sufría, ya quemó la cizaña maligna del burgués opresor que tenía... las industrias y grandes empresas, dirigidas son ya por obreros, manejadas en cooperativas, sin patronos sobre sus cabezas, y la tierra ya está destinada para aquel que la quiera explotar. Se acabó la miseria pasada..."

"... La igualdad y justicia que hoy tienen, se debió a un solo frente que hicieron en ciudades, poblados y ranchos. campesinos, soldados y obreros... y han cambiado de costumbres y modos. Cuando el pueblo derrocó a los reyes y al gobierno burgués mercenario..."

"... todo es un mismo partido, ya no hay con quien pelear, campesinos ya no hay guerra vámonos a trabajar"...

En 1930 va a Estados Unidos y un año después decora un muro, en la California School of Fine Arts en San Francisco.

En 1932 pinta el fresco intitulado "el retrato de Detroit", en el Detroit Institute of Arts de esa ciudad, en que representa los ideales revolucionarios, pero ya con caracteres de aplicación mundial a la manera del socialismo ruso, criticando racionalmente el capitalismo mundial que hace del hombre un "robot" explotado por el imperialismo económico, en que el hombre se convierte en autómata frío, desapasionado y eminentemente racional, para manejar un mundo por medio de palancas y botones.

Este hombre es el hombre poderoso y productor que maneja el mundo, científica y políticamente hasta llevarlo, según la idea del pintor, al triunfo del Proletariado Universal.

En una parte de la composición idealiza al hombre de ciencia y simboliza a la Sagrada Familia convertida en la Sagrada Familia humana de la Ciencia, en que ésta ha alcanzado tal bondad, elevación y devoción, que un médico corresponde a San José, una enfermera a la Virgen, que cuidan la salud de un Niño, con sueros extraídos de los animales como los del establo de Belem.

En 1933 como resultado del deslumbrante progreso de los Estados Unidos imagina las posibilidades materiales potenciales del hombre y pinta en el Rockefeller Center una síntesis profética del futuro material del Hombre. Es una representación racional de la idea, de lo que lógicamente podría llegar a ser ese hombre futuro con sus enormes posibilidades y dominio de la técnica, llegando a imponerse y dominar a la naturaleza lo mismo al macrocosmos que al microcosmos, con todas las fuerzas naturales productoras a su disposición, bajo su mando y bajo su mano.

Así el hombre ideal, dominaba materialmente como un Dios sobre la tierra y había hecho una realidad todos los ideales materiales socialistas, lo cual para realizarse debía, según Diego lo representa, seguir los lineamientos y métodos marxistas.

Su experiencia fué dolorosa cuando destruyeron su obra en el Rockefeller Center y tuvo que reproducirla (1934) en el Palacio de las Bellas Artes en México, con algunas modificaciones, pero conservando la idea central de un mundo futuro dominado por el hombre de preparación técnica.

A su regreso a México encontró que el ideal revolucionario se había cumplido solamente en parte, en lo referente al campesino, pero al obrero le faltaba la organización marxista y el revolucionario convertido en gobernante, no cumplía los ideales revolucionarios por los que se había derramado tanta sangre. En 1936 pinta en el Hotel Reforma unos murales en que aparecen, como en el tablero titulado "La Dictadura", personajes políticos satíricamente representados con los cuales hace la crítica de esa situación. Reaparecen los militares disfrazados de indígenas, el influyente vestido a la inglesa y con un palo de golf, disfrazado de danzante indígena con una máscara de feroz tigre, los burros escriben y se llevan el dinero, un perro representa al líder que habla por radio con un hueso en la mano, un asno, de pistolero, protege a un danzante con un fuste en la mano y que por el águila de su cinturón y su máscara parece ser un

general disfrazado de hacendado. En el fondo hay una pulquería con un rótulo "La gran Victoria". Es realmente la derrota de la Revolución. Sus murales son retirados de la exhibición pública.

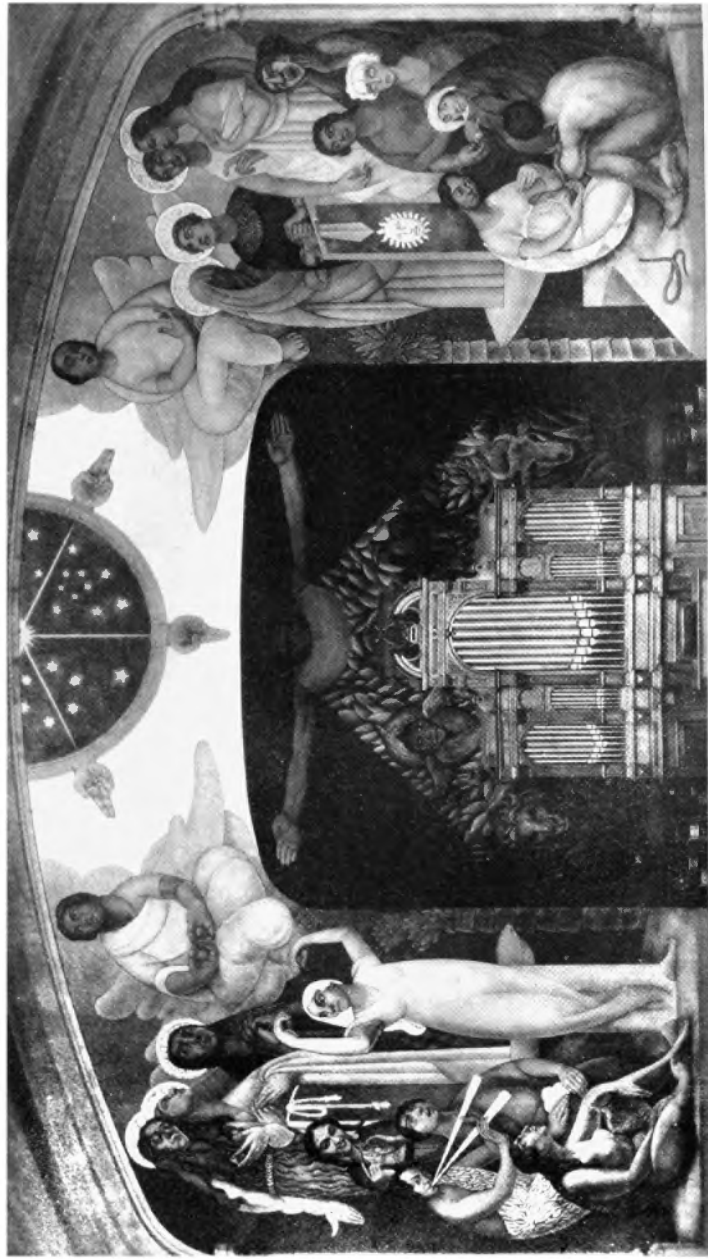
La amistad con Trotsky, hace que se retire del comunismo.

Parece que lo que Diego pensó y esperaba que se realizara en el terreno social, casi nada había sido un éxito, pues todas las lacras sociales del pasado continuaban. Diego tiene una profunda decepción del material humano, como lo expresa en esos tableros, seguramente duda de si realmente sus ideales sociales no fueron solamente una utopía sin posibilidades de realización en México.

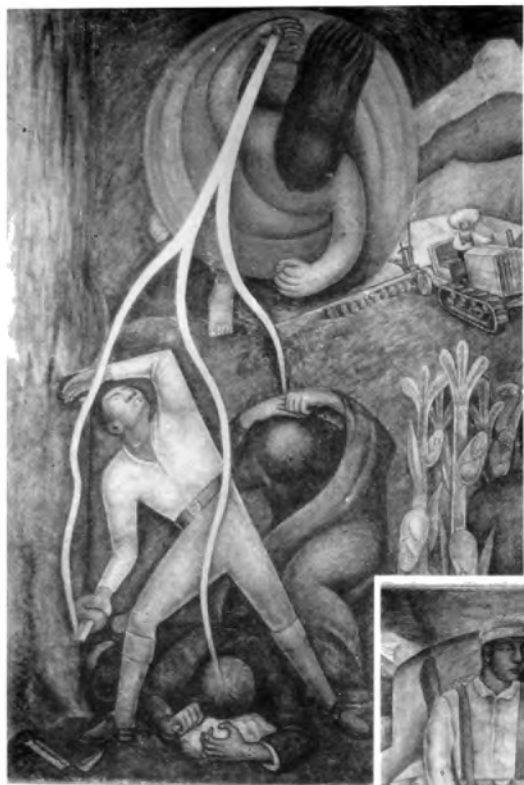
En 1947 se le ofrece la oportunidad de pintar un mural en el Hotel del Prado, en que tiene la libertad de expresar lo que siente. Pinta la gente de principio de siglo que pasea oyendo la música de la Alameda en una mañana dominguera, en que recuerda las gentes y las cosas del Porfirismo reinante, los elegantes señores y señoras aristócratas y las pobres gentes del pueblo, la mujerzuela con su vestido estrenado, los rehiletes y globos de colores, las golosinas, recuerdos de ese mundo pasado que le trae la memoria de su niñez. Compara y considera que estamos como antes o peor que antes, y como en un sueño representa, a través de todo el curso de la historia de México, en sus diversas formas heroicas, las cuales fueron motivadas por deseos nobles y redentores, como los que imaginó Diego, que tristemente estos ideales de formas grandiosas y humanas han sido víctimas de hombres egoístas que han malversado y transgredido, todas las buenas intenciones de ese idealismo.

En esa obra de Diego nos encontramos en el Porfirismo en el que el señorito desprecia, domina y ultraja al trabajador y al campesino indio, apoyado por fuerzas dictatoriales. En la parte alta a la derecha, parece expresarnos tristemente nuestro pintor, que el señorito ha sido reemplazado por los que representan la revolución y los cuales apenas escalan el poder, hacen abusos semejantes y la mayor parte de las veces peores que el señorito capitalista, empuñando los defectos de aquéllos.

Sus mujeres son símbolo de vulgaridad y representan la opresión y la explotación, gastan en grotescas plumas. pieles

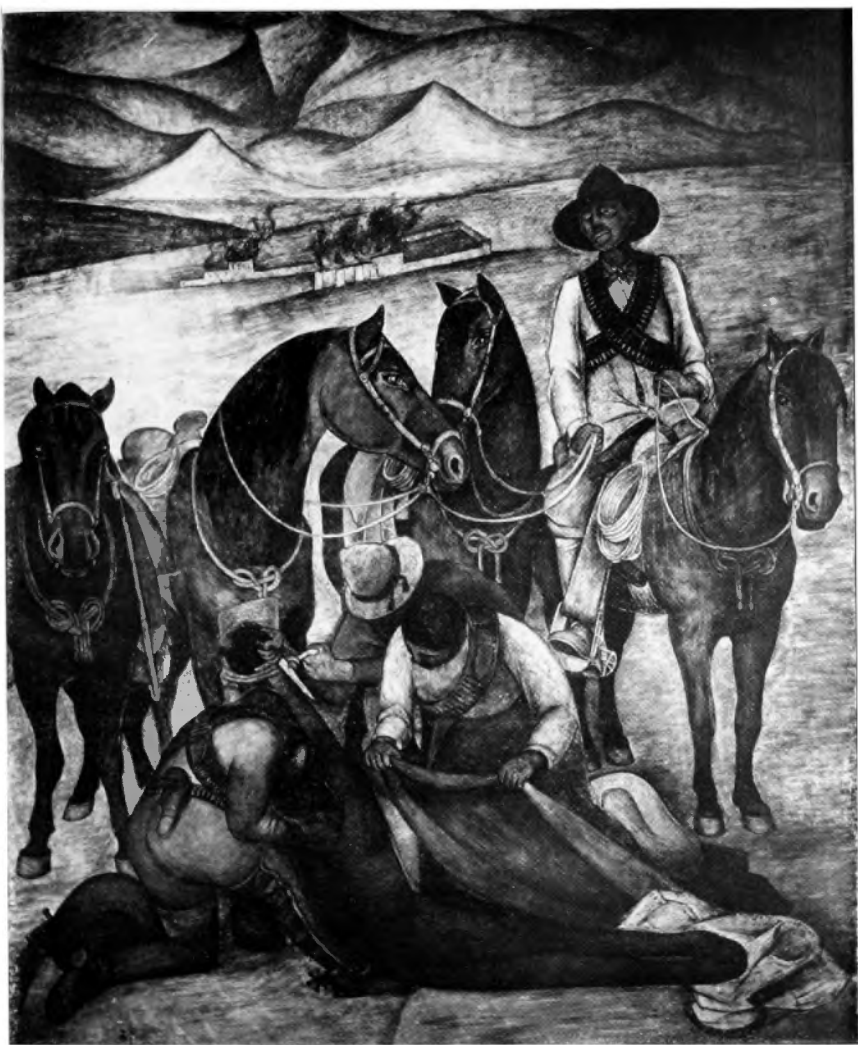


DIEGO RIVERA. Escenario del Anfiteatro Bolívar, 1922.



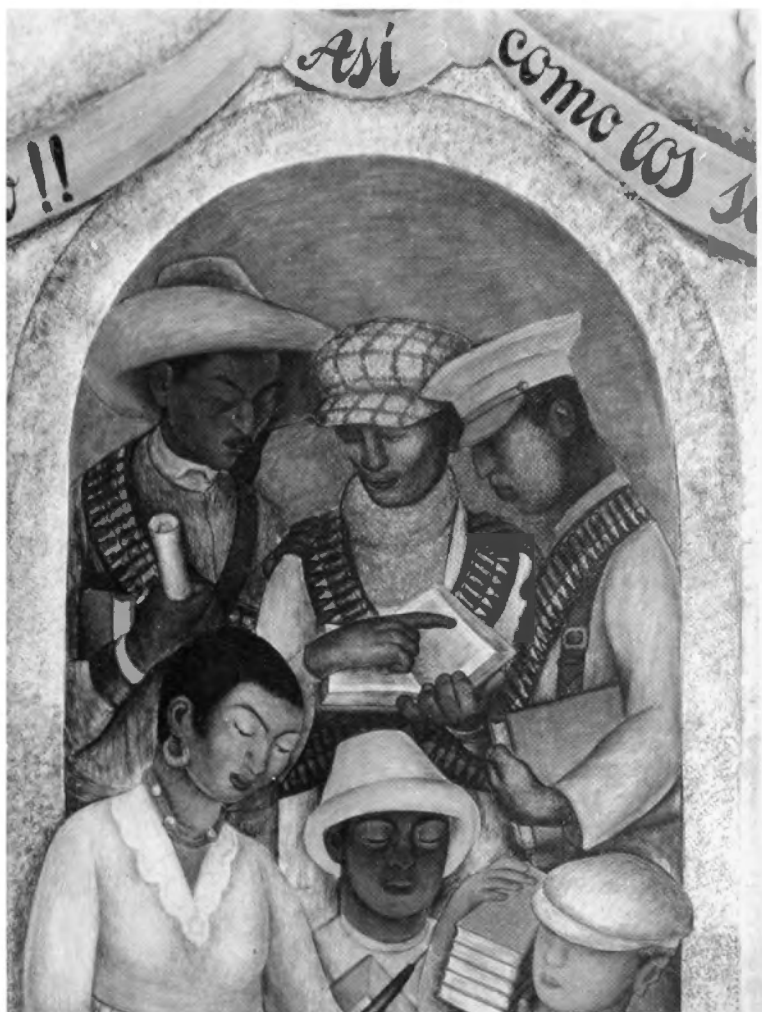
DIEGO RIVERA. Frescos de la
Secretaría de Educación. 1922.



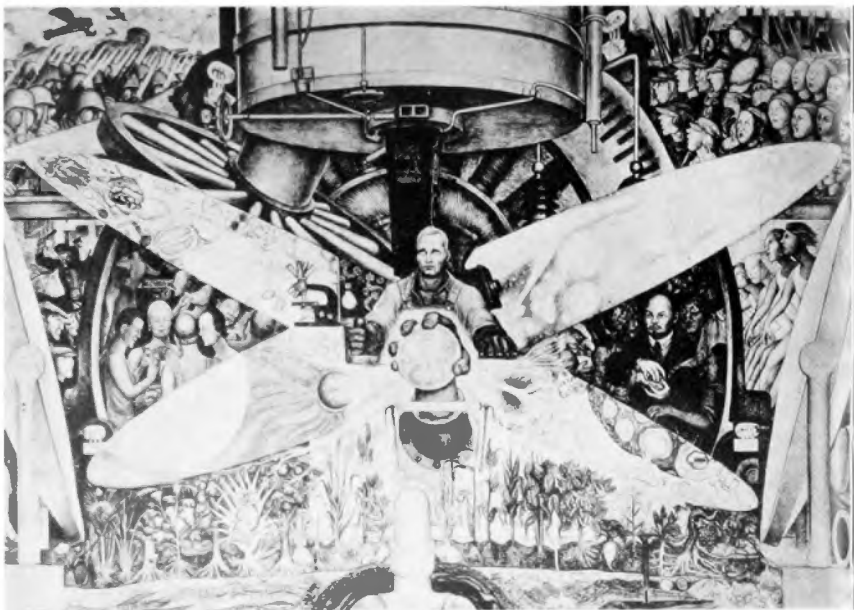




DIEGO RIVERA. Frescos de la



Secretaría de Educación. 1922.



DIEGO RIVERA. Fragmento de la decoración del Rockefeller Center. 1933.
Versión existente en el Palacio de Bellas Artes de México.

DIEGO RIVERA.
Fragmento de la
decoración del
Hotel Reforma.
1936.





DIEGO RIVERA. Fragmento de la decoración del Hotel del Prado, 1947.

y diamantes lo que debía ser destinado para la alimentación del pueblo hambriento.

Realmente no son los hombres como los había imaginado Diego idealizándolos. En ese estado de desilusión su pesimismo le hace dudar del hombre. Lo ideal social no existe, cae por esto en un desilusionado escepticismo social y religioso y por asociación de ideas la memoria le trae la frase del "Nigromante": "Dios no existe".

Por no haberse realizado los ideales en que firmemente creyó de joven y de hombre, desengañado, despojado de todos esos ideales, se siente como antes de haberlos tenido, como en su infancia limpio y puro y así se imagina su propia personalidad en el fresco como un niño ingenuo y provinciano, que lo cuida como una madre, Frida, su esposa. En su decaimiento cree que ya está al final de su jornada y se representa cerca de la Muerte que endomingada ya lo lleva de la mano.

El día en que se inauguró su magnífica exposición seguramente Diego estaba satisfecho de su magno esfuerzo y de su gran éxito como pintor mundial, pero me pareció verle esa expresión de desencanto seguramente por su decepción del *Hombre*. Quizás nuestro genial pintor, y así se lo deseo, vuelva a abrazar, con la pasión y capacidad intelectual que lo caracteriza, nuevas corrientes que puedan salvar y darle sentido al *Hombre* dentro de sus posibilidades humanas y viva para representarlo teniendo la capacidad de ser, como hasta ahora, un creador que ha universalizado a México.

PESTE EN LA NAVE*

Por *Mariano PICON-SALAS*

VERTIÓ el Cónsul las últimas gotas de un frasco de agua de olor sobre su pañuelo de Holanda. De codos en la barandilla, apenas interrumpía su ensimismamiento en nerviosos paseos por la cubierta o sumido en la contemplación de las olas cuya cauda verde, estriada de ojos, le recordaba aquel inmenso ofidio muerto que pasearon asido de un leño y como trofeo de la selva, antes de zarpar de Biafra. Había a ratos un gran silencio en la nave —densos planchones de madera aislaban la bodega; el viento movía sosegadamente las velas, y en un rincón de popa varios tripulantes comentan como secreteándose, los extraños hechos que acontecen. Acaso hablan del Cónsul, de su miedo y pusilanimidad y la más reprimida voz de la conciencia —la que él no quisiera escuchar— casi le traduce lo que murmuran:

—Así son estos hidalgüelos ricos; toda pompa y alarde, muchas golillas y mangas de encaje, mucha agua de olor, mientras nosotros les hacemos el trabajo y nos hundimos en la mugre para que ellos atesoren sus doblones.

—Y continás que no nos dijeron que también íbamos a servir de enterradores. La pura verdad que para defender el pellejo que me hicieron con tanto gusto mi padre y mi madre, ya no he de seguir levantando cada día la sucia angarilla con su muerto echado. ¡Uno también tiene estómago y narices! Cada vez que ayudo a lanzar al mar un bulto de ésos, me digo a mi mismo: ¿Cuándo te tocará a ti? Y de la pudrición no nos salva ni aquel frailecito de Cartagena que consuela negros y cura pestosos. ¡Tiburón no hace milagros, amigo! Y si el Cónsul quiere entierro y bodega aseada que lo haga él mismo y la sahumé de ámbar. Esos peces grandes nos siguen como encomendados que fuesen a comprar esclavos en la plaza de la Cebada.

* Capítulo de una biografía de "Pedro Claver, el esclavo de los esclavos", próxima a publicarse.

Ellos también tienen encomienda, pero se la despachan de una vez porque para eso Dios les concedió dientes de repuesto. ¡Y esto lo llamamos evangelizar las Indias y servir a Su Majestad! Pecado por pecado, porque los que uno tiene ya no se los quita un jubileo, sería mejor ser dueño de garito y mancebía en Porto Belo para las ferias, o en Cartagena cuando llegan los galeones, y desplumar en tierra firme con menos riesgo de la piel y del alma. ¡Que sean los hidalgos, o esos portugueses, sin entrañas, Pintos o Daveyras, quienes se metan a negreros!

Mejor que responder a quienes sospecha que lo están censurando; mejor que afirmar su vacilante predominio sobre aquellas gentes, el Cónsul prefiere estar solo con sus atollados pensamientos. Como cada mañana había sumergido su noble cuerpo en confortante baño de alcohol y hojas de malagueta que en tan abrasadas latitudes precave de fiebres y contagios. Estaba atento a los latidos de su pulso y con medrosa preocupación se palpaba el rostro por si ya aparecían los primeros síntomas de pestilencia. Ella ha de brotar de la sangre irritada y esparcirse por la piel como manchones de hiedra mortífera. No quería morir el pulcro hidalgo de la misma epidemia que comenzó a diezmar su armazón. En la flor de la edad y con esperanza de poderío, parecía asaltarle el desengaño, aquel sorpresivo encuentro de la desilusión y la muerte con que en los dramas de la época tropiezan los más lozanos príncipes. ¡De cuántos destinos cortados en flor hablan los melancólicos romances y las historias!

—¿No va a hacer confesión general antes de meterse en esos solitarios mares? —le preguntaron los padres jesuitas de Biafra, los mismos que con tan sumaria rapidez echaron el agua del bautismo a sus esclavos.

Pero no era el clima de Biafra, el ruido y codicia de sus tratantes y negreros, el dolor de las víctimas que conducen atrilladas como animales a las bodegas de los barcos, el más adecuado para tan piadoso ejercicio. Se sentía aún el Cónsul con la sangre tan plétórica y exigente, que esperaba que la vida le ofreciese mejor pausa para el examen y descarga de su conciencia. Que los rudos tripulantes encadenen a los negros; que los encierren tras de las puertas y cerrojos del camaranchón y les arrojen tras el estrecho postigo su alimento de mijo y de maíz y sus cántaros de agua, aceptaba aquello, casi sin verlo, como la necesaria miseria sobre la que se edifica toda riqueza. ¿No

lo hacen tantos otros hidalgos? Y para justificar la trata, ¿no llegó a decirse que el destino de aquella raza era de tal modo trágico que si no los compraban y esclavizaban los hombres blancos, caerían en la servidumbre de los reyezuelos bárbaros, o serían sacrificados en las sangrientas guerras tribales que asuelan aquellas praderas y espesísimos bosques donde se cazan leones, jirafas, antílopes y seres humanos? Al menos en la posesión de los blancos —era argumento de negreros— cabía la esperanza de que fueran evangelizados y mereciesen por tan cruel servidumbre terrenal, un distante premio en los cielos. Allí, en el inmenso regazo de Dios, sí podían armonizar todas las razas, y los esclavos que se portaron bien, serían tan blancos como los mismos blancos.

¡Y qué le dió por meterse en tan arriesgada aventura de negrería al Cónsul Francisco Caballero! A estas horas estaría paseando sus mostachos a la francesa, sus camisas de lino de Cambray con botonadura de oro y las arriscadas plumas galantes de su sombrero por las calles de Cartagena de Indias! Desde los balcones moriscos, tras las caladas celosías, mujeres de gran recato suspirarían por su fanfarrona elegancia. Pero el deseo de enriquecerse pronto y sin escrúpulos, de comprar título de nobleza que le permitiera instalarse en una capital del Virreinato, de más apacibles aires que los de Cartagena, o en la propia villa y corte, le hizo viajar a la distante Bíafra a adquirir tan inhumana mercancía. "Radix omnia malorum est cupiditas" dice ahora don Francisco con la aceda melancolía del salmista y recordando el frágil latín que le enseñaron en Alcalá cuando estudiaba para letrado. Y tal vez la muerte como un pirata que hubiera aprendido brujería se coló en la nave, detrás de la larga cadena que formaban los esclavos, sacudiendo su carlanca de perro siniestro. Se frustran los negocios del señor Cónsul y ahora tiene miedo de comer hasta el más desabrido trozo de galleta. Cualquier bandazo del navío, al remecerle el estómago, se le antoja ya signo precursor de mortales náuseas.

Navegación azarosa y probada de todo infortunio la que debió hacer la carraca de la "Virgen de los Remedios". Largos días de calma ecuatorial con las velas como párpados cargados de sueño y el Océano de pegajoso y caliente asfalto. Se calcularon con avaricia las provisiones y el agua; parecían reventar las bodegas ahitas de esclavos y así proliferó sobreayudada de la escasez, el descuido y el hambre, la temida epidemia. Ni la ora-

ción de Santa Rosalía de Palermo, suma protectora de pestes, menguó la magnitud del azote. Se quemaban en hedionda combustión, hasta que concluía de carbonizarlos la muerte, los más robustos negros, los que hubieran valido doscientos pesos —el precio de un buen alazán— en el mercado de Cartagena. Se arrojaban los cadáveres sobre el mar famélico donde les estaban aguardando las tres filas de dientes de los tiburones. De las bodegas, la enfermedad amenazaba subir al puente y contaminar a los tripulantes. Quién morirá antes de que aclare el día es preocupación de cada noche, que don Francisco quiere ahuyentar averiguando la suerte en los naipes o en sus solitarios paseos por la cubierta. ¡Y mucha agua de olor! Varias veces como escudero de la desdicha, brota como primera carta de la baraja, la amenazante sota de espadas. Mas acaso don Francisco no sabe leer el lenguaje de la cartomancia porque salió también el caballo de oros como nuevo Hernando Cortés que se preparase a conquistar un imperio, y otras cartas áureas que junto a la conspiración de las espadas podrían augurarle haciendas en Mompós y flotas de champanes, cargados de frutos, en el río grande de la Magdalena. Pero ni tales augurios de esplendor, el voluntario engaño con que interpreta los naipes casi desgarrados de tanto barajarlos, alcanzan a apaciguar su zozobra.

¡Si le tocara al Cónsul —como a su sevillano compatriota Juan de Mañara— ser el espectador del propio entierro! ¿Qué muro de cristal puede erigir para aislarse de aquel aire de carroña? ¡Tan triste que sería desaparecer ahora cuando una sabia y opulenta virilidad le ilumina el dorado mostacho, cuando bellas mujeres, fortuna y aventuras parecían florecerle el camino! ¡Qué doncellas, qué hijas de Virrey se desmayarían en sus brazos! ¡Qué gobernaciones, opulentas y balsámicas provincias podría concederle Su Majestad Católica! Necesitado de reliquias, invocando lo sobrenatural, oprime sobre el pecho la cadena de oro de jazminillos de que pende la medalla de Nuestra Señora de la Concepción. ¡Cuántas cosas y años han ocurrido desde que al pulcro doncel se la regalase su madre en el puerto de Sevilla! Y es dolorosamente irónico que quien asaltó rejas y cancelas y persiguió vírgenes, venga ahora a acogerse a la protección de tan castísimo misterio. ¡Sí, Francisco Caballero, gentil hombre de España y varón afortunado en las fiestas del mundo, andan mal tus cuentas con la Divinidad!

La desazón de su angustia le hace pensar en cierto frailecito de Cartagena, asistente de esclavos y limosnero de toda desgracia que se nombra de Pedro Claver. Cuando en piafante caballo, traído de Santo Domingo, enjaezado con pretales de plata, corcel para enamoramientos y torneos, atravesaba el orondo Cónsul las calles del puerto indiano, ¡qué iba a fijarse en tan desmirriado sacerdote! Fábulas del vulgo le parecían sus milagros. Agitador del más raído pueblo, acompañado de negros tan sucios como él, que quebrantaba con su prédica los rigurosos estamentos sociales. ¡Por eso decaen las Indias, porque no faltan gentes que escuchen a esos predicadores astrosos! Mas ahora, en este momento de miedo y preocupación, ¿por qué se acordó de aquel taumaturgo?

El vaho de muerte que le circunda, mantiene al Cónsul al borde de la locura. Intentó escribir testamento pero se detuvo la pluma en la perplejidad de la primera frase. Y después que muramos ¿qué importa el reparto de nuestros bienes?, se dijo desechando el propósito. Vendrán comerciantes y escribanos a hacer tasa y subasta de nuestras prendas, a hollar con tosca codicia los objetos que pregonaron nuestra gala y esplendidez en las fiestas del mundo. —Yo, Francisco Caballero, seré entonces pasto de los gallinazos que asaltarán la nave fantasma a nutrirse de podredumbre. ¡A otros mis perlas, mis capas, mis atavíos!

—Virgen Santa que si llegamos a puerto, libtaré los esclavos sobrevivientes y haré con aquel Padrecito Claver la confesión de mis culpas. ¡Besarle el manteo tan sucio, tan impregnado de la "catinga" de esos infelices, será la penitencia más grata a Dios!

No habrá de continuar tampoco su peligrosa vida de negrero el señor Cónsul. Acaso tenga razón el fraile cuando predica que el peor delito contra Dios y la Naturaleza es esclavizar seres humanos, descendientes de Adán, y con alma divina como la nuestra. Y la expiación de aquella falta habrá de cumplirla levantando a su costa capilla de mucho lucimiento con las más firmes maderas de la Nueva Granada; con caoba y guayacán, con plata del Perú y oro del Chocó, con columnas salomónicas en que se enrede el follaje de la naturaleza indiana. ¿O querrá más bien algo de dinero para atender a sus negros? ¿Qué valor ante Dios tendrá la limosna de los negreros?

Otra vez se palpa la medalla como desesperado talismán de vida, y cubre sus sensuales narices con el pañuelillo, húmedo de agua de olor. Así protege simultáneamente el cuerpo y el espíritu.

De tan medroso soliloquio y extraños gestos de precaución, viene a sorprenderle el piloto que le trae una noticia:

—Albricias, señor Cónsul, que ya se divisa la costa y sin que todavía nos derribe la peste. Fortifique el ánimo Vuesa Merced porque volverá a comer sábaló y arroz con coco a usanza de los criollos y veremos otra vez caracolear su caballo bajo los balcones de la calle de las Damas. ¡Qué juegos de cintas y cucañas hemos de celebrar en Cartagena!

Indicio de alentadora esperanza es aquel mar que frente al distante perfil de la bahía se aquieta y refulge como colcha de raso, y las bandadas de pájaros que desde los islotes revolotean ya sobre el barco, como anticipándole feliz arribo. A lo lejos entre tan despejado cobalto, las casamatas y hornabeques del fuerte de Playa Grande proyectan sus manchones blancos.

Parece recobrar don Francisco ante las palabras del piloto la altivez y señorío que le menguara el peligro.

—¡Mi catalejo; mi catalejo; —ordena como si quisiera comprobar con los ojos tan placentero presagio.

—El señor Cónsul quiere su catalejo, se corren la voz, de uno a otro extremo del puente, los sobrestantes y sirvientes.

Y ya en el círculo de cristal del anteojo se enmarca un trozo de aquietante azul; se contornean los islotes, verdean los manglares, y completando el cálculo con la fantasía, hasta podría distinguirse la imperial bandera de España en el torreón de la fortaleza.

Ahora don Francisco volverá a estar entre los suyos, entre quienes aprecian su condición y linaje y holgarán mucho de verle regresar sano y salvo de tan hoscas y bárbaras aventuras. Se confesará con el Padre Claver —porque ningún hidalgo deja de cumplir sus promesas devotas, pero brindará también pícaras copas de Jerez y Malvasía entre desenfadados amigos. Los sirvientes de su casa anunciarán a viudas y doncellas el venturoso regreso, y dará a su cuerpo el natural desfogue que piden los viriles años.

—¡No hay gentilhomme más dadivoso en toda la extensión de las Indias! Lo importante ahora —está pensando el

Cónsul— es revelar prestancia y que no lleguen a adivinar que me flaqueó el ánimo.

Torna a su cámara a preparar trajes y afeites con que ha de presentarse ante los oficiales de Su Majestad. Se engalana de capa y sombrero de plumas, ajusta la espada en el tahalí y ya comparece de nuevo en el puente luciendo todo su garbo de capitán.

—Ni se le para una mosca —refunfuña, viéndole pasar el rudo piloto que ha vuelto a su timón y ya endilga la proa hacia el puerto de Cartagena.

Y como chapaleando en dulces aguas quietas, la nave soratea los islotes de la bahía, hasta tropezar casi con los ingentes muros de cal y canto que forman el fuerte de Playa Grande. Se hizo la señal desde el trinquete.

—¿Quién va?, grita un centinela en lo alto del torrcón.

Y casi no necesita responder quién es, porque ahí comparece con todo su empaque y sus galas, don Francisco Caballero, Capitán en las Flotas de Su Majestad.

—Eh, ¿que no conocéis al Cónsul?, replica burlonamente un marinero.

Con la boca hecha bocina, modula don Francisco sus primeras órdenes:

—Que vayáis a avisarle al Gobernador que todavía no puede hacerse el desembarco porque viene toda la armazón enferma. Y traed al Padre Claver para asistir a los moribundos. Los esclavos son de Biafra, por si él quiere conducir intérprete.

Un sorbo de buen vino acabará de reanimarle, mientras los mensajeros marchan a cumplir sus encargos. Armonizar —como corresponde a un hidalgo de su clase— lo profano y lo piadoso, ha de ser desde hoy, y con la vida que siente recuperada, su propósito más firme. Se confesará con el Padre Claver. Pero el honor de su rango le obliga a cuidar, también, las apariencias. No sólo es pecador arrepentido sino el buen oficial del Rey, sosegado y orgulloso que supo guiar su nave entre hambrunas, pestes y contratiempos. Se alisa los mostachos y otra vez se ve el rostro en un espejito de Venecia. Pero, ¿por qué mientras escanciaba el vino, llegó a inquietarle un ratoncillo que pasó al lado suyo, casi rozándole las medias de seda? Diríase que le miraba como si fuese una persona. Acaso sintió contra las piernas, el helado contacto de su hocico. Contúrbanle, desde niño, la pelambre cenicienta de los ratones, sus

mínimos y movibles ojos, la rápida cola que se engrifa, aquel estridente paso presuroso que parece lijar el pavimento. No puede vencer ante el ruido de los roedores, una sensación de dentera. No sabe por qué asocia la presencia del ratón, con aquella serpiente que antes de zarpar, paseaban los pumberos en Biafra.

—Francisco Caballero, debes confesar que te estás volviendo demasiado supersticioso. O es acaso la fatiga de la expedición, las noches de miedo e insomnio, la prodigalidad de tu vida robusta. Confesión, descanso y sangría recomiendan en España para estas dolencias del cuerpo y del ánimo. A veces no mata la debilidad, sino también el exceso de sangre.

—Habría que hacer penitencia antes de volver a tan bulliciosos negocios —sigue pensando el Cónsul. Quizás tanta fama como la que disfruta entre negociantes y alcabaleros, entre mozas del partido y doncellas que suspiran por su fanfarrona elegancia, obtendrá en conventos y casas devotas cuando se pregone su arrepentimiento.

Y continúa paseando por la cubierta y enfocando la lejanía marina, hasta que, por fin llega, y recuesta contra el casco de la "Virgen de los Remedios", la lanchita que conduce al Padre Claver. Se alborotan los marinos para mirarle; tienden gozosamente le escala de cuerdas y casi le aupan para subir. —¿Cómo es de macilento; pura tela de cebolla!, comenta un tripulante.

¡Aleluya, Francisco Caballero, que aquí viene la absolución final de la Iglesia, el finiquito de viejos pecados para que puedas tornar al opulento mundo sensual que te reclama! ¿Cuándo tuvo el pobre confesor de Cartagena penitente de mayor jerarquía?

Precede al sacerdote la intérprete negra que sabe hablar la lengua de los biafras. Como sin advertir la presencia del Cónsul, Claver le ordena:

—De prisa al camaranchón, porque esos pobres se estarán consumiendo de necesidad.

Como aborto, marcha detrás de ella cuando se le interpone, deteniéndole, el pomposo bulto que forman don Francisco y sus atavíos.

Ha avanzado el Cónsul, inclinando la rodilla y con el sombrero de plumas bajo el brazo, a recibirlo en estudiada ceremonia. Envuelve su saludo en aspavientos y melindres:

—¡Ay, Padre y como estaba esperando los consuelos de Vuestra Reverencia! Prometí que si llegaba con vida libertaría a los esclavos sobrevivientes y haría la confesión de mis culpas.

Se propone desenvolver un largo relato que el sacerdote interrumpe con ardida brusquedad:

—Habrà ya tiempo de escuchar y atender a Vuesa Merced. Mayor socorro reclaman sus esclavos.

Y va a descender los sucios escalones, cuando con espantado gesto le detiene la intérprete:

—Que me marchó, Padre; que el cuerpo no resiste.

—¿Qué, Magdalena?

—Júzguelo por sí mismo, Vuestra Reverencia.

Bajan presurosamente a la sentina y descorren la puerta. Una vaharada de podredumbre se extiende por todo el barco. Unos contra otros, se retuercen sobre el duro entablado los cuerpos purulentos, hinchados de bubones. Son como cien Job esperando la liberación de la muerte. La sangre y el sudor forman pozos. Es como un matadero de bestias dolientes.

Penetra el sacerdote como si quisiera absorber e inundarse en aquel tósigo de desdicha. Infunde coraje a la intérprete:

—Consuélelos en su lengua —le dice.

Avanza entre el revuelto grupo de enfermos y moribundos. Va posando sobre las jadeantes cabezas la mano carismática, como lo haría el pastor en la oveja enferma. Tirita un negro anciano en la convulsión de la agonía y el Padre le arropa con su manto. Se entrapa el hábito de purulenta viscosidad. Los labios del taumaturgo se inclinan a besar la inmensa llaga viva.

Comenzó a hablar el Padre y traduce la intérprete a la lengua de Biafra. Como aliviados por un bálsamo, como si el idioma de su raza oído en tierra extranjera los devolviese a sus bosques, a los verdes bohíos ecuatoriales que sombrea el baobab y antes de que llegasen los cazadores de hombres, algo parece dormirse y dulcificarse en los ojos de los esclavos. Estos son tus siervos, Señor; acógelos en el postrer instante, exclama Claver.

Y el coro de los esclavos responde en gangosa y entre-cortada música. Un poco de azul, claro y refrescante, se recorta en el ojo de la claraboya. Parece proyectar sobre las víctimas, con su fragancia de brisa marina, la postrera piedad de una túnica.

Comparece en ese momento en la puerta como si le arrastrara un poder extraño, el señor Cónsul. Se le cae de la mano,

como última prenda de vanidad, el oloroso pañuelillo con que pretendió vencer el asco. Ya estás sumido en el asco, en tu asco, ¡oh presuntuoso Francisco Caballero! Mira aquel cuadro de piedad y de horror y se queda como estatua, sin habla. Fijamente le observan los ojos del Padre Claver y parecen traspasarlo. Se siente, el mismo, un guiñapo entre encajes. Le despierdan y conminan las palabras del sacerdote:

—¿No quería arrepentirse Vuesa Merced? Ahora es el tiempo.

Y como impelido de la ajena y misteriosa voluntad, avanza Francisco Caballero hasta la hedionda cámara. Contempla en los esclavos agonizantes, en los brazos que se retuercen en el supremo escorzo, los despojos de su codicia; la desilusión de un sueño de poderío. Al llegar a la playa final todo parece tocado por la ceniza de la muerte. Sobre el presumido rostro ya comienza a brotar y abultarse una estrella negra. Lloro entonces, con sus primeras lágrimas veraces, el naufragio de tanta pompa. Y nada habría de salvarle ya de la implacable pestilencia. Una franja de azul sigue penetrando por la claraboya, como la última piedad de la vida.

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, 2 Vols.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
- 10.—*Jardín Cerrado*, por EMILIO PRADOS. (7 pesos).
- 11.—*Juventud de América*, por GREGORIO BERMANN. (7 pesos).
- 12.—*Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw*, por RODOLFO USIGLI. (8 pesos).
- 13.—*Europa-América*, por MARIANO PICÓN-SALAS.
- 14.—*Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas*, por JESÚS SILVA HERZOG.

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6, 9, 10, 11 y 12).

MEXICO.	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.00 dólar

OTRAS PUBLICACIONES

La revolución mexicana en crisis, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.

El Surrealismo entre Viejo y nuevo Mundo, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.

Sugestiones para la Tercera República Española, por MANUEL MÁRQUEZ. 1.00 peso.

Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana, por JESÚS SILVA HERZOG. 2 pesos.

REVISTA

SUSCRIPCION ANUAL PARA 1949:

(6 números)

MEXICO	30.00 pesos
OTROS PAISES DE AMERICA	5.00 dólares
EUROPA.	6.50 „

Precio del ejemplar:

México	6.00 pesos
Otros países	1.00 dólar

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Jesús Silva Herzog* La revolución mexicana es ya un hecho histórico.
Octavio Paz El laberinto de la soledad.
Julio Alvarez del Vayo En torno al Pacto del Atlántico.
Luis Alberto Sánchez La participación de los alumnos en el gobierno universitario.

Notas, por Daniel Cosío Villegas y Manuel Mesa.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Víctor Massub* América, profecía y conocimiento.
Jorge Carrión Ruta psicológica de Quetzalcóatl.
Samuel Ramos La estética de John Dewey.

Nota, por Augusto Salazar Bondy.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Alfonso Caso* El Mapa de Tezacoalco.
Germán Arciniegas El 12 de Octubre o el gran disparate.
Ricardo Donoso La cuestión social en Chile.

Notas, por José Gaos y Edmundo O'Gorman.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- León-Felipe* Dos poemas.
José Antonio Portuondo De la crítica hispanoamericana.
Gitta Sten Cuando Chopin vivía en Polonia...
Margarita Nelken Formación de Diego Rivera.
Adolfo Best Maugard Diego Rivera. Su ética y estética.
Mariano Picón-Salas Peste en la nave.